

araucaria

de Chile



araucaria

de Chile

N° 38- 1987



Director:

Volodia Teitelboim

Secretario de Redacción:

Carlos Orellana

Consejeros
y colaboradores:

Jorge Enrique Adoum, Margarita Aguirre, Carlos Albrecht, Fernando Alegría, Clodomiro Almeyda, Isabel Allende, Nemesio Antúnez, Ligeia Balladares, Mario Benedetti, José Balmes, Gracia Barrios, Gustavo Becerra, Mario Boero, Leonardo Cáceres, José Cademartori, Alfonso Calderón, Javier Campos, Orlando Caputo, Hernán Castellano Girón, Carlos Cerda, Armando Cisternas, Patricio Cleary, Marcelo Coddou, Francisco Coloane, Julio Cortázar (+), Santos Chávez, René Dávila, Guido Decap, Luis Enrique Délano (+), Poli Délano, Humberto Díaz Casanueva, Eugenia Echeverría, Vladimir Eichin, Juan Armando Epple, Víctor Farías, Eduardo Galeano, Gabriel García Márquez, Claudio Giraconi, Ruth González Vergara, Alexis Guardia, Patricio Hales, Marta Harnecker, Guillermo Haschke, Bárbara Jacob, Manuel Alcides Jofré, Fernando Krahn, Omar Lara, Miguel Lawner, Miguel Littin, Juan López Carmona,

sumario

A los lectores.	5
De los lectores	6

<i>Juan Pablo II en Chile</i> (Pamela Jiles-Mario Boero)	11
<i>Visita al Papa</i> (Gabriel García Márquez)	15

cartas de Chile

<i>Más sobre la visita del Papa.</i>	21
--	----

nuestro tiempo

<i>Fuerzas Armadas y democracia «travestida» en América Latina.</i> Eduardo Galeano: <i>Las «democraduras»</i> / Ricardo Moreno: <i>Tras la larga noche.</i>	27
--	----

calas en la historia de Chile

Cecilia Salinas: <i>Las obreras chilenas a principios del siglo xx.</i>	37
---	----

conversaciones

<i>La mujer chilena en 1987. Conversaciones con Carmen Rojas y Julia Monasterio</i>	57
<i>El retorno de dos mujeres</i> (V.T.).	72
<i>La mujer chilena en la cultura. Gabriela Pizarro: la lucha por una cultura popular</i> (Lautaro Aguirre y Victoria Castillo), p. 77 / <i>La pasión de Hilda Riveros</i> (Pamela Jiles), p. 83 / <i>Isabel Aldunate: «las canciones que llegan al público».</i>	89
<i>La mirada de Patricia</i> (Victoria López). . . .	95
<i>Más allá de las máscaras</i> (Ruth González). . . .	96

años

<i>Violeta Parra, veinte años de ausencia.</i> Fernando Alegría: <i>Violeta por todas partes</i> , p. 101 / Patricio Manns: <i>Violeta, hojas nuevas</i> , p. 112 / Osvaldo Rodríguez: <i>Vio-</i>
--

<i>leta: influencia y fuerza moral</i>	116
Guitarras y terremotos (Guillermo Quiñones).	122

temas

Marcelo Coddou: <i>Para leer a Isabel Allende</i> ..	125
Eugenio Matus: <i>Gabriela Mistral en «Tala»</i> ..	139
Volodia Teitelboim: <i>Retrato de Flora Tristán</i> .	155
Olga Benario (Víctor Valentín).	163

textos

Poemas de Marina Arrate, Raquel Señoret y Verónica Zondek	167
Prosas de Juan Jorge Fernández y Domingo Reyes	177

los libros

<i>Memoria e historia del Chile reciente. Las memorias de Matilde Urrutia</i> (Hernán Loyola-José Miguel Varas), p. 187 / <i>Sobre «La desesperanza»</i> (Vicente Reyes), página 195 / <i>Muerte y resurrección del teatro chileno</i> (Osvaldo Obregón)	198
--	-----

crónica

<i>El poeta y periodista Julio Huasi</i> (J. M. V.), p. 203 / <i>El mural de la farmacia «Maluje» de Concepción</i> (Luis E. Contreras), página 206 / <i>Padre, Padre</i> (Raúl Zurita), página 209 / <i>Varia intención</i> («En nombre de Dios»-Vigencia de Allende-Víctor Jara en la obra de un poeta marroquí)	210
--	-----

notas de lectura

La caída de Allende y la huelga de El Teniente - México y Pinochet - Nicaragua, combate y profecía - Y va a caer - Chileno de Chile en Chile - Blocks - Diálogos de Comino y Pimienta.	215
--	-----

Portadas e ilustraciones interiores de *Julio Escámez*, pintor y dibujante. Vive en Costa Rica (ver pág. 206).

Hernán Loyola, Sergio Macías, José Maldavsky, Patricio Manns, Roberto Matta, Eugenio Matus Romo, Gabriela Meza, Julio Moncada (+), Augusto Monterroso, Jacqueline Mouesca, Eugenia Neves, Osvaldo Obregón, Agustín Olavarría, Raquel Olea, Carlos Ossa, Carlos Ossandón, Alfonso Padilla, Patricio Palma, Isabel Parra, Olga Poblete, Fernando Quilodrán, Mauricio Redolés, Osvaldo Rodríguez Musso, Miguel Rojas Mix, Grinor Rojo, Luis Rubilar, Omar Saavedra, Cecilia Salinas, Augusto Samaniego, Federico Schopf, Antonio Skármeta, Rubén Sotoconill, Radomiro Spotorno, Bernardo Subercaseaux, Arturo Taracena, Eugenio Téllez, Mario Toral, Armando Uribe, María de la Luz Uribe, Juvenio Valle, Hernán Villablanca, Sergio Villegas, Sergio Vusković, Oscar Zambrano, Raúl Zurita.

Comité permanente:

Luis Bocaz, Pedro Bravo Elizondo, Jaime Concha, Osvaldo Fernández, Luis Alberto Mansilla, Alberto Martínez, Guillermo Quiñones, José Miguel Varas, Virginia Vidal.

Diseño gráfico:

Fernando Orellana

EDICIONES MICHAY.

Arlabán, 7, of. 49 / Teléfono: 232 47 58 / 28014-Madrid (España).

ISBN: 84-85594.

ISSN: 0210-4717.

Depósito legal:

M. 20.111-1978.

Catálogo de la Biblioteca del Congreso (Washington): N° 80-642682.

Impresores:

Graficino, S. A. / Eduardo Torroja, 8 / Fuenlabrada (Madrid).



10

1992

Lactuca

23

4218

La «feria de vanidades» a que aludimos en la página 94 («*Estos son los presidenciables*») es más que la expresión de un malentendido. Comprueba que entre el Chile *real* y ciertos sectores de la oposición de centro-derecha, la falta de inteligencia en la comunicación empieza a ir más allá de la simple incompreensión. Dijérase que continúa diseñándose —lo que es una tragedia— un abismo cuyas orillas todavía se divisan pero cuya profundidad amenaza convertirse en insondable. ¿Cómo interpretar este juego político-publicitario, esta suerte de tómbola de kermesse de caridad, la rueda de la fortuna girando alegremente a ver quién de los ilustres futuros se saca el número premiado?

Otros tiempos serían necesarios para juzgar sin cólera este lamentable espectáculo, del que no se sabe si es peor por su frivolidad o por su cinismo, o porque, a pesar del expreso propósito de querer ser prueba de lo contrario, es la muestra más alucinante de una carencia total de talento político.

Triste cuadro el de esta etapa que estamos viviendo los chilenos. Por una parte, los malabares de estos practicantes de una taumaturgia más que sospechosa, que no se han hecho todavía perdonar su traición histórica del año 73 y ya están empeñados en consumir otra nueva; y por otra, el dictador y los suyos, que se entregan estos días a una desvergonzada competencia: quién repite más veces todos los días ¡Viva la libertad y la democracia!

En este carnalesco mundo (o mundillo) de la ambigüedad, la tergiversación, la hipocresía y la mentira, al pueblo no siempre le es fácil restituir el exacto orden y significado de las cosas y las palabras. Pero sabe quiénes son sus enemigos, cómo se llaman, y no tiene dudas sobre la necesidad de derrotarlos. Derrotarlos *ahora*. La tesis —puesta en boga por ciertos apologistas del desencanto y del conformismo— de que la victoria de los fascistas no es demasiado grave, porque se convierte en derrota... *medio siglo después*, sólo puede consolar a quienes —para decirlo con estricto apego a la verdad— *no han sufrido ni nada pierden* con que la Dictadura se prolongue todavía muchos años más.

A los que sí sufren y arriesgan perderlo todo —si es que no lo han ya perdido— no puede pedírseles que juzguen estas prácticas politiqueras con excesiva benevolencia. Ni puede esperarse de ellos, tampoco, que se resignen a esperar sentados a que el año dos mil deposite frente a sus puertas, si no el cadáver de su enemigo, el hipotético don de una democracia descalabrada.

Terminamos de escribir estas líneas y llega la noticia del asesinato, los días 15 y 16 de junio, de doce jóvenes chilenos a manos de la policía política de Pinochet. ¿Cuántas pruebas más tan dolorosas y terribles como ésta necesitarán los amigos de la conciliación con el régimen, para entender que por esa vía se corre derechamente a la perpetuación del crimen?

Leí en *Araucaria* 37 los artículos que dedican Raúl Zurita y Carlos Orellana a la exposición que se hizo en Madrid con el nombre de «Chile Vive». Un chileno, además, llegó por aquí con el catálogo y nos contó detalles. Parece que, en verdad, fue muy grande, y el esfuerzo de los españoles es plausible. Pero no es justo dejar que flote la impresión de que lo hecho «no tiene precedentes». Puede que, en efecto, sea éste el torneo *más grande* que se ha hecho, pero no es desde luego el único. Fui testigo el año 1978 de las «Jornadas Culturales Salvador Allende», realizadas durante 10 días en el Palacio de Bellas Artes, con el auspicio del Instituto Nacional de Bellas Artes, la Universidad Nacional Autónoma de México y la Casa de Chile. En el Palacio se mostraron cuadros de veinticinco pintores chilenos, entre ellos, Roberto Matta, Antúnez, Balmes, Gracia Barrios, Guillermo Núñez; hubo jornadas de teatro con la participación de la Compañía de los Cuatro y el Teatro del Angel; de música, con Inti Illimani, Isabel Parra, Amparo Ochoa, Coro Jiménez del estado de Morelia, Camerata de Punta del Este de Uruguay, etc. Hubo una amplia muestra fotográfica, de artesanía y publicaciones, y proyección de películas chilenas o dedicadas a Chile por cineastas de la URSS, Italia, R.D.A. y otros países. Hubo, en fin, cuatro coloquios dedicados a la literatura con la participación de una docena de escritores chilenos, como Antonio Skármeta, Ariel Dorfman, Luis Enrique Délano, Poli Délano, Volodia Teitelboim, Fernando Alegría, Jaime Valdivieso y otros.

El evento concitó el interés de miles de mexicanos y tuvo una amplia cobertura de los medios de comunicación.

De menor envergadura, pero de una gran repercusión fue otro torneo al que me tocó asistir en Los Angeles, California, en febrero de 1980. Fueron las «Jornadas Culturales Chilenas» que organizaron la Universidad del Estado de California y la revista *Literatura Chilena en el Exilio*. Fue una semana en que el acento estuvo puesto en los debates literarios, aunque también hubo exposición de pintura («20 artistas chilenos», con Matta, Balmes, Mario Toral, René Castro, etc.), veladas de cine y teatro y conciertos musicales. Una veintena de escritores, entre ellos, Pedro Bravo Elizondo, Grinor Rojo, Jaime Concha, Bernardo Subercaseaux, Fernando Alegría, Armando Cassigoli, Marcelo Coddou, David Valjalo y otros.

Considero finalmente inadmisibles que *Araucaria*, que durante diez años —y en Madrid— ha estado haciendo por la cultura chilena lo que «Chile vive» intentó hacer en un mes, no haya sido considerada para nada según cuenta el artículo de Orellana. Lo mismo digo por *Literatura Chilena, Creación y crítica*, que desde hace unos dos años trasladó su redacción a España.

Juan Arias (México, D. F.).

De paso una vez por París me tocó conocer el n.º 7 de *Araucaria*, en cuyas portadas reprodujeron algunas arpilleras. Corresponden a temas más o menos antiguos, de unos ocho o diez años atrás. Me pareció que podía interesarles reproducir algunas más recientes, hechas el año 84 en la población La Faena por la camarada Ana. Los temas son: Los hornos de Lonquén, Olla común de Lo Hermida y La barricada. A diferencia de las arpilleras más antiguas, éstas son «en relieve»; es decir, primero se confeccionan los muñequitos y después son adheridos al «fondo de la obra». También son tridimensionales algunos objetos, como el horno, la olla y las puertas. Es una lástima que al reproducirlas, este carácter tridimensional no pueda notarse.

Es uno de los aspectos que hace de estas arpilleras verdaderas obras de arte, donde la vida real aparece representada «casi» como si tuviera vida.

Francisco Chacón (Troyes, Francia).

No nos es posible reproducirlas todas. Vaya, al menos, la que recuerda las barricadas que levantan los pobladores en sus luchas contra los carabineros.



Por intermedio de ésta queremos hacer llegar a todos los lectores de vuestra revista un saludo fraternal desde Moscú.

Somos integrantes del taller de artesanía que lleva por nombre «Araucaria». Todos estamos suscritos aquí a vuestra publicación, y quisiéramos que con más frecuencia pudiesen incluirse en ella artículos dedicados a la artesanía chilena, ya que nosotros trabajamos en diferentes ramas de ésta y nos hace falta más base teórica.

Taller de artesanía «Araucaria» (Moscú, URSS).

Empiezan a volver o a prepararse para hacerlo algunos de los exiliados chilenos autorizados en las listas más recientes. Uno de ellos es el escritor Armando Cassigoli, quien durante los últimos años ha debido soportar, fuera del destierro, graves quebrantos de salud. La noticia del levantamiento de su condena al ostracismo quiso festejarla con el poema que les mando y que tal vez les interese publicar.

J. L. (Santiago, Chile).

POR LO QUE VIVO

*Maduro de esperar mis juventudes,
cansado de inventar mi propia suerte,
veo pasar la vida en cada trino,
en cada soledad, en cada muerte.*

*Hay un parrón quizás en el recuerdo,
un perfume de sal en mares fríos,
un cabello de llamas en el lecho,
un andén provinciano en el estío.*

*Una gran rebeldía en el camino,
el recuerdo de viajes ya perdidos,
un largo atardecer, un largo vino
bebido en mi Santiago peregrino.*

*Un viento de nostalgia azota y quiebra
los tristes ventanales del exilio;
el Pacífico me baña en otras tierras
pronuncia el nombre «patria» en otro sitio.*

*Pasan mis siglos lentamente y quiero
reposar en chillanes ya perdidos
recorrer esos mil valparaísos
que hay en cada pedazo de mí mismo.*

*A esta hora es poco lo que pido,
sólo el pan, sólo el aire, sólo el vino,
la libertad de ver a mis montañas,
la libertad, en fin, por la que vivo.*

Armando Cassigoli

EL PEOR CIEGO

—¿Qué opina usted sobre las torturas horribles que han padecido los chilenos...?
—No tengo antecedentes de que en este país se torture.

(De una entrevista a Juan de Dios Carmona, ex ministro de Defensa del gobierno de Edo. Frej. Apsi, 8-III-87.)



Juan Pablo II en Chile

Pamela Jiles
CON PAPA O SIN PAPA

Dos muertos —un poblador y un estudiante— y más de trescientos heridos fue uno de los saldos de la visita del Papa a Chile. Uno de los resultados negativos del esperado encuentro que, en realidad, dejó también herencias positivas. Verdaderamente, Pinochet nunca se había visto más «jefe de Estado» en estos catorce años de dictadura, que cuando se asomó junto al pontífice al balcón del mismo edificio que bombardeó el 11 de septiembre de 1973 para tomar el poder por la fuerza. La mayor parte de los chilenos no pudo dejar de pensar que en un balcón como ése Salvador Allende —el último presidente de Chile— disparó en defensa del régimen constitucional y democrático antes de caer en medio del fuego que consumía La Moneda.

Pero también es verdad que la presencia de Juan Pablo II dio posibilidad de que el pueblo chileno se expresara en una gran jornada de repudio a la tiranía. Por primera vez las manifestaciones antidictatoriales debieron ser registradas —de mala gana— por los medios de comunicación oficiales, y quedó claro, en su exacta magnitud, cómo es de minoritario el sector que apoya a la dictadura y cuán aislado está Pinochet.

Durante los seis días de su visita, Carol Wojtila escuchó interminablemente el clamor «¡Papa, hermano, llévate al tirano!». No sólo no se lo llevó, sino que pronunció sesenta y dos veces la palabra «reconciliación» —que a muchos les sonó más a «conciliación»— y soportó los reiterados quiebres del protocolo por parte de Pinochet y su esposa con una sonrisa en los labios. No mencionó ni lejanamente la huelga de hambre que durante cuarenta días mantuvieron todos los presos políticos del país. No hizo ninguna alusión directa a la necesidad urgente de liberación del pueblo oprimido, ni siquiera cuando él mismo lloró con las bombas lacrimógenas y sudó en cámara, observando la batalla campal que se desencadenó en el Parque O'Higgins. El panorama de represión y violencia contra el pueblo que Su Santidad pudo observar personalmente desde las alturas es el mismo que cotidianamente sufren miles de chilenos, sólo que esta vez fue transmitido en directo para todo el país y una buena parte del mundo.

Justo antes de aterrizar en Chile, el Papa dijo que el gobierno de Pinochet es un «estado dictatorial». Ya en el país, se abrazó, saludó y rezó junto a quien encabeza ese régimen. Y advirtió que «nadie debe sustraerse de tomar parte activa, responsable y generosamente en esta obra común (la reconciliación nacional)».

No puede negarse que Juan Pablo II se preocupó de condenar la tortura y la violación de los derechos humanos, punto en el cual reafirmó

las líneas pastorales más progresistas de la Iglesia chilena. Sin embargo, en cuanto levantó el vuelo comenzaron a manifestarse algunos cambios y remociones al interior del clero que hacen prever un giro más bien conservador en la práctica eclesial. El estilo pastoral del arzobispo Fresno, del Nuncio Sodano y de monseñor Cox parece haber salido fortalecido después de las ciento diecisiete horas que duró la visita, a pesar de las reiteradas silbatinas que recibió el arzobispo de la masa popular por donde quiera que pasó.

Carol Wojtila se reunió con representantes de todos los sectores políticos, incluido el Movimiento Democrático Popular que —hay que decirlo— desaprovechó lamentablemente la oportunidad firmando y haciendo público un documento en que llama a la búsqueda de soluciones pacíficas para la crisis nacional, junto al Acuerdo Nacional.

Los sectores populares —con la acertada conducción de los pastores más comprometidos, que se jugaron por mostrar el Chile real al visitante— se movilizaron sin descanso y aprovecharon cada espacio para condenar y repudiar a la dictadura, rompiendo el bloqueo informativo de catorce años, pese a que el régimen militar intentó controlar todo lo que se difundía por los medios de comunicación. Por primera vez desde el golpe de 1973 se dijo por televisión y en cadena que en Chile hay perseguidos, presos políticos, desaparecidos y torturados, hambre y superexplotación, como lo señaló en su valiente testimonio la pobladora Luisa Riveros que, en cuanto el Papa abandonó el país, comenzó a ser amenazada y acosada. El pontífice constató que «también en Chile, como en muchos otros lugares, he podido ver con dolor la pobreza de muchos en contraste con la opulencia de algunos», aunque privilegió la actividad de la empresa privada en lo económico, subordinando el rol del Estado, tal como lo ha hecho la Dictadura. También desautorizó a la Iglesia popular, a la vez que pidió mansedumbre a la grey chilena.

Juan Pablo II —el jefe número 234 de la Iglesia Católica— hizo gala en todo momento de un carisma poco común y un vigor físico sobrehumano. Su imagen blanca, serena, atractiva, soportó agotadoras jornadas de dieciocho horas, viajes, traslados y bruscos cambios de escenario, sin alterarse. El Papa es sin duda una personalidad encantadora, además de un gran líder espiritual que hizo enloquecer a las multitudes con frases como «el Amor es más fuerte».

Pinochet —con su característico desatino y actitud mesiánica— inauguró la visita atribuyendo a «un designio de la Providencia» el que fuera él quien recibiera por primera vez a un Papa en suelo chileno. De ahí en adelante todo era posible y el surrealismo ya se había apoderado de la situación.

El gran misterio de la visita: qué hablaron el Pontífice y el Capitán General durante los cuarenta minutos que estuvieron encerrados y en privado dentro de La Moneda.

Una constatación indiscutible: la sociedad chilena mostró durante esos días sus profundas heridas, su polarización y el nivel límite al que la han llevado; señaló cuán necesario y urgente es un cambio, con Papa o sin Papa.

Mario Boero

OBSERVACIONES A UNA VISITA

Nuevamente el lenguaje teológico-pastoral de la Iglesia, formulado por Juan Pablo II en su visita a Chile, tiene consecuencias políticas concretas. Tal como ya en los primeros siglos de la Iglesia —a medida que se consolidaba la ortodoxia de la cristiandad— se discutían con ardor fórmulas dogmáticas cristológicas, hoy nos encontramos en el continente latinoamericano con un término conflictivo y nuevo. Con repercusiones también para la cristología (estudio de la figura de Cristo) en las iglesias pero mucho más para el mundo político dentro de la militancia nacional chilena. La cuestión disputada es hoy la voz «reconciliación», insistentemente subrayada por el Papa en Chile.

A través de esta palabra, con distintas y polémicas características semánticas (como sucedió con el emblema referido al Papa: mensajero de la «paz» o de la «vida») pasa gran parte del significado del viaje de Juan Pablo II a Chile. Así lo anticipaba el episcopado chileno antes de su llegada a Santiago, y las consecuencias de esta política reconciliatoria habrá que constatarla en los meses venideros. Sobre todo observando cómo la Iglesia chilena «trabaja» las palabras de Juan Pablo II en relación con el mundo popular, con movimientos cristianos, con el régimen militar, con otras confesiones creyentes, con los partidos políticos. Sin embargo, de entrada, una cuestión llamativa: aunque el lenguaje y las palabras son muy importantes en teología, no menos importantes son hoy las imágenes gracias a los medios de comunicación. Por ejemplo, Juan Pablo II y Pinochet en La Moneda. Frente a esta escena, el vocabulario de reconciliación del Vaticano no es para el pueblo pobre chileno ni siquiera resignación. En realidad se siente como pura teología de la opresión.

Demasiadas esperanzas florecían en Chile con la visita de Juan Pablo II. Las expectativas que él despertaba en los pobres de Chile no han tenido proporción, en la práctica inmediata, con sus gestos y palabras expresada a lo largo del país. El carácter mesiánico de su llegada a Chile, interpretado como un verdadero redentor por la religión popular y por vastos sectores católicos, se ha transformado en consuelo cuando esa reconciliación quiere ser sólo alivio intangible de almas, de espíritus en conflicto.

Con este enfoque pneumatológico (estudio espiritual de la vida cristiana) la reconciliación adquiere gran relevancia en el Papa. Promoviendo antes que nada la concordia entre los hombres a través del amor en medio de la violencia y la represión (que él pudo observar en el parque O'Higgins, en el Estadio Nacional, en la población La Bandera), queda en penumbras el vigoroso lenguaje cristiano preocupado de la igualdad de los hombres. Pues anidando el pecado en el «corazón de la persona» siempre habrá lugar para hablar de reconciliación. Especialmente si es predicada en un contexto de opresión militar, de persecución policial, de muerte física.

La lucha popular, la libertad de Chile, la justicia y el derecho de los pobres, el sufrimiento de la nación, parecen ser cuestiones imparciales

y neutras al lado del carácter absoluto de la reconciliación del país que demanda Juan Pablo II. Incluso dentro de su visita todo puede haber sido relativo si no es resuelta previamente la reconciliación de Chile.

¿Cómo acoge el episcopado y la teología chilena toda esta cuestión? Con ambigüedades pues sienten que influidos por este papado corren el riesgo de expresar a la larga los intereses de una Iglesia populista, caracterizada por dos evidentes criterios:

1. Es una Iglesia que está interpelada por el mundo pobre pero no establece fronteras para discernir dónde quedan situados realmente los pobres, aunque habla mucho de ellos, pues frecuentemente proclama esta preocupación desde una «solidaridad» formulada primero por la Iglesia, transmitida y empleada luego para fines del mundo popular; y

2. Es una iglesia donde está brotando una postura teológico-pastoral que intenta privilegiar dentro de la sociedad los momentos de reconciliación en lugar de aquellos reales momentos de justicia y liberación producidos en Chile. Pues parece que la Iglesia, interpelada durante años por la opresión del gobierno ejercida sobre los pobres, termina por respirar la crisis político-moral del país del modo como piensa el régimen, convencido éste «en hacer necesaria la injusticia como única manera de que no nos vayamos todos a pique» (González Faus). Influida la Iglesia quizás por el «yo o el caos» proclamado por Pinochet. La reconciliación cumple dentro de ello un papel permanente destacado pues el criterio del episcopado estima que sólo ella puede permitir que salgamos todos a flote, nivel y momento que facilitaría reconocer la justicia, la democracia o la paz en Chile. En este sentido es una Iglesia empeñada en la reconciliación de Chile a medida que es profundizada la crisis y la convulsión social provocada por el régimen, intentando hacer ver que la reconciliación es siempre conveniente para la sociedad porque tiene frutos «imparciales» (buenos para todos) pues todos hemos sido «culpables de la opresión» en el país.

Un importante prelado vaticano dijo en Roma en 1973 después del golpe de Estado que la «Iglesia Universal será juzgada por lo que haga o deje de hacer la Iglesia chilena». La Iglesia chilena ha hecho mucho desde esa fecha, por eso hoy, después del viaje de Juan Pablo II, cabe preguntarse: ¿Querrá de veras acreditarse la Iglesia Universal por las iniciativas pastorales, sociales, religiosas propias de la Iglesia católica chilena? ¿O siguen las decisiones de los episcopados de América Latina limitadas a las resoluciones del «centro», especialmente en cuestiones de cambio social, democracia y reformas? Verificar este problema exige no sólo seguir el itinerario de la visita papal en Chile a través de sus documentos y palabras. Es conveniente además observar hoy qué reacción cristiana existe en las masas pobres y creyentes de Latinoamérica una vez en silencio el papado dentro de los respectivos episcopados del Tercer Mundo.

(De sus memorias)

GABRIEL GARCIA MARQUEZ

Visita al Papa

Pensándolo bien, la idea surgió hace ocho años en el hotel *César Palace* de São Paulo, Brasil, cuando deslizaron por debajo de la puerta de mi cuarto un ejemplar del matutino local con un titular a ocho columnas: *Murió el Papa*. Indignado, llamé por teléfono al capitán de botones, y protesté:

—Es escandaloso que en un hotel de cinco estrellas le traigan a uno el periódico del mes pasado.

—El señor me perdone —me contestó una voz de portugués acostumbrado a todo—, pero es que el Papa se murió otra vez.

Lo que el capitán quería decir era cierto. Juan Pablo I, el sonriente Albino Luciani elegido apenas treinta y cuatro días antes, había muerto en su cama la noche anterior. Los que habíamos nacido demasiado tarde para ver el cometa Halley en 1910, y no podíamos estar seguros de verlo pasar otra vez en 1986, teníamos ya el consuelo de haber vivido un acontecimiento más raro que un cometa: uno de los papados más cortos de la historia. Lo que no podía imaginarme era que antes de tres meses yo iba a tener una entrevista más bien insólita con su sucesor, y a quedarme encerrado con él por breves minutos en su oficina del Vaticano.

Yo había ido a São Paulo en aquella primavera austral de 1979 para pedirle ayuda al cardenal Paulo Evaristo Arns en una gestión relacionada con los desaparecidos de la Argentina. La muerte de Juan Pablo I estuvo a punto de estropear el encuentro, pues el cardenal Arns tuvo que improvisar la vuelta a Roma aquel mismo día para la nueva elección, pero en nuestra apresurada entrevista se le ocurrió una idea muy suya.

—Venga conmigo a Roma y hable el asunto con el Papa.

—No hay Papa —le dije.

—La semana entrante lo habrá —me dijo—, y cualquiera que sea el elegido será muy sensible al dolor de América Latina.

No me fui de inmediato, pero fui dos meses después a pedirle el favor a Juan Pablo II, a quien el cardenal Arns había solicitado para mí una audiencia especial. Sólo que nada fue tan fácil como se había previsto. La Secretaría de Estado decía no haber recibido la carta de don Paulo Evaristo, y ahí terminaba la historia. Pero mi amigo Fulvio Zanetti, director en aquel tiempo del semanario *L'Espresso*, de Roma, me dijo de un modo muy romano que él tenía un amigo que tenía un amigo cuyo cuñado conocía a un profesor de filosofía que conocía a otro con posibilidades de conseguir la audiencia. Ese mismo día me fui a París pensando que la diligencia de Zanetti sería larga. Pero al llegar allí, ya entrada la noche, encontré un mensaje suyo: la audiencia con el Papa era al día siguiente a la una de la tarde.

Valerio Riva, que había sido mi editor en Feltrinelli y era entonces editor de *L'Espresso*, me recibió en el caótico aeropuerto de Roma cuando sólo faltaba una hora y media para la entrevista. Yo preví aquellas prisas, y había comprado en el aeropuerto de París mi primera corbata en veinte años, temiendo que por no llevarla me fueran a impedir la audiencia. De modo que podíamos ir de inmediato al Vaticano.

Pero no: no podíamos. De acuerdo con las instrucciones cabalísticas que llevaba Valerio Riva, había que pasar primero por un edificio determinado en el barrio de Parioli, tocar el segundo timbre de la derecha de arriba hacia abajo, y preguntar por la condesa. Así no más: la condesa. Sin embargo, la que bajó tan pronto como tocamos, y sin la menor prisa, fue una joven romana, bella y encantadora, que llevaba una bolsa de mercado con mis libros en italiano para pedirme que se los firmara. Ella nos condujo a un instituto de estudios teológicos a doscientos metros de la plaza de San Pedro, donde nos esperaba un sacerdote yugoslavo que hablaba un español perfecto y parecía saberlo todo de Dios y de la América Latina. El me introdujo en el Vaticano, no por la puerta grande, sino por una muy estrecha que da a una callejuela posterior donde no parecía haber ninguna guardia. Más tarde me contaron que aquella no era una puerta peyorativa, como yo lo pensé, sino todo lo contrario, y que desde la elección de Juan Pablo II se había vuelto célebre en los mentideros romanos, donde la llamaban *La Porta Polacca*.

La impresión que me dio el Vaticano por dentro fue de desolación. Inmensos salones vacíos con gobelinos solitarios, y corredores interminables por donde el sacerdote yugoslavo me conducía casi a rastras. El invierno romano no es nada cruel, y aquel era de los mejores, pero a través de los grandes vitrales la luz del cielo tenía algo taciturno que no parecía de Roma. En lugar de los guardias suizos, enormes e impasibles, la atención de la casa estaba a cargo de jóvenes atildados de la aristocracia romana en traje de etiqueta. En el aire inmóvil no se sentía a Dios, como yo lo hubiera deseado, pero sí se sentía el poder de sus ministros.

A la una menos tres minutos el guía se despidió de mí con la promesa de verme después de la audiencia, y me dejó sentado en un salón pequeño, con poltronas y frisos dorados y terciopelos mustios, que terminaba en una puerta cerrada al fondo de una galería de vidrieras radiantes: la antesala de las oficinas papales. El silencio era absoluto, a pesar de que a pocas cuadras de allí estaban los muelles del Tíber con su tráfico luciferino. Nadie vino en mi auxilio en cinco minutos eternos. De pronto se oyó un carrillón invisible cuyo sonido no podía ser sino de oro, y un hombre esclarecido por la luz oblicua de la Navidad inminente, con una túnica deslumbrante y un solideo deslumbrante, abrió de su propia mano la puerta del fondo. Yo me puse de pie, pero permanecí inmóvil. Entonces él, sonriendo divertido, me indicó que me acercara con un aleteo muy casero de la mano, como espantando moscas, y me esperó al final de la galería sin soltar el picaporte. Era Juan Pablo II.

Lo primero que me impresionó de él, y que sigue impresionándome cada día más en todas sus fotos, fue su parecido inquietante con el novelista checo Milán Kundera, y no sólo por su físico sino también por los gestos y el timbre de la voz. Lo segundo que me impresionó fue la fuerza de la mano que me puso en el hombro para conducirme al escritorio.

—*Ché lingua parli?* —me preguntó.

Alguien me había dicho que Juan Pablo II estaba repasando su castellano para tenerlo limpio y aplanchado en su visita a México, el mes siguiente. Así que le propuse hablarlo durante la entrevista.

—No sería nada malo —le dije— poder decir en mis memorias que le di al Papa una clase de castellano.

El estuvo de acuerdo con la misma sonrisa un poco traviesa con que me había saludado, y no me invitó a sentarme al otro lado del escritorio, sino en la esquina del mismo lado en que él se sentaba, de modo que mientras conversábamos me daba palmaditas en el brazo para hacer énfasis en sus palabras. Me contó de entrada que había estudiado el castellano en la escuela secundaria, porque estaba escribiendo una tesis sobre San Juan de la Cruz y quería leerlo en el original. Yo cometí entonces el error táctico de seguir haciéndole preguntas sobre un tema que me pareció irresistible, y cuando me di cuenta había gastado cinco minutos de los diez previstos para la audiencia.

Desde el primer instante me di cuenta de que el Papa hablaba bien el castellano, pero que trataba de hablarlo mejor, y esto le exigía un esfuerzo adicional en la búsqueda de la palabra precisa, y le ocupaba un tiempo que iba a hacernos falta para el tema central. De modo que tan pronto como entramos en materia busqué la oportunidad de derivar hacia el italiano o el francés, que sin duda hablaba sin esfuerzo.

No fue difícil. El cardenal Arns me había dado una copia de la carta con que había solicitado la audiencia, y yo le rogué al Papa que la leyera, no sólo para acreditar mis títulos, sino porque allí había una síntesis compacta y convincente de mis propósitos en relación con unos diez mil desaparecidos en la Argentina. Como estaba escrita en francés, él asentía con la cabeza a medida que leía, diciendo: Ah oui. Ah oui. Aunque era una lectura dramática, no perdió ni un instante su buena sonrisa, y al final me devolvió la carta como si regresara de un viaje que conocía de sobra, y me dijo en un francés fluido:

—Esto es idéntico a la Europa Oriental.

Yo atrapé la ocasión para que no volviera a hablar en castellano, como en efecto no volvió, tal vez sin darse cuenta. Pero la conversación no alcanzó a tomar vuelo, porque en ese momento sentí que se me había caído un botón metálico del saco, y ambos lo oímos rodar por el piso. El se echó hacia atrás en el asiento para que yo pudiera buscar el botón debajo del escritorio, y lo vio primero que yo muy cerca de su sandalia de pescador. Entonces me apresuré a recogerlo por temor de que él se me anticipara. En ese mismo instante sonó el carillón de oro, y la audiencia terminó sin que yo tuviera ocasión de dar siquiera una réplica.

Tal vez mi gestión hubiera llegado a un término feliz si la entrevista se hubiera prolongado cinco minutos más. A fin de cuentas, como lo decía la carta del cardenal Arns, lo único que le pedíamos al Papa era su bendición para la campaña. Pero las normas del Vaticano son inapelables, y la audiencia terminó sin una respuesta. Sin embargo, a medida que aquel encuentro se sedimenta en mi memoria lo evoco menos como una derrota sin batalla, y más como un recuerdo de la infancia que bien merece ser contado. Sobre todo al final, cuando el Sumo Pontífice no pudo abrir por dentro la puerta de la oficina por más que hacía girar la llave, hasta que un secretario acudió en su auxilio y la abrió desde fuera. Me pareció

lógico: todos hemos tenido esos problemas en una casa donde acabamos de mudarnos, y él no tenía en aquella más de dos meses. Sólo entonces tomé conciencia plena de dónde estaba, de aquellas vidrieras de madera natural con filas interminables de libros iguales, de aquellos floreros antiguos sin una sola flor, y de aquel hombre solitario que hacía girar la llave al derecho y al revés en la cerradura sin conseguir abrirla, murmurando algo en polaco que tal vez fuera una oración al santo ignoto que abre las puertas atascadas.

¡Qué tal que mi mamá supiera — pensé — que estoy encerrado con el Papa en su oficina!

Me pareció tan irreal, que aquella tarde me hice el propósito firme de no escribirlo nunca, por temor de que nadie me lo creyera.

LIBERTAD EN EL ESTADIO

En el Estadio Nacional faltaban aún como treinta minutos para que llegara el Papa desde Valparaíso, cuando se lanzaron al vuelo, desde el centro del Estadio, unos globos con gas que arrastraban unos enormes letreros verticales. El primero decía, Amor, y se perdió rápidamente en el cielo. El segundo, Verdad, y los jóvenes aplaudían a rabiar mientras ascendía. El tercero, Justicia, que se elevó en medio de un estruendo ensordecedor. El cuarto, Libertad. Todo el Estadio comenzó a corear esa palabra al unísono: «Libertad, Libertad, Libertad». El globo subió unos metros en medio del coro interminable y, de pronto, ante los ojos sorprendidos de miles de jóvenes, comenzó a caer, lentamente descendía. Los gritos de «Libertad, Libertad» se hicieron más fuertes, ya no para testimoniar sólo un deseo del país, sino especialmente para intentar sostener en el aire ese ideal nacional que irremediablemente se venía abajo. El globo, imperturbable, bajaba y bajaba. Los gritos eran más fuertes, algunos jóvenes lloraban, se acoplaron al coro los periodistas, los guardias papales, los funcionarios del Estadio Nacional, los voluntarios de la Cruz Roja. El letrero bajó aún más y rozó el pasto de la cancha. «Libertad, Libertad» era el único sonido, la única consigna proveniente de todas las tribunas, galerías y rincones del Estadio. Cuando ya todo hacía presagiar el inevitable fin del globo Libertad, se produjo lo inesperado: el letrero comenzó a subir impulsado por los globos que cobraban renovada vitalidad. «Libertad, Libertad, Libertad» cantaban noventa mil personas que fueron a ver y escuchar al Papa y se encontraron sintiéndose y escuchándose a sí mismos en su más encarecido deseo para el país.

Tal vez fue una brisa oportuna, una súbita mejoría en el helio que llenaba los globos. Tal vez... pero para los asistentes al Estadio Nacional la Libertad se alzó impulsada por la fuerza de miles de gargantas que no aceptaron que esta demanda esencial, unitaria, terminara por los suelos. Y siguieron coreando su nombre hasta que la Libertad se unió a la Verdad, el Amor y la Justicia en algún lugar del cielo chileno.

(De una crónica de Fernando Paulsen, en *Análisis*, 7-12 abril 1987.)

Más sobre la visita del Papa

El texto que publicamos a continuación corresponde a extractos de una carta escrita desde Valparaíso a un exiliado residente en Francia.

Quiero contarles algunas cosas sobre la tan mentada visita.

Primera consecuencia. Vacaciones. Sí, porque a partir del miércoles a mediodía, las escuelas de la Quinta Región y Metropolitana, están en vacaciones. El resto de las regiones que visitaría el Papa era, según lo viera la Intendencia, pero en general, todos están de vacaciones. El día viernes fue feriado nacional, en honor del Papa. En Valparaíso, a partir del mediodía del jueves, el comercio cerró... en honor del Papa, ya que ese día visitó Valparaíso (así es que cerramos a partir del jueves a mediodía y ya no abrimos hasta mañana lunes, porque el sábado en la mañana tampoco abrió casi nadie). Aparte de todo el despelote que hay a nivel escolar, y que esta semana íbamos a dar una pelea los apoderados, ya que a partir del lunes (o sea, mañana) en la escuela donde está el chicoco, echaron a más profesores, y deshicieron cursos. El chico queda ahora en un curso de 48 alumnos..., ¡espantoso! Y todo un fin de semana cerrado el comercio, con todas las deudas que hay y que en quince días más viene Semana Santa y otro fin de semana de fiesta, realmente es como de locos.

Estoy mirando en estos momentos (un poco de reojo) al Papa en la Serena; ceremonia muy linda, intercalada con los bailes de los «chinos» del Norte; esta mañana estuvo en Temuco, también con una presentación de los mapuches, pero eso no lo vi. Nuevamente está hablando

de la reconciliación y del amor. Cuando lo recibieron (creo que en el Estadio) el grito que más se escuchaba, y claro, era el de «libertad».

Bueno, sigamos recordando lo que ha pasado y la gente que se ha rajado sus vestiduras, y los muertos y los heridos, y las beatas y los jóvenes, y etc.

Todavía no veo de qué ha servido el viaje del Papa. Y esto es sincero. Excepto una cosa. Pero, sino, kilómetros y kilómetros (realmente, lo admiro en eso; es de una vitalidad increíble; unos programas espantosos, como el del jueves: en la mañana estuvo donde Pinocho, después fue a La Bandera, el acto con los pobladores; después de almuerzo a Valparaíso, con el acto en Rodelillo y, finalmente, terminó ¡en el Estadio Nacional! Yo lo veía que cabeceaba de repente en el Estadio... dicen que meditaba. Yo digo que descansaba y lo entiendo.) Les decía que veía una sola cosa positiva: que hubo un pequeño espacio para hablar y gritar delante de todos los países del mundo, representados por sus periodistas. Y eso va a derivar, que en varias partes se creen organizaciones que, si hay gente con visión, pueden seguir trabajando. Todos se movilizaron... cierto, con distintas intenciones, pero ha sido algo así como una gran marea reventando por varios lados. Los discursos del Papa, en general, han sido hasta ahora como se esperaba... nos introdujo a todos en el Evangelio y que ahí teníamos las respuestas a todos nuestros males.

Es cierto que ha habido pequeñas frases que ha largado, que han sido positivas. No podía ser de otro modo, con toda la presión que recibía a partir de las denuncias que escuchaba. La reconciliación a la que tanto ha llamado, no la llamó como tiene que ser; ¿a partir de qué se puede llegar a una reconciliación? Entonces queda una palabra hueca. Una cosa que ha causado extrañeza en algunos periodistas, es el hecho de las denuncias que se han hecho, especialmente en el acto en la población La Bandera y los jóvenes en el Estadio Nacional. Incluso, un secretario (creo) del Vaticano que anda por acá, declaraba que hay algunos países en los que no se puede decir lo que se ha dicho acá. Es bien ignorante el caballero, porque no se da cuenta que la gente aprovechó el resquicio que deja la visita del Papa, la oportunidad que en esos lugares dejaron los curas que trabajan en esos lugares para que la gente hablara, y el peligro en que se encuentran todas esas personas, desde que el Papa parta, de seguimientos, amenazas, persecuciones, allanamientos, raptos e incluso, muerte. Y esto no es exageración. Cuando alguien habla queda expuesto a que le pase cualquier cosa. Y todas las personas que hablaron saben eso. Y es bien importante recalcar lo que dije antes. También se habló porque los curas (no digo la Iglesia; digo los curas y los podría nombrar) que trabajan allí, dieron espacio. Porque en otros lados no pasó nada por eso. En Valparaíso, con el obispo Borja Valenzuela, momio reconocido, no pasó nada en lo que respecta a denuncias concretas; solamente lo que pudieron hacer algunos grupos organizados en pasar lienzos, globos con leyendas, etc. Pero la Iglesia en Valparaíso, no dio oportunidad a nadie. Acá el Papa habló sobre la familia... nos metimos de lleno en el Movimiento Familiar Cristiano. Amén.

Un poco de historias. El día que llegó, a mí me tocó ir a Santiago en la mañana. A las 16 horas, cuando él iba llegando yo venía partiendo de Santiago, así es que nos cruzamos en la esquina (ja, ja). Bueno, pero antes era impresionante. Unos compañeros con los que andaba, me invitaron a caminar «por las anchas alamedas que se habían abierto otra vez». Cierta, detuvieron todo el trá-

fico en el centro, funcionaba sólo el Metro (casi me asfixiaron cuando me tuve que meter al Metro, fue espantoso). Bueno, decía que fue rico caminar por la Alameda (un par de horas antes que llegara el Papa, por la mitad de la calle, recordando otras ocasiones...). Lástima que te borraba la ilusión, cuando pasaba algún auto de la CNI, o de los carabineros, que eran los únicos que circulaban. Pero de nuevo era rico, ver la silbata que se iba produciendo a medida que pasaba el carro por el lado de las personas que estaban detrás de los cordeles en algunos lugares. En varias partes vi como, cuando pasaba un carro de policía, quedaba lleno el suelo de volantes que tiraban al paso del vehículo, y la chiflatina era espantosa cada vez. El odio que hay contra los uniformados, en Santiago, se palpa en el aire.

Que había una preparación para la llegada del Papa, es cierto. Que se organizó la gente por todos lados, y no solamente para ir a escucharlo, es cierto también. Aparte de muchas cosas que se hicieron, como tomas de terreno, era una tras otra, los días antes que llegara el Papa, y ahí fue donde murió un poblador, que ni siquiera estaba participando en la toma y que vivía ahí cerca. Pero fue baleado por Carabineros.

Ahora, ¿qué pasó en Santa Rosa en el encuentro con los pobladores? Por un lado, las denuncias de una pobladora, una cabra joven y un joven. Fueron excelentes (en el almacén de la esquina de mi barrio un grupo de beatas estaban indignadas al otro día, hablaban como locas, ¿cómo se le ocurría decirle todas esas barbaridades al Santo Padre! Ahí confirmé que la denuncia que se largó la pobladora, fue excelente). Le contó cómo vivían los pobladores y todos sus problemas, entre los que incluyó los profesores, la represión, la tortura, los muertos, los allanamientos, los presos, las familias sin nada de recursos, la falta de vivienda, el hambre, la prostitución, etc., etc. Me imagino, los miles de chilenos, sobre todo, los que se dicen «católicos» y que van siempre a misa, pero que no les interesan estos problemas, se han tenido que tragar todos estos discursos —aunque sea por TV o radio—. A mí, escuchándola por radio, se me llegó a hacer un nudito en la garganta, sobre todo

con la fuerza que hablaba la mujer. Y la cabra, y el joven, hablaron también, confirmando partes de lo que dijo la pobladora (que era una dirigente de una Coordinadora de la Zona Sur). Yo estuve hablando con un cabro, dirigente de esa misma coordinadora poblacional, que estuvo en Santa Rosa, y también estuvo en el Estadio, como un joven poblador. Y con todo lo que me contaba de las cosas que pasaron, les digo que en las dos ocasiones, fue el desahogo de una violencia acumulada en todos estos años. De una rabia contra los uniformados que han puesto la bota encima, sin poder alegar, sin que haya justicia, sin nada de eso. Y eso fue también lo del Parque O'Higgins, donde todos se han rajado las vestiduras. En Santa Rosa hubo los primeros ataques directos contra los carabineros que van antes del Papa; quedaron todos abollados. Ciertamente, los ataques fueron con piedras, porque no hay otra cosa. ¿Qué hubo infiltrados de derecha? Probablemente, y muchas veces son los que comienzan. Pero esto demuestra el clima en que estamos viviendo.

Qué indignación me dio escuchar al obispo Cox (el que dirige la Comisión papal acá en Chile) hablar después de lo que ocurrió en el Parque O'Higgins, gritando: vergüenza nacional... y diciendo que «acá se había visto la acción de los grupos que quieren dirigir el país, pero así la gente los ha conocido, y ahora sabrá que no debe confiar en estos grupos que quieren dirigir el país» y etc., etc., en una clara alusión a los grupos de izquierda.

En el Parque O'Higgins, los carabineros se metieron en un lugar que no debían, fue una provocación y ni siquiera por infiltrados de derecha, sino directamente los pacos, y los cabros ¡qué más quisieron! comenzó la guerra y ahí vino el caos. Leí en una declaración de Mariano Puga, que él trató de calmar por un lado y después por el otro, y los beatos de siempre, le gritaron sinvergüenza, traidor, que él era la causa por haber permitido que la gente hablara. Total, fue el despelote. Hasta al Papa le llegaron los gases lacrimógenos... Bueno; ¿no quería saber y conocer cómo era Chile? Este es. Lleno de violencia y agresión. Yo

siempre lo he dicho: vivimos en el interior de una olla a presión.

En el Parque O'Higgins quisieron parar la ceremonia, pero el Papa no quiso. En todos lados donde fue el Papa prohibieron los lienzos, pero en todos lados llegaron. Acá en Valparaíso, hicimos varios y pintamos hartos globitos (qué risa, son los que trajo mi monja amiga desde Francia, así es que eran globitos franceses)... con consignas «pertinentes», y los lienzos quedaron justo frente al Papa cuando pasó.

En el Estadio hicieron una tontería los organizadores. En toda un área (la más alejada del Papa) pusieron a todas las poblaciones del sector Sur (las más conflictivas, La Legua, La Bandera, La Victoria, etc., etc.), más la Universidad de Santiago, más la Parroquia Universitaria, así es que toda esa ala era una bomba de tiempo. Los cabros de la Universidad de Santiago (ex-Técnica) le pusieron otra letra a la canción del Papa (que han transmitido por radio y TV desde hace un mes, para que todo el mundo se la aprenda); es una música tan pegajosa, que me pillo tarareándola de repente. Bueno, los cabros le pusieron otra letra y la repartieron ese día, así es que cuando la cantaban, todo ese lado la cantaba distinto. Era rebuena, voy a tratar de conseguírmela. Una cosa de anécdota; estaba el Papa discursando y yo justo esa parte la estaba escuchando por TV y, de repente, comienza a preguntar algo así como: ¿Rechazáis el símbolo de la violencia? Y todos tenían que responder sí. Y así otras preguntas. Y, de repente, le escucho: ¿Rechazáis el símbolo del sexo? Yo recuerdo que pensé... ¿En qué se está metiendo el Papa? Además la pregunta estaba como mal hecha. Sí; si uno veía el texto, correspondía, pero tendría que haberla hecho, no sé, más explícita, porque como lo preguntó salía como que se debía rechazar el sexo. Fue muy cómico, porque después que todos gritaban a cada pregunta, sí, sí, cuando salió ésta, fue espontáneo el NO. Los discursos de los jóvenes también fueron buenos, desgraciadamente me perdí el del cabrito que representaba a los secundarios, porque dicen que fue extraordinario, un testimonio impresionante.

Después que terminó lo del Estadio,

los cabros se organizaron afuera para la marcha, y los pacos no se la pudieron para impedirlo. Se hicieron como tres columnas, cada una partiendo como para el lado que correspondía irse, en una batalla con los pacos campal, pero se salieron con la de ellos y las columnas avanzaron. Me contaba este cabro, que iba con la columna que formaron los pobladores de las poblaciones zona sur, que era tan impresionante la marea de la marcha, que dos pacos que venían a detenerla en motocicleta, dejaron abandonadas las motos y se escabulleron y toda la marcha pasó por sobre las motos.

Hubo una serie de anécdotas, tanto del ingenio de los cabros para sus lienzos, para pasarlos, para armarlos, para sacarlos después; y una, por ejemplo, en medio de la pelea en las puertas del Estadio, llega el guanaco y para protegerse todo un grupo se subió arriba de una micro de pacos que estaba sola, con el puro chofer. Dicen que el chofer sacó su revólver pero no pudo hacer nada. Pasó el guanaco, y todos se bajaron dejando al chofer como estatua. Por todos lados los pacos se movilizaban con tanta dotación de vehículos, que era horrible. Pero veías de pronto a una micro de pacos pasar por entremedio de un grupo, y cuando salían se veía a los pacos poniendo su escudo en las ventanas, por-

que les habían roto todos los vidrios. Me tocó ver en uno de los puentes, un carro de policía de los que dicen «paloma» (porque arriba tiene como dos alitas, donde se ponen los pacos con rifles); se había estacionado allí para detener a otra de las columnas. El problema fue que la columna llegó por otro lado, empujaron el carro y lo tiraron guarda abajo después de haberlo pasado al otro lado del puente. Los pacos saltaron y tuvieron que llamar por radio a un helicóptero para que los viniera a buscar. ¿Se imaginan lo fuerte que se sentían los cabros en esas columnas que avanzaban arrollando a todos esos uniformados que siempre los han reprimido? No sé si desde allá estas cosas se pueden entender.

La gente olió el pedacito de área libre que dejaba esta visita y la aprovechó. ¿Qué va a ocurrir una vez que el Papa haya partido? No sé quién dijo: «Más importante que la visita misma del Papa, es lo que pasó antes y lo que va a pasar después». Ahora, para nosotros, está muy claro que el después no significa en absoluto un cambio del régimen actual a un régimen democrático, sino que, en general, va a significar represión. Y antes, lo importante fue el organizarse, porque creó organización. Esperemos que eso permanezca.

Porteña

LA ERA DE LA OSCURIDAD Y LA VERGUENZA

—Monseñor, ¿cómo definiría la actual situación del país?

—Yo creo que estamos viviendo una locura, una locura colectiva. Cuando se escriba la historia de Chile, estos años de dictadura van a ser los años más negros de todos. Nuestros descendientes no van a querer creer, van a ocultar inconscientemente esta etapa tan oscura, tan vergonzosa de la historia del país. Esto es una vergüenza nacional.

(De una entrevista a Monseñor Carlos Camús, obispo de Linares, en *Apsi*, núm. 194, 22-III-87.)





Fuerzas Armadas y democracia «travestida» en América Latina

1 Las «democraduras»

EDUARDO GALEANO

Se acabó la censura, se alza el telón, el público estalla en aplausos; pero, cuidado, esa bella señorita llamada democracia puede ser un travestido: se desnuda y aparece un coronel.

¿Democracia o *democradura*? La *democradura*, democracia hipotecada por la dictadura, democracia *ninguneada*, agachada, vigilada, sometida a régimen de libertad condicional bajo la sombra de las bayonetas, se está imponiendo como fórmula imperial de recambio ante el inevitable crepúsculo de los regímenes militares en América Latina. Los presidentes civiles recién asomados al Gobierno no tienen derecho a tomarse muy en serio el cargo que ocupan: la fórmula les atribuye la función de rehenes de las estructuras militares de poder y del sistema económico por cuya buena salud velan esas estructuras militares.

El insomnio armado

Según la nueva fórmula imperial, el lugar de los militares no está en el trono, sino detrás. Ellos se encargan de que los Gobiernos civiles que empiezan queriendo cambios terminen trabajando por evitarlos. Los Gobiernos civiles gobiernan, pero no mandan; en nombre del realismo, se hacen impotentes. Sobreviven pagando el precio de la parálisis: pueden mencio-

Eduardo Galeano, escritor uruguayo, es autor de *Las venas abiertas de América Latina*, *Memoria del fuego* y diversos títulos.

nar la reforma agraria, pero no pueden realizarla; pueden prometer justicia, pero no pueden practicarla; pueden hablar, pero no decir; pueden actuar, pero no hacer.

El llamado Tercer Mundo consume más armas que alimentos. Los hechos están demostrando que el proceso de creciente y enloquecida militarización no requiere necesariamente Gobiernos militares. Sean dictaduras o *democraduras*, los Gobiernos que custodian un orden social criminal están obligados al insomnio armado. Con toda razón se sienten amenazados, porque, al fin y al cabo, las multitudes pueden perder la paciencia cualquier día de estos, y pueden descubrir que más les vale hacer la historia desde abajo y desde dentro que seguir sufriendo la historia hecha, por otros, desde arriba y desde fuera.

Un menú de puro miedo

En Uruguay, dos años después del fin de la dictadura militar, la gente de uniforme se sigue llevando el 40 por 100 del presupuesto nacional. El Gobierno civil hizo una confesión pública de impotencia en vísperas de Navidad, cuando los dos grandes partidos tradicionales se pusieron de acuerdo para aprobar, con la espada en la garganta, la ley de impunidad. Contra los votos de la izquierda, la mayoría de *blancos* y *colorados* echó agua bendita sobre el desacato militar: los comandantes habían advertido que ningún militar se presentaría a declarar ante la justicia civil, y su voluntad se hizo ley. La *democradura* ha consagrado así el derecho militar a torturar y asesinar en ejercicio del terrorismo de Estado. El ministro del Interior, un civil en un Gobierno civil, explicó, por ejemplo, que la violación de prisioneras en cuarteles o comisarías merece amnistía «siempre y cuando se haya hecho para amedrentarlas».

Ahora ha comenzado en Uruguay la campaña de firmas para un referéndum contra la ley. Esta es la primera respuesta colectiva a la estafa cometida por quienes habían prometido justicia, y terminaron votando, en nombre del miedo, la impunidad. La anémica democracia uruguaya necesita una urgente inyección de voluntad popular. La pobre anda enclenque, porque come miedo. Para que ella nunca pueda moverse y caminar, los dueños del país no le dan de comer más que miedo: miedo al desayuno, miedo al almuerzo, y de cena, miedo.

Nada nuevo bajo el sol

Hasta hace unos años, Uruguay había sido una de las pocas excepciones; pero la verdad es que entre dictaduras y *democraduras* ha transcurrido lo que llevamos de siglo XX en casi todos los países latinoamericanos. Desde mucho antes de que la doctrina de la seguridad nacional fuera oficialmente formulada, ya las fuerzas armadas cumplían una función tutelar, blindados ángeles de la guardia del orden establecido, y ejecutaban, cuando era preciso, el veto imperial a cualquier revolución, reforma o reformita que implicara peligro o peligrío para la propiedad privada y las inversiones extranjeras.

Basta recordar, en este sentido, lo que ocurrió cuando se pasaron de la raya los democráticos Gobiernos de Arbenz, en Guatemala; Goulart, en Brasil; Bosch, en la República Dominicana, o Allende, en Chile. O remontarse más lejos en el tiempo; hasta 1932, pongamos por caso. Ese año, el partido comunista ganó las elecciones en El Salvador. Entonces, el general Maximiliano Hernández Martínez, que decía que se comunicaba por telepatía con la Casa Blanca, anuló las elecciones y mató a 30.000 personas.

Voto de obediencia

En un país vecino a El Salvador, en Guatemala, yo asistí a otro baño de sangre hace veinte años, y no lo olvido. y ese baño de sangre no ocurrió, por cierto, bajo dictadura militar: fue un abogado, y no un general, quien dio comienzo a la larga *guerra sucia* que ha convertido a Guatemala en campo de carnicería. Julio César Méndez Montenegro, presidente civil, no fue volteado por ningún cuartelazo ni sufrió ninguna invasión derribadora desde el Norte. El no dio motivos de queja: bajo su Gobierno, amparados por el manto de la legalidad democrática y so pretexto de la lucha contra las guerrillas, los militares empezaron a aplicar sistemática y masivamente la técnica de las desapariciones y otros métodos de terrorismo de Estado previamente ensayados en Vietnam y de profusa difusión posterior por toda América Latina.

Recientemente, otro civil llegó al Gobierno de Guatemala, al cabo de un siniestro rosario de dictaduras militares. Vinicio Cerezo se llama el prisionero, que no luce ropa rayada, sino banda presidencial. Para obtener el permiso de entrada a palacio, Cerezo aceptó la misma humillación que había abierto las puertas a Méndez Montenegro: se comprometió a no tocar a los terratenientes ni a los verdugos. Ni reforma agraria ni justicia, en un país donde se está ejecutando, desde hace años, una reforma agraria al revés, con los resultados más atroces de toda América. El desalojo de las comunidades indígenas y al arrasamiento de las aldeas, provocados por la expansión latifundista y la voracidad de las empresas mineras, ha dejado, según Amnistía Internacional y America's Watch, un saldo de 40.000 desaparecidos y 100.000 asesinados. Las desapariciones y las matanzas no han cesado con el Gobierno de Cerezo. Impunes los verdugos, intacto el engranaje del crimen, no tienen por qué cesar.

En Brasil, una prodigiosa pirueta de circo puso fin al ciclo militar inaugurado en 1964: el jefe político de la dictadura, José Sarney, se convirtió súbitamente en jefe político de la democracia. También en Brasil, la estabilidad civil obliga a la absolución de los culpables de terrorismo de Estado y obliga a no tocar la tierra: la manera brasileña de no hacer la reforma agraria consiste en mencionarla mucho. Durante el año pasado, más de 200 campesinos fueron asesinados por los latifundistas y sus *capangas* en diversos episodios de la lucha por la tierra: nadie ha sido, hasta ahora, procesado; por esos crímenes no hay ni un solo preso.

En Uruguay, el voto de obediencia a los generales parece simétrico al

voto de obediencia a los dueños de la tierra. El Gobierno actúa de tal modo que sólo falta que apruebe la exhibición de *picanas* eléctricas en los desfiles militares, y al mismo tiempo se encoge de hombros ante más de 20.000 solicitudes de raros uruguayos que no quieren ser funcionarios públicos, sino que aspiran a trabajar el campo. Los latifundistas, que usan el país y arrasan sus pasturas, son violadores de tierras: ellos disfrutaban de la misma impunidad que los violadores de derechos humanos y los violadores de prisioneras atadas.

Los altares del dinero

El desastre de las Malvinas hizo posible que el Gobierno argentino llegara, en materia de justicia, bastante más allá que los demás. También en Argentina, la dictadura cayó por su propio peso, sin que ninguna revolución popular la derribara; pero fue la única dictadura que se vino abajo al cabo de una guerra que la desenmascaró y puso en escandalosa evidencia a los generales que sólo sirven para matar compatriotas.

Esto no implica restar ni un poquito de importancia a los procesos y condenas contra los autores de uno de los más sistemáticos horrores del siglo. Al fin y al cabo, con piscina o sin piscina, el general Videla está preso a perpetuidad. Pero a la primera palabra, como quien dice, o a la segunda, ya la voluntad de justicia del presidente Alfonsín ha encontrado su punto final.

La injusticia, en cambio, no ha encontrado su punto final. La política económica que hizo posible y necesaria la dictadura militar sigue siendo más o menos la misma, al servicio de un sistema imperial de poder que te presta lo que te roba y con tu propia soga te estrangula. Esa política económica castiga los salarios y recompensa la especulación, concentra la riqueza y obliga a los trabajadores a convertirse en hormigas: genera tensión, genera locura. ¿Exageran las encuestas realizadas en Buenos Aires? Las encuestas revelan que, de cada cuatro habitantes, uno sufre «alteraciones nerviosas» y dos quieren irse. Un amigo me cuenta que tras larga ausencia ha vuelto a la gran ciudad, Babilonia latinoamericana y que sus viejos compañeros de la barra del café le han dicho: «Nos *tenés* preocupados. Te vemos muy sereno».

La política económica liberal, o neoliberal, viene siempre embarazada de represión en América Latina. No está de más recordar lo que ocurrió en la República Dominicana hace tres años. No fue bajo la dictadura de Trujillo, sino en plena democracia que el pueblo estalló en manifestación espontánea contra los aumentos súbitos del boleto, del aceite, de los frijoles, aumentos dictados por el Fondo Monetario Internacional, y quedó el suelo regado por 80 muertos, o 100, o 200, quién sabe: los muertos del poverrío no se cuentan, o se cuentan al montón.

En función de la misma política económica, que sacrifica la libertad humana en los altares de la libertad del dinero el Gobierno civil de Víctor Paz Estenssoro está logrando actualmente en Bolivia lo que varias dicta-

duras militares habían intentado y no habían podido: el doctor Paz, dócil aliado de los generales, está rompiendo la espina dorsal del movimiento obrero.

La camisa de fuerza

Tampoco en Uruguay, el ascenso de un Gobierno civil implicó cambios esenciales en la política económica. Los resultados de esa continuidad a la vista están. Según el Gobierno, a la economía le va de lo más bien. A la vista está que a la gente, en cambio, le va pésimo.

La democracia ha defraudado las expectativas de cambio que había despertado. En dos años no ha ofrecido a los jóvenes más alternativa que el destierro o la desesperación, que es eso que ocurre cuando la esperanza se cansa de esperar. País de viejos: los viejos dan vueltas al cementerio del brazo de las ánimas en pena. La dictadura maldijo a los jóvenes. No los trata mejor la democracia, presa de la camisa de fuerza que le obliga a ser *democradura* y nada más. Para que la democracia sea democracia, capaz de cambiar la realidad capaz de hacer la historia, hay que empezar por desenjaularla. Lo pide a gritos este pequeño y despoblado país que había sido besado por los dioses antes de ser arruinado por los politiqueros y los generales.

2

Tras la larga noche

RICARDO MORENO

La ley aprobada recientemente por ambas Cámaras del Parlamento uruguayo por la que se libera de responsabilidad penal a los militares y policías que cometieron crímenes de lesa humanidad en los pasados años de la década del setenta y principios del ochenta, marca un momento decisivo, no precisamente brillante, en la historia de la joven y frágil democracia instaurada en el pequeño país suramericano hace algo menos de dos años.

El desencanto progresivo que ha ido erosionando las esperanzas de todo un pueblo al término de una larga noche de más de una década de terror ha dado paso progresivamente a un sentimiento colectivo de frustración y de incertidumbre sobre el futuro de esa democracia.

Las posibilidades para que se llegue a una anhelada pacificación nacional basada no sólo en la vigencia de las libertades ciudadanas, efectivamente recuperadas desde la asunción del presidente Julio María Sanguinetti,

Ricardo Moreno es periodista uruguayo.

sino también en la justicia que implica en primer término una distribución más equitativa de los sacrificios que impone la recuperación económica de un país saqueado por la acción combinada de la dictadura militar y el capital financiero internacional, enfrentado además a una muy desfavorable situación internacional, han quedado seriamente hipotecadas.

Si es de justicia reconocer al nuevo gobierno civil la fiel observancia del respeto a los derechos y libertades populares y, tan importante como esto, la recuperación de la dignidad nacional en materia de política exterior, especialmente en lo que atañe a los problemas latinoamericanos, también es cierto que su gestión económica, juzgada, no solamente por la oposición, como una suerte de continuismo con la implantada a sangre y fuego por los militares, ha sido el aspecto más criticado y la causa principal de la desesperanza que ha ido ganando al país.

En ese marco la aprobación de una ley que pretende poner un manto de olvido sobre crímenes tan recientes, que han dejado heridas tan profundas, no en un número determinado de individuos o familias, sino en la sociedad entera, es sentida por ésta como una nueva afrenta, como el germen de futuras discordias, y deja la sensación de que la fragilidad de las instituciones es mayor aún de lo que se creía y de que el poder real no reside precisamente en ellas.

La pacificación, que se ha esgrimido como finalidad última de la ley, entendida como el funcionamiento armónico de los distintos sectores sociales y no como la paz de los cementerios, no se logra por decreto. Tampoco el olvido. Máxime si la ley que pretende establecer esa pacificación choca con el sentir de la mayoría de la población, como ocurre con ésta si se da crédito a las encuestas de opinión efectuadas en Uruguay.

Dos tipos de argumentos contrapuestos se han esgrimido en el país en torno a este problema. Por un lado, el favorable a la amnistía, que ha tenido un consecuente defensor en el presidente Julio María Sanguinetti, sostiene que si se otorgó una medida similar a los guerrilleros, incluidos aquellos que habían cometido delitos de sangre, por qué no ha de otorgarse igual tratamiento a los militares.

En segundo término se apela a la tradición histórica del país, que desde su iniciación como Estado independiente en 1830 vivió durante casi un siglo en situación de confrontación armada interna casi permanente, y que siempre esas luchas se saldaron con una amnistía, pese a que tanto *blancos* como *colorados* habían cometido excesos que quedaban como cuentas pendientes.

Sin entrar en consideraciones sobre el tema de la violencia dentro de la lucha política, sobre el que tanta confusión e hipocresía se derrama cada día, el primer argumento parece olvidar que los guerrilleros, hombres y mujeres, y muchos otros que no lo eran pero que no tuvieron ninguna posibilidad de probarlo, habían cumplido ocho, diez y hasta catorce años de prisión en condiciones destinadas a su destrucción física y psíquica.

Hubo otras víctimas, no contabilizadas entre los que padecieron cárcel, a las que se condenó a la callada, lacerante condena del exilio, que

no se acaba con el fin de la dictadura que los extrañó de su tierra. Hubo, por último, una innegable presión social para que se pusieran en libertad a los presos políticos.

Por lo que se refiere a la invocación de la tradición histórica, es cierto que hubo por ambos bandos algunos episodios de violencia condenable en los que se atentó contra la vida de prisioneros indefensos, pero que no impidieron la sanción de una amnistía.

Pero también es cierto que no fueron muchos en proporción al número de enfrentamientos armados y que eran parte de un contexto donde la violencia era un componente casi constante en un medio naturalmente violento. Y no comparable con lo ocurrido en el país en los últimos años.

La tortura sistemática, *a priori*, la violación de las mujeres detenidas, la planificación fría de la destrucción de seres humanos indefensos cuando ya no constituían ningún tipo de peligro, el saqueo de los bienes de los presuntos culpables, fueron hechos que marcaron profundamente a la sociedad uruguaya.

Una sociedad que no es de masas, no sólo por la exigüidad de sus escasos tres millones de habitantes, sino por una tejida red de contactos sociales que hace que cuando uno de sus miembros es golpeado los golpes repercuten mucho más allá de su cuerpo o del ámbito familiar.

Una sociedad que había vivido en paz casi ininterrumpida por más de medio siglo y donde era impensable la persecución por motivos políticos.

Especiales circunstancias internas y externas habían permitido a comienzos de siglo que José Batlle y Ordóñez, un estadista dotado de una visceral solidaridad con los débiles y perseguidos, pusiera los cimientos de la llamada, con evidente exageración, la Suiza de América, un Estado de bienestar a escala subdesarrollada con inusitada estabilidad institucional.

De la experiencia batllista sobrevivió décadas después de su muerte, en 1929 —además del mito, utilizado por los herederos políticos para ganar elecciones—, una cierta forma del ser nacional, un «estilo batllista», —barrido definitivamente por el vendaval de sus últimos años, a fines de los sesenta— por el cual todos los problemas terminaban resolviéndose por la vía de las negociaciones.

La crisis económica había hecho inviable el modelo, pero el espíritu que había impregnado la sociedad perduró bastante tiempo después.

Todavía por esos años Esteban Kikich, un emigrante yugoslavo afincado en Uruguay, ejemplar dirigente sindical, después de haber estado unas semanas en la cárcel central de Montevideo en razón de sus actividades sindicales y en aplicación de medidas especiales ante una huelga general, concurría una vez por semana a la sede policial a tomar café y discutir de política invitado por el jefe, un abogado batllista de viejo cuño, una especie en vías de extinción ya por entonces.

Sobre esa conciencia colectiva que todavía hoy periodistas de origen y características tan disímiles como José Luis Martín Prieto, de *El País*, o Leif Norrman, del *Dagens Nyheter*, de Estocolmo, han podido detectar se abatió el terror del Estado que ahora ha quedado impune.

Contra esa impunidad parece estar, según todos los indicios, la mayoría de la población uruguaya.

No, seguramente, por deseos de venganza, sino de justicia y de ética. Ninguna sociedad puede desoír los legítimos reclamos de justicia de sus miembros, argumenta el Servicio de Paz y Justicia, institución de inspiración cristiana, que agrega que «no sólo es injusto, sino humanamente imposible que una sociedad democrática albergue al torturado y al torturador cuando este último permanece impune por su delito».

Además de los argumentos basados en la legislación internacional, en imperativos éticos y de justicia que respaldan las críticas a la ley aprobada, quizás lo más esencial sea la hipoteca que la ley supone para el futuro de la democracia uruguaya.

Esta ley ha sido aprobada bajo la presión y la amenaza de los militares, apenas unas horas antes de que el primer acusado debía comparecer ante la justicia civil. También unas horas antes el comandante en jefe de las fuerzas armadas había exhortado a todos sus subordinados a no presentarse a la convocatoria judicial y a resistir cualquier intento de hacerlos comparecer por la fuerza pública como es de rigor cuando un acusado desatiende una estimación de la justicia.

La aprobación de la ley durante un fin de semana procuró evitar que el desacato a la justicia se consumara. Se salvaron las formas, pero la realidad no cambió por ello.

No es la primera vez que el Parlamento uruguayo claudica. En 1972 votó una ley declarando el estado de guerra interno bajo la presión de circunstancias dramáticas, pensando que los militares, después de poner la casa en orden, retornarían tranquilamente a los cuarteles.

Esa claudicación le costó al país sangre y lágrimas y a los políticos su marginación durante doce años. La experiencia no ha servido de mucho.

Los militares uruguayos, hay que reconocerlo, se retiraron del Gobierno bajo un repudio unánime, pero no derrotados. Han seguido conservando una cuota importante de poder, se han autoadjudicado un papel tutelar y no han ocultado la posibilidad de un retorno. Diversos episodios en estos casi dos años de gobierno civil lo comprueban.

En esta situación reside, sumado a los otros factores conocidos —deuda externa, desigual relación en los términos de intercambio, cierre de mercados y varios etcéteras—, el drama de la democracia uruguaya, que no es exclusivo de ésta, sino que puede hacerse extensivo a todas las nuevas democracias más o menos restauradas en el Cono Sur latinoamericano.



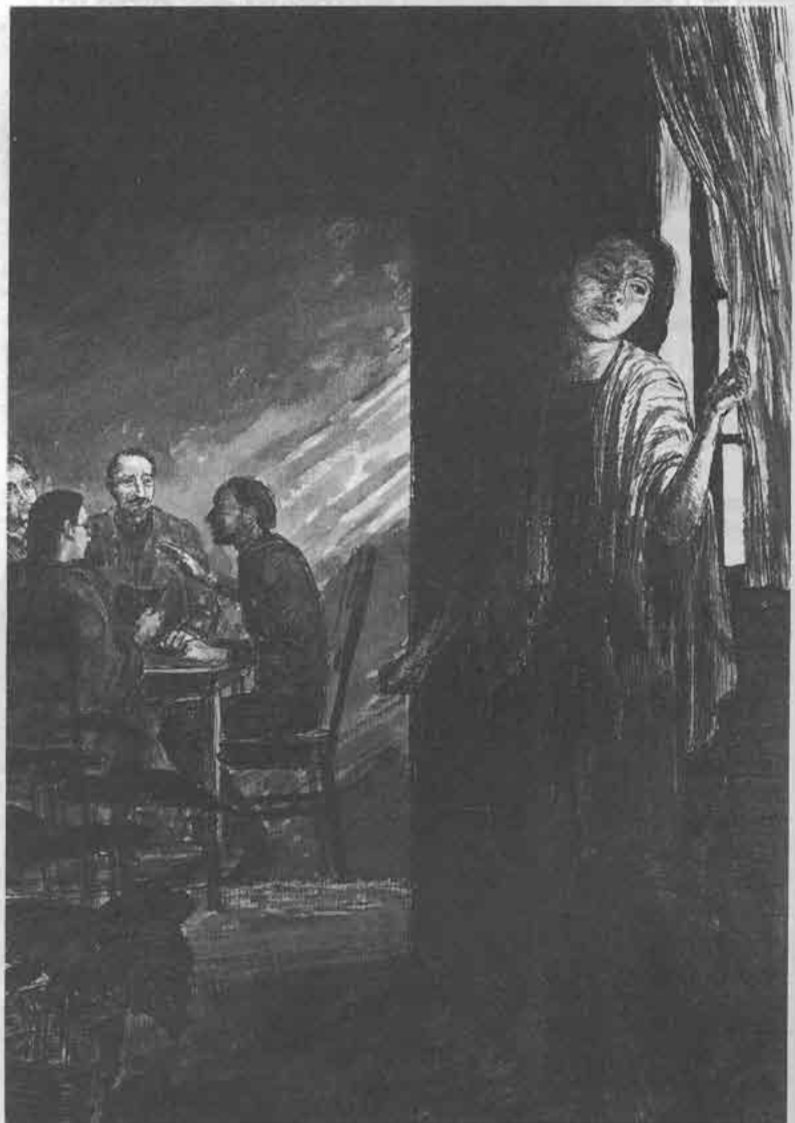
DEL SIGLO XVIII.

Podríamos afirmar que la mujer chilena ha vivido en los siglos XVIII y XIX. Ciertamente es cierto que nos es profundamente

Cecilia Salinas es profesora de Historia. Vive en Chile. El trabajo que publicamos es resultado de un viaje privado de historia de los movimientos feministas en Chile.

El Censo y la manipulación por ser estos, según dicen los técnicos, la medida de la población uruguaya.

No, señores, como los censos de los países europeos y de otros.



Las obreras chilenas a principios del siglo XX

Sus organizaciones y luchas

CECILIA SALINAS ALVAREZ

En nuestro país el origen y desarrollo de las organizaciones femeninas ha estado ligado a las reivindicaciones de cambio social e inserto en la lucha del movimiento obrero.

Habitualmente se plantea como punto de partida el año 1915 con la aparición del Círculo de Lectura de Señoras; sin embargo, los historiadores del movimiento obrero nos insinúan que desde el comienzo de la organización de los trabajadores existieron organizaciones femeninas. Datos fragmentarios señalan la existencia, ya en 1902, de una Sociedad de Emancipación de la mujer en la provincia de Antofagasta. En 1903, en Valparaíso, una Federación de Obreras.

Sabemos que en los estatutos de la Sociedad Mancomunal de Obreros de Tocopilla, el artículo 6 señala que la mujer tiene derecho a incorporarse a la Mancomunal.

Hay, por lo tanto, una secuencia en la lucha de las mujeres chilenas, probablemente interrumpida a veces, y una conexión entre las mujeres de la clase obrera y las de otras capas sociales que encabezaron el movimiento activo que desembocó en la obtención de los derechos cívicos y políticos del año 1949.

Podríamos afirmar que la mujer chilena ha luchado por organizarse desde principios de nuestro siglo XX. Ciertamente es que nos es profundamente

Cecilia Salinas es profesora de Historia. Vive en Chile. El trabajo que publicamos es un fragmento de un vasto proyecto de historia de los movimientos femeninos en Chile.

desconocida la actividad de la mujer como protagonista de esta parte de la historia.

La historiografía tradicional, incluídos quienes se han preocupado de historiar al movimiento obrero, hacen alusiones esporádicas a personalidades femeninas que aparecen desde mediados del siglo XIX. Conocemos así los nombres de Ursula Bello de Larrechea ¹, Rosario Ortíz («La Monche»), Ursula Binimelis ².

Sin embargo, detectamos desde 1900 la presencia de un movimiento organizado, con continuidad en el tiempo y reivindicaciones propias. Esto en la clase obrera.

Cuántas y cuán grandes serían las dificultades que enfrentaban aquellas mujeres del 900 si hoy todavía, acercándonos al siglo XXI, un estribillo de una canción popular dice:

Mujer, si te han crecido las ideas
de ti van a decir cosas muy feas,
que no eres buena, que si tal cosa,
que cuando callas
te ves mucho más hermosa... ³

Y aquellas abuelas nacían amarradas, entiéndase literalmente, y calladas, vestían con kilómetros de géneros, enormes sombreros, corsé; no podían ni debían salir solas y era extravagante su expresión sin la anuencia del padre o del marido.

Les era difícil expresar sus inquietudes, sobre todo inhibidas por los prejuicios sociales y el único rol que les imponía el medio, cual es la maternidad. Porque excepcionales son los casos como el de Martina Barros de Orrego y distinto el medio social. Desde luego, el acceso a la educación. Si ella leyó y tradujo *La esclavitud de la Mujer* de Stuart Mill fue —como lo explica en sus memorias— porque se lo prestó Guillermo Matte y se proponía publicarlo en la revista que su marido, Augusto Orrego

¹ Hernán Ramírez N., *Origen y formación del Partido Comunista de Chile*, ed. Austral, Santiago, 1965.

«El año 1897 (...) Mientras la voz clara de Ursula Bello gritaba: "Arriba, compañeros. La huelga esta empeñada. Luchad hasta vencer. Defendamos nuestros derechos tanto tiempo usurpados por la mano enguantada del burgués"», pp. 38 y 39.

² Luis Vitale, *La formación social latinoamericana*, ed. Fontamara, Barcelona, 1979. «Una de las primeras mujeres chilenas que logró destacarse por sus propios méritos en la lucha social fue Rosario Ortiz, apodada "La Monche". Nacida en Concepción el 10 de octubre de 1827, fue una de las primeras periodistas de América Latina, junto a Ursula Binimelis, integró la redacción del diario de avanzada liberal "El Amigo del Pueblo", principal órgano de prensa de la revolución de 1859 en el sur. Años antes, en la guerra civil de 1851, Rosario Ortiz a la cabeza de las milicias de Concepción se había batido con el fusil en la mano en la batalla de Loncomilla... Encarcelada y perseguida, volvió a tomar las armas en la revolución de 1859, donde se le otorgó el grado de capitán del ejército revolucionario... Derrotada la revolución, la heroína se refugió en las tolderías de los indios araucanos, muriendo años más tarde pobre y olvidada», pp. 101 y 102.

³ Gloria Martín, interpretada por Amparo Ochoa.

Luco, dirigía con Fanor Velasco ⁴. Si el prólogo de la traducción —que expresa sus ideas «pero cuya redacción fue casi exclusivamente de Augusto...» ⁵ escandalizó a sus amigas e interesó a los hombres, es una excepción porque los hombres —sus amigos— eran los más connotados intelectuales aristócratas liberales de ese momento, quienes importaban libros, ideas (y muchas cosas más) de Europa. Si Martina Barros fue la única mujer que vio a Sara Bernhardt, en 1886, desde la platea del Municipal y no del palco —las localidades eran muy caras pero además «no era aceptable... que una señora fuese a una localidad que no era palco» ⁶ — comprenderemos mejor las dificultades de la mujer obrera para acceder a la educación, independizarse, organizarse y hacerse oír.

Las mujeres proletarias en Chile, se incorporan a la vida laboral muy temprano. Desde 1880 había «cobradoras» de tranvías ⁷ que existen todavía en los alrededores de 1915 ⁸. Aún desde antes mujeres y niños trabajaban en lavaderos de oro y minas.

Entre ellas hay mujeres que se destacan. Son auténticas luchadoras, lo hacen contra el medio que las rodea, la sociedad entera y el patrón más tarde. Luchan por liberar su sexo de la subordinación de que son objeto. Comprenden la injusticia de la diferencia de derechos con el hombre, les asombra que a un trabajo semejante correspondan remuneraciones diferentes, se rebelan porque las condiciones de miseria las obliga a aceptar tratos humillantes que los hombres no toleran. Estas mujeres, pioneras de la emancipación femenina en Chile, logran hacerse oír y armar organizaciones, aunque no siempre son comprendidas, ni apoyadas suficientemente por sus compañeros.

Las organizaciones femeninas, de diversos tipos, nacen paralelamente y al calor de la organización y lucha del movimiento obrero, adhiriendo, como organizaciones independientes, a los mismos organismos que se va creando la clase obrera. De la misma manera, organizaciones masculinas y femeninas, en un principio influenciadas por las ideas anarquistas, van convirtiéndose en sociedades mutualistas con objetivos claros de socorros mutuos, para derivar, mas tarde, en gremios y sindicatos.

Estas organizaciones son netamente clasistas, sus reivindicaciones también: disminución de la jornada de trabajo, contra la explotación, pero subyace la protesta por condición de subordinación sexual desde temprano.

⁴ Martina Barros de Orrego, *Recuerdos de mi vida*, ed. Orbe, Santiago 1942, pp. 126-127.

⁵ *Ibid.*, p. 151.

⁶ *Ibid.*, p. 151.

⁷ Gonzalo Vial, *Historia de Chile*, ed. Santillana, Vol. I, Tomo I (cita a Teodoro Child), p. 21.

⁸ Joaquín Edwards Bello, *El Roto*, ed. Universitaria, Santiago, 1968.

«La cobradora era una mujercita delgada y nerviosa.

Representaba unos 18 años...», p. 66.

Aparentemente el libro fue escrito entre 1910 y 1915; editado por primera vez en París en 1918, aparece en Chile en 1920.

Identifican al patrón con el capital, de tal modo que el discurso es político desde los inicios.

* * *

La primera organización obrera femenina de la que tenemos noticia es la «Sociedad de Obreras N.º 1» de Valparaíso, fundada el 20 de noviembre de 1887; su primera presidenta es doña Micaela Cáceres de Gamboa ⁹.

El 4 de marzo de 1888 nace la primera sociedad femenina en Santiago, su nombre es sugerente: «La Emancipación de la Mujer». Su organización es fruto de los esfuerzos y trabajo infatigable de Juana Roldán Escobar de Alarcón, esposa de Jenaro Alarcón, activo militante de la sociabilidad obrera de esos años. En 1883 se incorpora a la Filarmónica «José Miguel Infante», organización que contaba con una «Comisión Especial de Señoras» de la cual fue presidenta; allí se hizo conocida por sus conferencias sobre la Instrucción de la mujer.

El 22 de junio de 1890 «Emancipación de la Mujer» cambió su nombre por el de «Protección de la Mujer», según los biógrafos obreros por «mala comprensión del título» ¹⁰.

La «Protección de la Mujer», como todas las organizaciones de socorros mutuos, se preocupaba de solucionar los problemas de salud de sus socias, tener un mausoleo y un local de reuniones. Entre las aspiraciones de todas estas organizaciones estaba siempre la ilusión de construir o montar una escuela de niñas. Esto lo realizó doña Juana Roldán. La Escuela Nocturna de Niñas —fundada en 1898— ¹¹ funcionó durante varios años y en 1913 tenía su local en la Sociedad de Artesanos «La Unión», «con buena asistencia y buenos resultados» ¹².

Conocida es la organización llamada Congreso Social Obrero, cuyo objetivo era confederar a todas las corporaciones obreras del país. Este aco-ge al movimiento mutualista laico en 1900, cuenta con 169 sociedades de socorros mutuos y diez mil socios. La mayoría de las sociedades femeninas se afilian y participan en él, y hacen oír su voz. En la IV Convención obrera realizada en Chillán, en septiembre de 1905, participaron dos mujeres y dos hombres en la comisión calificadora de poderes, una mujer en la comisión de tabla. La Convención fue presidida por dos vicepresidentes, uno de ellos una mujer de la Unión de Señoras de Chillán; una secretaria, de cinco, de la misma organización. Quien ofreció los festejos, Sara Améstica, se permitió sugerir a la Convención la reducción de las

⁹ *La Alborada*, Valparaíso, 2.ª quincena de noviembre de 1905.

¹⁰ Osvaldo López, *Diccionario Biográfico Obrero*. Imprenta y encuadernación Bellavista, Santiago, 1912.

¹¹ La escuela era para niñas y adultas. Los ramos que se enseñaban: lectura, escritura, aritmética, gramática, sistema métrico, higiene, historia natural, historia de Chile, música, declamación, dibujo, gimnasia, canto, moral y labores.

La Reforma, Santiago, 11-9-1906.

¹² *El Mercurio*, Santiago, 1.º de enero de 1913.

peticiones en un solo proyecto para presentar al Congreso ¹³. Moción práctica y simplificadora, puesto que, aparentemente, la cantidad enorme de reivindicaciones dificultaba el trabajo y propaganda de los dirigentes obreros.

Juana Roldán representó allí a la Sociedad «La Aurora» de Linares. Ella había participado antes en la sociedad «La Fraternidad de Ambos Sexos» —fundada el 6 de abril de 1890—; en 1902 se incorporó al Centro de Instrucción Cívica y Literaria, el mismo año es fundadora de la Filarmónica «Antonio Poupin», de la Sociedad «Defensores de Chile» y delegada a la Convención Social Obrera; en 1903 participa en la Filarmónica de San Bernardo y en la Sociedad de Ambos Sexos «La Aurora». En 1906 alienta la formación de la Sociedad «El Triunfo Ilustrado Femenino», de Valdivia, y en 1907 es socia fundadora N.º 1 del Centro de Instrucción y Recreo de la Sociedad de Artesanos «La Unión». Ingresa, el mismo año a la «Asociación de Educación Nacional», elegida vicepresidenta y reelegida en 1908.

Socia honoraria de la Sociedad de Señoras «La Aurora» de Linares. En 1910, en la Convención del Congreso Social Obrero, representó a la Sociedad de Señoras «La Unión» de Chillán. Iniciadora del Centro Familiar Obrero en la población «Santa Rosa» en Santiago, en 1913 ¹⁴.

Era una luchadora de la organización, no sólo femenina, sino también de las organizaciones mixtas. Gracias a su capacidad de trabajo y dotes especiales, mantuvo la «Protección de la Mujer» en un lugar importante entre las numerosas organizaciones obreras mutualistas. Reivindica el derecho de la mujer a participar en las organizaciones obreras, arguyendo la necesidad de «aprender a respetar a la «mujer social», tesoro del porvenir de los pueblos civilizados». Consciente de la igualdad de derechos de la mujer proletaria «en profesiones idénticas, trabajando en los mismos talleres que el hombre y soportando las consecuencias de la ruda labor del trabajo...» ¹⁵.

El 16 de noviembre de 1890 se inició «La Estrella del Mar», concebida con la idea de la necesaria asociación de las mujeres de los navegantes «para auxiliarse y protegerse mutuamente en las vicisitudes y peligros de la vida del marino» ¹⁶. Su fundadora es doña Eufrosina Urrutia de González. Comienza a trabajar a los trece años, casada a los veintiuno, sus hijos fallecidos, dedicó su vida a esta organización consiguiendo nichos y mausoleos para las socias, local y biblioteca. A los veinticinco años de existencia, en 1915, «La Estrella del Mar» contaba con dos socias honorarias: Eufrosina Urrutia y Carmela Carvajal de Prat, esposa de Arturo Prat Chacón.

En 1892 ya existía la Sociedad de Señoras de Valparaíso, una de cuyas directoras más destacadas fue Clorinda Vega Castillo, delegada en 1911 al

¹³ *La Alborada*, Valparaíso, octubre 1905.

¹⁴ Osvaldo López, *op. cit.*

¹⁵ *La Alborada*, Valparaíso, 2.ª quincena de noviembre de 1905.

¹⁶ Osvaldo López, *op. cit.*

Congreso Obrero, celebrado en Valparaíso. En 1915, delegada de su sociedad a la Liga de Sociedades Obreras de Valparaíso.

Doña Rudecinda Venegas de Alarcón, será la organizadora en Santiago de la Asociación de Señoritas «Unión y Ahorro», en 1897, cuyas integrantes eran empleadas de comercio y modistas. Los fines de esta asociación son de ayuda y socorro mutuo; cuenta con un mausoleo en construcción, atención médica y reparte periódicamente útiles escolares entre sus socias. La socia Adela Véliz «que tanto aplauso ha merecido y que cuenta con distinguidos discípulos»¹⁷ da clases de piano y canto. Esta asociación contó en sus filas, como presidenta honoraria, a Eloísa Díaz, la primera mujer que obtuvo el título de médico cirujano en Chile y Latinoamérica, el 3 de enero de 1887¹⁸. La secretaria, en octubre de 1900, era Berta Recabarren Serrano, hermana de Luis Emilio Recabarren y socias, Hortensia y Amelia Trincado, parientes de Gregorio Trincado, fundador de la Combinación Mancomunal de Obreros de Tocopilla.

En la fábrica de Tejidos de Puente Alto, se organizó, el 14 de abril de 1901, una Sociedad de Ahorro y Socorros Mutuos, llamada «Unión Victoria», compuesta de empleados y obreros, contaba con 110 asociados de los cuales 80 mujeres; su secretaria era Hortensia Trincado. Esta sociedad propicia también fomentar la ilustración y entretenimiento de sus miembros. Tenía un grupo teatral y una estudiantina «compuesta de 30 instrumentos, entre guitarras, bandurrias, mandolinos y violines»¹⁹.

En enero de 1900 se funda en Chile la Combinación Mancomunal de Obreros, iniciada por el gremio de lancheros de Iquique, y cuyo motor será Luis Emilio Recabarren.

El artículo 6.º de los Estatutos de la Combinación estipula que la mujer tiene derecho a solicitar su incorporación. Un comentario, celebrando este acuerdo, dice:

«Valiente acuerdo que viene a robustecer poderosamente nuestra institución, moral y materialmente, pues en lo sucesivo será doblemente grato para nosotros vernos en el hogar social, lo mismo que en el hogar privado, rodeado de

¹⁷ *La Democracia*, Santiago, 27-4-1899.

¹⁸ *Actividades femeninas en Chile*. Obra publicada con motivo del cincuentenario del decreto que concedió a la mujer chilena el derecho de validar sus exámenes secundarios. Santiago, Imprenta y litografía *La Ilustración*, 1928:

Eloísa Díaz Insunza. Se titula de médico el 2 de enero de 1887, obtuvo su diploma de manos del presidente Balmaceda. Su memoria de prueba mereció la felicitación de Bartolomé Mitre. Entre 1887 y 1918 desempeña varios cargos como médico inspector y profesora de higiene de la Escuela Normal de Preceptoras (1889), médico del Hospital San Borja (1891), médico inspector de escuelas primarias (1898), jefe del servicio médico escolar (1911), representante de Chile en el Congreso Médico Latinoamericano (1901), en el 2.º Congreso médico de Buenos Aires (1904), en el Primer Congreso Científico Panamericano; relatora del Congreso Científico de Buenos Aires. Además fue fundadora y directora de la Liga de Señoras contra la Tuberculosis, Liga Chilena de Higiene Social, Liga contra el alcoholismo, miembro del Consejo de Instrucción Primaria y de la Sociedad Científica Chilena, fundadora del Servicio Médico escolar. *Presidente del Congreso Nacional de Mujeres* (1918).

¹⁹ *La Democracia*, Santiago, 28-4-1901.

nuestras mujeres, compañeras inseparables de la vida... Miremos un momento la acción de la mujer en el mundo. Hace 20 siglos que vive encadenada al yugo del fanatismo religioso y esclava de los prejuicios sociales, siéndoles negados toda clase de derechos y libertades... Nosotros llamamos a la mujer a nuestro lado educándola en las ideas de reivindicaciones sociales, contribuyamos a que ella sea la madre ilustrada que haga de nuestros hijos hombres que sepan labrar la felicidad de las generaciones del porvenir y dándoles una vida de libertad honrada, nacerán de ellas hombres libres y honrados que son lo que necesita la clase pobre...»²⁰.

El 24 de septiembre de 1903 se constituye en Valparaíso la Federación Cosmopolita de Obreras en Resistencia que reúne a costureras y aparadoras (obreras del calzado). Conserva el nombre característico de las organizaciones influenciadas por el anarquismo, pero en la comunicación de su nacimiento a la Mancomunal de Tocopilla dice:

«Nos ha llegado el momento de formarnos con la bases sólidas de la "emancipación de obreras" para hacer desaparecer el foco de miseria porque atraviesa nuestro sexo, pues hoy nos consideran como unos seres inútiles a la sociedad, o como una máquina productora por esos tiranos que hoy llamamos patrones... que son unas bestias sanguinarias para la clase proletaria... Los fines que perseguimos, no sólo son la unión, el ahorro, el mejor y justo salario, sino también la emancipación y engrandecimiento de nuestro sexo...»²¹.

Una segunda carta a la Mancomunal de Tocopilla nos muestra como se abre ancho el camino de las aspiraciones femeninas:

«... adjunto un ejemplar de nuestros estatutos, por ellos se impondrán que nosotras también luchamos diariamente contra ese elemento poderoso del Capital... perseguimos también que la mujer salga de la esfera estrecha del hogar y que pase a ocupar, mediante su inteligencia el puesto que verdaderamente le corresponde, la comprensión precisa de sus fueros y derechos que se hagan valer y respetar, que no sea el ser que el aristócrata o el poderoso miran con desprecio y sólo lo utilizan para enriquecerse a costa de su trabajo mal remunerado...»²².

La verdadera declaración de principios en las dos cartas, la debemos a Clotilde Ibaceta, presidenta de la Federación, que según un cronista, era mujer «de gran voluntad y aspiraciones de alto vuelo. Brava, entusiasta y constante en la propaganda, arrancaba de todas partes elementos para su causa...»²³.

Se convierte Clotilde Ibaceta en un elemento peligroso; no es fácil luchar contra el medio, el patrón y las condiciones de vida. Pero es una mujer inteligente y le ofrecieron la dirección de una escuela. El cronista nos

²⁰ *El Trabajo*, Tocopilla, 22-11-1903.

²¹ *Ibíd.*, 6-12-1903.

²² *El Trabajo*, Tocopilla, 14-2-1904.

²³ *La Reforma*, Santiago, 3-1-1907.

informa: «... la luchadora rindió ante un pequeño sueldo las ideas y las energías que parecía no podrían rendirse ni ante obstáculos ni ante tentaciones de ninguna especie...»²⁴. La crítica implícita en el juicio fue rápidamente respondida por otra mujer, arguyendo que en las condiciones difícilísimas en que asumen responsabilidades de organización algunas mujeres, el término de la actividad de lucha de nuestra Clotilde Ibaceta era, después de todo, honorable²⁵.

Como nos lo advierte el biógrafo, debe quedar también inscrita «en las páginas de la sociabilidad obrera» Emelina Cristi de Galleguillos, hija de un héroe de la batalla de Petorca, «obrero instruida», quien «en su unión y escuela social del matrimonio recibió los gérmenes humanitarios de la sociabilidad obrera, instituyendo el socorro mutuo y el ahorro, sembrando cultura y las ideas de progreso y unión en el pueblo de Ovalle»²⁶. Allí nació el 1.º de mayo de 1901 la Sociedad Obrera de Ovalle, organización que contó con quinientas socias, 12.000 pesos en dinero efectivo, el consabido mausoleo amén de estandarte, muebles, personería jurídica y gran prestigio en la ciudad donde, seguramente, hasta entonces, las esposas y familias de obreros vivían aisladamente. Con alternativas, se mantiene todavía en 1915.

Otra Sociedad, «Emancipación de la Mujer» se constituye en 1901 en Iquique, sólo tenemos la mención del nombre, y la explicación de que «lleva como única divisa el auxilio mutuo y el mejoramiento social y económico entre sus afiliadas... inspirada en los sentimientos de la confraternidad y unión...»²⁷.

En Antofagasta vive Eloísa Zurita Arriagada de Vergara, «la figura más culminante del feminismo obrero de Chile...»²⁸ escritora y periodista. Era una agitadora y propagandista de la organización y los ideales del Partido Democrático.

Nació en 1876, se casó a los diecisiete años con Adolfo Vergara, carpintero, militante también del Partido Democrático, asesinado por un policía en 1906, en circunstancias que no se aclararon nunca. Vivió hasta la muerte de su marido en Antofagasta; en 1907 se trasladó a Santiago donde colaboró en varios periódicos y revistas.

En 1894, el 14 de enero, fundó la primera organización femenina de Antofagasta, la «Sociedad de Obreras, Instrucción y Socorros Mutuos N.º 1». Esta sociedad era lo que su nombre indica, pero su actividad no se detiene allí. Eloísa Zurita fue delegada al Congreso Social Obrero (V Convención) en Concepción en 1907, y participó en numerosos encuentros obreros a lo largo del país; incursionó en las letras y la poesía.

Recabarren la retrata así:

²⁴ *Ibíd.*

²⁵ *La Alborada*, Santiago, 13-7-1907.

²⁶ Osvaldo López, *op. cit.*

²⁷ *El trabajo*, Iquique, 5-4-1902.

²⁸ Osvaldo López, *op. cit.*

«... es una joven y gentil luchadora, poseída de una conciencia pura,... como los sublimes sentimientos, propios en una mujer que ama, con alma de artista, la Verdad y la Justicia, elevándolas como símbolos de Libertad... Es un espíritu vigoroso, templado en el fuego de las miserias humanas, que se eleva purísimo, dotado de las energías viriles para odiar la iniquidad y el lodo con que doran las castas privilegiadas... Es una mujer moderna, una verdadera revolucionaria. Amada de todos los proletarios de Antofagasta y de quienes la conocemos... Conversé con ella largamente, como una hermana de lucha social con quien había muchas cosas que hablar, que recordar, que preparar...»²⁹.

Colaboraba con sus artículos en los diarios de Recabarren y conseguía suscripciones. A propósito del encarcelamiento de que fuera objeto, Recabarren escribió un folleto «La persecución gubernativa»; Eloísa Zurita tomó la iniciativa de difundirlo deseando —en carta al dirigente obrero— que «mi pequeña acción sirva de estímulo para todos aquellos obreros que tanto se sacrificaron en las oscuras celdas de la cárcel, por defender sus derechos ultrajados...»³⁰.

Dos de sus artículos aparecidos simultáneamente en Antofagasta y Valparaíso trazan un paralelo entre las matanzas de Chicago y la de Valparaíso en 1903, recordando la «gran huelga revolucionaria que trajo para el proletario las 8 horas de trabajo». Dice: «Recordemos a la canalla dorada que hay cuentas pendientes que ajustar en breve, cuando los obreros del Universo unamos nuestros derechos y aspiraciones...»³¹.

Desde Antofagasta se hace eco de la masacre de octubre de 1905 en Santiago en el «mitin de la carne» y de la matanza de Antofagasta en febrero de 1906. Dice que la misma horca que se usó para asesinar proletarios servirá para ajustar las cuentas a los ajusticiadores. Los proletarios son los productores del «vellocino de oro». Las matanzas demuestran la ineptitud de los gobernantes y la única consecuencia de ellas será acrecentar la causa del proletario. Unidos férreamente los obreros que piden justicia y libertad «será imposible detener las venganzas de los explotados y oprimidos»³².

En dolorido artículo lamenta el asesinato de su marido, culpabilizando a la justicia «... algo conocedora del complicado problema que divide nuestras clases sociales, me inclino a no creer que este horroroso crimen tenga sólo por origen un motivo casual...»³³. Efectivamente, Adolfo Vergara fue muerto en una calle de Antofagasta al salir de una reunión municipal, en la que había defendido a unos obreros demócratas, por un policía a quien «se le escapó» una bala de su arma.

Sus reflexiones sobre la condición femenina las circunscribe a la mujer proletaria, a la explotación de que es víctima. La organización de las

²⁹ Luis Emilio Recabarren S., «Antofagasta demócrata» en *El Proletario*, Tocopilla, 21-10-1905.

³⁰ *El Proletario*, Tocopilla, 28-3-1905.

³¹ *La Alborada*, Valparaíso, 1-5-1906.

³² *La Vanguardia*, Antofagasta, 1-5-1906.

³³ *Ibid.*, 4-5-1906.

mujeres en asociaciones gremiales la ve como un resultado del progreso y el desarrollo. A propósito de la organización de las costureras, dice:

«El presente siglo, o sea el llamado de las luces, no ha pasado desapercibido para el cerebro femenino. Con grato placer admiramos a nuestras compañeras de la capital como se abren paso al progreso y al engrandecimiento intelectual de nuestro sexo, derecho oscurecido por los añejos pesimistas, que creyeron y aún creen que la mujer proletaria es sólo el mueble obligado del hogar, la nodriza encargada de crear vástagos o la esclava dispuesta a obedecer humillándose...»

Luego, avanzando en la interpretación del proceso de desarrollo de la conciencia de las mujeres proletarias profundiza el problema de la explotación: «... La mujer obrera, arroja lejos la librea humillante de esclava. ¿Por qué? Fácil será comprenderlo. Ella desde su más tierna infancia ha contemplado abismada la insolente esclavitud, en que han vegetado sus padres, sus parientes y amigos, ha visto con que inhumana avaricia absorbe el propietario su escaso jornal y ha traslucido por fin, la enorme diferencia de la desigualdad de clases...»³⁴.

A su llegada a Santiago fue recibida con homenajes por parte de las organizaciones obreras —Congreso Obrero, Asociación de Costureras, gremio de aparadoras, periódicos *La Reforma* y *La Alborada*. También se preocuparon los sectores de la derecha: *El Diario Ilustrado* le dedica un párrafo burlón titulado «Parlanchina»; el guante lo recoge la periodista Carmela Jeria poniendo en duda la «ilustración» del diario que no sabe valorar a una mujer admirable.

Escribe poemas y prosa con el estilo lírico-romántico característico de la época. Evidentemente autodidacta, probablemente nacida en un hogar católico pero ganada por la cultura anarquizante en un comienzo y socialista más tarde. Curiosa por conocer el desarrollo del gran movimiento —importado de Europa— de librepensadores. En 1906 organiza en Antofagasta la recolección de adhesiones para el Congreso Mundial de Librepensadores que se realiza en Buenos Aires, y en esta actividad embarca a todas las mujeres antofagastinas. Con las adhesiones femeninas se pretendía hacer representar al feminismo liberal de Antofagasta por la escritora paraguaya Ramona Ferreira, secretaria de la Liga Feminista de Argentina.

Sus artículos periodísticos son vivos y ricos en noticias y descripciones de los acontecimientos, generalmente actividades de su «Sociedad de Obreras, Instrucción y Socorros Mutuos N.º 1», los mitines de los demócratas, viajes y discursos de Recabarren. Escribió en *La Luz*, *La Vanguardia*, *La Verdad de Antofagasta*, *El Luchador*, *La Palanca*, *La Democracia de Santiago*, además en *El Proletario* de Tocopilla y *La Alborada* de Santiago y Valparaíso. Nos llegan ecos de sus discursos más famosos en la entrega de una bandera chilena, obsequio de todas las sociedades obreras

³⁴ *La Alborada*, Santiago, 16-12-1906.

de Antofagasta a la Sociedad de Veteranos del 79, en 1890; como madrina en sucesivas bendiciones de estandartes de sociedades obreras, como la Sociedad de la Igualdad Francisco Bilbao, en 1910 y 1911; en la bendición del Estandarte del Club Internacional de Obreros en 1908; en diversas fiestas sociales «donde ya pronuncia un discurso revolucionario o recita composiciones o declama poesías alusivas al acto que se celebra...»³⁵.

Conocemos de la existencia de otra organización femenina en Antofagasta, la Sociedad de Protección Mutua «La Mujer», Unión e Igualdad, cuya presidenta en 1906 era Delfina M. de Vega. Unos pocos datos nos dicen que esta Sociedad organizaba cada año una velada para conmemorar el 1.º de Mayo.

Doña Rudecinda Venegas de Alarcón, que era en 1904, como ya dijimos, presidenta de la Sociedad Unión y Ahorro de Señoritas de Santiago, se traslada ese año a Tocopilla con Domitila Trincado y con su marido Lindorfo Alarcón, conocido dirigente del Partido Democrático, compañero en una época de Recabarren, y abogado suyo en una de las tantas acusaciones judiciales de que fue objeto.

Allí, en la ciudad nortina, ya había comenzado la organización de las mujeres. *El Proletario*, periódico dirigido por Recabarren, registra con minucia los pasos dados por ellas. Hace publicidad e invita a formar parte de la organización, publica cartas de mujeres, cuyos temas son especialmente interesantes. Se advierte, por ejemplo, una gran conciencia del progreso, del desarrollo industrial, se autotitulan «las mujeres del siglo XX», estiman de absoluta necesidad el abandono de las monótonas tareas domésticas para preocuparse, por fin, de su propia suerte; reivindican el derecho a emanciparse de la esclavitud doméstica. Tan importante es la emancipación de la mujer, que significaría la liberación de la familia, puesto que es la mujer quien inculca valores a los hijos. De imperiosa necesidad es la oposición a la gazmoñería, las murmuraciones y el «qué dirán». El punto de partida básico para lograr independencia de acción y pensamiento es la lectura y la ilustración; esto, por lo demás, es un tema recurrente no sólo en el desarrollo de las organizaciones femeninas, sino también en la historia de la organización del movimiento obrero. Recabarren insiste permanentemente en ello y ayuda con la creación de periódicos. Finalmente, las mujeres solas, aisladas, no pueden hacer nada; es indispensable la unión.

Así nace en mayo de 1906 la Combinación de Señoras «Instrucción y Socorro Mutuo» de Tocopilla, cuya presidenta será Rudecinda Venegas. La fundación de la sociedad se realizó en el marco del festejo y paro del 1.º de Mayo:

«Las mancomunales izaron su bandera al primer rayo de la aurora con mil aclamaciones de júbilo, quemando al mismo tiempo un sinnúmero de cohetes. Los mineros de la Colorada, parece que esperaban la señal, para hacer una gran salva de dinamita que despertó a todo el pueblo...

³⁵ Osvaldo López, *op. cit.*

A la una de la tarde, en el mismo salón de la Mancomunal, las señoras se reunían en número de noventa y tres para fundar la nueva institución...

Este fue un número extraordinario, pero hermosísimo. El número de señoras y señoritas, los entusiastas discursos de éstas y la solemnidad del acto, conmovían las fibras de los numerosos compañeros que se encontraban presentes...

Fue aquella la nota más culminante del día...»³⁶.

Ya en junio la Combinación de Señoras, que cuenta con más de ciento veinte socias, informa sus planes a la comunidad tocopillana: «... se fundó en Tocopilla una sociedad de señoras y señoritas del pueblo con el fin de ayudarse mutuamente en los azares de la vida, e instruirse unas a otras dentro y fuera de la Sociedad». Al estilo de la Combinación Mancomunal de Obreros estipula un auxilio a las socias en caso de enfermedad, y cuota mortuoria a la familia, en caso de deceso. En lo relativo a la instrucción proyecta abrir una escuela profesional diurna y nocturna en el puerto primero y en la pampa más tarde³⁷.

Para ser miembro de la sociedad bastaba tener más de doce años y menos de cuarenta y cinco y pagar una cuota mensual de un peso. No importaba no saber leer ni escribir.

A fines del año 1906 la organización fue disuelta por orden del juez Salas Bohorquez y el Gobernador Gutiérrez de Tocopilla. Su disolución se inscribe en el mismo cuadro de persecución y juicios a la Mancomunal de Obreros, resultado de lo cual debió abandonar el puerto Gregorio Trincado, su mujer, Recabarren y el matrimonio Alarcón.

Pero la Combinación de Señoras renace en 1907, el 13 de octubre. Estableció una delegación en Gatico —oficina de la pampa— y su escuela, dirigida por Rudecinda Venegas, funciona con una matrícula de cien alumnas, hasta 1907.

En ese año el matrimonio Alarcón se traslada a Santiago, al haber sido elegido Lindorfo Alarcón diputado por Antofagasta. Dos meses después de su partida la Escuela cerró sus puertas.

En marzo de 1906 funcionaba ya la Mancomunal de Obreros de Chañaral. Su secretaria, Baudina Pessini, nos ha dejado textos importantes que reflejan la influencia ejercida por la Mancomunal de Obreras en el impulso a la organización femenina, en la toma de conciencia de la independencia, derechos y necesidad de instrucción de la mujer. Dejémosla hablar por sí misma:

«... Quisiera dar explicaciones claras y precisas sobre este tema... Quisiera a la vez ser oída para abrigar la satisfacción de que a la mujer se la toma en cuenta ya sea cuando habla o escribe.

Inspirada por sanos principios, agobiada por el peso de la esclavitud pro-

³⁶ *El Proletario*, Tocopilla, 5-5-1906.

³⁷ El proyecto de programa contemplaba: «lectura, escritura, aritmética, geografía e historia, economía doméstica, higiene, moral, sombrerería, moda, fabricación del corsé, sastretería, aparato, cocina científica». Más o menos lo que serían más tarde las Escuelas Técnicas o Vocacionales.

testo enérgicamente contra los opresores, contra los culpables de que la mujer vegete en la ignorancia. Declino toda pasión y hablo por experiencia.

Dicen que por ley natural la mujer es perpetua esclava del hogar; creo que por esa misma ley debe dárseles libertad necesaria para buscar los medios de emanciparnos.

La mujer tiene tanto derecho como el hombre de gozar de completa libertad.

¿Por qué entonces se aparta a la mujer de esta natural disposición?

¿Seguiremos, como siempre, al paso de tortuga hacia el oasis de las libertades que a cada cual nos pertenece? ¿Dónde está la equidad que debe reinar entre hombre y mujer? ¿Acaso no luchamos nosotras por la existencia? ¿Es lógico que el hombre sea libre y la mujer esclava?...»³⁸.

* * *

También en Santiago soplan otros aires en la orientación de las organizaciones femeninas. Comienzan a organizarse las mujeres en gremios.

Las condiciones de trabajo nos asombrarán por la dureza del trato de los patrones.

El 24 de junio de 1906 se organiza la Asociación de Costureras «Protección, Ahorro y Defensa», con cien socias fundadoras. Participan allí costureras sastras, modistas, ropa blanca, camiseras, tapiceras, corseteras, sombrereras, etc.

Su animadora y presidenta es Esther Valdés de Díaz. Es una obrera «corpiñera» desde 1897. En 1905 empieza a asistir a sociedades, «Ateneos» y centros de ilustración obrera, y explica que concluyó que con su trabajo el patrón ganaba el triple de lo que ella recibía como salario y su espíritu se sublevó..

La organización de la Asociación de Costureras no fue tarea fácil; hubo mujeres, entre ellas, que combatieron la idea. En las reuniones previas se discutió largamente sobre el nombre, si sería Gremio o Asociación, muchas temían al nombre «Resistencia», convencidas del contenido negativo del término: no era en vano la prédica de la derecha contra el naciente movimiento obrero.

El directorio de la Asociación de Costureras publicó una proclama en que aseguraba que procurará: reglamentar las horas de trabajo, abolendo la costumbre de trabajar de noche; justa remuneración del trabajo, descanso dominical, fundar una caja de beneficencia, formar una biblioteca, con vistas a convertir la Asociación en un centro de instrucción y cultura para las costureras.³⁹

Realiza su sesión inaugural el 1.º de julio de 1906. Esther Valdés da en el clavo en muchas de las aseveraciones de su discurso, combativo y lúcido. Lamenta que el espíritu de asociación de la mujer, especialmente obrera, sea escaso. Reconoce la injusticia de la falta de acceso a la instrucción societaria, y habla de un derecho capital: *la conquista del tiem-*

³⁸ *La Alborada*, Santiago, 10-3-1907.

³⁹ *La Reforma*, Santiago, 22-7-1906.

po. «...¿No es (...) casi una ley social que la pobre e indefensa obrera trabaje diez, doce, catorce o más horas diarias? ¿Por qué se nos arrebatara (...) el descanso necesario a que tenemos derecho?» —se pregunta— y ella misma responde: «... bien lo sabeis vosotras que es la exigencia de el capital lo que nos encadena como inanimado instrumento de ese mecanismo monstruoso que se llama Despotismo...»⁴⁰.

Más que otras, las costureras sienten la diferencia y el desprecio de clase —no olvidemos que embellecen a otras mujeres—; dice Esther Valdés: «... Cuando el manto protector tejido por nosotras mismas, nos cobije en nuestras horas de dolor y nos proteja contra las inhumanas exigencias del Capital, la eterna y sarcástica canción del desprecio y orgullo no la oiremos más...»⁴¹.

La Asociación crece a más de doscientas socias. Se reúnen periódicamente y aprueban estatutos. Exhiben su estandarte en la sastrería elegante de Avendaño Hnos., Ahumada 20. «De fondo rojo, con atributos del Trabajo y Progreso, representados por una rueda con engranajes y las simbólicas alas...»⁴².

Esther Valdés nos ha legado textos importantes que nos informan sobre la vida de la mujer obrera.

Con clarividencia examina el problema de por qué la mujer ha venido a ocuparse en trabajos que exclusivamente desempeñaban los hombres:

«Porque nuestra condición ofrecía más garantías y beneficios al Capital. Nuestra carne era más productora —trabajábamos sin protestar más horas— y aceptábamos la mitad del salario que el hombre percibía, y, por otra parte, aceptábamos mansamente las odiosas exigencias y caprichos del Capital y que el hombre no podía aceptar...»⁴³.

Ella no sólo se ocupaba de la organización y concientización de su gremio, sino que también apoya, por ejemplo, la huelga de dos mil operarios mecánicos, fundidores, caldereros y torneros, en Santiago, diciembre de 1906. Fustigando duramente a los patrones, al sistema económico y dando ánimo a los huelguistas, insiste en que cada triunfo de una huelga pertenece a todos los obreros:

«La “orden del día” de toda sociedad de resistencia debe ser: Protección a los valientes compañeros mecánicos. De este modo apagaremos y ahogaremos con nuestra energía la insaciable sed de oro de nuestro enemigo, el Capital!...»⁴⁴.

A los seis meses de vida la Asociación cuenta ya con 350 socias. Había implementado un servicio sanitario con un cuerpo de médicos y farmacias para atender casos de enfermedad. Organizó bolsa de trabajo para

⁴⁰ *Ibid.*, 24-7-1906.

⁴¹ *Ibid.*

⁴² *Ibid.*

⁴³ *La Alborada*, Santiago, 11-11-1906.

⁴⁴ *Ibid.*, 9-12-1906.

socias, carro fúnebre y seguro de vida. Se hizo apadrinar por el Congreso Obrero y por la «Benemérita y decana Sociedad Protección de la Mujer».

En 1907, Esther Valdés, que es una mujer estudiosa, ha examinado con atención la legislación obrera europea —problema que preocupará al Parlamento y sectores de derecha sólo en 1913—, expone claramente que los logros conseguidos por los obreros en el Viejo Mundo se deben a la lucha de la clase obrera: «... la historia no guarda ni una sola iniciativa ni de Gobierno, ni de particulares, ni de patrones, que se haya preocupado de legislar para que el trabajador no fuera eternamente ni bestia, ni máquina. De donde salió la iniciativa fue del seno del proletariado...»⁴⁵.

Da cuenta con precisión del significado de estas conquistas para el bienestar de los obreros: reglamentación de la jornada de trabajo, remuneración racional al trabajo, prohibición de trabajo para niños y niñas menores de doce años, descanso semanal, creación de cajas de ahorro y de retiro en las que el obrero y el patrón aportan para protección contra accidentes del trabajo y pensión de vejez.

La reglamentación de la jornada de trabajo es una necesidad inmediata y sólo podrá conseguirse con el empeño y la lucha de las propias interesadas. Incita a las mujeres a organizarse para exigir la dictación de una legislación.

Estos temas y proposiciones son profundamente novedosas en ese momento. Por cierto muy ajenas al ánimo e intenciones de los legisladores. El proyecto de limitación de la jornada de trabajo a ocho horas, estuvo dieciseis años en las oficinas de la Cámara y el Senado.

En junio de 1907, la Asociación de Costureras acuerda organizar una sociedad por acciones para establecer talleres de distintas profesiones, dentro del gremio, con obreras accionistas, con la perspectiva de independizarse y trabajar por cuenta propia. En julio, crean un Centro Dramático Musical y Recreativo.

A comienzos de 1907 se realizó una huelga del gremio de zapateros en Valparaíso que duró ochenta y cuatro días, al cabo de los cuales consiguieron satisfacción a sus demandas. En Santiago, el 28 de febrero, las aparadoras, que habían fundado en agosto del año anterior, la Sociedad Unión de Resistencia de Aparadoras, en una proclama invitan a las obreras a una asamblea:

«El miedo debe existir para actos deshonrosos e indignos y no para exigir un mendrugo más de pan con que vivir. ¿Qué diríais si alguien viniera y os robara algún dinero que os dejara por este motivo sin proporcionaros vuestro alimento? Pues igual sucede hoy, la vida nos cuesta cada vez más cara y seguimos siempre ganando un miserable jornal. ¡Fuera miedo, compañeros...! La huelga será general y pacífica. ¡Fuera temor! ¡Adelante y unión! El triunfo será nuestro. ¡Fuera orgullo! Somos todas obreras»⁴⁶.

⁴⁵ *Ibíd.*, 17-8-1907.

⁴⁶ *La Reforma*, Santiago, 28-2-1907.

En marzo la huelga del gremio de zapateros y aparadoras había obtenido un triunfo en las boterías Inglesa y Germania y permanecían optimistas respecto de las demás zapaterías.

Las aparadoras se constituyeron en Federación con los zapateros y una de las exigencias de la huelga fue el compromiso con los industriales de contratar en sus talleres únicamente a los obreros/as adherentes a la Federación.

El 19 de diciembre de 1906 se organiza la Asociación Cosmopolita de Resistencia de Tejedoras, con más de cien obreras, que acuerdan constituirse en una «sociedad de Resistencia que las proteja de los avances del Capital».

También en diciembre nace la Sociedad de Resistencia de Sombrereras.

En junio de 1907 estalla una huelga de las operarias de la fábrica de camisas Matas y Cía. Constituyen un Comité de huelga que se convierte rápidamente en «Sociedad de Resistencia de Operarios de la Casa Matas y Cía».

En esta empresa se cobraban una serie de multas por atraso, por hablar y reirse. Las obreras debían comprar con su dinero el hilo que empleaban en las costuras y las libretas en que anotaban su trabajo, todo esto a la misma empresa, a precio más alto, por cierto, que en el exterior.

El primer tropiezo se manifiesta en la presentación del pliego. El patrón no permite que las obreras lo entrevisten. El Comité de huelga resuelve nombrar como sus representantes a miembros de las Sociedades de Resistencia de carroceros, peluqueros, torneros mecánicos y pintores de ferrocarriles. De modo que en el tribunal arbitral estaban ausentes las obreras huelguistas.

Todo esto es ilustrativo de las condiciones en que luchan los primeros grupos organizados de obreras. Además de informarnos sobre las condiciones de explotación, nos muestran las dificultades con que se encontraban para relacionarse con los patrones. Impedidas de hacerlo por sí mismas, debían nombrar hombres que las representaran.

En 1906 aparecen en un periódico del Partido Demócrata algunos artículos firmados por Sara Cádiz, que muestran la conciencia que existe en muchas mujeres de su situación y las perspectivas que se les abren por delante respecto de su condición de mujeres y trabajadoras.

Estima Sara Cádiz ⁴⁷ que la mujer proletaria va siempre a la zaga del progreso; no por su responsabilidad sino porque hay intereses contrarios a los suyos a los cuales no conviene que la mujer se ilustre y conozca sus derechos como ser humano. La moral convencional es una de las grandes trabas para el desarrollo femenino. Aún si las instituciones cambian, estos cambios favorecen, generalmente, a una parte de los hombres pero no mejoran la situación de la mujer proletaria. A la esclavitud de la fábrica se suma la del hombre a quien se ama y muchas son también esclavas de los «mercados de blancas».

⁴⁷ *Ibid.*, 28-6-1906.

Para marchar con el progreso es necesario instruirse, practicar la libertad para que ella venga, ésta se consigue si las mujeres logran ser «independientes económicamente», y para ello es necesario hacerse pagar su trabajo de acuerdo a la inversión de energías y a sus necesidades vitales.

Ella manifiesta una profunda desazón cuando asegura que para la gran cantidad de mujeres esclavas del hogar y del prostíbulo la única manera de alcanzar su libertad es la muerte...

Igualmente pesimista respecto de la dictación de leyes que mejoren la situación de la mujer trabajadora, Sara Cádiz propone que «la emancipación de la mujer deber ser obra de ella misma; no se debe esperar que salgan redentores que dicten leyes, ni esperar de las bondades de los explotadores...»⁴⁸.

* * *

Desde principios de nuestro siglo las mujeres chilenas no han sido ajenas a la inquietud por la organización, a la necesidad de unión para conseguir pequeños o grandes beneficios que alivien las condiciones de aislamiento y explotación.

Muestran una aguda sensibilidad por la situación económico-social por que sufren en carne propia la hostilidad del medio, tanto por las privaciones que enfrentan directamente como por la dificultad que impone la secular asignación del rol restringido a sus funciones naturales.

El camino recorrido es casi gemelo al del movimiento obrero masculino, con la diferencia que impone, necesariamente, la doble lucha de las mujeres, por una parte contra la situación de miseria a que está sometido el trabajador y la clase obrera y, por otra, contra los prejuicios y tradiciones que son características de la sociedad entera; prejuicios de los que participan también los hombres, sus compañeros y sus hermanos de clase.

Las organizaciones, desde un comienzo, están animadas por los mismos objetivos que los del movimiento obrero y son organizaciones mutualistas y más tarde gremios y sindicatos, contando con las mismas influencias en ambos casos, del anarquismo —muy presente y notable— y del socialismo.

Cuando repasamos lo que podríamos llamar la primera etapa de la organización, nos conmueve y nos impacta la sensación de desamparo, soledad y orfandad que debe haber animado a las primeras promotoras de las sociedades de socorros mutuos, cuyos objetivos eran obtener alguna protección en caso de enfermedad, la posibilidad de un funeral y finalmente, un lugar en el cementerio. Conscientes del lugar postergado en que se encuentran, conscientes de que el paso —breve en tiempo, pero largo en sacrificios y trabajo— por la vida, no asegura siquiera el lugar físico del último descanso.

Más tarde, la afiliación a sindicatos es comprendida como la senda obli-

⁴⁸ *Ibíd.*, 6-7-1906.

gada de participación, audiencia y solución de los problemas de la mujer trabajadora.

Las reivindicaciones propiamente femeninas de emancipación, independencia de las ataduras impuestas arbitrariamente por la sociedad y sus instituciones, cristalizadas en la ligazón fatal y a muerte al hogar, la familia y al cónyuge, se manifiestan tempranamente y corren a parejas con el clamor por la instrucción, la participación en el medio masculino y la necesidad de la lucha social.

Esto es comprendido, necesario es decirlo, sólo por los más clarividentes conductores del movimiento obrero.

Las mujeres —y pensamos no sólo en las que han estado organizadas— han mostrado muy claramente, desde los comienzos del siglo, un espíritu combativo caracterizado por la audacia, la valentía y la creatividad. Así han luchado contra la explotación y contra la subordinación de que han sido víctimas.

No debe extrañarnos, entonces, que estos mismos rasgos se manifiesten, hoy, con mucha más fuerza todavía.

Las mujeres tenemos en Chile una historia que es necesario rescatar, reconstruir, completar y reivindicar.

CATOLICOS Y COMUNISTAS

Durante cien años hubo problemas entre la Iglesia católica y el comunismo. Marx hablaba de acabar con los monasterios y eso sembró la desconfianza. Yo he estado en América Latina y puedo decirles que esto ya no existe. Los católicos colaboran con los comunistas. Luchamos juntos contra los escuadrones de la muerte en El Salvador, juntos peleamos contra los *contras* en Nicaragua y juntos luchamos contra el general Pinochet en Chile. En estos problemas no existe ninguna división entre católicos y comunistas. Mi amigo Tomás Borge es miembro de la Junta de Gobierno Sandinista, y trabaja ligado estrechamente a Ernesto Cardinal, sacerdote, poeta, ministro de Cultura, así como al sacerdote que se ocupa de la educación y al padre D'Escotto, ministro de Relaciones Exteriores.

No hay barreras entre el comunismo y la Iglesia católica. Y esa colaboración se extenderá al norte y al sur de Europa. Tengo un sueño: es posible que un día, antes de mi muerte, me entere que el embajador de la URSS da buenos consejos en el Vaticano.

(Declaraciones del escritor católico inglés Graham Greene. *La Jornada*, México, 21-III-87.)



la visita del Papa, también en las páginas que siguen una mujer.

Carmen Rojas, treinta y ocho años, dos hijas. Fue —dice— profesora de Sonchana Blanca, porque nunca pudo volver a ejercer la profesión después que fuera cauterizada, inmediatamente después del golpe de Estado. Desde entonces ha dedicado su tiempo y energías al trabajo en el interior de las organizaciones de mujeres: Comisión de Derechos de la Mujer con Desiderio Hammond, Mujeres por el Socialismo, Marcha 23 con Presidencia

ende de participación, autonomía y control de los problemas de la mujer marginada.

Las reivindicaciones planteadas: eliminación de la discriminación, más presencia de las mujeres en puestos administrativos por la necesidad y sus obligaciones, constituidas en la ley, en la práctica y en la familia y el trabajo, el desarrollo de programas y acciones conjuntas con el hombre por la igualdad, la eliminación de la violencia sexual y la abo-



luta de consumo sexual, y desde luego, la propia acción política. Luego, finalmente, para el ministro de Cultura, en estos días el desafío más urgente es el relacionado con la propia identidad cultural de las mujeres.

Hay que ir más allá de la conciencia y la acción política, y esa construcción se va dando al ritmo y al nivel de fuerza. Tal vez un punto de partida sea un día, como en el Día de la Mujer, que sirva para el embudo de la acción de futuro conjunto por el futuro.

Por iniciativa del escritor cubano Jorge Tropical, General de la Armada, México, 21 de 1992

La mujer chilena en 1987

Sus opiniones, sus organizaciones, sus luchas

¿Habrá quién ponga todavía en duda el papel preponderante que juega la mujer chilena de hoy en todos los dominios de la vida chilena? Los ejemplos sobran para probar que este fenómeno es ya algo más que una simple *presencia*. A veces, empieza a perfilarse como un franco protagonismo. Evoquemos algunos casos. Desde el de la primera mujer que accede a la dirección máxima del Sindicato de la Construcción, hasta el de ese plantel de brillantes mujeres periodistas, de cuyo talento y coraje depende en una buena medida la calidad de la prensa chilena de oposición (recordemos lo que ocurre en un semanario, en cuyo consejo de redacción, integrado por ocho periodistas, figuran... siete mujeres). Sin olvidar las decenas y centenares de mujeres que, por la razón que sea, dirigen una buena parte de las organizaciones sociales que sobrellevan el mayor peso de la lucha contra la dictadura: poblaciones, ollas comunes, asociaciones diversas (Parientes de Detenidos Desaparecidos, de Presos Políticos, de Fusilados; Comité pro-Retorno, Derechos Humanos, etc.); organizaciones relacionadas con tantos y tantos frentes. Sin olvidar el contingente masivo de muchachas (militantes y dirigentes) que aparece como componente esencial de las legiones estudiantiles.

De algunos aspectos de esta realidad, más otros temas recientes, como la visita del Papa, hablan en las páginas que siguen dos mujeres.

Carmen Rojas, treinta y ocho años, dos hijas. Fue —dice— profesora de Enseñanza Básica, porque nunca pudo volver a ejercer la profesión desde que fuera exonerada, inmediatamente después del golpe de Estado. Desde entonces ha dedicado su tiempo y energías al trabajo en el interior de las organizaciones de mujeres: Comisión de Derechos de la Mujer (en Derechos Humanos), Mujeres por el Socialismo, Memch 83, etc. Presionada

por los hechos, salió al exilio voluntario a fines del 85 y vive desde entonces en Madrid. Es dirigente de la Izquierda Cristiana. Estuvo estos dos últimos meses en Chile, y de ello nos habla.

Julia Monasterio tiene cincuenta y cuatro años, dos hijos, y es dueña de casa. En cierto sentido, su periplo es exactamente el opuesto al de nuestra primera interlocutora: abandonó Chile después del golpe y vivió todos los años siguientes en España, hasta fines de 1985, en que retornó a Chile. Allí no ha dejado, estos dieciseis meses, de mostrarse activa, en particular en la Coordinadora de Mujeres de las poblaciones del sector oriente de Santiago, y en el Partido Comunista, en que milita. Esa es la historia que nos cuenta, aprovechando una fugaz estancia en Madrid.

(Entrevistó: C. O.)

Conversación con Carmen Rojas

—Tú acabas de llegar de Chile, a donde volviste después de una ausencia de algo así como año y medio. Quizás sería bueno comenzar esta conversación trazando un paralelo entre el país de entonces y el de ahora...

—Cuando me vine de Chile en noviembre del 85, dejé un país totalmente movilizadísimo. Las organizaciones sindicales, estudiantiles, poblacionales, las asociaciones profesionales, todos estaban en plan de movilización activa. Yo misma alcancé a participar antes de mi viaje en una manifestación que realizaron las mujeres en pleno Barrio Alto de Santiago; se hizo allí en plan de franco desafío. El país que encontré ahora es bastante diferente. En primer lugar, es impresionante ver cómo la población ha seguido empobreciéndose; los abismos sociales son todavía más notorios que antes. En segundo lugar, aunque siento que los márgenes de gente que tiene conciencia de lo que pasa son muy amplios, lo cierto es que la movilización es menor. Sentí incluso que el país estaba casi desmovilizado, aunque, claro, yo estuve en un período muy especial, que fue el de la visita del Papa, en el que, de todos modos, hubo algunos focos de agitación, como tomas de terrenos, desafíos a la autoridad. Se trataba de una situación coyuntural y los pobladores la aprovecharon para intentar algunas tomas de terreno. Estuvo también la protesta del día 25 de marzo, pero hay que decir que no contó con mucha participación. Es algo para preocuparse, porque pienso que los chilenos vamos a necesitar contarnos la verdad, establecer qué es lo que resulta y qué no resulta, ver si hay un problema de desgaste, de cansancio en la gente.

»A pesar de todo, yo me declaro optimista, porque en la falta de una mayor movilización también se siente como una especie de calma preparatoria... La gente se está preparando, dando otros pasos, y justamente con motivo de la llegada del Papa, se ha visto gente nueva que se ha ido incorporando a las organizaciones sociales.

—¿Cuál es tu balance de la visita papal?

—Bueno, yo llegué al país muy anti-papa. Yo soy cristiana, milito en un partido cristiano, y debiera haber sido en principio una propagandista del Papa; Pero no era así, porque siento que el Papa tiene posiciones muy derechistas, muy apoyadoras para lo que a él le interesa y muy desmovilizadoras para lo que a él no le interesa. Sin embargo, la visita del Papa tiene connotaciones bien especiales, que probablemente no se hayan visto con mucha claridad desde afuera. Fue un verdadero fenómeno social el que se produjo en Chile con su llegada, y a mí me impactó mucho. Ver a tanta gente salir a la calle, gente de los más diferentes sectores —pobladores, estudiantes, trabajadores— que por primera vez en muchos años sabían que no los iban a reprimir. Eso era de verdad muy impactante. Ver a miles de personas en las calles, durante horas, gritando y gritando, sin arriesgar a que los reprimieran. Hubo cosas muy lindas, como cuando el Papa fue a la población La Bandera, y se veía a la gente que venía de la zona norte de Santiago, de Conchalí, de Quilicura, de más lejos; algunos habían partido a las cuatro de la mañana, y habían recorrido a pie hasta cincuenta kilómetros; durante todo el recorrido marcharon con pancartas, con lienzos, gritando contra el gobierno, contra la represión, por la libertad, por el trabajo, por el respeto a los derechos humanos. ¿Te das cuenta lo que eso significa? Es la primera vez en trece años que ocurre algo parecido. Incluso hay gente para la cual trece años es casi toda una vida, y nunca habían vivido algo semejante.

»No es que el Papa haya dicho grandes cosas o que él haya movilizado algo, pero la gente se sentía por primera vez con un respaldo, porque el gobierno no podía reprimir (aunque lo hicieron, cuando ya el Papa había pasado).

—¿Tú participaste directamente en alguno de los actos del programa?

—Sí, fui al Estadio Nacional, donde había jóvenes, muchos jóvenes de quince años, o dieciseis o diecisiete. Es decir, jóvenes que nacieron muy poco antes del golpe de Estado, que aprendieron a caminar con la Dictadura. Había cien mil personas en el Estadio, más otros miles que no pudieron entrar, y sus gritos eran fundamentalmente por la libertad, por la democracia, por la defensa de los derechos humanos. Yo los escuchaba, al principio con algún miedo, porque pensaba que podían ser jóvenes muy influidos por el régimen, por los militares, y no era así: eran jóvenes absolutamente conscientes. Es cierto que había grupos del Opus Dei, pero ni se notaban; no molestaron, no hacían nada. Se supo que se habían pedido ocho mil entradas para los jóvenes de las Escuelas Militares, pero los organizadores les dieron sólo mil quinientas, que no fueron aceptadas. ¡Qué habrían hecho mil quinientos soldados entre esos miles de jóvenes! El acto fue sobrecogedor. La juventud tiene una gran creatividad, una capacidad muy grande de inventiva; empezaron los jóvenes a soltar globos inflados con helio que llevaban grandes carteles que decían Democracia, Justicia, Paz, Libertad, y fue así como se produjo esa historia con el globo que llevaba el letrero Libertad, que no podía elevarse, y todo el estadio gritaba ¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad! y lo hacía con muchas ansias, porque to-

dos sintieron que había una simbología y que no podía permitirse que la Libertad cayera. El letrado rozó el pasto, pero luego comenzó a elevarse, en medio de la mayor alegría de los jóvenes.

»Muchos dicen que el Papa no dijo gran cosa; yo no sé qué es lo que podía esperarse que dijera, cuando la verdad es que él no iba justamente a decir aquello que podíamos esperar. Lo importante es que con motivo de su visita, mucha gente que piensa como nosotros, pero que nunca lo había manifestado, esta vez lo hizo, aprovechó la oportunidad para manifestarse.

»Para qué voy a contar la historia de las cuatro promesas que el Papa les pidió a los jóvenes, y cómo respondieron ¡No! cuando les pidió que prometieran «no sucumbir al ídolo del placer y del sexo». La prensa se ha referido largamente a esta anécdota. Lo que yo quiero decir es que esto es una muestra de que nuestra juventud es franca pero, sobre todo, es libre. Dicen *no* a lo que no quieren y eso me parece muy positivo.

»Me impresionó mucho, también, lo que dijo el muchachito de la enseñanza media que habló a nombre de los jóvenes. Es del liceo de Conchalí y no debe tener más de quince años. La historia es bastante conocida: antes de empezar le dice al Papa que la carta que lleva para leer no lo representa, y le pide autorización para hablar con sus propias palabras. El Papa se la da, y entonces el muchacho empieza: «Yo voy a decir lo que siento», y cuenta lo que es la vida desesperanzada de la juventud chilena de hoy. Habló veinte minutos, impresionaba su facilidad de palabra y su claridad. Cuando terminó, el Estadio casi se vino abajo aplaudiendo.

—¿Participaste en otros actos?

—No, pero vi en televisión la manifestación con los pobladores. El canal 7 no lo transmitió, pero sí el canal 13, enterita. También fue impactante. Yo lloré ante la pantalla, lo digo con entera franqueza. Ver a esa mujer, Luisa Riveros, decir lo que dijo ante el Papa, ante la multitud y las cámaras, es algo increíble. Claro, ella estaba respaldada por la presencia del Papa, pero había recibido muchas amenazas, y todavía sigue recibiendo, y ella sabía que eso iba a ocurrir. Dijo todo lo que nosotros quisiéramos poder decir en público: que en Chile hay presos políticos y se tortura, que a la gente se la mata, se la degüella; que hay cesantía y la gente pasa hambre; que para la juventud no hay en este país futuro y que vivimos indignamente en medio de la represión, en un país en dictadura.

—¿Y cómo ves esa historia del Papa apareciendo en el balcón de La Moneda?

—Eso me dio una rabia enorme. Pero creo que aquí hubo una franca manipulación de parte del gobierno, y hubo manejos del jefe de prensa de Pinochet. Se repartieron miles de invitaciones para llenar el patio de los naranjos y alrededor de La Moneda y en un momento el locutor oficial empezó a decir: «¡Exijan que salga el Papa! ¡Pidan que salga el Papa!» Salió por fin el Papa y detrás apareció Pinochet levantando los brazos. El Papa, claro, no es inocente ni alguien que se deje utilizar. Pero yo creo que, a pesar de todo, a Pinochet no le resultó aparecer al lado del Papa.

Eso se vio claro desde el principio, cuando el Papa llegó al aeropuerto. El Papa sabía muy bien lo que ocurría en Chile. Lo dijo en el avión, antes de llegar, que iba a un país donde había una dictadura (claro que aprovechó para pasar su aviso, diciendo que era transitoria, no como en otros países). Habló en el Estadio y dijo cosas que desde luego no dijo en Argentina; hizo también pequeñas cosas, como con Carmen Gloria Quintana, a la que abrazó varias veces diciéndole que lo sabía todo. Hizo su misa y volvió de nuevo donde ella a despedirse. Todo esto tiene que haber sido terrible para los militares. La verdad es que esos pequeños gestos del Papa le daban confianza a la gente, porque los chilenos, por razones explicables, andamos en este tiempo buscando pequeñas cosas, pequeños símbolos...

—*Cuéntanos tu visión de los incidentes del parque O'Higgins.*

—En el parque se formó un cuadrante. Había 34 grados de calor; volvía el verano con toda su fuerza, era como un símbolo. Allí había a lo menos seiscientos mil personas con los ánimos caldeados. Y de repente apareció ese cuadrante, un grupo de lumpen que empezó a hostilizar y a provocar a la gente. Fue gente provocadora pagada, no puede haber duda. Pero como en Chile apenas se necesita una chispa para que la hoguera se encienda, hubo grupos de jóvenes que reaccionaron de inmediato y los tumultos se generalizaron. Los provocadores saben muy bien lo que hacen, a quién agreden. A nadie de la oposición, ten la plena seguridad, se le ocurriría atacar a un periodista. Yo lo he vivido en carne propia; cuando estamos en una manifestación, sabemos que los periodistas son nuestros aliados, en el sentido de que ellos nos ayudan a informar de lo que pasa.

«Se acusó al P.C. y al M.D.P., cosa que ellos han desmentido. Lo cierto es que ahora están deteniendo a jóvenes que ni siquiera estaban en el parque. Yo creo que todo va a ser pretexto para desencadenar una represión más fuerte.

—*A muchos nos ha llamado la atención esta capacidad de convocatoria tan grande de la Iglesia chilena, su sabiduría para instalar situaciones en medio de escenografías grandiosas. Como ésa, vista en las televisiones extranjeras, de la llegada del Papa a Puerto Montt; los centenares de barcas, las sirenas sonando... Algunos testigos directos —que no son católicos— hablan de la visión casi mágica del «papamóvil» iluminado «a giorno» atravesando la ciudad al anochecer.*

—Yo creo que el pueblo chileno necesita algo mágico. Es tanta su necesidad de afecto, de comprensión, de algo que vaya más allá de lo racional... Mucha gente se decía (ingenuamente o no, eso es otra cosa) que si Pinochet no le ha hecho caso a Reagan, al menos podía hacérselo al Papa. Aunque se sabe que la Iglesia no va demasiado lejos, la verdad es que ha hecho un trabajo de solidaridad bastante grande, y por eso tiene en Chile un gran poder de convocatoria. Es un poder «mágico» porque es un poder solidario; casi no hay hoy en Chile organismo que no tenga apoyo de la Iglesia. Yo misma recuerdo cómo las mujeres, que no podíamos reunirnos ni en nuestras casas, lo hacíamos en las parroquias de los

barrios. La Iglesia ha representado el amparo que ha tenido el pueblo chileno todo este tiempo.

—La gente busca, en efecto, algo mágico, aunque no lo pueda encontrar...
—*La visita finalmente terminó, ¿y ahora qué?*

—Represión, mucha represión. Incluso se van a aprovechar el que gente que antes no se había mostrado, y ahora se mostró. Y eso es peligroso.

»Como siempre, la única solución posible es la unidad de la oposición. Buscando puntos en común, se podrían hacer cosas grandes. El pueblo ha sufrido mucho y entre los militantes hay una necesidad muy grande de trabajar en conjunto, más allá de lo que opinen las cúpulas. Algunas de éstas ya se sienten en el 89, actúan como si estuvieran en plena transición, y algunos hasta se están candidateando.

»Yo quiero decirte que cuando me ha tocado ir a hacer trabajo político a las poblaciones no he ido como militante, o sea, he ido sin camiseta partidaria.

—*Ya que tocas el tema ¿tú crees que la mujer representa un elemento aglutinante en el trabajo político?*

—Yo creo que sí, las mujeres representamos una fuerza aglutinadora porque luchamos por la defensa de la vida, la subsistencia, por la desaparición de todas las formas de discriminación, y esto en su conjunto significa un cambio político. Esto es representativo de todas aquellas que aspiramos a los cambios, que queremos otra sociedad y terminar con la Dictadura.

»Aunque hoy los movimientos sociales están pasando por una crisis, las mujeres no escapamos a eso, yo creo que se trata de una crisis de crecimiento, son muchos años de desgaste y de doble lucha, por un lado contra la dictadura y por otro contra nuestra propia gente, para que entiendan nuestra posición. Hay recambio, hay nuevos líderes, sí, estos movimientos están creciendo, son muchas las mujeres que están participando y esto nos sobrepasa, a veces.

—*¿Tú estás afiliada a «Mujeres por la vida»?*

—No. En verdad, «Mujeres por la vida» no es exactamente una organización, sino un grupo de mujeres que aparecen asociadas sólo para el efecto de convocar a manifestaciones. Así fue en la memorable jornada de fines de 1983, en que reunidos a doce mil mujeres en el teatro Caupolicán. En realidad, allí nació «Mujeres por la vida», donde convergen mujeres independientes y de diversos partidos, incluso de la Democracia Cristiana. Yo me siento bastante identificada con ellas, y me parece fantástico que sigan apareciendo tan activas en la convocatoria de manifestaciones, pero yo he trabajado más bien con otras organizaciones. Siempre he trabajado en la formación de grupos de mujeres pobladoras o de profesionales, con mujeres de sectores populares o de sectores medios y formé parte de una institución alternativa cuya función principal es la de apoyar psicológicamente a las mujeres, en especial a las pobladoras. Pero mi trabajo principal ha sido con «Mujeres por el socialismo», que es un movimiento que nació junto con el llamado Bloque Socialista, aunque es en verdad muy amplio.

Pero, sobre todo, me identifico con todas las mujeres que estén en la línea de la defensa de sus derechos, de la lucha por una democracia real.

—*Esto de privilegiar de modo tan absoluto la defensa de la mujer ¿no crees que de repente aparece como en contradicción con la condición de militante de un partido?*

—Yo soy militante de izquierda desde hace mucho tiempo, pero hay cosas que no puedo dejar de advertir. Eso de que te pidan que escribas una carta, no de que la redactes, sino de que la pases a máquina; o estar constantemente vendiendo entradas o haciendo empanadas. A la mujer no se le pide que haga un aporte ideológico, eso no, siempre se nos ha restado a esas cosas. Nosotras también nos restábamos, eso es cierto, pero ahora hay un proceso de crecimiento, de maduración. Los partidos de izquierda, creo yo, tienen un pecado muy grande, y es que no se han preocupado de elaborar una verdadera política con las mujeres, lo que es grave, porque la derecha sí lo ha hecho, ahí tienes la historia de las cacerolas y lo del «voluntariado femenino» de Pinochet. Es una política que la derecha hace conscientemente con la mujeres. Entre nosotros no podemos seguir con eso de que «¡Estas, ah, son unas locas!» etc., que para lo único que sirve es para alejar a las mujeres.

»La idea de los movimientos de mujeres en Chile es que tenemos la misma capacidad que los hombres; nuestra idea es compartir al lado del compañero, no más adelante pero tampoco más atrás.

—*¿Qué opinas de esa afirmación acerca de que las mujeres están en la primera línea de la lucha, solamente (o principalmente) porque han venido a ocupar el vacío que han dejado los hombres: los desaparecidos, los que han muerto o están presos?*

—Yo creo que si las mujeres están reemplazando a los hombres desaparecidos, lo más terrible es: ¿quién va a resucitar esos hombres? Pero lo que no hay que olvidar es que las primeras manifestaciones en las calles fueron las de estas mujeres que empezaban a reclamar por sus compañeros desaparecidos, y que muchas de ellas participaban en una manifestación por primera vez; no tenían una idea anterior de lo que era la lucha política. En eso hicieron su aprendizaje: algunas ya no volverán atrás, otras regresarán a sus casas.

»No, definitivamente no creo en esa afirmación, eso es querer borrar la historia de una plumada. Las mujeres no han dejado nunca de estar de algún modo presentes pero la historia la han escrito siempre los hombres. Ahora, lo que pasa es que en períodos de crisis las mujeres aparecemos de modo más visible. Y hay que decir que nosotras tenemos buena memoria, mejor que la de los hombres, que a veces prefieren olvidar. Un amigo español me lo dijo una vez: los hombres no quieren hablar cuando han sido torturados, las mujeres sí. A los pueblos los pierde su mala memoria, y nosotras luchamos por tener mujeres conscientes, que puedan participar plenamente cuando tengamos en Chile una democracia real. Los partidos tienen que entenderlo, deben entender lo que significa que un país tenga mujeres con conciencia. Allende lo dijo alguna vez en un discurso. Las

relaciones autoritarias nacen cuando el hombre quiere tener la responsabilidad de todo y se niega a que la mujer tenga la posibilidad de tener una explicación de la cosas, con lo cual impide que las relaciones entre ambos se hagan más ricas, más conscientes.

»Cuando la mujer toma conciencia, al principio se radicaliza mucho. Después viene un proceso de maduración. Yo ya pasé por eso hace quince años, entonces era profesora de enseñanza básica en un colegio de curas y me di cuenta que por una misma función, una misma responsabilidad, me pagaban la mitad del sueldo que les pagaban a los varones. Allí me puse «anti-hombre»; bueno, en realidad mi radicalización no se produjo contra los hombres, exactamente, sino contra la actitud que ellos mostraban frente a la mujer.

—*¿Pero tú no crees que en relación con estos problemas, hay un progreso entre los militantes de izquierda?*

—Sí, entre los jóvenes, y en algunas mujeres. Pero desgraciadamente los partidos mismos como que no se han dado mucha cuenta. Aunque soy optimista y creo que hay que seguir luchando para cambiar esta situación. Para que no se siga repitiendo aquello de que cuando una mujer está hablando en una reunión, nunca faltan los hombres que están sentados allá, al fondo, y que están moviendo la cabeza diciéndose: «mira las tonteras que está hablando esta mujer».

»Y vuelvo a eso de la ausencia de los hombres en muchas de nuestras luchas. Se olvidan los estragos que ha producido el alcoholismo en ellos. Es un problema tremendo. Parece que a los hombres con todo lo que ha pasado se les han quebrado los esquemas de su condición de sostenedores, de responsables, y de allí las consecuencias. Los hombres participan menos porque no son como nosotras, que no nos hacemos demasiadas cosas, nos metemos en todo lo que sea necesario cuando se trata de sobrevivir.

—*¿El varón chileno es machista, según tu opinión?*

—Sí, y es un machista solapado, disimulado. En lo exterior se muestra abierto, pero no lo es, actúa como un verdadero patriarca. En esto considero que el machismo español es menos grave, porque es manifiesto, tú sabes inmediatamente a qué te enfrentas.

»Ojalá cambie, y en esto confío mucho en los jóvenes. Sé que por ahí se van a producir cambios, porque uno siente que en ellos hay una nueva sensibilidad, una nueva conciencia; los jóvenes se permiten hoy llorar, cosa que antes no ocurría. No sé cuál será la cuantía de los cambios, pero estoy segura que los habrá, porque los jóvenes son menos machistas.

—*¿Tú eres feminista?*

—Sí, soy feminista.

—*¿No eres de las que piensa que el feminismo tiene mucho de corriente ideológica europea?*

—Yo creo que cada país tiene su propia problemática. Así, por ejemplo, cuando las inglesas estaban peleando por el derecho al aborto, nosotras peleábamos por el derecho al pre-natal y al post-natal que nos quitaron, o para no perder el empleo cuando se está esperando un hijo. Nuestro fe-

minismo pasa también por el respeto a las libertades, por la defensa de los derechos humanos, por el derecho al trabajo, a una vida digna. Nuestro feminismo es un feminismo latinoamericano. Podemos compartir muchas cosas con las feministas europeas, pero ése no es el feminismo nuestro. Yo creo que las alemanas, las inglesas, las norteamericanas no nos entienden. No entienden siquiera nuestra coquetería innata, de pintarnos y arreglarnos un poco. Ellas entienden el feminismo como si hubiera la obligación de andar feas y desarregladas, es otra la problemática.

—¿Tu adhesión al feminismo pasa también por la idea de formar un partido feminista?

—No, yo no creo en los partidos feministas. Creo, en cambio, en los movimientos sociales de mujeres como formadores de la conciencia femenina; movimientos por sectores: pobladoras, estudiantes, profesionales. No creo en los partidos de mujeres; yo no lucho por separarnos de los hombres, sino por una sociedad igualitaria, una sociedad más justa y más sensible tanto a los derechos de las mujeres como de los hombres.

—*Feminista, entonces; pero también antipinochetista, y en ese sentido me gustaría que termináramos esta conversación, si te parece dándome tu opinión sobre las perspectivas que tú divisas en esta lucha, y desde luego, el papel que le cabe en ella a la mujer.*

—Los caminos en la lucha antidictatorial han sido muy distintos y en el ámbito de las mujeres también, desde las mujeres de sectores populares que comenzaron organizándose en grupos de subsistencia y han evolucionado tratando también problemas de discriminación y luchando para que éstos no continúen, y otras mujeres que comenzaron a organizarse desde una conciencia feminista o desde sus partidos políticos. Pero, lo importante de este movimiento es que es masivo y unitario.

»En estos momentos es más necesaria una propuesta unitaria; sólo la unidad nos hace más fuertes que los represores. Esta propuesta debe otorgar poderes a nivel de toda la sociedad, de todos los sectores, y en esto las mujeres tenemos una gran experiencia y fuerza que aportar.

»También es necesaria una preparación más sólida y no solamente la preocupación por lo coyuntural, ya que esto desgasta mucho.

»¿Qué queremos? Un Chile que nos dé los espacios por los que hemos luchado, que respete nuestra igualdad de derechos, que asegure nuestra participación en la toma de decisiones: que nuestra palabra valga y que se tome en cuenta nuestro trabajo.

»Si en la lucha por lograr una vivienda digna, en las ollas comunes, en las tomas de terrenos, en las salidas a la calle, hemos asumido con valentía y responsabilidad nuestros deberes y hemos participado directamente, lo lógico será que en democracia deberemos estar en la Administración, en las labores del Estado, dirigiendo, opinando y no sólo «adornando». Si todo esto es respetado y los hombres y mujeres y los partidos políticos lo entienden, el camino que nos queda se hará más corto, menos doloroso y más fructífero.

»El dictador se siente fuerte cuando nos ve desnudos y débiles.

Conversación con Julia Monasterio

—Lo que más nos interesa es que cuentes el mayor número de hechos concretos, las situaciones que te ha tocado vivir en Chile en este período tuyo de retorno.

—Bueno, lo principal es que a mí me tocó vivir un año extraordinario en lo que a la lucha contra el fascismo se refiere. Primero estuve un tanto en receso: era el período de vacaciones y yo, además, necesitaba algún tiempo para reencontrar mi lugar después de tantos años de ausencia.

»Yo estaba esperando lo que decidieran los organismos correspondientes de mi partido, cuando tuve un encuentro casual. Una antigua compañera y amiga, que me dijo simplemente, no esperes que te llamen, ven a militar con nosotras, y como coincidía con el sector donde yo vivo —la zona oriente—, acepté. Se avisó luego donde correspondía, y empecé así a militar de nuevo, justo unos pocos días antes de la celebración, el año pasado, del Día Internacional de la Mujer.

»Yo no participé, por eso, en los preparativos de las manifestaciones. Solamente actué. Fue mi primera actuación pública, la primera oportunidad que tuve de salir a la calle. Lo recuerdo muy bien, entre otras cosas, porque mis compañeras, fuera de recibirme muy bien, con mucho afecto, una de las primeras cosas que hicieron fue enseñarme todos los «trucos» que un manifestante necesita hoy en Chile conocer para defenderse de las fuerzas represivas. Aprendí varios: cómo montar una aguja de coser lana en un lápiz para repeler los ataques de los pacos cuando se te tiran encima; cómo protegerse de los gases lacrimógenos encremándose hartos la cara y aspirando un algodón empapado con vinagre o con limón y sal; ¡ah! y evitar ser mojado por los «guanacos» cuando los gases te han alcanzado, porque trae malas consecuencias. Cuidarse, además, del «Huáscar» —el «guanaco» grande— porque su chorro de agua es tan potente que le ha fracturado la clavícula a más de alguna compañera.

»Participé, así, en mi primer acto callejero, preparadísima, con todos mis artefactos de defensa listos. Allí vi, por primera vez, a los militares con las caras tiznadas (parece que antes no habían utilizado esa táctica) y allí supe también que para ellos, como para todas las fuerzas represivas, el peligro más grande es ver a una mujer en la calle manifestando, las mujeres y también los jóvenes. Sienten que la mujer y la juventud están en pie de guerra.

»Después ya me integré a otras tareas, como preparar la manifestación del 1.º de Mayo. Lo que no quiere decir que no se hagan otras cosas entre una y otra fecha. La verdad es que hoy, en Chile, cuando se trata de la lucha contra la dictadura, no hay un momento libre. Es algo de todos los días. Sólo de las poblaciones, el requerimiento es constante; hay tantos

organismos: los Comités de Cesantes, las Arpilleristas, los Comités de Sin Casa, los de los Presos Políticos, de Derechos Humanos, Mujeres Pro-retorno de los exiliados, Asociación de Familiares de Relegados y Ex-relegados, grupos folklóricos, etc. Y así, en cada una de las poblaciones. Es allí, en verdad, en esas organizaciones de base donde se desarrolla la lucha permanente contra el fascismo.

—¿Tú trabajabas específicamente en alguna de ellas?

—Yo trabajaba en la Coordinadora de Mujeres de la Zona Oriente. Es un sector muy grande, porque va desde Pedro de Valdivia hacia el oriente, limita al norte con el Mapocho y por el sur llega hasta La Florida. Nosotras tenemos allí ciertas poblaciones foco, que son las que concentran el trabajo más importante: Lo Hermida, La Faena, Santa Julia. Esta última es muy importante, porque de allí partieron —junto con La Victoria, que está en otra zona— las grandes protestas populares de masas. Claro, hay muchas poblaciones más: Peñalolén Bajo, Peñalolén Alto, Agrícola, Chacarillas, Villa Macul (ésta es más bien una población pequeñoburguesa, pero el trabajo que se hace es muy importante, sobre todo porque es muy unitario: va desde la mujer demócratacristiana hasta la comunista, sin distinguos).

»La Coordinadora tiene como misión coordinar el trabajo de las decenas y decenas de organizaciones de base que agrupan a las mujeres en esas poblaciones. Esa es nuestra labor.

—¿Pero se trata de organismos exclusivamente de mujeres es decir, «femeninos»?

—Bueno, no siempre es exactamente así, porque a veces se trata, por ejemplo, de un Comité de Derechos Humanos, donde también participan los hombres; a veces va uno o dos de ellos, pero el comité lo manejan las mujeres.

»Fuera de luchar por movilizar a la mujer, la Coordinadora se ocupa también de tareas de tipo comunitario, como llevar comida para las ollas comunes, tanto para las industrias de la zona cuando se encuentran en conflicto como para las mismas poblaciones. Ultimamente, cuando yo ya me venía a España, la ollas comunes eran para los profesores, los que estaban siendo exonerados. Y estaba también la ayuda a los presos políticos, económica, lo más que se pueda, y también de ropa. Tuvimos un caso no hace mucho, hace unos cuatro o cinco meses, los presos y las presas estaban llenos de sarna y piojos, y había que botarles toda la ropa, y entonces ahí la Coordinadora va a la cosa práctica, conseguir la ropa para esta gente. Y está también el problema de la comida, no para ellos, los presos, sino para sus familias. No nos gusta ser paternalistas con los presos, pero aquí no podía ser de otro modo; si no ¿de dónde van a sacar ellos? En esto del paternalismo te quiero dar otro ejemplo. Nos llega ropa al Coordinador, nos dan ropa porque la hemos pedido, y conseguimos ropa que está bastante mejor. La seleccionamos, la acomodamos y la llevamos a las poblaciones. Se le avisa a todo el mundo que la ropa va a estar en venta: una falda a cincuenta pesos, un vestido de niña a veinte pesos, incluso a

diez pesos. Pero lo que nos importa es que paguen algo, porque de este modo reunimos dinero para la olla común. La última vez, por ejemplo, juntamos quince mil pesos. De este modo ayudamos a resolver los problemas, porque tú pides a la gente ayuda para la solidaridad, pero nunca alcanza. Aprovecho por eso de decir que todo lo que se mande para Chile siempre será poco, hay que hacer todo lo posible por mandar lo más que se pueda. Piensa que cada olla común que se hace es mínimo para treinta o cuarenta familias, y piensa cuánto se necesita para comprar porotos, y hasta para hacer fuego. Porque esa gente no tiene nada, absolutamente nada.

—*Me gustaría que nos contaras cómo trabaja esta Coordinadora, cómo se conecta con el resto del organismo social, cómo está estructurada y cómo se relaciona con el resto del movimiento de mujeres.*

—Sí, hay una Coordinadora por cada punto cardinal: Oriente, Sur, Norte y Oeste. Todas ellas están ahora organizadas y estamos conjuntamente formando el FAM, Frente Amplio de Mujeres. En realidad ya está formado, y ese va a ser el organismo nacional. De momento sólo comprende a las organizaciones de Santiago, pero la idea es que se vaya poco a poco extendiendo por todo el país.

—*¿Un Frente de mujeres únicamente de las poblaciones?*

—No, no, de todas las mujeres democráticas, sea cual sea su clase social, su condición económica, su profesión y sus ideas políticas. La idea del FAM es que puedan agruparse todos los organismos existentes — Memch, Mujeres por la Vida, Mudechi, etc.— y que este frente sea una especie de paraguas.

—*Pero eso no se ha conseguido todavía.*

—No, no se ha conseguido. El día que ocurra va a ser importantísimo. No es fácil. Hay que ver todo lo que ha costado formar las Coordinadoras...

—*Cuéntame cómo operan, quiero decir, cómo se forman, cómo se manejan desde el punto de vista de las relaciones políticas...*

—A ver. Cuando yo llegué, el Coordinador estaba recién formado, hacía sólo un par de meses que se había organizado. Y allí había de todas las tendencias políticas: demócratacristianos, socialistas de los Comandantes, socialistas de Almeyda, de Briones, radicales, izquierda cristiana, Mir y comunistas. Luego ya fueron desapareciendo algunas representaciones políticas, pero eso es porque al Coordinador vienen los representantes de los organismos de base de las poblaciones, y ya depende de lo que ellos elijan.

—*Dame una opinión —un poco entre paréntesis. A menudo se oye decir este último tiempo que en las luchas, en las manifestaciones se ven muchas mujeres y muchos jóvenes de ambos sexos, pero que se ven muy pocos hombres adultos. ¿Qué hay en tu opinión de cierto en todo esto?*

—Yo conozco mejor el caso de las pobladoras. Si ellas tienen su compañero trabajando en el PEM o el POHJ, por miserable que sea su salario se ve que el hombre defiende ese trabajo a muerte, y la mujer entonces es la que sale a la calle a manifestar. Es una de las razones, pero yo diría que, además, la mujer como que tiene más conciencia. Incluso en mi par-

tido se sabe que hay muchos hombres que «están debajo de la cama», que no están trabajando políticamente contra el fascismo. Yo no sé si por falta de conciencia o simplemente por miedo...

—*Tú inauguraste tu retorno a Chile participando en el Día Internacional de la Mujer, y ahora has salido transitoriamente justo cuando acaba de celebrarse, un año después, el mismo festejo. ¿Cuál es tu balance del tiempo transcurrido?*

—Bueno, está la manifestación del Día mismo, que este año fue el 10 y que fue diferente de la del año pasado. Sí, diferente, aunque hay siempre algo que es igual: se sabe que nos van a pegar, que nos van a golpear; pero el año pasado la mujer fue con muchas pancartas, muchos carteles y consignas y haciendo ruidos y cantando; fue más festivo. Este año, en cambio, salimos a hacer barricadas, dispuestas a defendernos y a no dejar el centro. Esta vez se hizo bien, todo estuvo bien organizado y bien dirigido, y la fuerza pública estaba como enloquecida. Igual estábamos haciendo barricadas en Brasil con Alameda, como en Mapocho, o por el cerro Santa Lucía. Y en algunos puntos la cosa duró hasta las diez de la noche. Este año estábamos mejor preparadas desde el punto de vista de que ya sabíamos lo que era tener a los militares en la calle. El Día de la Mujer, el año pasado, en cambio, fue la primera vez que ellos salían a la calle y la primera vez que se tiznaron las caras y eso produjo miedo y las mujeres se desbandaron. Esta vez, no.

»Hay que tener en cuenta, por otra parte, que la manifestación no tuvo nada de espontáneo. Fue cuidadosamente preparada. En el Coordinador, por ejemplo, desde muchos días antes, cada una de sus integrantes tuvo que cumplir diversas tareas: en las mañanas, los panfleteos, sobre todo en las industrias. En nuestra zona hay muchas fábricas, algunas bastante grandes, y desde luego muchas textiles, donde trabajan gran cantidad de mujeres. Después, en las tardes, había reuniones preparatorias, cócteles con pequeños grupos, y por las noches, actos en peñas, y velatones. En fin, centenares y centenares de iniciativas.

—*¿Y la visita del Papa?*

—Hicimos los mismos preparativos, aunque entonces pudimos salir más a la vista. Y uno de los objetivos era conseguir que las cosas fueran más allá de lo que algunos se proponían; porque no bastaba, a nuestro juicio, que las pobladoras fueran a los encuentros con el Papa simplemente con una cruz de madera, como quería el Episcopado, sino que había que convertirlos en jornadas de denuncia de los problemas que ellas tienen.

»Hubo cosas hermosas. En Lo Hermida, por ejemplo, se empezó un mes antes con una conferencia de prensa, donde se presentó la arpillera —que era de gran tamaño— que la zona Oriente preparaba como regalo para el Papa. O sea, se dio allí la primera puntada de la arpillera, y luego hubo una olla común alrededor de la cual juntamos a todas las arpilleristas de la zona. La idea era entregarle personalmente al Papa la arpillera, pero no se logró porque la Comisión del Episcopado quiso que se la entre-

gáramos a ella. No aceptamos, así que la arpillera está todavía en poder nuestro. Por estos días nomás vamos por fin a entregarla.

»En todo lo demás, las iniciativas fueron muy parecidas a las de los preparativos del Día de la mujer: panfleteadas, cócteles, velatones, etc. Y hubo muchas discusiones sobre lo que debían decir las pancartas que cada mujer debía llevar. Algunas se conformaban con consignas como «Pan, Justicia, Libertad», pero otras querían frases más fuertes. Al final se logró unificar el criterio en torno a lo que fue en definitiva la consigna central, que decía: «¡Papa, hermano, llévate al tirano!»

»El día del acto con los pobladores, que se hizo en La Bandera, hubo que salir muy temprano. Porque el sitio del encuentro nos quedaba muy lejos —La Bandera está a la altura de Santa Rosa con Américo Vespucio— y la gente no aceptó la propuesta del Coordinador de arrendar tres microbuses. Así que partimos a pie, a las seis de la mañana, y fue un gran desfile, de mi zona éramos como cinco mil mujeres, lleno de color, de alegría y de gritos. Fue cansador, porque el trayecto era muy largo, y además había un cansancio físico acumulado por todo lo que se había hecho en los días anteriores. Pero, como es fácil de comprender, la cosa nos resultó muchísimo más fácil que cuando el Día de la Mujer. En todo el trayecto nos encontrábamos con los carabineros, y la gente no perdía la oportunidad de gritarles ¡asesinos!, pero ellos no actuaban. Actuaron después del acto, pero además, cuando nuestra columna llegaba al sitio de la concentración hubo un forcejeo con ellos, porque querían impedirnos que pasáramos con nuestra gran arpillera. No les gustó, porque alrededor del emblema papal, que las arpilleristas habían bordado al medio, estaban escritas todas las reivindicaciones de los pobladores sobre libertad, democracia, justicia, trabajo. La arpillera no quedó muy presentable, anduvo sufriendo con tanto zarandeo, y más porque, como ya dije, el choque se produjo al término de la concentración. Los pacos nos atacaron y fueron muy brutales, aunque no les fue muy bien, porque en ese sector hay mucha piedra, y nos faltaron manos para recogerlas y tirarlas.

—Desde tu retorno ha pasado ya un año y medio en que tú no has dejado de tener actividad política. ¿Nunca has sentido miedo?

—Una sola vez. Fue cuando hubo en Santiago ese encuentro de parlamentarios ¿recuerdas? No sé bien si fue a mediados o a fines de mayo del año pasado. Alguien se equivocó en el gobierno con las medidas que tomaron. Porque yo nunca he visto a Santiago igual, lo que se llama una ciudad tomada militarmente, porque aparte de los carabineros, salieron a la calle los militares. Y unos y otros diparaban sin mayor miramiento. La operación de cerco que hicieron para aislar el centro con cierre de comercio y oficinas, todo para impedir una manifestación que estaba prevista, me hizo sentir como si estuviera dentro de una película, una película nazi.

—¿Y cansancio? Quiero decir, pensando no tanto en ti, como en aquellos que hace más de trece años que están allá, en una lucha que nunca ha cesado y cuyo fin no se divisa todavía.

—Bueno, es natural que algunos sientan de repente que están agotados.

Por eso piden que se los releve durante uno o dos meses. Pero en general, eso no ocurre, porque la mayoría siente que no podemos permitirnos la tregua, hay tanto que hacer y el tiempo se hace tan poco, y nos faltan además cuadros. Nos damos ánimos, insistimos en que hay que estar siempre en la lucha. La llama de la esperanza es más fuerte que el miedo y el cansancio. Y cómo, si no; es así como se han podido ir ganando algunos espacios de libertad.

»Es muy importante eso de la ayuda que nos vamos dando los unos a los otros, apoyarnos, sentir que estamos juntos. Incluso tomarse de la mano sirve para perder el miedo. Lo hemos hecho. Recuerdo una vez en que a un grupo de mujeres nos tocó hacer una fogata detrás del cerro Santa Lucía, por allí por José Miguel de la Barra, y en que algunas tenían miedo, y nos tomábamos entonces de la mano y nos dábamos ánimo. Y todas respondían. Con nosotros había, incluso, una compañera de más de setenta años, y vieras como se portaba, con que decisión y valentía. Y siempre así, y eso que una vez tuvo que estar una semana en cama, en reposo, por lo mal que le habían hecho los gases lacrimógenos.

—*Y en cuanto a las perspectivas, ¿crees que se ha logrado ya remontar el repliegue que se produjo después del atentado?*

—Yo creo que se está consiguiendo. Desde luego, la parte poblacional retomó ya toda su fuerza. Las mujeres, especialmente. Da gusto ver cómo todo se ha ido recuperando. Los micromedios, por ejemplo, que otra vez están ya circulando: *Las cacerolas, Juntos, Vamos, mujer*, y tantos más.

—*Hay una duda que tienen algunos, que creen sentir que en las luchas, particularmente a nivel más popular, pobladoras, por ejemplo, se ve muy poca mujer joven. Domina, parece, la mujer mayor, en particular las madres, y aun las abuelas...*

—No, es una visión equivocada. La participación de la muchacha de las poblaciones es muy grande, y es muy importante... Esa es, justamente, una de nuestras grandes esperanzas.

—*Tú eres mujer, y tu trabajo principal está inscrito en ese frente; pero también eres militante comunista. ¿Crees que en el interior del partido se aprecia suficientemente el papel de la mujer?*

—¿Dentro del partido? Se apoyan en nosotras. A veces no nos creen, como cuando nos preguntaban que cómo íbamos a organizar este año el Día de la Mujer. Pero ya ves lo que se hizo, y eso gracias a la gran unidad que se ha logrado entre todos los sectores. Porque las mujeres parece que somos más unitarias que los hombres. Y además, hay que reconocer que la mujer tiene más llegada que el hombre, hay cosas que le salen más fáciles, porque nos reciben mejor en todas partes. En las visitas a los sindicatos, por ejemplo, donde puede que las cosas no siempre resulten, pero al menos nos reciben y nos escuchan... La verdad es que hoy, en Chile, se dan las condiciones para que la mujer lleve un poco la batuta...

—*Una pregunta final: ¿te sientes optimista en relación con lo que viene?*

—Sí, porque la lucha no creo que vaya a decaer. Ya pasó lo peor. Se van decantando posiciones, y los que creen en la necesidad de seguir en

la movilización son otra vez cada vez más y más. El ánimo de la gente es increíble. Nada consigue detenerla. Recuerdo otro de los actos preparatorios del Día de la Mujer. Había una marcha en la Villa Olímpica y estaba prevista una velación. Al salir a la avenida, un auto de la CNI atropelló intencionadamente a un muchacho, un muchacho de diecinueve años, y lo mató. Era de la población Exequiel González, que está detrás de la Villa. Fue terrible para todas nosotras. Fue muy grande el dolor y en el entierro se vieron muchas escenas de sufrimiento. Pero esto no nos hizo desistir de nuestro propósito. Pronto estábamos todas de vuelta en la lucha.

—O sea, que tu esperanza se mantiene viva...

—Sí, la esperanza se mueve con la lucha.

V. T.

El retorno de dos mujeres

Salieron juntas exiliadas a Holanda hace trece años y juntas volvieron, a lomo de mula, por el paso del Tronador, en el sur de Chile. Durante diez días estas improvisadas Amazonas hicieron el camino de los arrieros.

Trece años es demasiado. No soportaban más el destierro. Conocimos a Julieta Campusano cuando era una muchacha hermosa, que venía del Norte chico. Ahora tiene el cabello plateado y sesenta y nueve años. No podía ni quería esperar más. En la conferencia de prensa que dieron ambas en la Comisión de Derechos Humanos, tras comparecer ante los tribunales en Santiago, explicaron el motivo que las impulsó a este acto, que es mucho más que una gran aventura.

Julieta dijo que «el exilio es un drama de miles de chilenos que no admite más prolongación. Volví clandestinamente a Chile porque en caso contrario habría adoptado la decisión de suicidarme en la embajada de Chile en Argentina como último golpe al régimen militar». Así es de fuerte y dramática su convicción e irrevocable su decisión de vivir en Chile.

Mireya Baltra, que estuvo ocho meses junto a Julieta Campusano, Gladys Marín, Orlando Millas y otros dirigentes, asilada después del golpe en la embajada holandesa, tiene el corazón cruzado por el fuego. Tampoco se iba a cruzar de brazos ante un destierro que para ella la dictadura también pretendía hacerlo eterno. La ex-diputada y Ministro del Trabajo del gobierno de Salvador Allende fue enfática al definir el impulso que la condujo, junto a la ex-senadora Campusano a atravesar los Andes para vivir en su tierra. «Ejercimos la fuerza de nuestros ideales, hemos roto el destierro forzado, porque lo sentimos como un deber. Venimos a sumarnos a la lucha de nuestro pueblo, ya que ningún pueblo ha conquistado la libertad por regalo.»

El hecho ha dado la vuelta al mundo, sumándose al impacto causado por la súbita aparición de Clodomiro Almeyda en Santiago.

Se ha producido una coincidencia muy sugestiva. Sin concierto previo y guardando naturalmente el secreto, tanto el Secretario General del Partido Socialista como las dos representantes comunistas, coincidieron en la misma

iniciativa para fechas casi iguales. En un país con cinco mil kilómetros de frontera terrestre escogieron lugares de acceso diferentes. La entrada clandestina de Almeyda se efectuó a la altura de Valle-nar, atravesando la cordillera en la provincia de Atacama, por el paso Conai. El ingreso de Julieta y Mireya se hizo a través de un boquete andino situado 1.500 kilómetros más al sur. Pero lo sintomático es que en uno y otro caso les andaba por dentro un mismo espíritu —y este ánimo representa un sentir colectivo entre los exiliados—. En vista que Pinochet quería mantenerlos de por vida desterrados, ¿no es humano y lícito volver a la tierra natal sin pedir permiso a la dictadura?

Ambos acontecimientos tan íntimamente asociados reflejan que ha llegado el tiempo de poner en crisis el exilio mediante la entrada resuelta de más chilenos tan larga e injustamente condenados a la pena arbitraria e insoportable del ostracismo perpetuo.

Las dos integrantes del Comité Central del Partido Comunista no es la primera vez que intentaban entrar. En el túnel que frente a Mendoza, perforando el corazón de la inmensa montaña, une Chile y Argentina, sostuvieron antes, junto a un nutrido grupo de desterrados dispuestos a conquistar el inalienable derecho a vivir en la patria, una lucha épica y desigual contra la policía de Pinochet. Esta cumplió las órdenes de impedir a sangre y fuego el ingreso. Pero en ese cuerpo a cuerpo las mujeres pelearon como leonas, al menos tanto como los hombres. Julieta y Mireya en aquella ocasión dieron y recibieron. Fueron tratadas sin compasión, pero la dictadura supo que enfrentaba en ellas a adversarios de alta moral combativa. Apenas terminada la dura batalla, se prepararon para la tentativa siguiente. El 9 de septiembre del año pasado, junto con otros exiliados, que virtualmente encarnaban todo el espectro de la izquierda y de un nobilísimo y solidario grupo de personalidades latinoamericanas, volvieron a dar la pelea. Llegaron a Pudahuel cuando Pinochet todavía no se había repuesto del susto del Cajón del Maipo. Y fueron recibidas por una espesa y agresiva nube policial que azuzaba a sus perros, obligando al

avión a regresar a Buenos Aires con sus «peligrosos» pasajeros.

Estas dos mujeres, que según la tiranía son una amenaza para la «seguridad nacional», se presentaron en Santiago ante los tribunales, que no formularon cargo alguno contra personas tan dignas, que no sólo no han cometido delito sino que han dedicado su vida entera al servicio del pueblo y de la nación. Las acompañaban dos abogados de filiación demócratacristiana, Jaime Castillo Velasco, Presidente de la Comisión Chilena de Derechos Humanos, y Enrique Krauss, ambos ex-ministros en el gobierno de Eduardo Frei. La impresión de los juristas, periodistas, del público que descubrió de repente en los corredores de la Corte a estas dos conocidas dirigentes políticas, exiliadas durante trece años, fue de total sorpresa. El desconcierto también pilló desprevenido al régimen, cuyos agentes no pudieron actuar, por dicha razón, de inmediato. En verdad ellas habían entrado al país hace ya un tiempo, el 20 de marzo, manteniéndose en la clandestinidad.

Las circunstancias del ingreso y todo lo sucedido después no sólo subrayan rasgos psicológicos y morales en la personalidad de ambas protagonistas, sino que proporcionan asimismo rasgos para graficar una imagen del Chile actual. En medio de los policías atónitos y de la gente al principio estupefacta y luego entusiasmada, Mireya y Julieta, en pleno palacio de los tribunales, leyeron una proclama, que en el fondo era una declaración del derecho de los chilenos a vivir en Chile. Luego, abriéndose paso, en el caos generado por los guardias, que a gritos y con megáfonos, repartiendo empujones, pugnaban por disolver la manifestación que se había organizado en minutos, con muchas personas que se precipitaban a saludar y a abrazar a las recién aparecidas, Julieta y Mireya llegaron hasta la calle y con gran decisión tomaron un taxi que las condujo hasta la Comisión de Derechos Humanos. En sus puertas se agolpaba ya una multitud, alertada por las noticias escuchadas por la radio. Se habían concentrado allí numerosos periodistas chilenos y corresponsales extranjeros. Sólo que cuando los hábiles sabuesos de la CNI e Investigaciones, instalados en varios

automóviles, se lanzaron a la caza de un auto que partió velozmente, las dos mujeres salieron tranquilamente a la calle, besadas y vitoreadas por la muchedumbre. Al llegar ellas a la residencia de Mireya Baltra, no obstante el despliegue de carabineros, se habla juntado ya una densa multitud femenina, en el hecho de todas las organizaciones, tales como Agrupación de Mujeres por la Vida, el Frente Unido, la Agrupación de Mujeres Demócratas. Allí se daban cita todos los colores del arcoiris femenino. Coreaban la Canción Nacional. Un inspector de Investigaciones, protegido por dos funcionarios y un pelotón de agentes, llegó a notificarlas que serían relegadas. Ambas replicaron que estaban dispuestas a enfrentarlo, porque lo que más les importaba era vivir y luchar dentro de su patria, junto a su pueblo.

Julieta fue confinada al Norte, en Sierra Gorda, una pequeña localidad a 1,400 kilómetros de la capital. Ella resultó elegida dos veces, con primera mayoría, senadora precisamente por la circunscripción de Atacama y Coquimbo, donde se encuentra ubicada la apartada localidad donde ahora está relegada.

La escena de la despedida tuvo también cierto agridulce sabor familiar. Mireya volvía a su casa en Nuñoa después de trece años. Y al cabo de un rato la policía se las llevaba de nuevo. Estaban con ellas todos sus familiares que se encuentran en Chile, incluso sus nietos, alguno de los cuales al verlas partir rompió en llanto. Uno de los pequeños dijo: «Pero si recién llegó mi abuelita. ¿Por qué se la llevan ahora?»

Mireya, la otra abuelita, está ahora también lejos, relegada en Puerto Aysén, a 1,800 kilómetros al sur de Santiago.

Desde luego la relegación no va a quebrar el espíritu de estas revolucionarias a toda prueba, que no ocultan su militancia y que proclaman a viva voz que

vienen a combatir junto con los suyos por la libertad y la democracia.

En los momentos en que subía al vehículo policial, en el cual haría la primera etapa de su largo viaje al lugar de confinamiento, Mireya Baltra expresó: «Estamos bien porque sabemos que tenemos la razón. Debemos sumar a ella la fuerza». Julieta Campusano, por su parte, manifestó: «No es la primera vez que en mis cincuenta y un años de militancia comunista que soy perseguida». Recordó que su hija Dolores nació en una cárcel durante la dictadura de Gabriel González Videla.

En el mundo «ancho y ajeno» del exilio se siente orgullo por la conducta y la acción de estas dos compañeras. En Holanda reina dentro de los chilenos una alegría especial y muchos nacionales de ese país han manifestado emoción y regocijo por el coraje de estas mujeres que fueron asiladas políticas en los Países Bajos y vivieron allí un buen pedazo de su ostracismo.

Aunque Mireya será mientras viva una eterna adolescente y Julieta está labrada en la buena madera sufridora de la mujer de pueblo, habrá que preocuparse por su salud. Existe un gran revuelo en el exterior, que conmueve a todas las generaciones y a los chilenos de cualquier partido. Se suceden casi sin respiro las llamadas telefónicas a Chile Chico, Sierra Gorda y Puerto Aysén. A través de muchos países se realizan innumerables gestiones para que Clodomiro Almeyda, Julieta Campusano y Mireya Baltra queden libres en su propia patria. Esas dos mujeres de coraje, que interpretan el sentimiento de tantas otras, señalaron claramente en su primer encuentro con la prensa: «Vinimos dispuestas a afrontar las consecuencias que esta acción implica. Luchamos por nuestros derechos de vivir en Chile y de hacer una vida pública y familiar normal».



simon-bolivar, se levantaron a la mañana del día
mucho más tarde, cuando ya el sol había
dejado de salirse por el horizonte y se
dormido y cuando ya el viento había
dejado de soplar y cuando ya el silencio
había cubierto a la noche.

Y cuando se levantaron con sus
ojos de libertad y de democracia.

En la mañana del día que salió el
sol, cuando ya el viento había
dejado de soplar y cuando ya el silencio
había cubierto a la noche, cuando ya
el silencio había cubierto a la noche.



La mujer chilena y la cultura

1 *Gabriela Pizarro: la lucha por una cultura popular*

LAUTARO AGUIRRE / VICTORIA CASTILLO

En el folklore y en particular en la música popular, Chile está lleno de mujeres ejemplares. Mujeres que han sumado a su talento de conservadoras y propagadoras de los motivos artísticos populares, su capacidad de magisterio y su inteligencia creadora. Así Violeta Parra, Margot Loyola y otras. Entre ellas, Gabriela Pizarro, fundadora del ya casi legendario conjunto Millaray, «hormiguita cantora» de nuestra música autóctona, que no sólo predica un arte estrechamente ligado al pueblo, sino que lo practica con su propia vida, instalada en su casa de La Faena como en una escuela, con la guitarra eternamente lista sobre sus rodillas.

No ha viajado mucho a Europa estos años, y cuando le ha tocado hacerlo ha sido más por razones de salud que de trabajo. En una de estas raras ocasiones se le ha hecho esta entrevista, escueta mirada a la espléndida labor que desarrolla en contacto con las capas populares del país.

—Hay tantas preguntas que nos gustaría hacerte, Gabriela...

—Antes que nada, quiero agradecer que se me dé la oportunidad de conversar sobre esto del folklore, porque es difícil encontrar a alguien con quien conversar en profundidad de estos temas.

Lautaro Aguirre y Victoria Castillo son periodistas. Viven en Moscú.

»Durante muchos años me he ocupado de estudiar nuestra cultura campesina: Las danzas, las canciones, los instrumentos. Este trabajo no es subvencionado, no hay apoyo oficial.

»Han sido los propios campesinos, siendo amiga de ellos, recibiendo su ayuda, enseñada y guiada por los propios cultores, por las señoras del campo, por los poetas populares, por la gente que cultiva el arte popular, que he llegado a conocer a fondo esta cultura.

»Creo que el pueblo me ha formado y a ellos les debo lo que sé. Ha sido el pueblo el que ha hecho que me conozcan en el país.

»El trabajo consiste en el estudio en terreno y luego la ordenación de los materiales. Antes tuve la oportunidad de enseñarlo en las escuelas, ahora sólo hago clases a grupos de profesores, quienes se interesan mucho, cancelan poco, pero es una gran cosa poder comunicarse con ellos y así aportar con nuestra cultura popular, a los niños de las escuelas. Ellos serán los que crearán nuestra nueva cultura, la que va a ocupar nuestras raíces para motivarse y crear en todos los aspectos del arte.

—*Podrías, quizás, hablarnos de tus comienzos.*

—Dirijo el conjunto Millaray desde hace veinticinco años, lo formamos con el compañero Héctor Pavez. Yo comencé a recopilar más o menos a los quince años. Participé como alumna de un curso de verano que impartió nuestra Margot Loyola, que es la maestra de Chile. Después tuve la oportunidad de ser amiga de Violeta Parra, en aquellos tiempos en que ella se ganaba la vida cantando en sus ramadas, con ocasión de fiestas patrias. Participé con ella en sus ramadas, en su trabajo. Y así me fui formando con estas dos grandes maestras de Chile.

—*¿Y cómo funciona el conjunto?*

—Como grupo nos mantenemos con seis personas. Tenemos una instrumentación de la zona central, del sur y de Chiloé, que consiste en ravel, violín, acordeón, guitarra, arpa, pandero y tormento. Practicamos también danzas. Tenemos grupos femeninos y de hombres. Ultimamente hemos estado estudiando cantos de poetas.

»Bueno, cada dos años hacemos algo especial, una actuación, porque no hay otras posibilidades. Entonces convidamos a los vecinos de la población. Yo vivo en una población marginal de Santiago, en La Faena, de Peñalolén. Por ejemplo, hicimos un programa de navidad con los niños de la población. Ellos participaban como actores, como músicos, como bailarines, y como cantores.

»En otros trabajos convidamos a actuar a poetas del campo, quienes se agregan a nuestro grupo y que son nuestros maestros. Asisten en forma especial cuando tenemos algún escenario importante. Por ejemplo, las cantoras de Chillán, y así vamos integrando a nuestros amigos al escenario junto a nosotros.

»Esa es una parte del trabajo, lo otro es la recolección. Es una labor semanal que después de 1973 la he hecho con más cariño y empeño.

—*¿Y durante la Unidad Popular no cumplías esa labor?*

—Bueno, antes del 73 formábamos un poco parte del aparato cultural

del gobierno. En aquel tiempo nuestros recitales eran en los teatros más importantes de Santiago, íbamos a las ciudades como cosa oficial, con motivo de inauguraciones o de aniversarios. Nuestra participación era más de escenario. Nos ocupábamos más bien de estar actuando, grabando discos, preparando material de difusión. Tuvimos muchas oportunidades, grabamos hasta dos discos por año. Estábamos vinculados a un organismo de difusión oficial, como fue «Arte para todos», de la Facultad de Música, y a otros programas que se realizaban a nivel de organizaciones del campesinado, lo que nos permitía llegar directamente al campo.

—¿Y ahora, qué?

—Después nunca he tenido subvención. Para hacer trabajo de recolección, tengo que salir a cantar a los campos. Me movilizo «a dedo». A veces viajo en camión, otras en tren, en bus. Cuando falta el dinero voy a cualquier escuela donde haya alguna profesora que me conozca, como trabajé tantos años con el profesorado, por tanto conocen mis materiales y me dan alguna ayuda.

»Cuando voy por los campos, entro en alguna cantina, canto, paso mi guitarra y así voy recolectando lo que necesito, hasta llegar adonde voy.

—*Cantaste también en la Vega Central de Santiago.*

—Lo hice durante tres años, trabajé diariamente desde las once de la mañana hasta las cuatro de la tarde. Canté en los comedores, en el baratillo, en el mercado, en la Vega chica. En distintos sectores. Fue muy importante para mí, porque allí hay distintos grupos de trabajadores, quienes guardan una gran tradición folklórica. Allí casi toda la gente proviene del campo, de parcelas cercanas a Santiago. Para ellos está vigente el esquinazo, el saludar a los vecinos. Ellos pagaban para que se le cante a fulano de tal y yo les hacía versos, cogollos, cuecas. A veces el sindicato de la Vega estaba de fiesta y me invitaba a animar sus veladas. Aprendí mucho allí de ellos y de otros cantores populares tradicionales.

»Me costó entrar a cantar en la Vega. Fue el gran poeta y payador, Don Lázaro Salgado, y la Emita, los que me respaldaron. Tenía él más de noventa años y era un personaje allí, importante como poeta y payador. Allí la gente tiene un horario de canto y desde las cinco de la mañana hay gente trabajando. Hay un público flotante, de distintas categorías. Unos que van a comprar a tal hora. Hay gente que llega como a las cuatro de la tarde, que es la hora en que cierran.

»En los comedores hay incluso profesores universitarios, estudiantes, allí conocí a un estudiante de Estética de la Universidad Católica, a quien le ayudé a hacer una memoria sobre escenarios populares... La Vega de Santiago. Las calles y mercados de Valparaíso. Las ferias y el muelle de San Antonio, donde venden pescado. La terraza de Cartagena. Para mí fue una gran satisfacción ver que estos lugares tan simples, eran importantes para estudiarlos.

—*¿Se puede decir que se vive un auge en el movimiento artístico a nivel popular?*

—Como el régimen presiona, el pueblo se junta, se agrupa, se refugia

en estas fiestas y así los jóvenes a través de organizaciones poblacionales, de grupos universitarios independientes, cultiva un gran número de movimientos artísticos. La juventud tiene hoy gran interés por estudiar y por hacer cosas artísticas. Ya no sólo quiere ver espectáculos, sino que quiere hacer las cosas. En teatro, por ejemplo, no hay lugar de Santiago o en Chile, sin un grupo de teatro, que trabajando con el mínimo de recursos, crea su propia expresión artística, a través de su propia vida diaria, a través de su propia creación.

»En eso vivimos momentos históricos, porque todas esas organizaciones tocan el momento actual, entonces hay una acumulación enorme de datos, de todo lo que se hace. Por ejemplo, a través del teatro, del cancionero popular. En todas partes hay personas escribiendo, en todos los lugares nacen canciones que tocan los problemas actuales.

—*Como en el caso del grupo folklórico de los familiares de los desaparecidos.*

—Justamente, ellos están cultivando su canto, en base a su mismo dolor. Representan toda una etapa histórica, que no es sólo el dolor de ellas, sino de todo Chile. El grupo folklórico de la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos tiene un cancionero creado por ellos mismos, en base a las normas musicales más simples de nuestro canto y lo mismo en sus danzas. Con ese lenguaje se comunican con todos los sectores. Son un grupo muy querido y con gran valor histórico, porque ellas son un testimonio vivo de una historia que han vivido y sufrido y la convierten en canto.

—*Aquí en el exilio nos dicen que los chilenos somos cantores, ¿es verdad?*

—Sí, es cierto, somos cantores y cantoras. El terreno estuvo preparado anteriormente por Violeta Parra, a quien la conoció primero Europa, antes que Chile, como a muchos de nuestros valores. Luego salió todo este grupo de chilenos que recorren el mundo forzadamente. Y todos se volvieron canto, y yo he oído a distintos grupos de diversos países que cantan algunas de mis recopilaciones de hace veinte o veinticinco años. Por ejemplo, «El lobo Chilote», aprendido de Don Manuel Andrade allá en Chiloé. Ese era un vals escondido en el último rincón de aquella isla maravillosa, y que nadie había difundido. Héctor Pavez lo cantó, lo difundió y yo lo enseñé en muchas reuniones con trabajadores y está ahora en el exilio. Lo mismo con nuestras danzas de Chile, están en el repertorio de los conjuntos exiliados.

»Salió toda nuestra cultura popular a recorrer este mundo del exilio y allí todos se volvieron cantores, porque el lenguaje del canto y de la cultura popular es universal. Siempre nos va a comunicar, nos va a ayudar a unir y nunca se va a perder ese contacto logrado.

—*¿Y cómo sienten en Chile a los artistas del exilio?*

—Ardientemente, todos ellos viven en Chile, la juventud tiene sus canciones, las guardan y las cantan. A través de la música estamos comunicados totalmente. En verdad, los chilenos somos cantores.

—¿Y tú crees que el canto y la actividad cultural son hoy importantes para la gente en Chile?

—El canto es importante, en el campo, también en las ciudades, en las calles. También lo es el teatro, la poesía. Y todos están en la calle ganándose el pan, porque no hay otras posibilidades. Es común subirse a una micro y ver a dos y tres jóvenes recitando a Neruda y pasando el sombrero. A otros tocando la guitarra y cantando. También están las peñas. También están los trabajadores tradicionales, que noche a noche cantan para ganarse la vida y para comunicarse con un público, que a veces es limfado, ya que la gente no tiene dinero para ir a las peñas y a veces una peña funciona con apenas un puñado de personas. Todo eso es muy duro, cuando existe una realidad económica y una represión como la que vive Chile, es duro cantar...

—Pero llegará el día en que se producirá el reconocimiento por esos trabajos.

—Ojalá, porque es hermoso comunicarse a través de tu trabajo, pero para poder llevarlo adelante, se necesita un poco más de apoyo. Si pudiéramos tener medios económicos, como antes, para poder tener nuestros archivos en mejores condiciones. En el mío tengo materiales antiquísimos, de los músicos viejos, tengo por ejemplo una cinta grabada hace cuarenta años. Fue una de las primeras que llegó a Chile, de papel blanco todavía. Tengo materiales de Chiloé del año sesenta. Música mapuche, música de los chinos, de los poetas populares, de todos los encuentros de poetas, de cantores de Ñuble, de los alrededores de Santiago.

—«Cuando voy invitada a distintas fiestas populares, lo grabo todo. Y así va creciendo el archivo, y mi casa se va quedando chica y como vivo en una población marginal está muy expuesto, incluso a los allanamientos policiales; «ellos» pueden romperlo, porque no entienden estas cosas. También hay peligro de incendio. Hace unos tres años un temporal me llevó dos piezas y allí había materiales escritos, que se revinieron y lamentablemente, tuve que botar muchas cosas. Por suerte las cintas las tenía en otro lugar, y así, gracias al profesor Juan Pérez, de Valparaíso, donde tengo guardadas algunas cosas, las pude salvar.

—¿Y hay otros archivos que sean como el tuyo, verdaderos arsenales folkóricos?

—Claro. Tiene archivos Patricia Chavarría, una alumna mía que vive en Concepción. Ella ha hecho un trabajo lindísimo e importante. Trabaja con dos grupos en terreno. En Santiago está el archivo de Osvaldo Jaque, con bastantes materiales, es algo valiosísimo. En Valparaíso está el de Juan Pérez Ortega, también un archivo formidable, y el de Raquel Valencia, otro tesoro. Y así en todos los lugares del país y claro, no olvidemos el archivo de Margot Loyola, que sabemos que ha sido ella la que nos ha formado a todos.

—¿Cómo es exactamente tu trabajo en la población?

—Es un trabajo en terreno. En mi Centro de Madres, cada vez que hay reunión, voy con mi guitarra. Me he dado la libertad de celebrar, de hacer

un cogollo, para los santos de cada compañera. Y veo que la alegría de una canción, de una cueca, es un gran aporte para esas mujeres tan reprimidas.

»En los centros de madres, de cualquier cosa que se hable pasa a ser una conversación política. Que subió el gas, que vale tanto. Ya la conversación es una protesta. En mi población se está dando mucho también el velorio de angelitos. Esto había desaparecido, pero hoy es una reunión social muy importante, porque la población se reúne en torno al dolor de una madre, se la ayuda a aliviar su pena cantando, contando historias. Tomando un café cargado para mantenerse despierto. Así he pasado a ser cantora de angelitos de mi población. Esto para mí es muy duro, y muy emocionante, una tiene la responsabilidad de animar instantes muy dolorosos.

»Y así, en un velorio de angelitos se conversó de la necesidad de una olla común, porque la causa de la muerte del angelito era la falta de alimentación, la falta de leche, porque los consultorios no dan la leche necesaria. Tampoco hay medicamentos. Entonces aquella mamita tenía una gran pena, porque su niño sencillamente se había muerto de hambre.

»Mi posición social cambió totalmente en la población, cuando empecé a cantarle a los angelitos. Cuando paso, la juventud me acompaña, me reconocen, me tratan con respeto, me acompañan a la micro, porque como tengo muy mala vista, casi no veo. Me saludan los trabajadores del «mínimo», que me han conocido en los velorios.

—*Fuera de los pobladores, tú también trabajas con otros sectores.*

—Sí, por ejemplo, cuando se levanta una casa, los obreros de la construcción antes de poner el techo me invitan a los «tijerales», que son sus fiestas, sus tradiciones. Costumbre tal vez traída del campo y que la siguen practicando. Incluso a través del Sindicato de la Construcción, nosotros con el Millaray tuvimos la oportunidad de participar en los tijerales de un banco en pleno centro. Eso tuvo mucha repercusión.

»También tengo contactos con grupos de universitarios. A veces desean saber de nuestro folklore y van a verme a mi casa. O me invitan para que los visite en sus centros, en sus peñas solidarias, y allí se producen hermosos encuentros.

»Una va sintiendo que son muchos nuestros amigos, nuestros hermanos, y todo eso es muy hermoso, porque nos beneficia a todos, porque nos da un gran calor humano. Yo veo a la gente y sobre todo a los jóvenes con tanta avidez de cultura. Y yo creo en el futuro, todo esto va a dar frutos históricos; la cultura de nuestro pueblo va a volver a florecer, enriquecida con tanta cosa que se hace ahora. Y todo eso va a ser tan bueno para el futuro de nuestro país...

2 *La pasión de Hilda Riveros*

PAMELA JILES

Hilda habla rascando el aire con sus uñas de gata y explicándolo todo más con los ojos dramáticos, los gestos profesionales de su cuerpo menudo, la contracción de sus músculos, que con las palabras. «Me carga hablar», dice. Pero de todas maneras hablamos largo, sin prisa, en su departamento de La Habana rodeadas por el mar sereno de Cuba que se domina desde luminosos ventanales.

Hija de un catador de vinos y una madre que le marcó la vida —de fuerza y vitalidad— Hilda se hizo bailarina antes de aprender a escribir. Hoy es una de tantas mujeres que salieron de Chile al exilio hace más de una década. Entonces estaba desconcertada y no sabía un camino de su futuro. Ahora es una mujer hecha y derecha— «tengo más de cuarenta», confiesa coqueta— que hace muchas cosas. Demasiadas. Porque es «hiperquinética, maniática y obsesiva» y todo lo hace pensando en Chile. Trabaja en el Ballet Nacional de Cuba, es profesora de danza moderna, coreógrafa de prestigio internacional con más de cien obras de su creación recorriendo los escenarios del mundo. Se llama Hilda Riveros Weinstein, un nombre que —como muchos otros— es más conocido en el exterior que en el propio Chile, su patria.

«Me quitaron la cordillera y más nunca me pude ubicar. Nunca más recobré el sentido de orientación... Por pajarona que soy», dice desbordante y desbordada, poniendo pasión en cada sílaba, mientras arregla su closet que es bien ordenadito, con todo clasificado en bolsas plásticas. Conversa con un acento medio cubano jugando con su trenza larga y negra. Cuenta de sus dos hijos, de quince y veinte años, de su marido el músico Fernando García, con quien tiene una relación de hija-hermana-amante-compañera que suena envidiable. También de su madre muerta recientemente en Cuba.

Tiene tantas energías que uno se pregunta cómo caben en su metro sesenta —«bien al justito»— y sus 49 kilos. Tanta vitalidad que no le alcanzan las horas del día: «soy sonámbula, todas las noches camino dormida».

Es enfática y rotunda para todo: «Yo hago obras políticas pero no panfletarias ni obvias; no soporto que le saquen banderitas rojas y carteles al escenario a la gente. Mis obras podrán ser buenas o malas... me importa un carajo ¿sabes? Lo que importa es que el público piense y sienta».

Pamela Jiles es periodista, redactora de la revista *Análisis*.

—¿Cómo comenzaste a bailar?

—Según lo que decía mi madre —mamá chocha— bailé desde que nací. A los cuatro años empecé a estudiar baile español con Alhambra Fiori. Hasta que cumplí la edad para entrar al conservatorio e iniciar mi carrera.

—¿Pero era por iniciativa propia, tan chica, o más bien por decisión de tú mamá?

—Mira, mi mamá era muy artista... Te prodría decir que fue una artista frustrada. Tenía una voz maravillosa y tocaba muy bien el piano, pero su familia nunca le permitió hacer eso. Entonces, cuando ella vio que era el baile lo que a mí me gustaba, se dedicó a mi desarrollo. Mi madre fue el puntal de mi vida siempre. Si no hubiera sido por ella, yo no habría hecho ni la quinta parte de lo que he podido hacer. Se sacrificó por mi carrera desde que cumplí cuatro años. Ella trabajaba, y durante más de diez años me llevaba todos los días al conservatorio después de su trabajo. Y de ahí para adelante, durante toda mi carrera, ella me apoyó. Cuando nació mi primer hijo coincidió que fue el mismo día en que murió mi papá. Mi madre se sobrepuso a su pena, se fue inmediatamente para mi casa y me ayudó a cuidar y criar a mis hijos... Ella siempre cubrió los vacíos que yo podía dejar por mi trabajo.

—¿Y tu padre?

—A él le gustaba que yo me dedicara al ballet, pero él era un poco más alejado de todo esto. Era bastante artista también. Era catador de vinos, le gustaba trabajar el mimbre y el fierro forjado. Tenía camiones, salía mucho de viaje. Era muy inquieto.

—Háblame más de tu madre ¿cómo era ella?

—Ella era hermosa. Murió hace muy poco, a los setenta y cuatro años, sin una sola arruga en su cara. Era una mujer llena de alegría, con una vitalidad que se le salía desde la punta del dedo hasta el último pelo. Yo me he quedado sola como un hongo sin ella ¿sabes? Me ha costado mucho vivir sin ella.

—¿Y cómo conociste a Fernando, tu marido?

—Fue hace mucho tiempo ¡imagínate! Llevamos muchos años juntos.

—¿Pero te acordarás?

—Cómo se me va a olvidar... si nos casamos en una semana. Durante diez años yo le veía pasar por el Conservatorio. Pasaba a mi lado y a lo más me decía «buenos días, niñita». Nunca tuve nada que ver con él. Yo sabía que era director del coro, también nos encontrábamos en las tareas del Partido o en actividades culturales... Sabes, es que hay cosas muy privadas y no quiero removerlas ¿te das cuenta? Ocurre que yo en ese tiempo andaba con otro compañero, que era muy amigo de Fernando. Pero esa relación mía se acabó violentamente. Y violentamente también nació esto otro con Fernando, que te digo que nos casamos en una semana. A los cinco días él me pidió que nos casáramos.

—¿Cómo fue la salida de Chile hacia el exilio?

—Después del golpe, Fernando estuvo asilado más de un mes. Salió el 10 de noviembre. Teóricamente iba a Honduras y de ahí a Alemania.

Pero como los músicos del mundo son increíbles —no hay músico que no ayude a otro músico— lo bajaron del avión en Perú. Iba con Patricio Búnster, director del ballet en Chile, que siguió viaje. Fernando era director del Departamento de Música del Conservatorio. Pensó que ahí estaba más cerca de Chile y decidió quedarse allí. Yo seguía trabajando en el Ballet Nacional y pedí permiso para ausentarme un año. Hubo gente, incluso con ideas de derecha, que me defendió y me protegió. Mis compañeros fueron muy solidarios. Sólo tuve problemas cuando fui a buscar mi pasaporte para viajar a encontrarme con Fernando. Me interrogaron, me acusaron de haber hecho trabajo político en un montón de países.

»Ya superadas las dificultades iniciales, una vez en Perú, no tuve problemas para seguir trabajando en la danza y llegué a ser directora del Ballet Moderno de Cámara. Formé ese ballet prácticamente de la nada. Tuve que ser profesora, coreógrafa, administradora. Tenía que preocuparme desde que hubiera papel en el baño hasta de las telas de los trajes. Eramos pocos, así que además tuve que bailar mucho; salía a escena mientras un grupo se cambiaba de ropa. En ese tiempo también, el espectáculo se vendía porque mi nombre aparecía en el reparto ¿entiendes? Y tenía mi academia privada que se llenaba de alumnas... Durante seis años trabajé delegando responsabilidades en cuanto era posible, entregando roles a otra gente, fortaleciendo el grupo para poder dedicarme más a la coreografía.

—¿Y cómo fue que llegaste a Cuba? ¿Por qué dejaste un trabajo de tantos años en Perú?

—Porque casi me mataron. La situación en Perú estaba complicada políticamente. Todos esos años que estuve en Perú había venido a Cuba invitada a festivales y eventos. La última vez tuve problemas con la salida de Perú. Era una época de «limpiezas» en las instituciones peruanas. Curiosamente, descubrieron que yo no podía ser directora del ballet porque era extranjera, después de haberlo sido durante seis años. Comenzó la censura a las obras. Logré venir a Cuba y conversé mucho con Alicia Alonso, la gran bailarina y directora del Ballet Nacional de Cuba. Ella me propuso que me estableciera en Cuba con mi familia, donde Fernando y yo podríamos trabajar en lo nuestro. En una gala del Ballet, de pronto Alicia me tomó de una mano y me llevó ante Fidel, que estaba allí. Alicia le dijo al Comandante que ella quería que yo viniera a vivir a Cuba, y le explicó el problema. Después de un rato, Fidel me dijo: «¿Por qué no te quedas a vivir aquí y mandas a buscar a tu familia?» Eso fue impresionante ¡imagínate! Yo volví a Perú dispuesta a terminar bien lo que había comenzado allá y luego viajar a Cuba. Llevaba dos días en Perú, me preparaba para una función que estaba a punto de empezar, cuando apareció en el camarín un muchacho al que yo había dejado a cargo del grupo en mi ausencia. Venía drogado completo, sacó un fierro enorme y me dijo «voy a matarte»... Tan simple como eso. Comenzó a darme fierrazos en la cabeza, en el cuerpo, en todas partes. Yo estaba vestida para salir al escenario y gracias al moño no me mató. Me partió la cabeza, me charqueó entera sin darme tiempo ni de gritar. Entre cuatro compañeros trataron de parar al

tipo. Yo corrí. Desgraciadamente ese teatro tenía sólo la salida al escenario así que aparecí ensangrentada completa. El público atónito, el tipo persiguiéndome, un alboroto enorme. Hasta que mi marido cerró una puerta de hierro, no sé cómo, que me separó del hombre ese que seguía gritando que me iba a matar.

—¿Se supo cuál era su motivación, quién lo había mandado?

—No hubo interés de averiguar, esa es la verdad. Hicimos la denuncia, pero el hombre ese quedó libre. Y el ataque fue dos días después de regresar de Cuba.

—¿Concluyes que fue una represalia?

—Yo nunca voy a saber quién pagó a ese hombre. Se aprovecharon de que era dogadicto. Pero alguien tuvo que mandarlo. No supe nunca si fue de parte del gobierno chileno o si fue una manera de correrme del Perú sin que me expulsaran, o qué fue. Partí para Cuba lo antes posible sin saber. Tuve que recuperarme un tiempo porque quedé muy dañada. Tenía mucho miedo por los niños, con ese loco suelto allí.

—Volvamos a tu relación con Fernando ¿No ha sido difícil mantener tu matrimonio siendo una mujer tan destacada, en este mundo machista?

—Sabes una cosa, Fernando es mil veces superior a mí, y siempre lo fue. Es un tremendo artista. Así que con todo lo figura pública que yo puedo ser, no he hecho ni la mitad de las cosas que ha hecho Fernando. Lo que pasa es que yo soy más *tarro con piedras* y Fernando es una gente reservada.

—No es fácil creer que durante veinticinco años de matrimonio han sido una pareja sin crisis o desencuentros.

—Tendrás que creérmelo porque con Fernando no se puede tener crisis. ¿Cómo te pudiera explicar? Yo meto bulla para el diablo. Pero Fernando en dos segundos la pone a uno en su lugar. Yo puedo llegar alegando por mil y una cosas. El jamás me ha hecho callar, al contrario, me escucha. Y después me explica. Entonces, este temperamento que yo tengo se serena.

»Tal vez me entiendas mejor cómo es Fernando si te cuento que los músicos viejitos que se morían en Chile le dejaban todas sus obras a él. Y también que es un hombre al que nunca he visto enchuecarse, jamás lo he visto transar en nada. En el mundo de los artistas muchas veces hay que transar, hacernos los lesos, poner cara de idiotas, hacer como que no oímos las cosas. Pero sí las escuchamos, vivimos en el mundo con los ojos bien abiertos y los pies bien puestos en el suelo. Fernando me ha enseñado eso. Así que lo grito al mundo entero: yo con mi hombre me saqué la lotería.

»¿Sabes? por lo general la bailarina tiene fama de ser un poco bruta, porque de verdad el trabajo es muy duro. Y en realidad yo no soy ningún genio, he hecho cosas porque me he reventado el alma trabajando y aprendiendo. Soy una gente de trabajo. Y Fernando siempre me ha estado motivando. Cuando era primera bailarina del Ballet Nacional en Chile, y quise ser profesora y después coreógrafa, Fernando me picaneaba porque decía que yo podía hacer las tres cosas.

—¿Qué significa para ti el Partido Comunista de Chile?

—Es como que me preguntes qué es para mí el amor o el ballet. Sin el amor, sin la danza, yo no sería lo que soy. En todas mis obras está presente esa trilogía. Yo digo con mi cuerpo lo que no puedo decir con palabras, y así hablo de amor y de la ideología de mi Partido.

—¿Tú te sientes chilena, después de tantos años en Cuba?

—Todo lo que yo hago es por Chile. Todo. Por eso tomo mi trabajo tan a pecho. Mientras estaba en Chile era bastante maniática pero ahí tenía la responsabilidad de mi pellejo y punto. Desde que salí he tenido que ser buena porque soy *una chilena en el exilio*. Para responder a la solidaridad de los pueblos que nos han acogido. Yo no puedo descansar un minuto ni darme el lujo de ser mediocre, porque nos han dado demasiada confianza y cariño.

—¿Cómo te imaginas que es Chile hoy día?

—Te voy a confesar una cosa: yo nunca me imagino lo que no puedo hacer. No quiero sufrir. Estuvimos dos años en Perú con las maletas hechas...

Por primera vez en la entrevista sus enormes ojos de Polichinela se oscurecen y se aplacan. Deja la euforia con que tiñe todas sus afirmaciones. Se pone triste.

»Deshice las maletas un día; dije «se acabó». Yo no tengo a Chile estacionado en el momento en que salí. Sé que hoy es otro, pero me hace mucho daño pensarlo en concreto. Sufrí mucho de no poder volver, pero como soy un tremendo escorpión y tengo cuero de elefante, sobreviví. Mucho tiempo tuve la ilusión de volver en cualquier momento a Chile, y eso me impedía meterme de frentón en el trabajo. Pero no quiero llorar, Chile no me pone triste. Todo lo contrario, me da fuerza, yo trabajo para el día que vuelva. Y aquí no tengo conflicto porque trabajar por Cuba es trabajar por Chile, es lo mismo.

»En el exilio hay gente que hace más de diez años está llorando, siguen llorando. Yo no puedo ser uno más de los que lloran. Vale más la pena reventarse trabajando, produciendo, creando.

—¿Cuáles de tus obras te gustan más?

—Hay trabajos que quiero mucho. Yo monté en Checoslovaquia la vida del Ché Guevara, enviada por los cubanos. Ese ballet se llama «Vencedor de la muerte» y tuvo mucho éxito en todas partes. Le tengo hartito cariño a «Canción de Cuna para Despertar», y también al primer ballet que hice, que tiene música de Fernando. Se llama «Yo Acuso». Lo hice en el tiempo que tuve un accidente grandote, en Chile. Estaba ensayando y me caí de una levantada alta que me hacía un bailarín. Me fui al suelo y me quebré completa. Los médicos pensaban que no iba a poder bailar nunca más. Todo esto en la mejor etapa de mi carrera como bailarina. Yo estaba muy deprimida. Un día Fernando me dijo «mira, convéncete, vas a quedar coja, no vas a poder bailar más»... Así, con toda la crueldad, pero me lo dijo. Yo lo presentía, pero nadie se atrevía a decírmelo. Faltaban diez días para un estreno: «La Silla Vacía», que era el trabajo más importante que

yo había hecho hasta entonces como intérprete y bailarina. Y Fernando llega y me dice que no voy a poder bailar más nunca. Pero el destino es muy raro. Pensé que tenía que dedicarme a hacer una coreografía, buscar otro camino. Un día desperté sin dolor de cabeza; había dejado de pensar que iba a ser bailarina. Y me puse a trabajar en una coreografía desde ese momento. Elegí música, fui juntando tremendo material mientras estaba inmovilizada, pensando en los planes nuevos, pero también pensando en que no me la iba a ganar el destino y que no me iba a quedar coja, que la silla no se iba a quedar vacía, como decía la prensa. Cuando me sacaron los fierros y todas las porquerías el doctor me dijo que de ahí para adelante la cosa dependía de mí... A los tres meses estaba bailando. Pero además había hecho mi primera coreografía: «Yo Acuso». Y la bailé yo.

—*Cuéntame ¿cómo es esa obra?*

—En esa coreografía, puse todos los saltos y elevaciones más peligrosas que puede haber en la carrera de una bailarina. O me sacaba el miedo de frentón o no volvía a bailar más. La obra —con música de Fernando— es una protesta. A mí me gusta mucho. Son cuatro poemas concretos. Una protesta antibélica con un texto increíble: el mar azul que se transforma en el marco azul y en el barco azul. Todo se va deteriorando. Después viene el hombre-hembra-hambre. La forma-reforma-informa-disforma-conforma. Después Hiroshima, mi cuerpo-tumba, tu cuerpo, tu cuerpo, mi cuerpo-tumba, tumba, tumba, muerte... La bomba que destruye al hombre. Es una obra muy fuerte, en la que volví a dar todos los saltos posibles.

—*Una de tus últimas obras, con más éxito, es «El Reto» ¿no es así?*

—Mira, yo tenía el recuerdo desde niña de la matanza de gallos, cuando metían a una gallina dentro de un tarro, que empezaba a patear. Viví en una chacra en Peñaflor donde mataban gallinas y hacían peleas de gallos. Eso me impresionó mucho y se me quedó guardado en los casilleros. Así que, pensando en la deshumanización del hombre por el dinero... Porque, mi amor, los gallos no van a pelear si el hombre no los obliga. El hombre, el mal hombre, es el creador de la muerte. Y esos bichos se enfrentan en una pelea a muerte porque el hombre quiere obtener dinero. Esa es la historia de estos dos gallos en la obra. Incluso, uno de los tipos es tan carajo que ha disfrazado a una gallina como gallo. Y cuando el gallo ve a la gallina a la que hirió de muerte, siente ira por el engaño, por la injusticia, por la maldad. Y se rebela. Los gallos se están matando, están sufriendo. Y esos hombres, en su calentura de sangre y dinero, no entienden el drama que están presenciando.

»Lo que pasa es que yo vivo a través de imágenes ¿sabes? Ví peleas de gallos cuando tenía trece o catorce años y ahora vine a elaborar la idea, sobre la base de ese recuerdo fuerte, el colorido, la actitud de los gallos, la vitalidad.

—*Dices que vives a través de imágenes ¿cuál es la imagen más importante que puedes extraer de tus casilleros en este momento?*

—Yo estoy pasando un momento muy fregado en mi vida. La imagen que tengo fija en este momento es la de mi madre. No puedo sacármela

¿me entiendes? Esto que siento lo acabo de poner en una coreografía que se llama «Paso por la Vida». Hablé con Alicia Alonso después de la reciente muerte de mi mamá y le dije que yo tenía que rendirle un homenaje a esa mujer que era una heroína anónima. Puede que no le importe a nadie, pero a mí me importa demasiado, es *mí* heroína. La obra no tiene nada de trágico porque la imagen que yo tengo de mi madre es alegre. Es el paso por la vida de una mujer cualquiera, la madre, una criatura que nace, el enfrentamiento con mirar, ver, caminar, amar, la lucha por la vida, después el decaimiento, el cansancio de esa mujer. Es juntar todas esas cosas, que son la vida, y luego sumergirse en un túnel que no tiene luz, la muerte...

—*Hablemos de algo más alegre: ¿cómo son los cubanos?*

—Conozco a los cubanos hace siete años y te puedo decir que son maravillosos, increíbles, fuera de serie. Ellos quieren tremendamente, no les cuesta nada querer a la gente. Yo he sentido su cariño, su solidaridad grande. Pueden tener un millón de problemas y estar perfectamente concientes de que los tienen, pero saben vivir con felicidad, gozando la vida. La solidaridad de esta gente no se puede explicar, la generosidad que tienen, son capaces de sacarse la comida de la boca para dártela sin que se les haga un problema, son capaces de dar su vida por la liberación de un pueblo hermano. Y es así. Es verdad. Es su sangre, su espíritu humano, su formación. Ellos «cogen lucha», como dicen. Fidel habló de eso en un discurso, dijo que *no* coger lucha con las cosas es como dejarlas pasar. Y en eso sí que estoy tan de acuerdo. Porque la vida es «coger lucha». Eso es la vida.

3

Isabel Aldunate: «las canciones que llegan al público»

Es uno de los nombres más destacados del «Nuevo Canto», una intérprete relevante cuya voz ha sido ya escuchada en Canadá, Estados Unidos, Suecia y, recientemente, en España, donde se constituyó en uno de los números de mayor significación de la jornada «Chile Vive».

Licenciada en Derecho, trabajó en la asesoría jurídica de la Universidad de Chile, hasta que sobrevino el golpe militar y fue destituida de sus funciones. Cantante desde siempre, su dedicación profesional a la música data sólo del año 1976, en que ganó en televisión un concurso de intérpretes aficionados. Tiene en su carrera algunas interpretaciones memorables —«Libertad», «La vigilia», «El cautivo de Tiltit», «Volver a los diecisiete»— y su nombre está asociado a los actos de masas más importantes rea-

lizados en Chile estos años, en los que ha participado con su voz y su presencia escénica excepcionales, puestas al servicio de la causa popular en que cree.

Esta entrevista está basada en conversaciones sostenidas con Ruth González, más extractos de un diálogo que mantuvo con Juan Pablo Amigo.

—¿Cómo definirías a Isabel Aldunate, la mujer, la creadora e intérprete, la luchadora cívica?

—Hablemos de la profesional, que es lo que interesa. Aunque yo no escribo las canciones que canto, creo que en el papel que cumplo hay siempre algo de creador, de artístico. Cantar es una acción de arte, única y exclusiva, porque no se repite nunca. Como una obra de teatro que se está presentando en vivo. Yo me defino fundamentalmente como una artista que se realiza ante el público. Y aunque en esta carrera se hace necesaria la difusión masiva que te dan las grabaciones y otros medios, lo fundamental sigue siendo la comunicación directa con la gente. Mi meta principal es ésa y después de diez años de trabajo lo percibo cada vez en forma más nítida.

»Esa comunicación es siempre la misma y sin embargo las características son distintas, porque son distintas las circunstancias, distintos los públicos. No es lo mismo un público que no está motivado por razones políticas —como es principalmente, en Chile, el público de provincias— que un público universitario comprometido, o un público afectado por la represión. Hay hasta razones geográficas. Yo siento, por ejemplo, que los públicos del Sur son en Chile más expresivos que los del Norte. Y están, además, los públicos internacionales, donde se agrega también el problema de la lengua. Públicos como el de Suecia, desconocidos para mí en términos absolutos...

—¿Cómo resuelves en esos casos la incomunicación?

—No es fácil. Uno tiene que atenerse al puro lenguaje de la música, aunque están también los gestos; el cuerpo, la cara. Pero al final la gente te entiende y hasta llora cuando escucha «El ayuno», por ejemplo, en que se trata de transmitir el drama de los desaparecidos y detenidos.

—¿De qué modo comenzó tu carrera musical?

—Fue en la televisión, en un concurso en que la canción «Volver a los diecisiete» me permitió ganar. Fue hace ya casi diez años, exactamente en diciembre de 1977. Más tarde continué en peñas, los fines de semana, y en actos solidarios en sindicatos y poblaciones.

—¿Sientes que Violeta Parra te ha aportado algo?

—Soy una fanática de sus canciones desde muy joven. Yo no la conocí, pero oí sus grabaciones hace ya unos veinte años, y fue un impacto muy fuerte para mí. Por su variedad temática, y por esa capacidad suya de salir de los pozos más profundos hasta la más fresca y exuberante vitalidad, la más juvenil. Violeta muestra en sus canciones la más amplia gama de lo que pueden ser los sentimientos humanos. Para mí es la madre del canto popular chileno, sin lugar a dudas.

—*¿No es la única, en todo caso. Te gustarán otros autores.*

—Sí, Patricio Manns, por quien tengo una gran admiración. También los nuevos creadores, la generación de hoy: Eduardo Peralta, Hugo Moraga, Osvaldo Torres, Pato Valdivia, Dióscoro Rojas, el dúo Schwencke y Nilo, Desiderio Arenas, que está recién vuelto del exilio... Con varios de ellos estamos haciendo un trabajo conjunto, que creo que más tarde va a tener alguna proyección. Yo estoy, en general, en una permanente búsqueda y en un trabajo cotidiano con los nuevos compositores. Trabajo con cada uno de ellos, en una labor infinita y lenta, donde se cultiva la amistad y el intercambio.

—*¿Qué pasó el año 82 que dejaste de cantar?*

—Dejé de cantar para poder recibirme. Estuve diez meses dedicada sólo a estudiar, preparando mi licenciatura. Luego, el 83, nos vimos enfrentados a un cambio cualitativo y cuantitativo en las formas de expresión musical, de todo el entorno. Ese año se vivió un vuelco social muy importante en el país, con las protestas populares masivas. Afectó también a la actividad artística. Pasamos, por ejemplo, de públicos muy reducidos a escenarios mucho mayores. Tuvimos muchos miles de espectadores en los actos de homenaje a la mujer chilena, al aniversario de la nacionalización del cobre y de los diez años de la muerte de Neruda; e incluso un público cercano al millón de personas en el Parque O'Higgins.

»Después, en el 84, grabé mi primera cassette e hice mi primera gira por el extranjero: Suecia, Francia, Dinamarca, Estados Unidos, Canadá.

—*¿Cuál es el aporte que le estás haciendo, a tu juicio, al público que te escucha?*

—Yo creo que hay algo que me interesa, y es desempeñar el papel de intermediaria, ser un vehículo que transmite lo que siente tanta gente que no tiene posibilidad de cantar, de pintar o escribir, y cuyos sentimientos yo procuro reflejar en las canciones que interpreto. Y allí estoy, tratando de llegar con un mensaje de alegría, de esperanza, fundamentalmente, aunque también es un mensaje de denuncia, de protesta.

«Mi obligación como cantante es también, por supuesto, cantar buenas canciones...»

—*¿Y qué son para tí «buenas canciones»?*

—Son las que llegan al público, en primer lugar, y luego, aquellas que se apoyan en un cierto desarrollo poético-musical. Busco, además, canciones que trabajen una gama más amplia de registro y canciones que puedan consolidar, de acuerdo con su formato, un espectáculo más acabado. Las canciones chilenas se parecen un poco entre sí, sus sonidos son bastante similares, y con la experiencia vivida en el extranjero, el haber oído a otros artistas me ha animado en la búsqueda de un espectáculo más completo, donde las canciones tengan un desarrollo dramático determinado. Matizar más las cosas, incluso con cierto humor. Yo creo que a la canción chilena le falta humor, que su tristeza, su melancolía y su nostalgia deben dar paso a la alegría. Yo no sé si es por razones telúricas —lo infinito del mar, la cordillera, la tristeza del desierto— que las quenas, los cha-

rangos, las zampoñas tiene ese grito, ese aullido tan profundo y tan melancólico. O quizás el tremendo aislamiento geográfico en que vivimos. Yo no soy capaz de determinar todos los fundamentos geográficos, sociales y políticos que determinan que nuestra canción sea así, pero creo que el artista, arriba, en el escenario, debe tratar de romper estas circunstancias y sacar de la gente la alegría, todo lo positivo que podamos rescatar, aún en los peores momentos que vivamos.

—A mí me hace mucha falta el humor; yo tengo hoy mucha necesidad de reirme. Me considero una persona seria, aunque no triste. Pero las circunstancias me han llevado a jugar un papel demasiado riguroso, más allá de lo que yo soy. Y yo creo que una puede ser rigurosa en lo esencial sin que esa rigurosidad afecte para nada la posibilidad de la sana ironía. Hace falta, a veces, esa capacidad de reírnos un poco de nosotros mismos. Hace bien y ayuda a liberar cosas.

—*Tú has viajado por diferentes países y has tenido ocasión de escuchar y alternar con los artistas chilenos del exilio. ¿Adviertes concomitancias, diferencias, rupturas en la temática, en los contenidos, en los ritmos, etc., entre lo que se hace en Chile y lo que se produce fuera?*

—Veo varias cosas. La canción creada en el exilio recibe muchas influencias de los países donde se origina. Inti-Illimani, por ejemplo, tiene canciones con mucho ritmo de la canción tradicional italiana. Lo mismo Quilapayún con la canción francesa. Pero ambos conjuntos han conservado su raíz profunda, que sigue siendo esencialmente chilena. Por otra parte, en Chile, a pesar de la dictadura y del aislamiento geográfico y cultural, la gente está muy alerta a lo que pasa en el exterior. Allá ha llegado la influencia de la Nueva Trova cubana, de la canción brasileña, de los aires africanos o europeos. El Canto Nuevo chileno tiene mucho de internacional, y eso ha calado en los jóvenes, que viven con intensidad esos ritmos, sus formas poéticas, etc. No es que no haya también influencia del trabajo musical del tipo que practican Margot Loyola, Gabriela Pizarro o Pedro Yáñez, pero eso es otra cosa distinta, porque es un trabajo vuelto de cara al folklore más puro y tradicional.

—*Tú cultivabas antes el género folklórico...*

—Sí. Eso fue cuando me estaba iniciando. Cantaba «cogollitos» campesinos, generalmente anónimos, producto del trabajo de recopilación del tipo que hacían Violeta Parra o Margot Loyola. Ahora ya no. No porque no me interese el trabajo que hacen los folkloristas, que es admirable, porque se realiza en condiciones durísimas. Es el caso de Gabriela y de Pedro, que no han parado de trabajar en ningún momento, aunque todo lo hacen prácticamente por puro amor al arte. Pero ahora yo hago otro tipo de canción.

—*¿Cómo la denominarías?*

—No quiero llamarla de ninguna manera. Es simplemente canción. Y es canción lo que yo quiero hacer. Quiero cantar boleros y también «refalosas», si es necesario, y quiero incorporar la poesía chilena y latinoamericana. Cantar poesía de Juana de Ibarbourou y de Raúl Zurita. A poemas

de este último les está poniendo música Patricio Manns, para que yo los cante.

—*A lo largo de los últimos meses hay muchas cosas que han conmovido al pueblo chileno. Ha habido tragedias y hay luchas en desarrollo ¿Qué piensas de todo esto?*

—Bueno, sí, está el caso de los muchachos que quemaron, y que fue una tragedia horrenda. Hacía muchos años que yo no me sentía tan horrorizada como ante un hecho como ése, a pesar de que en Chile las agresiones de tipo físico y psicológico son permanentes y diarias.

»Este año se ha dado una actividad muy fuerte entre los jóvenes y las mujeres. Las agrupaciones de estas últimas han tenido un desarrollo extraordinario este último tiempo. Somos muchísimas las mujeres que estamos organizadas a nivel poblacional, universitario, gremial, sindical, artistas e intelectuales. Yo participo en una organización, Mujeres de Chile, MU-DECHI, coordinada, como todas las demás, por las llamadas Mujeres por la Vida, que es el organismo que tiene la responsabilidad de llamar a los grandes actos de masas, a las manifestaciones. En fin, nuestro quehacer está permanentemente inserto en el proceso, que a pesar de todo no deja de avanzar.

—*¿Cómo ha sido tu experiencia española a través del torneo «Chile Vive»?*

—Ha sido una experiencia muy buena. He tenido la oportunidad de mostrar el trabajo que he venido haciendo en los últimos diez años, y la recepción del público fue realmente extraordinaria. Fuera de eso, tuve el privilegio de contar con la solidaridad y el apoyo de gente tan macanuda como Ana Belén y Víctor Manuel, como Rosa León, Luis Pastor y Luis Eduardo Aute.

»Además, venir a España era, que conste, el sueño de mi vida. Se trata de mis raíces, y es el país que siempre quise conocer.

—*Quiero someterte a una prueba final. Voy a ponerte una palabra y tú me respondes con una idea asociada a ella, la primera que se te venga a la cabeza. Aquí va la primera: «Paz».*

—Amor.

—Familia.

—Mis hijos.

—Chile.

—Mar.

—Pan.

—Chillán.

—Canción.

—Aire.

—Televisión.

—La detesto.

—«Araucaria».

—Puente cultural.

—Raza.

- Humana.
- Democracia.
- Un medio.
- Mapuche.
- Mi pueblo.
- Feminismo.
- Igualdad.
- Vino.
- Delicioso.
- Parlamento.
- Desconfianza.
- Vicaría.
- Justicia.
- Río Mapocho.
- Escuela de Derecho.
- Neruda.
- El poeta.
- Violeta Parra.
- La madre. La madre del canto chileno.

LA OBSCENA FERIA DE LAS VANIDADES

Si fuera posible... si ellos quisieran...
si sus partidos quisieran... si

Estos son LOS PRESIDENCIABLES

Completo diccionario político con las biografías, antecedentes, dichos y hechos de hombres —y mujeres— cuyos nombres se mencionan como eventuales candidatos.

¡Nuevo de HOY!

Todos los «presidenciables» en una serie de fascículos

Desde el 15 de junio

HOY ¡La fuerza de un equipo!

(Página publicitaria publicada en la revista HOY núm. 516, 8-14
junio 1987.)

VICTORIA LOPEZ

La mirada de Patricia

Estoy hablando de Patricia Mora, y cómo ella nos lleva de la mano hacia otras mujeres que viven y luchan en Chile. Que han crecido en un Chile oscuro, tenebroso, oculto —durante mucho tiempo— en el denso silencio que sigue a la muerte. Así creció una generación; así terminó su formación, otra: la de los jóvenes de veinte años, cuando el golpe artero nos tronchó a medio camino. A esos jóvenes que tenían veinte años entonces, pertenece nuestra amiga. Estudió arquitectura «en el período más brillante de la universidad chilena»: 1969 a 1973. Eran jóvenes que estudiaron en la encrucijada misma de la historia: no había ni tiempo ni espacio para dimitir. De ahí arranca su vocación de testimonio, de denuncia, de reflexión de la historia que le ha tocado vivir a ella. A ella y a otras mujeres.

Como arquitecta se formó en ella una investigadora de pura cepa, una investigadora del entorno familiar, primero; social, después. Se fue haciendo a través de la profesional que hacía un posgrado en planificación urbana, una mujer que miraba profundamente lo cotidiano, que sacaba conclusiones de ello, y que fue desarrollando una sensibilidad, una habilidad, un modo de decir las cosas, que llegado el momento ha cuajado en una trayectoria significativa como productora de audiovisuales.

En uno de los recovecos de este camino que vamos haciendo, por ahí, nos tocó ver alguno de sus diapo-films, transformados en vídeo. Vimos *Volver* y *Temporeras*. El primero, una larga mirada sobre los niños, los jóvenes que, desde distintos ámbitos, distintos modos, distintas lenguas, vuelven al país donde nacieron, o donde nacieron sus padres. El

horrible juego dado vuelta, esta vez: el destierro de miles de seres humanos reconvertido en otro destierro, a través de los niños, de los hijos. Se resisten nuestros hijos, y duele. Y el vídeo *Volver* va y viene, preguntando, indagando y se asoman para nosotros las caritas tan lindas de las chilenitas y de los chilenitos repartidos por el mundo que no entienden mucho de la «dulce Patria» convertida en un largo grito de protesta.

Temporeras es otra cosa. Mujeres jóvenes, otras viejas, mujeres de El Monte, de los campos olorosos y frescos cerquita de Santiago, que nos invitaban a los «paseos» del colegio y de la fábrica, en un tiempo en que andar o correr por cualquier camino era un asunto simple. *Temporeras* nos muestra caras, expresiones, voces, maneras de decir entre pudorosas y pícaras. Pero recias, firmes. Las mujeres que cortan la uva negra y morada. También la rosada y la transparentemente verde. Que enfrentan problemas en el trabajo, con la tremenda explotación de la que son objeto. Que se plantean problemas en todo el esquema de su vida familiar: la cantidad de trabajo que nos espera cuando volvemos a la casa, la responsabilidad con los hijos, la relación con el hombre, cómo hemos crecido, cómo los vínculos se hacen otros, cómo las mujeres afinan su reflexión. Las mujeres organizándose, hablando, planteándose frente a la situación laboral.

Ya hace más de seis años que Patricia fotografía, que filma la realidad del movimiento popular, del movimiento de las mujeres. Su lente no es vago ni difuso, es claro, preciso, toca lo que ella quiere tocar. Y sabe decir lo que quiere decir. Y pone todo este quehacer al ser-

Victoria López (Seud.) es dirigente de la Federación Internacional Democrática de Mujeres. Vive en La Habana, Cuba.

vicio de la movilización de los distintos sectores de la sociedad: de pobladores, de mujeres, de minorías más alejadas que ningún otro de la posibilidad de expresarse. Así surge, por ejemplo, *Mujeres y las yerbas medicinales* que es un diapofilm hecho en Lo Ermita, una localidad cerca de Calera de Tango, que presenta la vinculación histórica y cultural entre la mujer y la medicina: su saber profundo sobre los males del cuerpo y del alma y cómo curarlos. Las mujeres de nuestros pueblos guardaron celosamente sus conocimientos (como tantos otros acerca de otras cuestiones) y en este diapo se incluye la tradición mapuche y la tradición chilota sobre yerbas medicinales. Y todo el espacio cultural de lucha política que este tema abre.

Diapos sobre Mujeres Pobladoras, sobre su sexualidad, sobre los talleres de subsistencia, los roles en el hogar, la represión. Diapos sobre los cesantes, sobre el exilio, sobre los mapuches.

Y uno que hay que recalcar especialmente: *Allende vive*, la figura-bandera, el hombre hecho símbolo, y, sin embargo, carne real de una historia vivida por millones de seres humanos. El diapofilm sobre el Presidente se convierte en un punto rico de información y de opción militante en esta línea pedagógica que Patricia ha emprendido. Cada uno de sus materiales está construido en base a unidades temáticas para la discusión. No hay finales concluidos. Por eso son materiales de educación en el sentido de que es a partir de la idea planteada y desarrollada, a través de las emociones sentidas y transmitidas, que todo un pú-

blico puede empezar a construir, a elaborar, a proponer, a situarse más firmemente en un contexto determinado, para profundizarlo o para superarlo.

Desde *Carrete de Verano* (donde anduvo por las playas preguntando y mirando la vida de los jóvenes), pasando por *De habitante a ciudadano* (sobre el medio ambiente) hasta *La canción de la vida* (sobre mujeres de Conchalí —la mayoría— que tejen suéteres, mantas, guantes, etc., con lana que les mandan las mujeres campesinas aymarás, mapuches y chilotas), Patricia recorre la geografía de nuestro quehacer humilde.

Tiene en proyecto dos películas de largometraje: una sobre el movimiento poblacional. Otra sobre las mujeres aymarás. Patricia Mora, productora de audiovisual (ha hecho más de veinte diapofilms), creadora modesta e inteligente de toda una vida que extrae de la vida misma, infatigable trabajadora de la imagen y la palabra, nos devuelve la imagen verdadera de un pueblo que sueña entre las lágrimas, el trabajo, la cesantía, las rejas de las cárceles, la entretela del exilio, y la organización múltiple, difícil y variada de la lucha.

Como tantas otras mujeres chilenas, jóvenes y sencillas, que hemos ido conociendo a través de estos años en que no estamos allá, tiene la sonrisa de los que creen, de los que sienten, de los que aman. Por todo esto es que me pareció bueno, hoy día, hablar de Patricia Mora. Es como hablar de las amigas repartidas, de las amigas que trabajan y que crecen, de las mujeres que allá en Chile, florecen cada día.

RUTH GONZALEZ VERGARA

Más allá de las máscaras

Así se llama una novela de la escritora chilena Lucía Guerra*. En sólo 87 páginas, la autora fabula una anécdota de corte feminista no exenta de una pos-

tura ideológica que critica las estructuras sociales que discriminan históricamente a la mujer. En efecto, se plantea en ella un conflicto típicamente femeni-

Ruth González es escritora y profesora de literatura. Vive en Madrid, España.

* *Más allá de las máscaras*. Edit. Puebla, Premiá (México), 1984.

no a través de la protagonista y su entorno, su enmascaramiento frente a la vida, las fórmulas alienantes de convivencia conyugal, las relaciones inauténticas, el desamor.

La anécdota, narrada en primera persona, se inicia con una apelación a una segunda persona, «la verdad, señora, es que no sé cómo empezó todo esto...», a la que se le transfiere una suma de hechos, acontecimientos, situaciones triviales de la vida de la protagonista, que ejerce el periodismo, es madre de Angélica, posee una muñeca desde la infancia, su confidente, y está casada con Alberto, en el marco de una familia tradicional.

Hay una fijación temporal en su vida, treinta y cuatro años, «temibles treinta y cuatro...», que constituye quizás el primer eslabón de la toma de conciencia de su verdadero rol en la vida como mujer y la asunción de sus derechos, sin máscaras, auténticamente, frente a una «sociedad que valora la juventud de la mujer como una joya deslumbrante...». Hay una confrontación de apariencia-realidad en el discurso narrativo, «espejo», en segunda persona, lo que le confiere inmediatez y proximidad al relato. La revelación de la pérdida de la juventud y la lozanía es irreversible. El tiempo patentiza su acción devoradora en la imagen que devuelve el espejo. La fuerza, el vigor, la transparencia, se esfuman con los años, como también las señas de identidad.

En esta parte del discurso, en la referencia al tú, se observa una apertura de mundo mayor. Se ha explorado introspectivamente en un mundo cerrado, único, particular, el de la protagonista. Empero los referentes se objetivan hacia un macromundo, plural, abierto: es toda la sociedad femenina, la que sufre la marginalidad cuando traspasa la barrera de la juventud, debiendo colocarse nuevas máscaras. El enmascaramiento en los hábitos de comportamiento, en los patrones y normas morales se articula y adecúa en las relaciones interpersonales de la sociedad; sociedad que sabe configurar lo que se entiende por «una señora decente», sin posibilidad de sufrir una involución.

La desacralización del rol de mujer-madre-hogar tradicional se perfila a tra-

vés de varios pasajes y reflexiones de Cristina, la protagonista. El grado de incomunicación y el entramado de máscaras superpuestas para cada ocasión van minando lenta y progresivamente su conducta y pensamiento hasta constituir un franco rechazo al tejido ideológico represivo. El acto volitivo de desenmascaramiento también asume una postura de cuestionamiento existencial, de identidad: —«¿Qué era yo..., quién era?» El ejercicio de un trabajo, el periodismo, constituirá un primer puente para cruzar territorios vedados. La lectura de Simone de Beauvoir y otros escritos contribuyen en la toma de conciencia ulterior de su opresión. Así llega a su vida su primer amante. No obstante, esta experiencia amorosa, extramatrimonial, y la evocación de los juegos sexuales infantiles, refuerzan la impronta de una conducta sexual condicionada por el sistema social que impone las formas culturales y morales en el marco del régimen patriarcal. Todo intento en contrario atenta contra el núcleo económico básico de la sociedad capitalista: la familia patriarcal burguesa, donde cristaliza la opresión económica y sexual de la mujer. Y aún cuando ésta es continuo receptáculo de contradicciones y crisis, el sistema vela porque no se produzca fisura alguna que melle las estructuras económicas y políticas que lo sostienen. La lucha por la liberación de la mujer es, por tanto, difícil, ardua y múltiple. Debe vencer los prejuicios morales, reivindicar el derecho al trabajo, procurar la socialización de las tareas domésticas, lograr la libertad de procreación, el derecho y participación política y en los procesos de producción social; en suma, lograr una conciencia plena de su liberación y la transformación de su entorno. En Cristina, la transformación de oprimida a una mujer prospectiva es lenta, progresiva. Una serie de sucesos la acercan a esta concepción. No obstante, deberá sufrir paulatinos desenmascaramientos para lograr identidad. Sus múltiples aventuras amorosas, en las que se advierte una incipiente erótica en crescendo, no logran, sin embargo, su desalienación sexual. Los códigos de actuación masculina en femenino no resuelven, en modo alguno, la problemática de la mujer frente al sexo. El atre-

verse a..., el uso de un lenguaje descarnado, abierto, directo para enunciar situaciones, sensaciones, imágenes eróticas, resulta insuficiente para acceder al pleno desarrollo de la mujer, máxime cuando hay un condicionamiento de la sociedad, incluso de clase, con un lenguaje estratificado, usos, costumbres, vestimenta en esa línea.

La irrupción de una luchadora obrera en su vida, de nombre emblemático, Aurora Espinoza, aporta la otra cara de la identidad femenina. Aurora representa el receptáculo de la máxima explotación patronal y, por ende, de toda forma de opresión de la sociedad. Pertenecer a la clase obrera, es casi analfabeta, desnuda, ha padecido abortos clandestinos, ha sufrido maltratos de su primer marido y durante su vida se ha movido en un ambiente promiscuo y de carencias. Es el ser más desprovisto de la escala social, no tiene nada que perder, pues nada tiene, y sí mucho que ganar. Aurora posee una estatura moral, ética de envergadura: tiene conciencia social. En el

inframundo en que ha vivido ha aprendido una cosa, «odiar la pobreza» y, por consiguiente, prepararse, a través del sindicato minero, para «eliminar la pobreza» y las causas que la originan. — «Como Lázaro... yo me levanté y a los cuarenta años empecé una vida nueva. Y aquí me tiene, luchando pa que esto cambie». En el empeño pierde la vida, víctima de las balas de la policía durante una carga contra los mineros en huelga. Las protestas y luchas de los trabajadores, la inmolación de Aurora hacen cobrar verdadera dimensión a la vida de Cristina. La última máscara es arrancada cuando arroja a su muñeca Ariadna. Es el eslabón definitorio para dar paso a la autenticidad. Su vida cobra un sentido real. La palabra, tantas veces malgastada en reuniones sociales inútiles, en frases hechas, en seudo comunicación, ahora le servirá para un fin socialmente útil: escribiría para «romper máscaras». «Escriba, escriba mucho», le había dicho más de una vez Aurora, porque ella creía en el poder de la palabra.

HABLEMOS DE DEMOCRACIA

«Estamos en transición a la democracia, los partidos políticos están ya tomando forma...»

(Declaraciones de Fernando Mathei. Diario *El País*, Madrid, 24 de mayo de 1987.)



... con ellos y una vez más se volvió a la ciudad de San Francisco, y por medio de ella se volvió a un pequeño pueblo...

... en la ciudad de San Francisco, y por medio de ella se volvió a un pequeño pueblo...



Violeta Parra: veinte años de ausencia

1

Violeta por todas partes

FERNANDO ALEGRIA

Pocos en este siglo han encarnado tan profundamente la tierra y el pueblo de Chile como Violeta Parra. Nacida en la pobreza de una humilde aldea campesina, ella revolucionó la música popular chilena y contribuyó medularmente a definir el estilo de la nueva canción latinoamericana.

Violeta Parra llevó su arte a Europa, cantó durante varios años en boîtes del Barrio Latino de París, expuso sus tapices y obras de artesanía en el Museo de Artes Decorativas, compuso una canción, «Gracias a la vida», que le ha dado la vuelta al mundo, y desapareció como había llegado, dramáticamente, sin darse tiempo para comprobar la medida de su triunfo.

Violeta era una mujer pequeña, de pelo castaño oscuro, boca ancha y pómulos prominentes, con ojos grandes, afiebrados. Mezcla de dinamita y poesía, Violeta desconcertaba a los buenos burgueses chilenos. Se vestía pintorescamente. Las faldas le llegaban hasta el suelo y en el escenario las movía para mostrar unas toscas medias azules. Demandaba silencio absoluto cuando cantaba y, mientras más refinado su público, más dureza demostraba ella tratando de imponerse.

Protestaba con pasión y nunca tuvo miedo de acusar a los dictadores por sus feroces injusticias. ¡Que nadie fuera a tocarle a un pariente! Sin-

Fernando Alegria es novelista, crítico literario y poeta. Es profesor en la Universidad de Berkeley, California. Ha publicado una veintena de libros, el más reciente de los cuales es *Una especie de memoria*.

tiéndose herida en carne propia, respondía fieramente. Cuando uno de sus hermanos cayó preso por apoyar una huelga, Violeta escribió una canción, llamada «La carta», que sacó chispas.

La voz de Violeta era aguda y metálica, molestaba al principio, pero quienes pacientemente la escuchaban terminaban aficionándose a ella, descubriendo un lirismo desusado y una belleza dura, quemante, en su monotonía de tonos indios y campesinos.

Se la consideraba un producto típico del sur chileno, pero a menudo se la comparaba a personas de otras tierras y edades. Esto pasa con los chilenos en general. Se dice, a veces, que son sobrios y parsimoniosos como los vascos, o emprendedores y dinámicos como los yanquis, o hábiles y tenaces como los ingleses, o dados a la fantasía, a la música y a las peleas como los irlandeses. Sin necesidad de compararlos a nadie —y Violeta lo probaría en su aventurera vida—, podría decirse que muestran un porfiado sentido de supervivencia, viviendo en una larga faja de abismos, entre los Andes nevados y el océano Pacífico (de pacífico no tiene nada). La naturaleza los trata con violencia, destruyéndoles periódicamente sus ciudades con terremotos, inundaciones y sequías. Quieren a su tierra de modo extraño: parece que la compadecieran al mismo tiempo que la reverencian. Son celosamente patrióticos y hacen gala de machismo, los hombres tanto como las mujeres. Se celebran en sus propias contradicciones pues aunque hacen planes para este mundo y el otro, los olvidan con facilidad y se entregan a una vida de amenas improvisaciones. A los viajeros que poco les conocen les dan una impresión de sabiduría innata y gracia natural, de gentes escépticas y, al mismo tiempo, fatalistas. La verdad es que se comportan con mucho de mentalidad insular, lejanos y olvidados como están allá hacia el fin del mundo —Chile limita hacia el sur con la Antártica—, y se dan fuerza y esperanza creando mitos nacionales que sus poetas exaltan líricamente.

De tal condición venía Violeta, hija de un maestro de escuela, músico de afición, y de una mujer de clase media, costurera por obligación. Su madre contaba que Violeta nació con dos dientes... y que el médico, al comprobarlo, anunció grandes cosas para la niña. Pablo Neruda, vecino de los Parra en Chillán, en una de sus hermosas odas, dedicada a Violeta, pronosticó:

Parra eres
y en vino triste te convertirás

La familia Parra vivía, como se dice en Chile, «a palos con l'águila». No alcanzaba el sueldo del profesor para alimentar tanta boca —se trataba de nueve hermanos y hermanas— y las costuras de la madre apenas bastaban para vestir a la familia. Durante la dictadura del general Carlos Ibáñez (1927-31), el maestro Parra perdió su puesto y, con filosofía muy criolla, decidió que había trabajado suficiente en la vida y que llegaba el momento de retirarse. Se dedicó entonces a tocar la guitarra y a beberse los años diluidos en vino. Murió tuberculoso poco tiempo después.

Sin desanimarse, la madre y sus Parritas lucharon porfiadamente contra el ambiente aplastante de la provincia. Mientras ella persiste en sus labores de costura, los pequeños Parra, precoces cantores y guitarristas, salen a tentar suerte por los caminos del sur de Chile. Actúan en los trenes y estaciones de ferrocarril, en plazas y mercados, en los tenebrosos boliches de pueblo chico donde la música y el baile suelen ser el prelude de duelos mortales en la madrugada. Violeta, Hilda, Lautaro, Roberto, van como gitanos con su instrumento en la mano y su canasto, ganando unos centavos aquí y alimentos mas allá, juguetones como gorriones, contentos con su suerte. La madre los ve partir y tampoco se desespera.

Mi padre —recuerda Violeta—, era el mejor folclorista de la región y lo invitaban a todas las fiestas. Mi madre cantaba las hermosas canciones campesinas mientras trabajaba en la máquina de coser. Aunque mi padre no quería que sus hijos cantaran —cuando salía de la casa escondía la guitarra bajo llave—, yo descubrí que era en el cajón de la máquina de mi madre donde la guardaba y se la robé. Tenía siete años. Me había fijado como hacía las posturas y aunque la guitarra era demasiado grande para mí y tenía que apoyarla en el suelo, comencé a cantar las canciones que les escuchaba a los grandes ¹.

¿Escuelas, estudios? Nada de eso. Violeta y sus hermanos aprenden en la calle, en las quintas, trillas y vendimias, dondequiera que los ritos del campo se celebren con ritmos de cuecas y tonadas. En esos años Violeta repasa una tradición de cantores populares que viene desde la época colonial cuando los más avezados de esos artistas ambulantes se reunían a pagar en contrapuntos de preguntas y respuestas. Guitarras primitivas, sonos monótonos, voces recias que hablan de la historia sagrada, de catástrofes y sucesos sensacionales, de pasiones y de crímenes, acompañan el paso de los campesinos que van de fundo en fundo haciendo las faenas de la estación. Por ahí caminan los Parra también, aprendiendo el oficio del juglar.

Cuando las ramadas se han cerrado y el campo espera bajo la escarcha y el lodo, y los hornos de adobe no humean ya al amanecer, la familia campesina sale a rondar tierras y a aventurarse, pero no como los obreros del norte, más experimentados en conflictos sociales, sino con timidez.

Los Parra cambian de oficio, aunque no de arte, y entran a formar parte de otra caravana de pobres ilusionados que se mueven en carretas con banderines de colores, trajes de luces, espejos mágicos y trapecios. Son payasos baratos, famélicos contorsionistas, caballitos enanos, perros amaestrados y bailarinas anémicas: es el circo de la provincia que avanza con la carpa agujereada a cuestras. Llegan al pueblecillo, recorren la única calle metiendo bulla con su banda de cornetas, tambores y bombos. Prometen maravilla y en la noche dan su función ante un público de inocentes que pagan no con dinero, pues no lo tienen, sino con gallinas, frutas, vino...

¹ Bernardo Subercaseaux y Jaime Londoño, *Gracias a la vida, Violeta Parra, Testimonio* (Buenos Aires: Ed. Galerna, 1976, pág. 20). Las citas no identificadas en las páginas que siguen son parte de este volumen.

El circo ambulante se movía al tranco lento de los bueyes por los barriales en el invierno y por las rutas polvorientas en el verano. Los artistas a duras penas conseguían la protección de los patrones y las autoridades, pero se ganaban la confianza de los inquilinos. En esos circos no se protestaba, ni se hacían discursos; eran pedazos del pueblo, parte de fundos, ni más ni menos que la media luna de los rodeos o que el mercado dominiguero, o la feria de los días de fiesta.

Nicanor Parra, el único hermano destinado a educarse en la capital, rescata a Violeta de este vagabundeo triste, se transforma en su ángel protector. La pone bajo su ala, la orienta cautelosamente, se preocupa de sus estudios, y poco a poco, la lleva hacia el ámbito sofisticado de sus amigos escritores y artistas.

En 1935, Nicanor instala a los Parra en una casita de los suburbios de Santiago y él parte a hacerse cargo de un puesto de profesor de matemáticas en el Liceo de Chillán. Una vez más Violeta e Hilda salen a cantar en tabernas y fondas de los barrios bajos pero, ahora, el público que les paga, pide boleros, tangos y cumbias.

El barrio Estación de Santiago es bravo. Allí confluyen las corrientes nómadas que vienen del sur del país y se convierten en víctimas de los tiburones del bajo fondo del hampa santiaguina. No se quedarán mucho tiempo flotando en esas aguas procelosas las hermanas Parra. Violeta conoce ahí a un joven maquinista de trenes, se enamora, y en 1937, se casa con él.

Ella tenía diecinueve años y yo dieciocho —cuenta su marido—, ella cantaba con la Hilda y el Lalo en negocios de Matucana, al llegar a Mapocho. Yo trabajaba al frente en la maestranza de ferrocarriles, donde era maquinista. Me acuerdo que estábamos pololeando todavía cuando un día la llamó su hermana mayor que se había casado con un caballero que tenía un circo. Siempre le pedía a los hermanos que fueran a trabajar allá, así que ese día se me fue a Curacaví. Fuí en bicicleta a verla. Un domingo, partí como a las tres de la tarde y llegué a las ocho de la noche al circo. Al día siguiente, dispuesto a regresarme dijo Violeta: ¡No, pues, yo me voy contigo, llévame en la bicicleta! Y me la traje. Subimos la cuesta de ocho kilómetros a pie. Llegamos a Santiago como a las seis de la tarde. Nos casamos y empezó esa vida así...

El marido habla de Violeta como de una joven voluntariosa y arrebatada. Se le va del rancho todas las noches para actuar en una compañía de comedias españolas. El maquinista se impacienta. Quisiera organizar su vida y Violeta lo escucha bostezando. Al poco tiempo, parten caminos. El desaparece en las maestranzas de Santiago y Valparaíso, Violeta se cansa del vagabundeo inútil por los escenarios del barrio, siente que debe dar un vuelco a su vida.

A los treinta años de edad, guitarra en mano, cargando una grabadora y una bolsa de viaje, Violeta se lanza en un obsesionado peregrinaje por las montañas, las llanuras, las islas, los puertos de Chile. Va a recoger la letra y la música del único arte que siendo viejo se renueva día a día, el

folklore que falsifican los cantantes comerciales y que boicotean las estaciones de radio y las compañías de discos.

«Cuándo me iba a imaginar —dice Violeta— que al salir a recopilar mi primera canción un día del año 1953, iba a aprender que Chile es el mejor libro de folklore que se haya escrito. Al llegar a la Comuna de Barrancas me pareció abrir este libro.»

Violeta entra a un terreno oculto y rico que pocos, poquísimos, han recorrido. Procede a revelar un tesoro de tradición musical y poética que, por una parte, se entronca con el viejo romancero español, y, por otra, con los misteriosos ritmos de los pueblos andinos. Violeta colecciona canciones, leyendas y refranes. Reincorpora a la música criolla instrumentos casi desconocidos para la gente de la ciudad, como el charango, el guitarrón, la quena, y aprende a tocarlos. Poco a poco va formando una rica colección que deslumbrará a los investigadores profesionales.

Un buen día una estación radial de gran prestigio en Santiago se interesa en el trabajo de Violeta y le crea un programa especial. Es un éxito inesperado. El público de la Radio Chilena, exigente y culto, recibió los cantos folklóricos de Violeta en la misma vena que aceptaba la música primitiva y exótica de otros continentes. No se identificaba con ella: la escuchaba consciente de participar en un experimento que abría, de pronto, un mundo de magia donde antes no viera sino rutina, blando acompañamiento de faenas campesinas tradicionales. Violeta respondió con entusiasmo al interés de los oyentes. Comenzó a revivir en el escenario invisible de los estudios de radio, los contrapuntos de improvisación, las ceremonias de los velorios, los cantos «a lo divino», glosas populares de la historia sagrada, y los cantos «a lo humano», relatos de acontecimientos contemporáneos.

Las estaciones de radio a través de Chile empezaron a repetir los programas dominicales de Violeta. En los patios de las casas patronales de los fundos, se reunían los inquilinos a escuchar esa voz áspera en que reconocían una entonación familiar y un fondo ancestral insistente. Pero también la escuchaban los devotos de la música clásica y del jazz, siempre fieles a Radio Chilena. Violeta iba formando un público que representaba los dos extremos de una sociedad: la veneraban los trabajadores y la patrocinaba el clan super-sofisticado de Radio Chilena. A unos les despertaba consciencia de sus propios valores y la voluntad de afirmarlos en el medio hostil del comercialismo radial. A otros los picaba la curiosidad mostrándoles aspectos de un tesoro cultural insospechado, unido en sus esencias a las formas más avanzadas del arte contemporáneo.

En 1957, la Universidad de Concepción invitó a Violeta como artista en residencia, y de la noche a la mañana, se encontró en medio de las actividades de un magno encuentro de escritores y hombres de ciencia. Una noche, en el verano claro y fresco de Concepción, ante miles de estudiantes y trabajadores de las industrias vecinas, de novelistas, poetas, y de científicos, Violeta ofreció un memorable recital.

En la universidad no había escenario. Violeta apareció vestida con su

ropa de siempre, tal vez mejor peinada que de costumbre porque llevaba el pelo en un moño, y hablando en tono de conversación, con su acento cantado del sur de Chile, se puso a narrar sus experiencias de recopiladora de folklore. Habló de viejos y viejas que pasaron largas jornadas con ella rememorando los ritos del campo. Explicó la terminología técnica de los cantores populares, mostró los diversos instrumentos que había puesto en el suelo. Pulsó la guitarra y cantó.

Más tarde, pasada la media noche, Violeta, rodeada de amigos, se va a su casita de troncos, cerca del Bío-Bío, a seguir la fiesta, porque eso ha sido el recital para ella: una gran fiesta. En un cuarto que le sirve de todo —es comedor y sala, cocina y dormitorio—, alumbra un brasero y sobre él, como un móvil suspendido en el fuego, la tetera que irá de mano en mano llenando el mate y soltando la fragancia dulzona de la yerba verde y dorada. Violeta seguirá cantando, incansable, muy despierta, con los ojos más brillantes, la voz insistente y golpeada. Cantará hasta que las velas no ardan.

Al amanecer, con los celajes bajo los árboles y el vuelo rasante de los patos sobre el río, Violeta dirá su verdadero mensaje, una canción suya que habla de otras cosas. Es ahora la tierna enamorada penando a media voz porque no siempre la escuchan y quisiera hacer feliz a su amante, pero no le alcanzan ni el tiempo ni la voz ni la guitarra.

Ya no me clava la estrella
ya no me amarga la luna,
la vida es una fortuna
vistosa, próspera, bella.

Dice y se contradice en seguida, porque a cada recodo del camino la desgracia sale a su encuentro y la desarma. Su enemigo es un ángel del bien que se transforma en símbolo del mal, un engañador continuo contra el cual nada pueden las razones.

El río que yo más quiero
no se quiere detener
por el ruido de sus aguas
no escucha que tengo sed.

El cielo que yo más quiero
se ha comenzado a nublar
mis ojos de nada sirven
los mata la oscuridad.

Todo cambia en el amor, dice la copla, para mal del enamorado, falso es el mundo que inventa si en la realidad que nos deja no cabe más que el olvido. Para Violeta la muerte «es un animal», y un animal también, de extraños ademanes, el amante que la traiciona.

No hay transición entre esa edad de inocencia que describen las prime-

ras canciones de Violeta y los años de la violencia, de ataques arteros, en la gran ciudad que la rechaza o, si la acepta, es para abrirse como una trampa.

La parte medular de sus composiciones revela un continuo duelo entre el ángel bueno y el ángel malo; encierra una recriminación dura contra una poderosa sociedad cruelmente injusta. En un lado el pueblo. En el otro: los poderosos del dinero y de la autoridad. Violeta condena las instituciones que se convierten en templos de engaño, y condena al hombre cuando endiosa la potencia de las falsas apariencias.

El catolicismo de Violeta es peculiar, pudiera parecer excéntrico pues cree en toda fuerza sobrenatural que se ajusta a los percances de una vida primitiva e irracional. Dios, ángeles, santos y demonios son activos participantes en la rutina diaria de los mortales, se mezclan con ellos, discuten y razonan, cantan y bailan, o se duelen y lloran, y se pelean. La fatalidad es una regla de la vida y pagamos por nuestras acciones no tanto a causa de nuestra maldad, como por no comprender los designios divinos.

En la década del cincuenta, Violeta logra importantes triunfos: gana el Premio Caupolicán, galardón que los críticos musicales otorgan al mejor artista del año, recibe una invitación para asistir a un festival en Polonia y acepta sin preocuparse de los problemas familiares que deja en Chile. De un segundo matrimonio le acaba de nacer una niña y la deja al cuidado del marido. Se va con su guitarra y sus bábulos prometiendo regresar en dos meses. ¡Vuelve de Europa después de dos años! A los pocos meses de su partida muere la niña. Violeta la convierte en un motivo poético de una canción enternecedora, escrita «a lo divino», es decir, dentro de la forma tradicional del «velorio del angelito». El sufrimiento personal no es parte de estos versos —eso será tema de otros poemas suyos como «En Río»—, dijérase que desaparece en la melodía liviana e inocente de la canción:

Rosita se fue a los cielos
igual que paloma blanca,
en una linda potranca
le apareció el ángel bueno...

Apúrate palomita
que la Virgen del Carmelo
te ha de cuidar con desvelo...

Un segundo viaje a Europa en 1961 señala la culminación de la carrera artística de Violeta. Su vida personal entra a girar en un torbellino que ella no entiende pero al que se entrega, como siempre, sintiéndose predeterminada. Los acontecimientos decisivos se aceleran, gentes extrañas entran y salen de su vida y le dejan marcas profundas.

Violeta pasa apresurada, sin juzgar a nadie, arreglándose una especie de rutina que no la compromete verdaderamente. Se va río abajo, presa de una corriente que la exalta y que, sorpresivamente, acabará con ella.

En París se había presentado en la Embajada de Chile en Francia con una carta que escuetamente decía:

«Violeta Parra, folklorista chilena, le avisa al Embajador que ha llegado a París y que espera ser recibida».

Le dieron con la puerta en las narices. Se encontró sola, entonces, en un ambiente desconocido, sin hablar una palabra de francés y sin dinero. Fua a parar al Barrio Latino, donde consiguió un trabajo cantando en una pequeña boîte desde las diez de la noche hasta el amanecer. Vive en la miseria, se enferma, pero aún así le sigue poniendo sueños a su vida, sueños imposibles, a veces patéticos. ¡Gasta el poco dinero que gana en un tratamiento de belleza!

Gracias a Paul Rivet, antropólogo ilustre, hombre bondadoso y querendón de los latinoamericanos, Violeta consigue grabar un disco para el Museo del Hombre. Graba, luego, dos discos para una firma comercial llamada *Chants du Monde*. Puede entonces, instalarse en un hotel pasable donde vive rodeada de pintores, músicos y escritores chilenos. Canta toda la noche y, a las ocho de la mañana, ya está trabajando con alambres, papeles, y tejidos, entregada a una poderosa y sorpresiva vocación que la empuja con tanta fuerza como la música.

De sus manos empiezan a salir extrañas formas y colores: árboles radiantes, dibujados en lana, que parecen fuegos de artificio cayendo a lo largo de cielos encendidos por violentos arreboles. Aparecen cabezas oscuras de mujeres indígenas suspendidas en el aire de voluminosos volcanes, pájaros desconocidos, ríos, piedras, flores de lava, danzantes grotescos. La pieza se llena de tapices, dibujos, esculturas de alambre. Poco a poco los tapices van saliendo del hotel en camino a las galerías de arte de París. Violeta, por primera vez en su vida, vende sus obras de artesanía y el dinero empieza a llegar sin que tenga que salir a buscarlo.

Un gran triunfo en su carrera fue entonces la exposición de artesanías que realizó en el Museo de Artes Decorativas.

La crítica reconoció el poder expresivo de Violeta, su misterioso fondo de inspiración andina, el aura poética de sus objetos toscos, primitivos. Un crítico, M. M. Broumagne, le elogió con elocuencia:

¿Por qué estos personajes de lana, estos animales, estas flores, estos bordados estas novedades tiernas y violentas conmueven tan certeramente nuestra sensibilidad? Sin duda porque Violeta Parra no hace de ellos elementos decorativos nacidos de su pura imaginación, sino retratos de gentes que ella ama o no, restitución de recuerdos de Chile para glorificarlos y exorcizarlos. Se asiste al nacimiento de un mundo en que violencia sorda y ternura fecundante se corresponden. Nacimiento de una obra, pues no hace más de seis años que Violeta Parra hace tapices. Sin embargo, sus obras sobrepasan los encantos fáciles y engañosos del exotismo o del folklore barato. Obras inocentes, primitivas, pero cargadas de experiencia, ricas en técnica y trascendencia vital.

En 1960, Violeta había conocido en Chile a un musicólogo suizo muy joven, de nombre Gilbert Favre, que había llegado en búsqueda de infor-

mación para sus estudios sobre el folklore de Atacama, región desértica del norte andino. Violeta le abrió literalmente las puertas de su casa, pues se enamoró de él, vivió con él, le enseñó a tocar la quena, convirtiéndolo en un extraño europeo enfundado en poncho indio, calzado con sandalias y con el pelo rubio amarrado con un cintillo.

Ahora, reaparece el suizo en Europa.

Violeta tenía la tendencia a enamorarse de hombres menores que ella —dice su segundo marido—, no se enamoraba de gente de su edad, y como tenía su magnetismo, pues aún cuando era bajita, tenía un cuerpo recio, firme, generalmente le resultaba el enamoramiento con los jóvenes.

Violeta tiene más de cuarenta años cuando conoce al suizo. Es ella la deslumbrada ahora, la que sufre, se entrega y se aparta, se arrepiente y vuelve. Ella, que parecía siempre en tren de improvisar, arreglando la vida sin prestar atención a detalles, ahora se pone a hacer planes para el futuro y, en esos planes, entra el suizo como hombre y artista.

Angel Parra, hablando del período en que vive con su madre y Favre en Suiza, dice:

Mientras estuvimos en Ginebra siempre tocaban juntos. Allá vivíamos en un callejón muy lindo que tenía una inmensa copa de mimbre al medio. Por un lado puros artesanos en fierro, por el otro pintores, poetas, escultores. Y al fondo nosotros. Gilbert era la persona que le hacía los contactos a mi mamá para sus presentaciones.

Por esos días Violeta recibió una carta de su hija Isabel contándole las penurias que ella y sus hermanos pasaban en Chile. Sin pensarlo dos veces, vendió los tapices, compró los pasajes y regresó a su tierra. Abandonó todo lo que tan magníficamente había iniciado en Francia: sus proyectos de nuevas grabaciones, recitales y muestras de su obra de artesanía. Salió con el pelo al aire, con al guitarra al hombro, olvidada de promesas y juramentos. Pero de la mano se llevó a Gilbert.

Violeta volvió a Chile en 1965 y revolucionó el ambiente. En esos años los artistas folklóricos abandonaban los escenarios teatrales para trabajar en las llamadas peñas. La más famosa de estas peñas en Santiago fue la de los Parra. Dirigida por Angel e Isabel, consagrados ya como artistas, reunió a lo más valioso de la nueva generación de cantantes populares chilenos. La Peña funcionaba en una casa típica de los viejos barrios de clase media. El vestíbulo y los salones de entrada se habían convertido en salas de exposiciones. En los demás aposentos de la casa, el público se sentaba en rústicas bancas mirando del lado hacia un tabladillo construido junto al umbral de la pieza más grande.

Desde un comienzo «La Peña de los Parra» fue el centro de un poderoso movimiento musical del cual nacía un nuevo tipo de canción, no ya estrictamente folklórica, sino más bien de protesta social y política. En «La

Peña de los Parra» se dieron a conocer Víctor Jara, Rolando Alarcón, Héctor Pavez, Patricio Manns.

En 1965 Violeta decidió fundar una nueva peña bajo una carpa de circo en la Municipalidad de la Reina, comuna de Santiago. La carpa medía cuarenta metros de diámetro y el escenario estaba rodeado de mesitas, junto a las cuales se instalaron braseros para calentar el mate y los anticuchos que servía al público. El piso era de aserrín, como en los circos.

Los vecinos de La Carpa, elegantes y conservadores burgueses, le declararon la guerra a muerte a Violeta. Protestaban por la bulla, por la aglomeración de autos y los parlantes de la calle. Violeta, con el pelo revuelto, sin afeites, cocinaba, cobraba las entradas, cantaba, y aún tenía tiempo para enfrentarse a sus enemigos y derrotarlos con sus mismas armas. Cuando le cortaban la luz, ella obtenía la electricidad de un cable público en la calle...

Favre se mantenía fiel a su lado: la ayudaba en la cocina, hacía las compras en el mercado, tocaba la flauta. Violeta, sin embargo, se impacientaba con él y le exigía cada vez más. «El gringo le aguantaba todo, pero...» dice Carmen Luisa, la hija menor de Violeta. Se desesperó el hombre y se rebeló. Fue en esos momentos que Violeta afrontaba duros percances en la Carpa. El entusiasmo de los primeros meses había pasado. Los turistas que venían en grupos desde los hoteles del centro gozaban, si no el canto, al menos de las mistelas y de las cálidas noches de verano en La Reina, dejaron de venir cuando empezó el invierno. Para llegar a la Carpa había que atravesar grandes lodazales bajo una lluvia constante.

Daban las doce de la noche y, en esos meses de julio y agosto, con la mole nevada de la cordillera del fondo y la lluvia destilando por los eucaliptos y los pinos, Violeta daba vueltas y vueltas por la carpa, sola, desconcertada, esperando al público que no llegaría nunca. Hacia el amanecer se levantaba un viento huracanado que amenazaba llevarse la carpa volando. Empapados, con el agua corriéndoles por la cara, llenos de barro, Violeta, el suizo, los Parra chicos, corrían, afirmando y apuntalando la carpa, como náufragos en un buque de vela resistiendo la tempestad.

Un día partió el suizo. Violeta no se preocupó, pensó que volvería luego. Pasaron los días, las semanas y los meses. Las canciones que Violeta cantaba en La Carpa se fueron poniendo tristes:

Entré al clavel del amor
cegada por sus colores,
me atacaron los resplandores
de tu preferida flor,
ufano de mi pasión
dejó sangrando mi herida...

Violeta oye que Gilbert se ha instalado en Bolivia y que trabaja como primer quenista de un conjunto llamado Los Jairas. Va en su busca. Vuelve con él. Pasan algunas semanas y Favre desaparece nuevamente. Los versos se tornan trágicos:

Me dice la flor del mal:
yo soy un hondo raudal
de espumas muy apacibles,
y el remolino terrible
abajo empieza a girar

Por segunda vez ella va a Bolivia, pero ahora regresa sola. La carpa es un vasto telón vacío, borrado por las lluvias. Hacia fines de 1967, Violeta pudo hacer balance de sus años de lucha en la seguridad de no haber fallado. Sus canciones se graban en diferentes sellos, dentro y fuera de Chile, le surgían discípulos por todas partes, los diarios y revistas se ocupaban de ella. Pero, ofuscada, sólo consideró sus fracasos. Víctor Jara ha dicho después:

Nosotros empezábamos a cantar, por ahí y por allá, como hijos de nadie. Decíamos una verdad no dicha en las canciones, denunciábamos la miseria y las causas de la miseria, le decíamos al campesino que la tierra debía ser de él, hablábamos, en fin, de la injusticia y la explotación. En la creación de este tipo, la presencia de Violeta Parra es como una estrella que jamás se apagará. Violeta nos marcó el camino: nosotros no hacemos más que continuarlo y darle, claro, la vivencia del proceso actual.

Por mucho que ella penara en sus noches solitarias en La Reina, la verdad es que su actividad no había disminuido pues las canciones le salían con mayor fluidez que nunca y con un tono de reservada emoción, nuevo en ella. Acercándose a los cincuenta años de edad, Violeta se retrae en sí misma. De la desesperación convertida en madurez trágica, de una especie de paz nacida en la angustia, resulta la canción que es, sin duda, la más hermosa de Violeta Parra, «Gracias a la vida».

Una noche en 1966, cuando comenzaba la primavera en Chile, ante un pequeño grupo familiar, con el mate en la mano, Violeta me dijo con sencillez que cifraba grandes esperanzas en su nueva canción. «Es lo mejor que he hecho», repetía. Y la cantó en el silencio de la carpa vacía, en una especie de penumbra de lámparas que oscilan en los alambres del circo. El alma de Violeta cantaba, ni a lo humano ni a lo divino, simplemente declaraba haber vencido a la muerte cercana, decía que no se iba a ninguna parte, que para siempre quedaba en ella la inocencia de unos versos campesinos, en el ritmo insistente de una guitarra hecha de toscos alambres y de la caparazón de un armadillo.

Literalmente, la canción es una despedida, porque, meses después de escribirla, un domingo por la tarde, sola en su carpa de La Reina, oyendo un disco que repetía una y otra vez, Violeta se disparó un balazo y murió instantáneamente.

* * *

El arte de Violeta Parra fue un trasunto fiel de su vida improvisada. No vaciló en el curso de una faena que se impuso a ella misma sin reflexionar

gran cosa en su sentido y consecuencias. Cantó como cantan las gentes del pueblo, desde un mundo lleno de misterios y revelaciones, haciendo una ingenua ordenación de los mitos que son mezcla de la sabiduría popular en todas partes.

Para su epitafio quedan dos históricos documentos que revelan con ironía trágica el cariño que sintió el pueblo de Chile por ella y la enormidad del olvido que sus enemigos han tratado de imponer, inútilmente, sobre su nombre.

En 1972, un grupo de familias obreras en Santiago escogen el nombre que desean darle a su población.

Cuando a nosotros nos entregaron estos terrenos —dice un dirigente de la población—, se hizo una reunión para darle nombre al campamento. Esto eran puras toldas y piececitas de madera y cartón. Proponían nombres de luchadores del pueblo, algunos de guerrilleros, pero el único en que quedamos todos de acuerdo fue el de Violeta Parra, porque había que reconocerle ese mérito de ser artista del pueblo, porque las cosas que hemos sufrido ella las palpó bien y las supo interpretar en sus canciones.

En 1973, por decreto de los militares, se ordenó el cambio de nombre de la población. Así lo informó *El Mercurio* (2-X-73):

«Veinte poblaciones (ex-campamentos) recibieron un nuevo nombre, de acuerdo con disposiciones del Intendente Militar de la Provincia.

«Las expoblaciones Luis E. Recabarren y Violeta Parra pasaron a denominarse con el nombre de Población Brigadier Luis Cruz Martínez».

¿Borrar a Violeta Parra de la historia del arte popular de Chile? Tendrían que callar su voz, porque no basta con borrarle el nombre. ¿Y cómo le van a borrar la voz si anda por todas partes y es el aire que respiran los chilenos?

2

Violeta: hojas nuevas

PATRICIO MANNS

Ha sobrevivido, pues, a la herida y al fuego de la herida. Ha sobrevivido al decantarse de la sangre, ha hecho progresar la albúmina terrestre de sus cantos transidos por el sol y por la sombra. Una vez los hombres de

Patricio Manns es músico y escritor. Autor de *Violeta Parra, la guitarra indócil*, *Buenas noches los pastores*, *La noche sobre el rastro*, *Actas del Alto Bío-Bío* y diversos otros títulos. Vive en Francia.

su Norte le regalaron una llama, y una silla los hombres de su Sur. La llama para que tuviera carne y leche, le dijeron, y la silla, para que nunca más volviera a cantar con los pies colgando. Ni la llama ni la silla llegaron a su casa. Ella había prometido volver a buscarlas, lo había prometido en el tumulto de esos viajes, entre las manos, los ojos, los brazos labriegos, las piernas pastoras. Pero era ya octubre o noviembre de 1966 y el tiempo se le estaba acortando peligrosamente. La llama habrá muerto apagándose en sí misma, la silla se habrá quedado esperando sentada en su propio coirón de extremo austral.

Cuando nos encontramos por primera vez en la Peña de Carmen 340, venía llegando a Chile desde Europa por la húmeda puerta de Valparaíso. Era tal vez el fin del invierno, o solamente la mitad del invierno. Vaya uno a saber ahora, a tanta distancia, y siendo el tiempo tan veloz, tan inmejorable, tan fugaz. Se la esperaba con una forma de fiesta, cargada a las guitarras, en el borde del humo, del olor a carne asada, del chisporrotear del trago. Todo el mundo —los extraños, los amigos— quería darle la bienvenida. Pero había también curiosidad a causa de sus hazañas artísticas recientes: la arpillería, el Louvre, todo eso. Pero quizás a uno de los pocos que no había verdaderamente visto nunca era a mí. Allá por 1955 yo vagabundeaba por los manglares de la mitad de la isla Grande de Chiloé, a causa de mi primer trabajo, y me parece haber oído que Violeta Parra se hallaba en Castro, en una Escuela de Verano. Pero vuelvo a no estar seguro de nada. Entonces, pues, esa noche de su último retorno a Chile desde Europa, desde París, desde los castaños oscuros y la indiferencia, le dediqué una canción. Se llama «En Lota la noche es brava». Volviéndose hacia el público, comentó riendo con picardía:

—Este bribón canta boleros, parece.

Después nos fuimos conociendo mejor. Una vez, veníamos en un autobús desvencijado, desde el Norte Chico; nos sentamos juntos en el asiento que queda detrás del chofer, y como era de noche, todo el mundo dormía, dormitaba o soñaba. Violeta tenía un charango en las manos y tocaba suavemente, tarareando cosas en voz baja. «A ver si no se me queda dormido», decía, señalando la espalda del chofer.

Le pedí que me enseñara algunos acordes y fue así como nos pasamos la noche hablando de música, cambiando de manos el charango. Alguien se las arreglaba para protestar cada cierto tiempo más atrás, como si en verdad se pudiera dormir allí. Pasando los días, compuse mi primer tema en charango: «Sol y sombra» se llama, y sólo lo conocemos (y ejecutamos) Horacio Durán y yo. Pero no ha sido el único tema que hice en tal instrumento. En un disco que preparé para Silvia Urbina, *Los barcos en la noche*, figura, por ejemplo, «El muelle de los sueños».

En otro viaje, en otro día, otra semana, pero tal vez el mismo año, íbamos hacia el sur de Santiago, en un autobús desvencijado, bajo un sol tórrido, a media tarde. La misma delegación, el mismo chofer, los mismos caminos. Como por azar, me instalé de nuevo junto a ella. Esta vez

llevaba un cuatro (guitarra, como decía ella) y tocaba. Le propuse que me enseñara algunos acordes mientras llegábamos a San Fernando o a Talca. Con lo aprendido compuse esa misma tarde «El viaje», que figura en el LP *¡El folklore no ha muerto, mierda!*

Yo recuerdo a Violeta siempre cargada de instrumentos. Tengo la impresión de que ella fabricaba algunos, otros los traía de sus viajes a Bolivia o se los traían Los Jairos. En ocasiones nos encontrábamos en el Pequeño Derecho de Autor. Allí me topé una vez con ella y Carmen Luisa. Yo buscaba un charango, ella llevaba uno y se lo compré. Decidió de inmediato «hacerme un homenaje» en La Carpa, pero en el fondo, se trataba de un pretexto para guitarrear. Puso aviso en un diario invitando a su público. Llegué a La Carpa con Iván Inzunza (hoy desaparecido) y otros amigos. Le mostré varias de mis últimas canciones, entre ellas «Valdivia en la niebla», «Tenerte morena muerte», «Voy a ver pasar los trenes». Una vez terminada mi presentación, subió al escenario para regalarme una «chomba» negra, un «salto de cama» y un cuatro. Todo esto, más la pequeña escultura de arcilla de «La guitarrera que toca» debe conservarlo Silvia Urbina. Lo impresionante de esa noche es que había unas veinticinco personas y Violeta decidió estrenar tres de sus últimas canciones. Allí escuché por primera vez «Run Run se fue p'al Norte», «Volver a los diecisiete» y «Gracias a la vida». En las tres ocasiones olvidó el texto y riendo explicaba que acababan de salir del horno, que excusaran, que el disco estaría listo en pocos días, que en él no habría olvido.

La escultura, que es muy pequeña, la encontré tirada en un rincón de la Peña, cubierta de polvo y de telarañas. Alguien me dijo que mientras Violeta trabajaba en ella, se le cayó de las manos. La nuca voló en pedazos y por la boca abierta se pueden ver el cielo y el infierno. Le falta además un brazo. Yo no sé nada tampoco de escultura, pero es una figura muy bella por muy rústica. Representa a una mujer, sin duda a una cantora campesina. Por la posición de su único brazo es posible adivinar el cuerpo de la guitarra, y por la posición de la cara crispada hacia el cielo, sin ojos y sin boca, se puede sentir el desgarrado dolor de su grito interminable. Decidí escribir una canción. Como se sabe, no soy y nunca he sido folklorista, pero algunos de mis aires tiene reminiscencias folklóricas, en particular éste. Es una canción extremadamente dura, con una armonía que duele, con palabras que se clavan a causa de la historia que cantan. En 1966 viajé varias veces en grupos en que se contaba Violeta. Incluso en uno de ellos estaban Violeta, Víctor Jara, Rolando Alarcón y Héctor Pavez, entre otros. A fines de ese año fuimos sucesivamente al norte y al sur. Lo del sur ya lo he contado en *La guitarra indócil*. En el norte, en Arica, compartimos un camarín y le mostré el tema explicándole que eso era lo que me sugería su estatuilla rota. De sus ocasionales enseñanzas de música, salieron, como digo, al menos tres temas: «Sol y sombra» (para charango, guitarras, cuatro y zampoñas); «El viaje» y «El muelle de los sueños»; «La guitarrera que toca» viene de su greda. Dicen que es una

canción que trae mala suerte: en una época, en Chile, se formaron dúos mixtos que la incorporaron a su repertorio. Todos terminaron separados. Me consta. Su texto dice en parte:

La guitarrera que toca
mira el camino venir:

«—Por ahí los vide llegare,
por ahí los vide partir».

La guitarrera en el pelo
tiene nieve de sufrir:

sólo el llanto va creciendo,
sólo el canto ha de morir.

Camino: te he de torcer
por mañana, por ayer:
mañana habrás de traer
lo que voy a perder,
ay, ay.

Violeta escuchó la canción en silencio. Luego me dijo:

—No le cambies una sola nota, una sola palabra.

Un día de ese año —un domingo— conversábamos con Víctor y Angel, a media tarde, en casa de Angel. De repente entró Violeta completamente alterada. Se sentó entre nosotros, en el patio lleno de sol, pidió lápiz y papel y comenzó a escribir. Al cabo de media hora nos entregó una hoja a cada uno, con el mismo texto, diciendo perentoria:

—Apréndansela.

La cantó esa tarde por primera vez. La canción se llama «Corazón maldito».

Pero yo jamás compuse una canción con ella, como lo hizo ella con Nicanor y con Neruda. Después de su muerte, tropecé por casualidad con el texto de «Un ojo dejé en Los Lagos». Escribí un ritmo de parabién sobre ese texto, bauticé el tema «El exiliado del sur» (se ha grabado también como «La exiliada del sur»), y cambié algunas palabras para que realmente fuera un exilio del sur (en el texto original, cuya forma folklórica se llama «El cuerpo repartido», ella nombra pueblos de los alrededores de Santiago; se halla en las *Décimas*).

Sin embargo, poco después de su desaparición hice un texto para «cueca de velorio». La música pertenece a Edmundo Vásquez; nunca ha sido grabada, aunque me parece que es lo único definitivo que yo haya escrito nunca sobre ella. El texto es éste:

La guitarra enterrada

Ay Violeta violeta
Guitarra y tierra
Y tu canto enterrado
Bajo la greda
Y tu canto sonando
Sobre la tierra

La Violeta de arcilla
Cálida y fuerte
Fue quebrada por fríos
De una alta muerte

Ay Violeta: no hay grito
que te despierte

Que te despierte ay sí
Nogal sangrante
Si perdiste el atajo
Del caminante

La guitarra enterrada
No está callada

3

Violeta, influencia y fuerza moral

OSVALDO RODRIGUEZ MUSSO

Influencia: Actuar conscientemente sobre una persona o cosa para que actúe o sea de determinada manera (*Dicc. María Moliner*). Poder que ejerce uno sobre otro; poder que alguien tiene en un medio por sí o por sus relaciones; ejercer fuerza moral (*Larousse*).

Se habla a menudo de Violeta Parra como de «la madre de la Nueva Canción chilena» (NCCh en este artículo). Y esta «maternidad» es asociada al verbo influir (que los chilenos muchas veces deformamos en «influenziar» cometiendo un barbarismo).

Si atendemos a lo primero: «madre de la NCCh» Violeta de hecho lo

Osvaldo Rodríguez es músico y escritor. Autor de *Estado de emergencia* y *Diario del doble exilio*, libros de poesía, y de *Cantores que reflexionan*, ensayo-testimonio sobre la música popular chilena. Vive en Italia.

es de dos de los pilares del Movimiento: Isabel y Angel Parra, y abuela de otros dos continuadores visibles: Tita Parra, hija de Isabel, y Angel Parra, hijo. Pero si atendemos al estricto sentido del término «influir» veremos que Violeta Parra, «actúa» conscientemente sólo en forma relativamente breve.

Lo hace, en primer lugar, al enviar a su hijo Angel a vivir al campo y aprender, de don Isaiás Angulo, poeta y cantor popular, la técnica de la ejecución del guitarrón chileno, ese bello instrumento de veinticinco cuerdas, probable descendiente del archilaúd. En segundo lugar, comparte su repertorio de canciones campesinas recopiladas en terreno con sus hijos Isabel y Angel. Ellos grabarán esas canciones en discos, sin duda con la aprobación de Violeta en cuanto a la fidelidad interpretativa. Debemos recordar, al respecto, que Violeta en sus inicios como investigadora e intérprete del repertorio que recoge de labios de los campesinos, guarda una extraordinaria fidelidad en sus interpretaciones. Ella imita el cantar y la forma de tocar («toquío») campesino, lo que no le resulta demasiado difícil considerando su propio pasado rural y su afinidad con ese medio. Otra cosa será «traspasar» ese sentimiento a sus hijos, que no han vivido la experiencia de Violeta en forma tan intensa y directa.

Willy Oddó, del conjunto Quilapayún, recuerda cuando fue a la Carpa de Violeta Parra a invitarla a que cantase en la Peña de la Universidad Técnica del Estado en Santiago. Interrogado el visitante, confesó cantar y formar parte de un grupo musical. Violeta le alargó la guitarra y pidió una canción y Willy le cantó una zamba argentina de aquellas tan en boga en esa época (1965), empleando en el rasgueo el típico apagado de las cuerdas con la palma extendida, como debe ser tocada una buena zamba. Violeta no dejó partir al visitante sin antes enseñarle una de sus propias canciones, «¿Qué dirá el Santo Padre?» y la eligió a propósito ya que debe ser tocada con un ritmo *staccato* punteado, de difícil interpretación para quien está sólo acostumbrado al rasgueo de la guitarra.

Patricio Manns en su libro sobre Violeta Parra habla de sus conversaciones con nuestra folklorista y creadora, pero en esa relación, a mi modo de ver, no hay influencia, más bien son opiniones de Violeta, pensamientos expresados en voz alta, coincidencias entre dos amigos y creadores que andaban en busca de un lenguaje común.

En más de una oportunidad oí hablar de una posible influencia de Violeta en Víctor Jara, en particular a través de sus consejos de cómo «sacar» la voz. Mi informante último me contaba que tanto a Angel como a Víctor, Violeta les ordenaba cantar acostados de espalda y con un ladrillo sobre el pecho (método algo helénico si pensamos en aquel orador y sus piedrecillas en la boca). Algo de verdad debe haber, ya que coincide con una dedicatoria que Violeta me puso de su puño y letra en su disco dedicado a la Cueca, una de las veces que visitó mi peña en Valparaíso. Allí me recomendaba cantar al menos dos horas de cueca al día, acostado de espalda y con la guitarra encima.

Carmen Luisa Parra, hija menor de Violeta, recuerda como su madre

influyó en el Conjunto mapuche Huenchullán hasta hacer salir del grupo a la única integrante femenina, a quien Violeta rechazó desde un comienzo. Más tarde, Violeta fue severa guía del Conjunto Chagual, al que aceptó en la Carpa previo examen riguroso tanto de repertorio como de interpretación. Había en ese grupo una extraordinaria voz femenina de intenso color dramático, (lo que la acercaba mucho a Violeta Parra), pero por desgracia el grupo Chagual se esfumó y apenas dejó un par de grabaciones en las cuales es más reconocible la influencia de los grupos fundadores, Cuncumén y Millaray, que la de Violeta. De todas formas debemos reconocer que por su repertorio y su forma interpretativa, ni Chagual ni Huenchullán forman parte de la NCCh.

Desconocemos otros detalles que indiquen una participación activa y consciente de Violeta Parra en grupos y solistas. Homero Caro tendría algo que decirnos, ya que también formó parte del elenco de la Carpa de Violeta Parra y grabó algunas de sus canciones; así mismo Gilbert Favre, quien fue el compañero de Violeta durante varios años y que cambió el clarinete por la quena de los Andes. Pero hasta aquí llega la influencia de Violeta, ya que desde el punto de vista de la continuidad Ella no creó escuela, es decir, no tiene discípulos.

Si tratamos de rastrear la huella de Violeta Parra en la generación que la sigue, debemos enfocar nuestro rastreo en dos sentidos: su manera de formarse, esto quiere decir su recorrido vital, su investigación en el campo y la interpretación de ese repertorio, y luego, su manera de crear una canción nueva, basada en esos conocimientos.

En lo primero Violeta no tiene parangón. Su recorrido vital es único; piénsese en los años de circo y, más tarde, las compañías de teatro que recorren Chile, además un Chile en el cual aún está ausente la televisión y otros medios de comunicación son precarios. Pero es también única su forma de investigar y nace de su propia experiencia e intuición campesina. Cuando Violeta sale al campo a instancias de su hermano Nicanor, va armada no sólo de lápiz, papel y una guitarra (en toda su primera etapa como investigadora la grabadora portátil está ausente), sino de una *forma de ser* rural y campesina, una sabiduría que se gana en años de vida al aire libre, en la pobreza y la particular riqueza del campo. Es una picaresca especial y una ternura que le permitieron recopilar cientos de canciones, refranes, romances y dichos campesinos, allí donde un investigador que no fuera ella no hubiese conseguido ni una sonrisa. Violeta fue una especie de «sastre» de canciones: «costureaba» los trozos que encontraba por aquí y por allá hasta sentir que la canción estaba completa; entonces la grababa y la devolvía así a su destinatario y dueño: el pueblo. En este quehacer apasionado y apasionante sólo hay un parangón: cuando Violeta es enviada al campo por su hermano Nicanor, se está repitiendo la voluntad de don Manuel de Falla quien, en Andalucía, andaba preocupado, allá por los años veinte, de que pudiera perderse el Cante Jondo. Entonces manda a su mejor alumno a recorrer los campos y escuchar a los cantaores y agruparlos en el Primer Festival del Cante Flamenco. Ese alumno se

llamó Federico García Lorca quien al igual que Violeta, recibiría un impacto innegable en su contacto con la poesía campesina, lo que ayudará a formar y definir su propio lenguaje.

En segundo lugar, en su etapa creativa, Violeta tampoco tiene iguales, ya que Ella re-crea el lenguaje campesino que es, a su vez, heredero y derivación del romancero peninsular. Lo hace con aparente sencillez, pero con una intuición poética que proviene de su compenetración con ese lenguaje. Para comprobar esto basta con poner ojo atento a la «poética» de Violeta Parra, trabajo que no cabe en estas breves líneas, pero en el cual se puede demostrar cómo Violeta llega hasta la creación de términos nuevos que calzan perfectamente con el sentido y la intención del habla campesina, que mide su edad en siglos.

A más de alguien he oído hablar de posible influencia de Violeta Parra en los grupos fundadores Cuncumén y Millaray, tanto en la parte recopiladora como en la forma interpretativa. Pero olvidan que esos grupos son contemporáneos de la primera Violeta investigadora, y nacen debido a la influencia y el trabajo de Margot Loyola, quien es anterior a Violeta y quien sí crea escuela.

Pero si estamos hablando de influencias, debemos considerar que toda obra creativa, al ser partícipe de una cultura, cumple con el principio de emitir y también recibir influencias, ya sea cercanas o lejanas. Tratándose del arte de la canción popular que es heredera y continuadora de la canción juglaresca y trovadoresca, debemos poner atención a un aspecto que ha sido poco considerado en los estudios que me ha tocado leer: el problema de la vestimenta. Una de las características fundamentales de la forma de vida y el arte del juglar y el trovador es la de llamar la atención con su traje artístico.

En el caso de Chile podemos constatar que los conjuntos de canto y baile que inician nuestra tradición de «música folklórica» se visten: de huaso los hombres y de «chinas» las mujeres. En el estricto sentido del símbolo, el traje de huaso representa la riqueza del patrón o su servidor más cercano, el capataz o el administrador del fundo. Esto es: bota de tacón, cubrepierna de cuero repujado, faja de seda trenzada, chaquetilla de abundante abotonadura, sombrero de fieltro de ala ancha, manta de tres o más colores, o chamanto de seda tejido en la costosa técnica de gobelino y arcos de plata que incluyen la espuela de ancha rodaja. Pero el traje de la «china», y esto no deja de ser curioso, mediante su delantalito blanco, representa la servidumbre. Para comprobar esto baste con recordar que cuando la mujer burguesa chilena hace su aparición en el escenario del mundo «folklórico», en la persona de la esposa del arquitecto y compositor Raúl de Ramón debe inventarse un traje nuevo y lo hace copiando el traje de la burguesía andaluza: bota de tacón, falda larga y estrecha hasta la media pierna, blusa de encajes, chaquetilla andaluza (como la del hombre) y sombrero de huaso. Por cierto, el delantal desaparece.

Pero los tiempos evolucionan, y tanto los trajes de huaso como el de la dama que va al campo y se viste para la ocasión, y también el traje de

«china», representan un momento en la economía y la historia de Chile en el cual domina la burguesía terrateniente. Es por eso que a mediados de los años sesenta y casi coincidiendo con el nacimiento de la NCCh, cuando aparece ese efímero movimiento conocido con el ambiguo nombre de «neoflores», los jóvenes y las muchachas que lo integran no pueden vestirse de huasos y de chinas porque no son del campo, sino de la ciudad. Eligen, entonces, para traje de escena, un sobrio vestido de salón. ¿Qué va a ocurrir con la NCCh inmediatamente después? Como oposición a la alegre manta de tres colores, Quilapayún, el primer grupo, elige el poncho negro, que representa la sobriedad o por extensión la rebeldía. Inti Illimani elige el rojo amaranillo, etc. Pero, curiosamente, Violeta Parra en sus primeras actuaciones con su grupo Los Parra de Chile en Europa, se viste de «china». (Esto se puede ver claramente en las fotografías que ilustran el valioso libro documental de Isabel Parra dedicado a ciertos aspectos y momentos de la vida de su madre)¹.

Violeta Parra, al crear su grupo en gira por Europa, influye en dos aspectos: la elección de un repertorio, cantos y bailes y la respectiva vestimenta que los acompaña, y la imposición del apellido Parra, que heredarán sus hijos².

El problema de la vestimenta no puede ser considerado, a mi juicio, como un simple descuido de Violeta. Ella elige para Ángel Parra y Enrique Bello el traje de huaso y para su hija, su nieta y ella misma, el de «china», porque tenía la necesidad de individualizar a su grupo en festivales y escenarios y debe haber pensado que pocos se iban a preocupar a qué estrato social del lejano país llamado Chile representaban. A pesar de que ese traje figura en varios discos y fotografías (notablemente una en que aparecen los Parra vestidos así actuando en el escenario central de la Fiesta de *L'Humanité*, el diario comunista francés). Violeta no tardará en darse cuenta de que si quiere representar a todo Chile, ese traje le queda estrecho. Así, en ese mismo libro podemos ver cómo lo modifica para representar las danzas y cantos del norte de Chile.

No es sólo la vestimenta de los grupos «folklóricos» de nuestro país los que influyen en Violeta. Ella recibe, a través de sus hijos, y por su intermedio de parte de la Canción Latinoamericana, la influencia en el empleo de otros instrumentos no chilenos que vendrán a enriquecer el patrimonio de nuestra música. Violeta, como lo recuerda Carmen Luisa³,

¹ *El Libro Mayor de Violeta Parra*. Ed. Michay, Madrid, 1985.

² A propósito de la herencia de nombres artísticos o que toman categoría de tales, al parecer el único caso en Chile, aparte de Violeta, es el de Pablo de Rokha, quien lega a su esposa y a sus hijos su seudónimo poético. Sin duda algo semejante hubiese ocurrido con otros hijos de Pablo Neruda, pero no los hubo; su única hija, Malva Marina Neruda, como se sabe, murió siendo niña. Es probable que los hijos de Gabriela Mistral (de haber existido), hubiesen elegido también el apellido poético de la madre, que es, a su vez, homenaje literario a Federico Mistral. Finalmente, cabe recordar que en la elección del apellido materno como nombre artístico existen antecedentes tan ilustres como el de Eduardo Hughes Galeano, y Pablo Ruiz Picasso. Este último immortaliza así el apellido de su madre genovesa.

³ Ver *Cantores que reflexionan*, Ed. LAR, Madrid, 1984, pp. 163-174.

es reacia, en un comienzo, a aceptar otros instrumentos fuera de la guitarra española. Pero pronto será cautivada por el charango del altiplano y por el cuatro venezolano. Tanto es así, que escribe para ser tocadas en esos instrumentos, algunas de sus más bellas composiciones, como «Gracias a la Vida» o «Volver a los 17», entre otras.

Algo que, al parecer, no se ha estudiado suficientemente hasta ahora, es la influencia de otros ritmos americanos en Violeta, o el aporte europeo, con sus ritmos italianos o sus vales parisinos (recuérdese que hasta compuso directamente en francés). También merece atención su cuidadoso empleo de ritmos chilenos, respetando siempre el contenido del tema con el compás elegido. Se prodrá constatar así que cuando Violeta escribe una canción dedicada al norte, emplea un ritmo propio de esa región. En la NCCh, en cambio, solemos encontrarnos con canciones con tema chilote, por ejemplo, pero construidas sobre ritmo nortino de cachimbo (el cachimbo constituyó, en cierto momento de la NCCh, una verdadera moda). Por último, referente a los ritmos y su consecuencia Violeta escribe varias canciones dedicadas al problema mapuche. Esto la separa de la NCCh, ya que en ella, precisamente, el gran ausente es el tema araucano ⁴.

A partir de lo dicho anteriormente, me parece que entre Violeta Parra y la NCCh hay un intento de separación o de distanciamiento semejante al que se produce en todo movimiento artístico que cuenta en sus inicios con una figura de la magnitud de Violeta.

Si examinamos, por ejemplo, las numerosas interpretaciones de canciones de Violeta Parra en la NCCh encontraremos que siempre éstas resultan modificadas. Se modifica el ritmo, que se hace más lento o más acelerado con respecto al original; se modifican los textos (como es el caso de la notable interpretación de «Run Run se fue p'al norte» de Inti Illimani), todo lo cual no va en perjuicio de la canción, por cierto ya que en la búsqueda de un colorido distinto, opera el fenómeno de la recreación, lo que sólo es posible con las grandes composiciones.

Por lo demás, los temas de Violeta ya son universales y hasta se cantan en otros idiomas. Un día podrán ser tomados para construir una gran sinfonía, algo semejante a lo que hizo Gastón Soublette con algunas recopilaciones de Violeta y otros, en su suite «Chile en cuatro cuerdas».

En el caso de la bella canción que resultó de la musicalización de las *Décimas* de Violeta Parra, (aquella que en el libro de Violeta lleva como nombre el primer verso: «Un ojo dejé en los lagos» hecha por Patricio Manns), resulta modificada desde el propio título, ya que la versión grabada por Patricio se llama «El exiliado del sur», con notable modificación del texto. Más tarde, el grupo Inti Illimani graba una nueva versión, cuyo título resulta ser «La exiliada del sur», y con un texto trunco, ya que se han eliminado los dos versos octosílabos finales de la última décima.

⁴ Recientemente, un grupo chileno que no pertenece a la NCCh, Los Jaivas, grabó temas mapuches de Violeta Parra, con gran respeto por la interpretación original, agregando elementos de gran colorido. (Ver *Literatura Chilena, Creación y Crítica*, núm. 32-33. Madrid 85. Conversación con Eduardo Parra.)

Son numerosos los casos de canciones de Violeta, grabados por integrantes de la NCCh, incluyendo a Isabel y Angel y más tarde Tita Parra, y a conjuntos y solistas del movimiento continuador de la NCCh, el Canto Nuevo, que resultan modificadas. La contabilización general también ocuparía varias páginas; pero el hecho creo que es digno de ser anotado, porque intérpretes de tal alta categoría como Milton Nascimento, Daniel Viglietti, Dina Rot o Mercedes Sosa, tienden a ser más fieles al original que los propios compatriotas de Violeta.

En el plano de las metáforas me parece que Violeta es un río madre. Ella recoge los hilillos de agua que bajan de las altas cumbres y los lleva hasta su gran torrente, también aflora el río subterráneo que es el romancero y lo incorpora a su propio patrimonio. Como todo río de dimensiones, al llegar al mar forma un delta. La NCCh es un brazo de ese delta. El brazo puede ir a engrosar el torrente de otro río, puede llegar al mar por su cuenta, puede estancarse y formar una laguna, pero también puede transformarse en pantano, o sus aguas evaporarse y dejar un cauce resquebrajado y seco.

Por último, me interesa detenerme en la expresión fuerza moral. Me parece que es importante para los creadores de hoy poner oído atento a la obra de Violeta, porque Ella puede influir, pero sobre todo Ella representa una *Fuerza Moral*, un ejemplo de consecuencia, de estudio, de respeto por la buena poesía, de equilibrio y belleza.

Es esa tremenda Fuerza la que llevó recientemente a la gran cantante finlandesa Arja Saijonmaa a interpretar, en lengua sueca, en el solemne entierro del Primer Ministro Olaf Palme, defensor de la Paz, la canción «Gracias a la Vida» de Violeta, la misma que lanzan al aire día a día las campanas de la Catedral de nuestro dolido Santiago de Chile.

GUILLERMO QUIÑONES

Guitarras y terremotos

Crece y seguirá creciendo la bibliografía sobre nuestra genial folklorista. Tras de *El Libro Mayor de Violeta Parra*, publicado en 1985 por su hija Isabel, aparece ahora la edición chilena de *Violeta*

Parra, la Guitarra indócil, de Patricio Manns*. Su análisis de la obra de Violeta, como «síntesis de memoria y savia», con los «gérmenes ávidos de su tiempo», se inicia con un singular tele-

Guillermo Quiñones es profesor de Literatura, escritor y crítico. Vive en Chile.

* Ediciones LAR, Concepción (Chile), 1986.

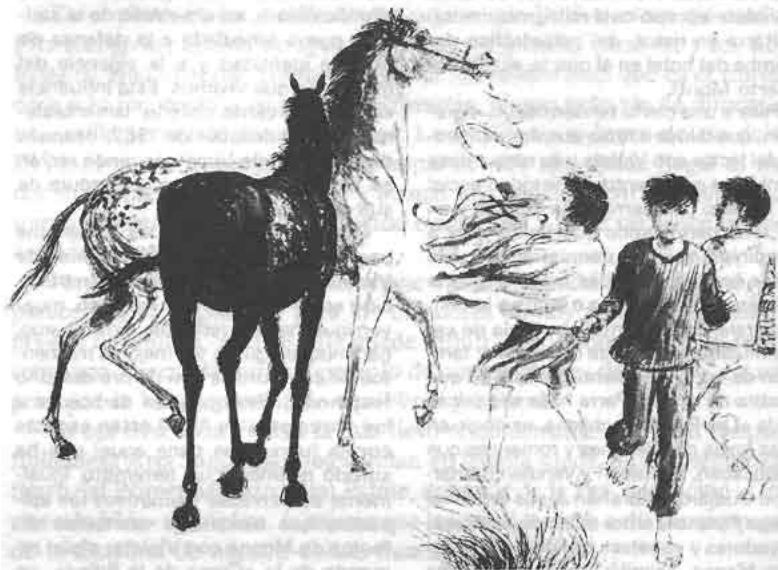
grama que reza así: «Oye Dios, ¿por qué no me mandas un terremoto?». Se trata de la reacción rebelde, desafiante de la autora de «Gracias a la Vida» frente al sismo que el 21 de mayo de 1960 azotó al sur de Chile, sólo que tal desafío tuvo su pronta respuesta: dos horas más tarde un nuevo terremoto, acompañado esta vez de un maremoto, estremeció con inusitada violencia el sur de Chile y Violeta escapó casi milagrosamente, guitarra en ristre, del catastrófico derrumbe del hotel en el que se alojaba en Puerto Montt.

Pese a una cierta tendencia a la digresión, que diluye a ratos el enfrentamiento del lector con Violeta y su obra y pese también a que el entorno histórico-social es trazado con demasiada rapidez y en un tono periodístico que tiende más a la opinión que a la demostración, este breve ensayo, de todas maneras, tiene interés, atrae, provoca e incita a la controversia. En tal sentido, no deja de ser estimulante y digna de discusión y también de enriquecimiento la tesis de que la obra de Violeta Parra halla sus raíces en la «Lira Popular» chilena, es decir, en esas hojas con décimas y romances que publicaban, recitaban y vendían Bernardino Guajardo, Abrahán Jesús Brito, «el Ciego Peralta», entre miles de cantores, payadores y «poetas» populares. Allí, según Manns, asimiló nuestra folklorista «las técnicas de la versaina, su suave humor, su tono, sus destrezas, sus juegos de palabras, la maestría del doble sentido en las ideas» (p. 53). Pero la tesis va todavía más allá. Sostiene que este vínculo vale no solamente para Violeta sino que «entre los poetas y cantores populares y todos los “movimientos” que se cree ver a lo largo del acontecer mu-

sical de los últimos tiempos, no hay barreras separatorias. Por el contrario, toda la actividad poética y cancionera se liga por una mecánica natural» (p. 54).

Llama también la atención otro deslinde que formula Manns acerca de la doble influencia de Violeta sobre nuestro folklore. Uno, en el sentido de la recopilación y preservación de nuestra tradición folklórica. Y la segunda —la más significativa—, en el sentido de la canción nueva vinculada a la defensa de nuestra identidad y a la vigencia del mundo en que vivimos. Esta influencia entra en el canto chileno, lamentablemente, sólo después de 1967, después de la muerte de Violeta, cuando recién se empieza a investigar la hondura de sus creaciones.

Otros aspectos, como los contenidos pagano-religiosos en las canciones de Violeta o las distintas fases de imbricación entre lo social y lo religioso, mueven igualmente a reflexión. Sin embargo, para nuestro gusto, los mejores momentos de este libro se dan dentro del tono testimonial. Esas páginas dedicadas a los terremotos de 1960 están escritas con la fuerza que tiene aquel que ha sufrido realmente un terremoto. Igualmente son vivaces y emotivos los episodios que narran los contactos directos de Manns con Violeta: algún recuerdo de la «Carpa de la Reina», un interminable viaje en un avión a punto de zozobrar... Son ágiles y polémicos los juicios relativos al neofolklore de la década del sesenta que el autor vivió con intensidad y es conmovedor el recuerdo de aquella noche en Punta Arenas, cuando Violeta Parra descubre, una vez más, que tiene los pies firmes sobre la tierra...



Guitarras y terremotos

Guitarras y terremotos crearon una vibrante y apasionante historia musical en Colombia. Una historia que se vive en Bogotá, Medellín, Cali, Barranquilla y en todas las ciudades del país.

Por la Guitarras Indígenas de Francisco Márquez. En el marco de la semana del arte, se presentaron en Bogotá y en Cali, entre los representantes de la música tradicional, se presentó un grupo de

Para leer a Isabel Allende

Su vida en su obra

MARCELO CODDOU

Se sabe y todos lo aceptan como verdad indiscutible: una vez que se publica un libro, el autor deja de tener dominio sobre él. Sea que al escritor se le haya escapado de las manos o que lo dejara ir, su producto queda en el desamparo. Será con sus propios medios que se arriesgue en el mundo. Ya no caben defensas ni explicaciones. Sus virtudes o deficiencias lo identifican ahora. Quien lo gestara perdió el control que, antes, le habría permitido modificarlo, disminuirlo o acrecentarlo, o acallarlo para siempre. Al escritor no le queda sino resignarse: ya no está en sus manos modificar el destino que va a cumplir lo que ha sido fruto de sus esfuerzos.

Con respecto a su primera novela Isabel Allende ha dicho:

Hace algunos meses, cuando fue publicada en España, la ví por primera vez en un mesón de librería. Estaba encogida en un rincón, tímida y asustada. Sentí temor por mi novela. Supe que ya no me pertenecía, nada podía hacer por ayudarla, se encontraba a merced de ojos ajenos que tal vez la juzgarían sin piedad¹.

Lo que ningún escritor llega a aceptar, y con razón, es que una vez lanzado a la fama por su criatura, pueda también perder control sobre su

Marcelo Coddou es crítico literario y profesor en la Drew University, Madison (New Jersey), Estados Unidos. Es autor de diversos libros, entre ellos el que lleva el título del presente trabajo, que es un extracto del capítulo introductorio. Esta obra debe aparecer pronto en España.

¹ Cfr. Isabel Allende, «Sobre *La casa de los espíritus*», en *Discurso literario*, vol 2, núm. 1, otoño 1984, pp. 67-73. Cit. p. 67.

vida privada. A ésta la estima suya, propiedad de un individuo particular, miembro de una familia, ciudadano de una nación. Cuando su intimidad sufre el acoso de la crítica, de periodistas y lectores —todos indagando cada momento de su existencia, cada hábito, gusto o vicio suyo—, el escritor aprende que debe mantenerse muy alerta para decir lo que conviene decir. A veces con firmeza suma, defiende los fueros de su libertad para manifestarse tal como es y, así, mantener su derecho a la privacidad, ahora expuesta al asedio de quienes no aceptan quedarse meramente con su obra y quieren saberlo todo —además— del productor.

Si en el escritor se dan otros factores que ayudan a la fama que, como tal, lo acompañan, la situación puede tornarse insostenible. Es el caso de Isabel Allende: si no llega a discutir que sus novelas inevitablemente circularan *desamparadas*, sigue defendiendo con entereza lo que estima son sus prerrogativas de individuo con vida privada, la cual, sostiene, tan sólo a ella y a sus íntimos debe importar.

Pero pocos son los que respetan este designio suyo. Desde que apareció *La casa de los espíritus* se repite para ella la experiencia de tener que evadir, hasta donde le sea posible, la inquisición a que se somete, no ya su obra, sino su vida misma. Cuando ha constatado que sus reticencias le dan escaso o nulo resultado, procura entregar el mínimo de información que le es requerida y luego desvía el diálogo a lo que, piensa, debe ser resaltado.

En su caso, además, hay que recordar que ya antes de ser novelista, y novelista de fama internacional, Isabel Allende era muy conocida en su país natal y bastante en Venezuela —su patria adoptiva desde 1974—: como periodista y, un poco menos, como cuentista y autora teatral. Su mismo apellido, según era de esperar, atraía la atención de inmediato y nadie dejaba de preguntarse, tan pronto lo oía por vez primera, el parentesco que ella tendría con Salvador Allende.

Si a lo dicho agregamos que en sus ficciones se percibe, desde el primer contacto con que ellas se tenga, un aire autobiográfico (que, por lo demás, la propia escritora nunca ha dejado de reconocerlo como presente, de uno u otro modo, en su obra ²) resultará explicable que todo aquel interesado por desvelar el sentido de las novelas, los modos de configuración de los personajes femeninos, la cosmovisión que sustenta el estrato de las ideas de los textos, las preocupaciones evidentemente «feministas» y progresistas que mueven su escritura, se preocupe por conocer, también,

² «En *La casa de los espíritus* hay muchas vivencias mías de mi infancia, pero no es una autobiografía. Yo no figuro en el libro. No soy ninguno de los personajes», ha declarado en múltiples ocasiones. En el texto citado en la nota anterior, por ejemplo, puede leerse: «Dicen que toda novela es autobiográfica, sobre todo las que escriben las mujeres. En mi caso no es exactamente así, porque no figuro en ella, no soy ninguno de sus personajes, pero no niego que a varios de ellos los conocí y que sus pasiones y dolores me tocaron de cerca. Algunas anécdotas de esas páginas las escuché de labios de mi madre y mi abuelo o las leí en los cuadernos de anotar la vida de mi madre. Podría decir que conforman una tradición en mi familia». *Art. cit.*, p. 67.

los posibles determinantes que, a nivel biográfico, tales elementos pudieran tener.

El apellido de nuestra novelista la emparenta, efectivamente, con Salvador Allende, de quien su padre era primo hermano e íntimo amigo de infancia. Hijo único de madre viuda, el padre de Isabel se crió en casa del que llegaría a ser Presidente de República y héroe-mártir de las luchas de los pueblos latinoamericanos por su liberación. Isabel no llegó a conocer a su padre: el matrimonio se deshizo siendo ella muy pequeña. El único recuerdo que tiene de él es ya de adulta, al ser citada a la morgue a reconocer su cadáver. Había muerto en la calle de una apoplejía. Cuando le mostraron el cuerpo sin vida no pudo identificarlo porque jamás había visto una fotografía suya. Su madre destruyó, en el momento mismo de la separación, todos los retratos. Fue posteriormente, por la documentación, que se enteró de que ése era, efectivamente, su padre. Cuando el matrimonio se disolvió, el padre desapareció por completo. El lector de *La casa de los espíritus* recordará, de inmediato, el episodio que, de modo muy próximo a lo que recién hemos recordado, la novelista reelabora, sometiendo el hecho biográfico a un cuidadoso proceso de ficcionalización donde, sin embargo, poco cuesta reconocer los datos biográficos que, en su reconstrucción, ha aprovechado la autora.

Al desaparecer el padre, la madre queda sola, con tres hijos a su cargo y sin preparación ninguna para un trabajo alimenticio. La familia, deshecha, va a vivir en la casa del abuelo, que será el Esteban Trueba de *La casa de los espíritus*. Gracias a la ayuda de Salvador Allende y sus influencias, Isabel y sus dos hermanos obtendrán becas de estudio, ropa, vacaciones: todo lo que la madre no habría podido ofrecerles por sí sola. Salvador Allende aparecerá en la novela —recordemos—, como figura decisiva en varias instancias de la saga familiar, cuya historia está tan entrelazada a la historia de Chile en un período que abarca desde principios de siglo, hasta juntamente el golpe de Estado en el cual el Presidente caería combatiendo por los derechos de su pueblo a mantenerse en la dignidad a que su gobierno lo había conducido.

Isabel crecerá al lado de su madre, en casa del abuelo, rodeada de tíos solterones, muy raros y extravagantes.

La casa era muy grande —recuerda— y deteriorada. Mi infancia transcurrió en los traspacios, los sótanos, la cocina, en los armarios, en la pieza de planchar, llena de miedos, fantasmas, de puertas que crujían. Era una época en que no existía la televisión y los niños no tenían el papel preponderante que tienen hoy. Uno vivía en los traspacios, con el servicio y los animales. Era una infancia muy sola, donde uno tenía muchas preguntas y no tenía respuestas: entonces funcionaba mucho la fantasía, la imaginación... Como no había televisión, lo único que funcionaban eran los libros³.

³ Josefa Zambrano Espinoza, «La entrevista del mes, Isabel Allende».

En esas circunstancias y provista de una inteligencia vivaz e inquieta, aprende a leer siendo muy pequeña. Cuenta haber heredado de su padre unos grandes baúles que contenían las colecciones de Julio Verne, Emilio Salgari, la *Enciclopedia Británica*, el *Tesoro de la Juventud*. «Todos fueron mis compañeros de infancia, porque no había otras fuentes de diversión».

Pero no sólo de lecturas se nutre la imaginación de la niña que llegará a ser escritora. Esos tíos con quienes convive —los mismos que, con transposiciones, aparecen en *La casa de los espíritus*—, pero sobre todo los abuelos, tenían establecido algo así como una firme *tradición del relato oral* en la familia. Su abuela Isabel —Clara en *La casa de los espíritus*— y su abuelo —sobre cuya imagen construye la de Esteban Trueba—, la narran interminables historias que ella escucha embobada. Y, al mismo tiempo, esos familiares —«todos muy locos, nadie normal, muy raros»—, se elevan en globos, o se transforman en exploradores, bailan flamenco sobre la mesa del comedor o ven el futuro en una bola de vidrio. No resulta así sorprendente que, ya convertida en mujer madura y escritora de fama, Isabel Allende pueda sugerir que fue de esa familia suya, tan extravagante, que sacó «las ideas» (como ella dice) para su primera novela.

Uno de esos tíos, a quien recordará «huraño y formidable», poseedor él mismo de una biblioteca en la que ella continúa sus lecturas indiscriminadas, le convence de que los personajes salen de las páginas para mezclarse con los vivos. «Por las noches —rememora— me parecía sentir la casa llena de voces, de presencias escapadas de la literatura. Guerreros, cortesanas, princesas y criminales paseaban por los cuartos, dejando a su paso el aire de aventuras»⁴.

Así, para la niña, resultarán, indeslindables la realidad intangible de los libros y de los relatos orales, de la realidad concreta del mundo cotidiano. Para fortuna de la literatura, ese carácter borroso, que no reconoce límites entre lo imaginario y lo real, la marcará para siempre:

Con el transcurso de los años —confiesa—, esa frontera no se ha precisado, sigue siendo una línea de humo que al menor soplo se esfuma. Como lectora me dejó llevar por el encanto de una narración, sin indagar demasiado sobre su autenticidad. En el oficio de escribir me abandono también a la necesidad de contar, convencida de que si algo no es estrictamente verídico en ese momento, mañana puede serlo. Así lo he comprobado en mi trabajo. (*Ibid.*)

Pero la literatura no es sólo cosa de imaginación apta para fraguar las más sorprendentes historias. A Isabel Allende también la fascinaron de pequeña *las palabras*. Siendo aún criatura, construía con ellas juegos, canciones y relatos. Apreciaba su color, su textura y su magia. «Recuerdo mi asombro la primera vez que escuché decir “azafate” —relataría—. Me

⁴ Cfr. Isabel Allende, «Mitad cierto y mitad fantasía», en *Cauce* (Santiago), núm. 25, 2 de octubre de 1984, pp. 42-43.

pareció un sonido total, un golpe de gong, un estremecimiento submarino»⁵.

Niña de temperamento burlón, siempre inquieta y muchas veces francamente rebelde, provista de una imaginación que fácilmente se desborda, en ocasiones desespera a su familia, que decide ponerla en un colegio de monjas cuáqueras, para ver si la Biblia «apacaba los tormentos de su imaginación». Pero, de vocación insobornable por lo truculento y tremendista, nada ni nadie podría encauzársela con rigores selectivos. Tampoco sus lecturas eran objeto de mucho control: el abuelo sostenía que nadie lee lo que no le interesa y si le interesa es que tiene edad para leerlo. A los diez años llevó al colegio *La Filosofía del Tocado* del Marqués de Sade: se salvó de ser expulsada sólo «porque ninguna de esas santas profesoras puritanas había oído del noble pervertido, y la palabra *filosofía* las tranquilizó». (*Ibíd.*)

Junto a las obras del divino marqués, que tanto la deben haber confundido, a esa misma edad ya intentaba descifrar a Freud y lloraba con las tragedias shakespearianas...⁶.

Con tantos elementos como los que hemos señalado, no extrañará saber que su vocación se le haya manifestado desde muy pequeña. A la infaltable pregunta de los adultos «¿qué vas a ser cuando grande?», invariablemente respondía: «monja o escritora». En alguna ocasión reciente ha recordado:

Al escribir *La casa de los espíritus* no pensaba que pudiera convertirme en escritora, aunque desde niña quise serlo. Cuando era chiquita y me preguntaban «¿qué quieres ser tú?», yo contestaba: quiero ser como Agatha Christie y estar en mi casa cuidando rosales y escribiendo, y que los libros se vendan y vivir de eso⁷.

En casa de sus abuelos creció hasta que su madre se casó con un diplomático y todos, ella incluida, partieron de viajes por diversos países: a Bolivia, el Medio Oriente, a Europa, para regresar a Chile cuando tiene quince años, a causa de la guerra civil en el Líbano. La estabilidad de la infancia —a que la lleva una memoria constantemente alerta a recuperarla como espacio feliz—, está muy ligada a la vieja casona familiar, en donde transcurre parte importante de la historia que, compañera suya por años y alimentada por experiencias posteriores, se convertirá en la base de su primera ficción. La gran casa llena de espíritus en que transcurre la vida de los Trueba reproduce, entonces, con variantes, la de los abuelos maternos. Esta

No era tan basta ni tan lujosa, no poseía un jardín con fuentes cantarinas y estatuas del Olimpo, ni un ejército de servidores, como la que construyó el pro-

⁵ Vid. Mónica Peña, «Isabel Allende y sus espíritus», en *APSI* (Santiago), núm. 153, 1-14 de octubre de 1984, pp. 44-45.

⁶ Vid. art. en *Discurso Literario*, ya citado, p. 68.

⁷ Cfr. *La bicicleta* (Santiago), núm. 44, marzo de 1984, pp. 38-40, cit. p. 40.

tagonista de mi novela —recordará—, pero a mí me parecía enorme, sombría, cruzada de corrientes de aire, habituada por tenues fantasmas que hacían ruidos en los armarios y se deslizaban en los espejos ⁸.

Allí, entretenida en juegos solitarios y excursiones al sótano —su «Caja de Pandora»—, crece Isabel, moviéndose entre viejas cartas de amor, diarios de viajes, retratos de obispos, de doncellas y de exploradores.

Se van acumulando personajes vivos, fantasmas, lecturas, sueños, temores y fantasías. Todo lo que sirve de base a parte significativa del mundo ficcional de su primera novela. De entre esos seres, tres presencias le serán totalmente decisivas: la de su madre y la de sus abuelos. Hasta ahora mismo, casada, con hijos y logrado el reconocimiento universal, la influencia de su madre sigue siendo notable. Cuando los viajes de una u otra las han obligado a la separación, a veces por largos períodos, el contacto continúa siendo permanente:

A mi madre me une un afecto profundo, alegre y totalitario —reconoce, dichosa—. Desarrollamos el hábito de escribirnos cartas diarias, lo cual me entrenó para estar alerta observando al mundo, captando emociones, descifrando símbolos y claves, percibiendo el lado oculto de la realidad. (*Ibíd.*)

Muchas de esas cartas, conservadas con amoroso cuidado y segura confianza en su valor por parte de la madre, pertenecen al período que va desde el año 70 a la publicación de *La casa de los espíritus*. Constituyen un verdadero diario, donde todo está narrado con la emoción misma del momento. Por eso ha dicho la propia autora, hay partes de sus libros que no ha tenido que escribir de nuevo o trabajarlas mucho. ⁹ El ejemplo más notable lo constituye el pasaje del entierro de Pablo Neruda en *La casa de los espíritus*, relatado en carta a la madre el mismo día del suceso, donde le cuenta lo que vio y vivió. Esa carta, extraordinario y conmovedor documento, fue dado por su destinataria a Margarita Aguirre —la biógrafa del poeta— quien, en alguna ocasión terminó un charla suya sobre el autor del *Canto General* en Caracas, citándola *in extenso*. Isabel, que estaba entre el emocionado público de la charla, recibió después de vuelta su texto y pudo reproducirlo, palabra a palabra, en el pasaje correspondiente de la novela ¹⁰.

A su abuelo también se ha referido la escritora en incontables ocasiones e importa recordar, en relación con su primer libro, por lo menos dos hechos claves: sobre su imagen fue construido el personaje central y constituye también él, desencadenante decisivo de la génesis mismas de la es-

⁸ En *Discurso Literario*, p. 68.

⁹ Vid. Alfredo Zamudio, «Isabel Allende: A vivir con alegría», en *Hoy* (Santiago), número 385, 3-9, diciembre de 1984, pp. 31-33.

¹⁰ En su charla «Pablo Neruda, residencia entre los hombres», ofrecida en Drew University en abril de 1985. Isabel Allende relató con detalles este episodio. Existe un precioso video, precisamente así titulado, producido por Hernán Frez, núm. 1 de la serie que él organiza y edita en Palihue Ed. Video, Summerset, New Jersey, U.S.A. (1985).

critura novelesca. En efecto: al salir Isabel en exilio voluntario, quince meses después del golpe militar, el abuelo es prácticamente el único pariente que deja en Chile. Al poco tiempo de radicada en Venezuela, recibe la noticia de que él había decidido morir. Estaba por cumplir cien años y había decidido dejar de comer y de beber, esperando la muerte. Entonces la nieta se sentó a escribirle una larga carta:

quise recordar aquellas cosas que ocurrieron a principios de siglo, cuando yo ni había nacido... Creo que desde el comienzo yo sabía que no iba a alcanzar a terminar la carta, porque mi abuelo murió mucho antes de que la terminara (...) Lo que comenzó como una carta fue juntándose así en un montón de papel hasta hacer 500 páginas que finalmente fueron un libro ¹¹.

Yo sabía que la carta por supuesto nunca le iba a llegar, porque su muerte era cuestión de horas. Pero mi abuelo tenía la teoría de que la muerte no existe, sólo existe el olvido (...) Lo que quería decirle en la carta es que él no iba a morir, que su memoria, su recuerdo, iba a estar vivo para mis recuerdos, para mis hijos, para mis nietos. Ese es el comienzo de *La casa de los espíritus*, donde dice la narradora que escribe para salvar la memoria del pasado y sobrevivir a su propio espanto ¹².

Pero el abuelo no sólo es el primer destinatario del extenso texto que conocemos como la novela titulada *La casa de los espíritus*, sino que constituye también la figura sobre la cual se va a moldear su personaje protagónico. ¿Cómo la recuerda la autora fuera de la ficción? Resultará interesante anotar, para contrastar después esta visión suya con la que, reconstruida, se convertirá en poderoso personaje novelístico:

(era) un viejo rabioso, conservador, reaccionario, machista, fantástico para un libro. Yo adoraba a mi abuelo a pesar de sus inmensos defectos. Él era un hombre tierno, bondadoso, muy auténtico ¹³.

Esa caracterización la ha reiterado, con variantes mínimas, en cada ocasión en que ha hablado de él. A modo de ejemplo, recojo otra muestra:

Mi abuelo era un patriarca, un hombre fuerte, intolerante, sacudido por incontables pasiones, que murió cerca de los cien años, en plena posesión de sus facultades mentales, cojo y gastado, pero sin arrugas, con una mata de pelo leonino y sus ojos azules tan penetrantes y lúcidos como en la juventud. Era un magnífico personaje para un libro ¹⁴.

Lo valioso para nosotros, los lectores de la novela, es que la escritora haya sabido aprovechar esa figura, transformándola en verdadera columna vertebral de su ficción. Esta la relatan —no lo olvidemos—, las estupen-

¹¹ Alfredo Zamudio, *art. cit.*, p. 32.

¹² Vid. Víctor Claudin, «Isabel Allende cuentacuentos en la aldea del amor y la sombra», en *Liberación* (Madrid), 25 de noviembre de 1984.

¹³ Alfredo Zamudio, p. 31.

¹⁴ Art. de *Discurso Literario*, p. 68.

das mujeres de diversos medios sociales y edades que lo rodean (y con las cuales Isabel Allende da una visión amplia de *lo femenino* en Hispanoamérica). Entre esos prodigiosos personajes que figuran al lado de Trueta, está Clara. Quien la inspira es la abuela de la autora, del mismo nombre. De ella ha dicho:

Tuve una abuela extraordinaria que murió demasiado pronto, pero cuyo espíritu aún me acompaña. Era un ser luminoso y transparente (...) A ella (Clara en *La casa de los espíritus*) hubo poco que inventarle, la tomé de la realidad, aunque cometí algunas exageraciones. Tal vez fuera verdad que mi abuela movía una mesa de tres patas con el poder del pensamiento, socorría poderes, amparaba poetas y flotaba por encima de las flaquezas humanas con los ojos más limpios de este mundo y una sonrisa perenne. (*Ibid*)

En su «Taller» de Montclair State College —ofrecido en abril de 1985—, la novelista se refirió extensamente a su abuela Isabel. Recordó que la perdió cuando era muy joven y como de ella oyó lo que constantemente le contaban su madre y su abuelo. Dice habérsela imaginado según se la mostraron o pintaron: espiritual, generosa, bondadosa y, también, extravagante, en actitud de permanente rechazo de la autoridad de su marido y la del estado... Practicaba el espiritismo— «tan mal visto por la sociedad burguesa», comenta la novelista—, con esos pobres parasicológicos que reconoce haber exagerado en el personaje de Clara. Al reflexionar sobre ella, la escritora puede verla también prisionera de los padres, de los convencionalismos, del colegio y luego de su marido.

Pero Clara no fue la primera novia de su abuelo, sino una hermana suya, Rosa, que también reaparecerá en la novela con rasgos y anécdotas de su vida muy próximas a la de la realidad. Hablando de ella, Isabel Allende ha dicho que su historia también se la contó su abuelo. De paso tomemos nota sobre uno de los procedimientos que utiliza la escritora para construir sus personajes.

Era una mujer bellísima, que murió envenenada cuando era muy joven (...) En mi familia se decía que Rosa era bella como una sirena. Había una foto de ella, de color sepia, donde salía una señora gordita, con un ramo de flores y una boca de corazón. Por supuesto no se veía el color del cabello. Cuando yo era niña, leí un libro que se llamaba *El tesoro de la juventud*, donde había sirenas que tenían el cabello verde. Después me pareció que la idea del cabello verde era una manera de simbolizar lo extraordinario y lo original. Cuando escribí el libro todavía no estaban de moda los punks ¹⁵.

Esos «personajes» y ese ámbito —la familia materna, la vieja casona—, constituyen no el único pero sí el material inmediato más importante de provocación de la primera novela. A él se suman, claro, otros motivantes.

Con el tiempo la niña esa de infancia tan rica en vivencias, modeladoras de una sensibilidad alerta como era la suya, va convirtiéndose en mu-

¹⁵ Vid Alfredo Zamudio, pp. 31 y 39.

jer. Los viajes iniciales, a los que es llevada por la profesión de su padrastro, tienen una primera pausa al cumplir sus quince años, en que regresa a Chile. Es cuando comienza a soñar con el amor, escribe versos «espantosos» —así los califica desde la perspectiva de hoy—, y cuentos «truculentos». Más las infaltables cartas a su madre. Ya para entonces quiere convertirse en escritora: ha reafirmado una vocación que venía manifestándose desde la infancia. Pero han de pasar todavía muchos años como para que le dé pleno cumplimiento: su aproximación a la literatura será, en todo el plazo que media hasta su primera novela, más bien solapada, a través del periodismo y del teatro.

La jovencita que sueña con el amor, encuentra al hombre que será su compañero por vida en circunstancia que ha narrado con picardía muy suya:

Una noche en una fiesta un muchacho me invitó a bailar. Era la oportunidad que yo esperaba y después de argumentar con él cuatro años, acabé por convencerlo de que nos casáramos. Desde entonces estamos juntos. Conocí el amor, tuve hijos y se inició una etapa muy plena de mi existencia ¹⁶.

Su esposo, Miguel Frías, de profesión Ingeniero Civil, y con quien tiene dos hijos, Paula de veintiuno y Nicolás de diecisiete, se ríe cuando oye repetir a su mujer: «estoy casada con el mismo hombre, en parte porque no he encontrado otro, no vayan a pensar que por vocación...» ¹⁷ Ese mismo humor que parece acompañarla en todo, se ha proyectado sin dudas, en su matrimonio. Resulta curioso leer las cosas que, con ternura e ironía, ha declarado sobre su vida conyugal y sobre su marido. Si queremos conocer a esta feminista tan bien casada que es Isabel Allende, debemos escucharla hablar de ello:

soy la mujer más incomprensiva y la peor esposa que es posible tener. Tanto así, que mucha gente cuando conoce a mi marido dice que es un santo. Llevo veinte años oyendo que él es un santo, y he terminado por creer que lo es, y su santidad consiste en tolerarme. Yo soy realmente intolerable, pero me tolera bien, o sea que tiene una buena dosis de masoquismo (...) ¡Para mí mi marido es graciosísimo! Por ejemplo, su hobby es la computadora. Tiene una máquina de jugar ajedrez electrónica que habla como el Pato Donald y juega como Karpov. A mí me sorprende que alguien pueda pasar horas allí, o resolviendo problemas matemáticos, y a él le sorprende, por supuesto, que yo me pueda refr de algo que a él no le causa absolutamente ninguna hilaridad, o que yo pueda pasar horas y horas sobando un personaje que para él no existe (...) Podemos estar juntos, pasarlo muy bien, pero no intentamos comprendernos y esa es la base, creo yo, de nuestra armonía conyugal ¹⁸.

Entre el momento en que conoce a quien sería su esposo y los diecisiete años, termina, en Chile, su educación secundaria y entra a trabajar co-

¹⁶ En el art. de *Discurso Literario*, p. 70.

¹⁷ Vid. Olivia Sifontes, «Isabel Allende entró en la casa de los espíritus», en *Variedades* (Caracas), p. 57.

¹⁸ Cfr. Nadia F. Badra, «Una historia de amor desvela a Isabel», *Gente*, 29 de abril de 1984, pp. 3-4, cit. p. 4.

mo secretaria en el Departamento de Información de la oficina de la F.A.O. en ese país. Aunque su madre lo niega, ella insiste en que fue pésima funcionaria, con mala ortografía, cultura desparramada y dactilógrafa que apenas sabía manejar la máquina de escribir. Tuvo como compañeros en ese trabajo suyo a dos empleados que, involuntariamente, sellaron su destino profesional de periodista: uno era alcohólico total y el otro estaba a punto de jubilar. En esas condiciones, le fueron delegando casi todo su trabajo. Al inaugurarse el primer canal televisivo de Chile, a su oficina le encargaron un programa de quince minutos sobre la tragedia del hambre, programa auspiciado por la UNICEF. Imposibilitados sus dos colegas de llevarlo adelante, Isabel es la encargada de ponerlo en el aire. Tan grande fue su éxito que de inmediato le ofrecieron un programa semanal. Después seguirá en contacto con la prensa, trabajando como periodista, profesión para la cual nunca se preparó sistemáticamente, salvo unos cuantos cursos teóricos que seguirá en Bélgica, al obtener una beca, bastantes años después de haberse iniciado en una carrera que desempeñó siempre con gran éxito. Será precisamente al volver de este viaje que escriba una carta humorística a su madre, quien la mostró a Delia Vergara, que en aquel entonces estaba organizando una revista que llegaría a ser muy popular, *Paula*. Delia Vergara le pidió de inmediato que le colaborara regularmente con artículos de humor. Su fama debida a estas colaboraciones se extiende rápidamente. Empieza a escribir de los más diversos asuntos, logrando con ello una experiencia irremplazable: se encarga del horóscopo, de recetas de cocina, hace reportajes y publica entrevistas.

Luego dirigirá una revista infantil que también llegaría a ser muy popular, *Mampato*. Seguirá en sus actividades en T.V., incursiona —con no poco éxito—, en el teatro. De aquel entonces, recuerda:

era la época del twist, la mini-falda, los hippies, la marihuana, la liberación femenina y las luchas políticas y sociales en mi país (...) Mi vida era apasionante, muy ocupada, siempre en la vanguardia ¹⁹.

Alguien que la conoció bien en esos años —la década del sesenta—, Graciela Romero, ha rememorado a Isabel publicando sus «Impertinentes» en *Paula*, sobre los que opina:

apuntando con flecha certera a la prepotencia del *macho chilensis* contra las mujeres que por educación, vocación y tradición debían rendirle incondicional pleitesía, resultaron cristales de color inusitado para reflejar la relación de pareja (...) una minoría de aludidas la adoró; una mayoría resopló indignada vengándose con achacarle pechuga y soltería irremisible y amarga. Y los hombres en masa rieron a carcajada y sin recovecos con esos «Impertinentes» a los que supieron encontrar la escondida ternura por ellos y ellas ²⁰.

¹⁹ En *Discurso Literario*, p. 70.

²⁰ Cfr. Graciela Romero, «Isabel Allende: Diez Años de Soledad». *Mundo* (Santiago), núm. 12, noviembre de 1983, pp. 28-29.

Hay anécdotas de esos mismos años —algunas ya muy difundidas— que nos dicen de la personalidad de nuestra escritora. Tomemos ésta, por caso, y hagámoslo desde las mismas páginas de la periodista recién citada, Graciela Romero:

Diffícil olvidar —entre cientos de recuerdos parecidos— a esa Isabel Allende caminando por calle Huérfanos vestida de bataclana, con Miguel, su marido, echando pestes por haber accedido a acompañarla en la búsqueda de un reportaje sobre coristas chilenas. Muy en plan periodístico, Isabel juraba que nadie iba a reconocerla en esa facha destinada a pasar por aspirante a «figurita» (estrella de tercera fila) del Bim-Bam-Bum, justo cuando la compañía buscaba niñas nuevas para el escenario.

Hasta que pasó por el lado de una señora con un niño de la mano quien la miró muy seria y luego dijo apremiante: «¡Mira, mamá, mira a Isabel Allende, que parece un mono!»

Isabel pasó el examen como un tubo, frente a un director del cuerpo de baile acotando que «con ese traserito, las primeras filas masculinas van a volverse locas» (el mismo pedazo anatómico que Isabel siempre alegó entre risas que lo había heredado de una bisabuela nacida en los benditos tiempos del polizón, prenda que la señora se la saltaba a pies juntos porque había nacido con ésta ya colocada por la Divina Providencia). (*Ibíd.*)

Después de ese período de plena entrega a su trabajo y de participación creadora que a ella, como a millones, le significara los mil días de gobierno de la Unidad Popular, le caía encima, como a todo su pueblo, el peso insoportable del fascismo. No le queda sino el exilio. Con su esposo extienden un mapa del mundo sobre la mesa del comedor para ver donde irse. Buscan un país que reúna tres requisitos: ser democrático, que en él se hable español y en el cual se pueda trabajar. Venezuela los acogió junto a otros refugiados y emigrantes.

Empezamos a vivir —relata— como viven tantos emigrantes, tantos exiliados; sin raíces, sin memoria, sin pasado. Esa sensación de que todo lo que uno hizo antes, o todo lo que tuvo antes, se perdió para siempre.

Llevó consigo, naturalmente, su *curriculum vitae* pero, sin relaciones, no le fue fácil encontrar trabajo como periodista. Trató de entrar a la Televisión y realizó para el Canal 8 de Caracas unos programas infantiles que se llamaban «El Papagallo Azul», que nunca salieron en el aire. Trató de hacer teatro, pero tampoco pudo. La generosa mediación de Gonzalo e Hilda Rojas, quienes por entonces vivían también su exilio caraqueño, y que la habían leído en Chile, le permitió el ingreso a *El Nacional*. Allí por ocho años, tiene una columna dominical que bajo el título muy apropiado a su contenido, la llamó —en recuerdo de su actividad en el país dejado atrás—, «Página Impertinente», en donde de modo jocoso retrata personajes y situaciones. Con referencia a estos artículos ha hecho declaraciones que también pueden ser útiles, parcialmente, en la comprensión de su trabajo novelístico:

Lo que escribo en mis artículos de humor lo peso en el aire, en las cosas que la gente me dice. Al principio era más fácil pero, ahora, la gente me identifica, se me acerca y me cuenta sus experiencias con los celos de la pareja, con los gimnasios, las dietas, etc. Son hechos que me cuentan, o yo capto en las conversaciones, y luego utilizo en mis artículos. Trato de describir cómo es la mayor parte de la gente para que muchos se vean identificados ²¹.

Con algunas amigas formó también una sociedad y sacó adelante un colegio donde se imparten clases en preescolar, primaria y secundaria. Es un colegio con mucho personal y pocos niños, que por largo tiempo le significó a Isabel un trabajo absorbente, que sólo pudo dejar cuando la difusión de su primera novela le permitió dedicarse por entero a la literatura.

Antes de que esta dedicación total fuera posible, vino el arduo trabajo de encontrar editorial al manuscrito de su obra. Los primeros intentos los hizo en Hispanoamérica. Y pasó lo habitual: ninguna casa editorial quiso siquiera leer el texto: era muy extenso, lo firmaba un autor desconocido, éste era —horror de horrores— una mujer:

El hecho de que yo fuera una mujer fue también un factor que se volvía en contra mía; es algo que en Latinoamérica juega en contra del trabajo de las mujeres ²².

En los momentos mismos en que se enfrenta a las negativas de editoriales latinoamericanas, Isabel Allende lee *El jardín de al lado* de José Donoso. Es por esta novela —lo ha dicho y no tenemos por qué no creerlo—, que se entera de la existencia de agentes literarios y que el más importante de ellos es Carmen Balcells. Decide entonces mandarle su manuscrito, acompañado simplemente de una carta en que le dice ser la autora del texto y que le gustaría que alguien lo leyera.

A los seis meses, Plaza y Janés de Barcelona publica *La casa de los espíritus* y su éxito inmediato le significa a la autora la opción de cumplir con el lejano anhelo de llegar a ser escritora reconocida. De allí en adelante su vida privada deja de ser tal y se convierte en figura importante en el ámbito de las letras hispanoamericanas. Todo eso que ya es tan sabido y que explica la aparición de estudios como el nuestro, el libro *Para leer a Isabel Allende* que pretenden dar cuenta de los rasgos que asume su realización literaria.

²¹ Declaraciones formuladas en el diálogo que con profesores y estudiantes formulara en Drew University al terminar su charla «Pablo Neruda: Residencia entre los Hombres», que ofreciera a petición nuestra en abril de 1985.

²² Vid. Amanda Smith, «P. W. Interviews: Isabel Allende», *Publishers Weekly*, May 17, 1985, p. 120.

La gran mayoría de los agricultores de la zona lo hacen en el río, en las casas o en el granero, y el producto de esta actividad se vende en el mercado local. La gran mayoría de los agricultores de la zona lo hacen en el río, en las casas o en el granero, y el producto de esta actividad se vende en el mercado local.



1. Los agricultores de la zona lo hacen en el río, en las casas o en el granero, y el producto de esta actividad se vende en el mercado local. 2. Ver: *Almanaque Rural* - P. W. Haysman - Isabel Almagro - Ediciones W. Haysman - 1995 - p. 130.

Gabriela Mistral en «Tala»

Su visión del mundo autóctono

EUGENIO MATUS

A la memoria de Luis Oyarzún

El tema del mundo autóctono no aparece tratado con igual intensidad en todos los poemas de *Tala*: en algunos constituye el elemento fundamental, en otros desempeña una función secundaria. Hay además modos específicos de tratamiento que dependen de la función que lo autóctono desempeña en el texto. En todo caso es un elemento poético que no desaparece jamás.

1

La primera serie de poemas, *Muerte de mi madre*, es, como se sabe, la expresión de una crisis religiosa, de una angustia existencial. Gabriela Mistral dice, en la nota correspondiente, que la muerte de su madre se convirtió para ella en una «larga y sombría posada».

Son poemas profundamente subjetivos. La angustia existencial que cantan no se sitúa, sin embargo, en un ambiente abstracto. Por el contrario,

Eugenio Matus es escritor y profesor de literatura. Trabaja en la Universidad de Saint-Etienne, Francia. Es autor de *Mientras amanece* y *Encuentro en Tánger* (novelas), e *Introducción a Baroja*, (ensayo), y de diversas antologías de literatura hispanoamericana.

en la mayoría de ellos reconocemos un espacio geográfico concreto: el de la tierra natal de la poetisa.

En *La fuga*, por ejemplo, el sueño o pesadilla en que ella sueña con su madre, se desarrolla en un paisaje de cerros, cerros que se repiten interminablemente.

Un monte negro que se contornea
siempre para alcanzar el otro monte.¹

Una especie de laberinto en el que ella persigue vanamente a su madre muerta: los cerros de Elqui, siempre presentes en su poesía.

En *Nocturno de la consumación*, la poetisa se considera olvidada de Dios. Su vida no es más que un amargo fracaso. Desea volver a la nada. El paisaje que rodea y que «concretiza» este sentimiento es un paisaje del Norte Chico de Chile, el paisaje de su valle de Elqui. Dios la ha olvidado porque las cabras y las vicuñas la han ocultado a su vista, porque sus hombros y su frente han sido borrados por las dunas, por el algarrobo y por el maitén.

... cabras vivas, vicuñas doradas
te cubrieron la triste y la fiel.
Te han tapado mi cara rendida
las criaturas que te hacen tropel;
te han borrado mis hombros las dunas
y mi frente algarrobo y maitén.

En el *Nocturno de la derrota* aparecen de nuevo los cerros («y he cantado cosiendo mis cerros...») y «la cresta del amanecer». El desplazamiento calificativo implícito en esta expresión adquiere todo su sentido si se considera que en Chile el amanecer se asocia inevitablemente a las crestas de la cordillera de Los Andes.

El *Nocturno de los tejedores viejos* empieza con una nostálgica evocación de la infancia vivida a orillas del mar, en una atmósfera campesina:

Se acabaron los días divinos
de la danza delante del mar,
y pasaron las siestas del viento
con aroma de polen y sal,
y las otras en trigos dormidas
con nidal de paloma torcaz.
Tan lejanos se encuentran los años
de los panes de harina candeal...

En *Locas letanías*, poema con que se termina la serie y en el cual la poetisa pide a Cristo acoger el alma de su madre, los elementos materiales

¹ Las citas provienen de la edición Losada, Buenos Aires, 1975.

que aparecen pueden perfectamente asimilarse también a su paisaje natal: cañas que se parten en los llanos, piedras, valles desde los cuales ella contempla a su madre subir a los cielos, y el río, el río Elqui desde luego, que en este caso es un río divino, un río que se asocia al propio Cristo:

¡Río vertical de gracia,
agua del absurdo santo,
parado y corriendo vivo,
en su presa y despeñado;
río que en cantares mientan
«cabritillo» y «ciervo blanco»:
a mi madre que te repecha,
como anguila, río trocado,
ayúdala a repecharte
y súbela por tus vados!

En la serie de poemas titulada *Alucinación*, superada ya la crisis religiosa y existencial, la poetisa canta su vida espiritual, sus ansias místicas, sus vacilaciones entre la esperanza y la desesperación. En estos poemas, profundamente subjetivos, encontramos también, aquí y allá, referencias al mundo autóctono, aunque esta referencia no se manifiesta a veces más que en el modo de decir, tradicional, arcaico.

Leemos, por ejemplo, en *La ley del tesoro*:

Me oigo la cantilena
como el tero-tero,
o como sobre las tejas
refrán de aguacero:
«guardarás bajo la mano
tu tesoro entero».

En *La copa* encontramos de nuevo la colina, los valles. En *La medianoche*, la duna. El monte, el bosque, la llanura, la solfatara, la cascada, las avenas, el río en *La cabalgata*.

La gracia es un poema de carácter religioso, más bien místico. La poetisa siente que la Gracia de Dios la toca, pero esta Gracia de Dios no aparece simbolizada por un rayo de luz que descende de las manos divinas ni de ningún otro modo clásico o estereotipado, sino como una «pájara pinta jaspeada» que pasa el río «en la mañanita» y la deja «temblando en la quebrada».

La serie *Historias de loca* continúa el tratamiento de estos temas de carácter espiritual o religioso.

La muerte-niña (la muerte que crece en el espíritu mientras el mundo se desvitaliza) en un poema impregnado de atmósfera campesina: la muerte nace en una gruta «desnuda y pequeña como el pobre pichón de cría», se la puede aplastar con una piedra, se mece como un junco al viento. El mundo, al mediodía, estaba armado como una piña. La poetisa se pone a gritar en el camino. Hay fuentes, praderas, animales...

En *La flor del aire* (alegoría del desarrollo de su mundo poético) encontramos praderas, bosques, montes, rocas, flores.

2

Pero es en la serie de poemas titulada *Materias* donde empieza a surgir verdaderamente el mundo de los objetos. Hasta ahora éstos han aparecido como símbolo de lo subjetivo o como paisaje o marco en el que se desarrolla una situación espiritual. En el caso presente son los objetos mismos, los elementos materiales los que aparecen en primer plano.

Sin embargo esta primacía o independencia de los objetos en la serie *Materias* es ilusoria. En realidad éstos aparecen no para ser cantados en función de ellos mismos, en cuanto materia, sino como estimulantes del recuerdo, como punto de partida de una evocación. En cierto sentido continúan estando al servicio del espíritu, aunque ahora en sentido inverso. En los poemas anteriores los objetos materiales eran símbolos, apariencias externas de fenómenos espirituales, o constituían el ambiente concreto en que éstos se situaban. Ahora son ellos los que crean los fenómenos espirituales. Son ellos los que permiten recordar, evocar, soñar.

Examinemos, por ejemplo, el poema *Pan*. Dice la poetisa que el pan que encuentra sobre la mesa tiene el olor de su madre cuando le dio su leche, el olor de tres valles por donde ella ha pasado: Aconcagua, Pátzcuaro, Elqui. El encadenamiento de asociaciones mentales se prosigue:

En mis infancias yo le sabía
forma de sol, de pez o de halo,
y sabía mi mano su miga
y el calor de pichón emplumado...

.....
Amigos muertos con que comfalo
en otros valles, sientan el vaho
de un pan en septiembre molido
y en agosto en Castilla segado.

La sal del poema *Sal* (la sal puesta en un salero en la mesa) le recuerda su infancia junto al mar. Ella era una amiga de la sal, de las olas salobres. La sal y ella vivían en un mundo de libertad. Y ambas perdieron ese mundo:

Ambas éramos de las olas
y sus espejos de salmuera,
y del mar libre nos trajeron
a una casa profunda y quieta...

Pero como siempre, es el agua el elemento material que tiene en Gabriela Mistral el mayor poder evocador. Dice en el poema *Agua*:

Hay países que yo recuerdo
como recuerdo mis infancias.
Son países de mar o río,
de pastales, de vegas y aguas.

Gracias al agua se actualizan en su espíritu paisajes americanos y europeos: «Antilla en palmas verdinegras», una aldea sobre el Ródano, el mar de Italia; y sobre todo el paisaje natal. Ella quisiera espiritualmente recuperar su infancia vivida junto al agua.

Quiero volver a tierras niñas;
llévenme a un blando país de aguas.

Cascada en sequedal y *El aire* son también poemas impregnados del sentimiento del paisaje natal, del mundo autóctono:

... ni vivo en la tierra
de donde es la palma,
ni la madre mía
entra por mi casa,
ni regreso a ella
gritando en la barca...

.....
En el llano y la llanada
de salvia y menta salvaje,
encuentro como esperándome
el Aire.

No es necesario multiplicar los ejemplos. Lo que habría que decir, sí, es que de los elementos materiales cantados en esta serie titulada *Materias*, el único que se canta en función de sí mismo y no como estímulo de la evocación es el aire, quizás porque es el menos material de todos. (A alguien podría recordarle este poema, y no sin razón, una oda elemental de Neruda) ².

² No puedo menos de transcribir aquí algunos párrafos de Luis Oyarzún en relación con el problema que voy tratando. Luis Oyarzún es, a mi juicio, uno de los que mejor y más profundamente han comprendido la poesía de Gabriela Mistral:

«Cada percepción, podrá decirse, tiene un contenido trascendente, si es llevada hasta el fin. Así aparecen, realmente vividas y vistas, en la poesía de Gabriela Mistral, las substancias más próximas. «No hay poema en el cual la substancia de las cosas no esté presente», dice Valéry, cuando hace notar la rara intimidad con la materia que expresa la obra de la poetisa. Recuérdense los poemas *Pan*, *Sal*, *Agua*, *Cascada en sequedal*, *El aire*, en *Tala*. Mas no es propiamente una penetración en la materia la que realiza Gabriela Mistral en estos versos sino un ahondamiento en la experiencia espiritual de las cosas físicas...

«... ¿En dónde reside el misterio de un pan lleno de alma si no en su humanización lograda?

»El pan, el agua, la sal, el aire, la luz, las alondras, la montaña, las frutas, el fuego,

Y llegamos por fin a la serie de poemas titulada *América*, que es la que contiene con la mayor intensidad y plenitud el mundo autóctono de Gabriela Mistral. Y es en ella también donde encontramos la mayor independencia de lo material en relación con lo espiritual, quizás porque se trata aquí no de un mundo cristiano, sino de un mundo primitivo americano, por lo tanto un mundo pagano. Si se puede hablar de espiritualización de la materia en estos poemas, ella consiste, en todo caso, en algo muy diferente: en la mitificación de los elementos materiales, en atribuirles un carácter sagrado, en un deseo de fusión con ellos. Estoy aludiendo particularmente a los dos himnos, *Sol del trópico* y *Cordillera*.

Es verdad que este deseo de fusión o de identificación con el mundo material aparece ya en algunos de los poemas que hemos citado. En *Agua*, por ejemplo, la poetisa quiere hablar con el agua, quiere tener por madre a una fuente. En *Nocturno de la consumación* quiere permanecer «mano a mano y mudez con mudez» con la tierra, pero es aquí, en estos poemas de la serie *América* donde este deseo de fusión implica verdaderamente una actitud mítica de fusión con el elemento primitivo original, una glorificación de la materia como algo divino. Gabriela Mistral, por mimetismo, adopta en estos poemas la actitud de un ser primitivo que adora los elementos naturales.

Detengámonos en el poema *Sol del trópico*.

Este poema es un himno en el que se invoca al sol.

Sol de los Incas, sol de los Mayas,
maduro sol americano.

El sol es la deidad que gobierna y preside este mundo primitivo. Es el sol de los Andes, el sol del Cuzco, el sol de México, el sol del Mayab:

sol en que mayas y quichés
reconocieron y adoraron,
y en el que viejos aimaraes
como el ámbar fueron quemados.

El mundo americano primitivo aparece representado a través de la resonancia mágica de los topónimos: Tacámbaro, Uruapán, Tiahuanaco. Es un mundo de faisanes, leopardos, colibríes, llamas, ciervos, flamencos, tórtolas, salamandras, lagartos, anacondas; de árboles como el árbol del

la casa, la tierra son, entre muchos otros, los testimonios de un alma que llega a un deleite puro en el contacto con las cosas más simples, esas mismas cosas que poseen algo de santo por la ternura humana que palpita en ellas.»

(«Gabriela Mistral en su poesía», en *Temas de la cultura chilena*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1967.)

pan, el árbol del bálsamo; un mundo de objetos de artesanía primitiva en el que encontramos la «jícara de Uruapán», el «cántaro del peruano», en el que las mujeres trabajan en sus telares y resuena la quena milenaria.

El sol es el dios de este mundo y lo llena por completo. Es él el que pinta las manchas del leopardo, el que traiza los tatuajes de los hombres, el que cura o mata a los guerreros heridos.

En perfecto acuerdo con los rasgos que caracterizan la mentalidad mítica y primitiva, no hay ninguna diferencia, no hay fronteras precisas entre la divinidad y los elementos naturales. El sol es un animal. Cuando se levanta es un faisán rojo. A mediodía es un faisán blanco. Es un lebrele de oro que nos sigue por todas partes. Es un pájaro de fuego. Es una llama que guía rebaños de llamas.

Pero el sol puede ser también cualquiera otra cosa del mundo natural. Es una piedra dorada en México, una piedra rodada o errante en el Mayab. Es un maíz de fuego. Es una raíz del cielo. Es el pastor ardiendo de una grey ardiendo. Es la tierra ardiendo en su milagro.

La poetisa se identifica o quiere identificarse con este dios padre. Quiere que el sol la acoja en su seno, le dé su color rojo, la transforme en líquido suyo y la haga hervir. Notemos la pasión, la fuerza con que Gabriela Mistral expresa este deseo de fusión con la divinidad solar, esta ansia de ser purificada por el fuego divino, de todas las impurezas con que la ha contaminado el mundo no primitivo:

¡Quémame tú los torpes miedos,
sécame lodos, avienta engaños;
tuéstame habla, árdeme ojos,
sollama boca, resuello y canto,
límpiame oídos, lávame vistos,
purifica manos y tactos!

Como cualquiera de los otros elementos naturales:

¡Como el maguey, como la yuca,
como el cántaro del peruano,
como la jícara de Uruapán,
como la quena de mil años,
a ti me vuelvo, a ti me entrego,
en ti me abro, en ti me baño!

Extranjera, desarraigada en un mundo extranjero, la poetisa busca mediante la identificación con el sol, la identificación con lo que le es propio, la recuperación del mundo autóctono, la salvación existencial.

Pero aquí se presenta un problema. ¿Es solamente ella la que vuelve al origen? No, desde luego. Es toda la colectividad indígena la que regresa al sol. Lo dice la poetisa en las últimas estrofas:

Gentes quechuas y gentes mayas
te juramos lo que jurábamos.

De ti rodamos hacia el Tiempo
y subiremos a tu regazo.

.....

¡Como racimos al lagar
volveremos los que bajamos...!

No es ella la única que pisó «los cuarzos extranjeros» y que comió «sus frutos mercenarios». Es todo un pueblo el que cayó en un mundo extranjero. Son los pueblos indígenas hispanoamericanos los que perdieron su mundo primitivo, pero que desean recuperarlo o que prometen recuperarlo. El mundo americano primitivo descrito en el poema, aunque mostrado como algo presente, es en realidad un mundo pasado.

Pero examinemos atentamente los versos que dicen:

De ti rodamos hacia el Tiempo
y subiremos a tu regazo.

Tenemos que descifrar su significado. ¿Cómo puede afirmar la poetisa que los pueblos americanos rodaron hacia el Tiempo? ¿Dónde estaban antes entonces? Creo que hay que pensar aquí en el hecho histórico de la conquista de América. La poetisa simboliza la destrucción del primitivo indígena (la introducción violenta de estos pueblos en una nueva estructura social) por una caída, un rodar hacia el Tiempo.

Es como si la época anterior a la llegada de los españoles no perteneciera a la historia, como si se situara fuera del tiempo, y fuera por lo tanto un pasado mítico, una especie de Paraíso perdido.

La forma en que Gabriela Mistral explica poéticamente este fenómeno posee una estructura mítica evidente: la pérdida de la unidad original, la dispersión de lo que era unidad, totalidad. Observemos las dos últimas estrofas del poema. El acto de rodar hacia el Tiempo es presentado como una caída en «grumos de oro».

... de ti caímos en grumos de oro,
en vellón de oro desgajado,
y a ti entraremos rectamente
según dijeron Incas Magos.

¿Qué son esos grumos de oro? Sin duda, partículas del sol. (La idea de un líquido que se coagula está implícita). Es la expresión simbólica, poética de la pérdida de la unidad original. Lo mismo vale para la expresión «vellón de oro desgajado». Así, pues, Gabriela Mistral crea un mito para explicar esta destrucción del mundo indígena: es el sol que ha desprendido de sí mismo infinidad de partículas. Las partículas procedentes del sol son los diferentes elementos de la Naturaleza americana. Y he aquí la explicación de la riqueza metafórica del poema, en que el sol, como

hemos señalado más arriba, se identifica con un faisán, con una llama, con un lebrele, con el maíz, con una piedra: una riqueza metafórica que no procede tan sólo de la abundancia de la imaginación, sino que tiene el fundamento mítico señalado.

Y observemos de pasada que la esperanza de recuperación del Paraíso no está puesta en Dios o en Cristo, sino en los Incas Magos.

Ahora bien, ¿qué puede significar este retorno al sol? Desde el punto de vista poético, mítico, como lo hemos dicho, es la recuperación del Paraíso perdido. Desde el punto de vista histórico, es un reencuentro con las raíces, un redescubrimiento de lo propio y original, una reintegración de lo que jamás debió haberse desintegrado.

Fenómeno semejante es el que presenta el poema *Cordillera*, aunque aquí el reencuentro con lo autóctono americano no es solamente un deseo o una promesa, sino algo que ya se ha realizado o que está, por lo menos, en vías de realización.

Una lectura intrascendente podría hacernos pensar que se trata aquí de nuevo tan sólo de un fenómeno personal. Pero no es así evidentemente. Un examen atento nos permite ver en este texto, como en el caso anterior, una significación más amplia y profunda. Dice la poetisa:

Otra vez somos los que fuimos,
cinta de hombres, anillo que anda,
viejo tropel, larga costumbre
en derechura a la peana,
donde quedó la madre augur
que desde cuatro siglos llama...

«Desde cuatro siglos». ¿Qué pueden significar estos cuatro siglos sino el tiempo que nos separa de la conquista de América y de la destrucción del mundo indígena?

En este poema, con más evidencia aún que en *Sol del trópico*, la caída en un mundo extraño (es decir, la pérdida del Paraíso, el rodar hacia el Tiempo, la destrucción de la unidad mítica original) se identifica con la conquista española. Lo que dice la poetisa en *Sol del trópico* en relación con su historia personal («Pisé los cuarzcos extranjeros / comí sus frutos mercenarios»), lo dice ahora explícitamente de los pueblos americanos:

Anduvimos como los hijos
que perdieron signo y palabra,
como beduino o ismaelita,
como las peñas hondeadas,
vagabundos envilecidos,
gajos pisados de vida santa,
hasta el día de recobramos
como amantes que se encontraran.

Lo que en ella fue vagabundeo geográfico, vida inestable, errante por tierras en las que siempre sintió nostalgia de la suya, en relación con los

pueblos americanos es desorientación, extravío en un mundo ajeno que se les impuso con violencia.

Y observemos que los símbolos de la pérdida de la unidad original se corresponden perfectamente con los que emplea en *Sol del trópico*. En este poema la caída en el Tiempo de los pueblos americanos está representada, como hemos señalado, por los grumos desprendidos del sol, por el vellón de oro desgajado. En *Cordillera*, estos mismos pueblos son «peñas hondeadas», es decir piedras lanzadas al aire, dispersadas, y «gajos» («gajos pisados» además) de una vid santa.

El maíz es también un canto a un material americano. Como en los poemas anteriores, la poetisa expresa su apasionado deseo de fusión, de integración con lo autóctono:

El maíz de Anáhuac,
el maíz de olas fieles,
cuerpo de los mexitlis,
a mi cuerpo se viene.
En el viento me huye,
jugando a que lo encuentre,
y me cubre y me baña
el Quetzalcoatl verde
de las colas trabadas
que lamen y que hieren.

Pero a diferencia de *Sol del trópico* y *Cordillera* lo que nos queda al final del poema no es una esperanza de reintegración o la satisfacción de una reintegración lograda, sino más bien un recuerdo nostálgico. Ella, la poetisa, tuvo el maíz, pero lo perdió. Su recuperación queda entregada al sueño, a la evocación poética:

Hace años que el maíz
no me canta en las sienes
ni corre por mis ojos
su crinada serpiente.
Me faltan los maíces
y me sobran las mieses.
Y al sueño, en vez de Anáhuac,
le dejo que me suelte
su mazorca infinita
que me aplaca y me duerme.

Los dos poemas que siguen de la serie *América*, *Mar Caribe* y *Tambo-rito panameño*, pueden figurar entre aquellos poemas, abundantes en la poesía de Gabriela Mistral, en que se celebra sin mayor complicación algún elemento del mundo americano. Son poemas alegres, entusiastas, henchidos del amor que siempre inspiró a la poetisa todo lo relacionado con la tierra, la gente y la cultura de América. al aparecer, en estos poemas, el elemento autóctono como algo presente y actual, no tiene cabida en ellos el sentimiento de la nostalgia.

Es éste, por el contrario, el fundamento de la serie titulada *Saudade*. Volvemos a encontrar aquí, como elementos esenciales (y no podía menos de ser así) el recuerdo, la evocación, el ensueño.

En el poema titulado *Beber*, la poetisa recuerda en función del agua (como en el poema *Agua*) los lugares donde vivió: el valle del río Blanco, el río Aconcagua, el campo de Mitla, la isla de Puerto Rico, la casa de su infancia...

Todas íbamos a ser reinas es un recuerdo de infancia, el Paraíso de la infancia vivido en el valle de Elqui:

En el valle de Elqui ceñido
de cien montañas o de más,
que como ofrendas o tributos
arden en rojo y azafrán.

.....

Con las trenzas de los siete años
y batas claras de percal,
persiguiendo tordos huidos
en la sombra del higueral.

Cosas es un poema impresionante. Gabriela Mistral alcanza aquí una rara perfección en el arte de espiritualizar la realidad material, de crear una zona vaga entre la realidad y el sueño, dando a los objetos que se anuncian y a las situaciones que se presentan una trascendencia simbólica. En este poema, en su desconcertante y caótica sucesión de visiones oníricas, nos asalta la imagen de la muerte asociada a cada cosa: el agua silenciosa, los pastos friolentos, la llaga «llena de musgo y de silencio», el aroma «roto en ráfagas».

Nos presenta la poetisa, en un paisaje de sueño, el río Elqui de su infancia, la Cordillera, el Océano Pacífico, una piedra de Oaxaca o Guatemala («roja y fija como mi cara / cuya grieta da un aliento»), que resulta ser finalmente una imagen de su sepulcro.

En las series *La ola muerta* y *Criaturas* los elementos autóctonos aparecen aquí y allá como indicios que conforman un paisaje, el paisaje que ya conocemos: muros blancos, un pinar, una fuente, dunas, las orillas de un río (*Deshecha*); plantas, un pino cortado, un umbral de piedra, una rama fresca (*Leñador*); una azotea a la hora de la siesta, en que una mujer da de comer trigo a las palomas (*Palomas*).

El recuerdo, la evocación son elementos predominantes en la serie *Recados*, pero aquí, a diferencia de lo que ocurre en muchos de los poemas comentados más arriba, no se trata de una evocación nostálgica, melancólica, sino de un recuerdo sereno, a veces alegre, humorístico, sostenido en todo caso siempre por una gran fuerza vital.

En *Recado de nacimiento para Chile* la poetisa habla del nacimiento de una niña en su país natal:

Le pusieron mi nombre,
para que coma salvajemente fruta,
quiebre hierbas donde repose
y mire el mundo tan familiarmente
como si ella lo hubiese creado, y por gracia.

Mas añadieron en aquel conjuro
que no tenga nunca mi suelta imprudencia,
que no labre panales para osos
ni se ponga a azotar a los vientos...

Pienso ahora en las cosas pasadas,
en esa noche cuando ella nacía
allá en un claro de mi Cordillera.

Yo soñaba una higuera de Elqui
que manaba su leche en mi cara.
El paisaje era seco, las piedras
mucho sed, y la siesta, una rabia.

Me he despertado y me ha dicho mi sueño:
«Lindo suceso camina a tu casa».

Recado a Lolita Arriaga, en *México* nos presenta la imagen de una institutriz ejemplar en la agitada época de Pancho Villa.

Contadora de «casos» de iguanas y tortugas,
de bosques duros alanceados de faisanes,
de ponientes partidos por cuernos de venados
y del árbol que suda el sudor de la muerte.

En *Recado para las Antillas* encontramos la evocación del café con su «alma vehemente», «denso en el vértigo, casto en la nata», de los toronjales y las cañas, de las aves y las víboras, de personajes como el Siboney y la india Guarina, de mujeres que se llaman:

... dulce, modoso o agudo:
Águeda, Juana, Clarisa, Esperanza.

Termina Gabriela Mistral su libro con la evocación de la casa de su amiga Victoria Ocampo en Argentina, casa que tiene alhucemas, hierro, maderas, conversación, lealtad y muros.

Confía Gabriela Mistral a su amiga las tierras de América. Los versos finales de esta obra genial que es *Tala* merecen ser citados en toda su soberbia amplitud:

Te digo adiós y aquí te dejo,
como te hallé, sentada en dunas,
Te encargo tierras de la América,
¡a ti tan ceiba y tan flamenco,
y tan andina y tan fluvial
y tan cascada cegadora
y tan relámpago de la Pampa!

Guarda libre a tu Argentina
el viento, el cielo y las trojes;
libre la cartilla, libre el rezo,
libre el canto, libre el llanto,
el pericón y la milonga,
libre el lazo y el galope
¡y el dolor y la dicha libres!

Por la Ley vieja de la Tierra;
por lo que es, por lo que ha sido,
por tu sangre y por la mía,
¡por Martín Fierro y el gran Cuyano
y por Nuestro Señor Jesucristo!

Podemos, pues, concluir que el mundo autóctono americano aparece presentado en *Tala* de acuerdo con las siguientes modalidades:

1) Como espacio preciso, determinable, donde se sitúa un poema de carácter subjetivo. Ejemplo: la serie titulada *Muerte de mi madre*.

2) Como objetos materiales cuya presencia es estímulo del recuerdo, la evocación, el ensueño. Ejemplo: algunos de los poemas de la serie *Materias* (*Pan, Sal*).

3) Como objetos ausentes que se actualizan en la conciencia en relación con lugares y situaciones pertenecientes a la vida pasada. A veces este recuerdo es nostálgico, melancólico; otras veces, alegre, vital. Ejemplos: *Agua, Beber, Cosas, Recado de nacimiento para Chile, Recado a Lolita Arriaga, en México*.

4) Como objetos que se celebran simplemente. Ejemplo: *El aire, Mar Caribe, Tamborito panameño*.

5) Como materias, grandes materias pertenecientes a la realidad americana o íntimamente asociadas a ella, en torno a las cuales se crea un mito. Ejemplo: *Sol del trópico y Cordillera*.

5

Indicábamos más arriba que estos dos grandes poemas (*Sol del trópico y Cordillera*) tratan, en un contexto americano, el tema clásico de la pérdida y recuperación del Paraíso. En *Sol del trópico* el mundo primitivo presidido por el sol se ha perdido, aunque se ansía recuperarlo. En *Cordillera* este Paraíso americano está ya recuperado o, por lo menos, en vías

de recuperación. Es la actualización de una esperanza. Actualización poética desde luego, anticipación tan sólo, pero que no puede menos de regocijarnos si pensamos que la misión de los vates, de los poetas es la de vaticinar.

Y entre tanto este vaticinio se realiza, nosotros, chilenos dispersos en tierras extrañas, «piedras hondeadas», «gajos pisados de vid santa» no haríamos mal en repetir estos versos llenos de esperanza de nuestra gran poetisa:

Como racimos al lagar
volveremos los que bajamos,
como el cardumen de oro sube
a flor de mar arrebatado
y van las grandes anacondas
subiendo al silbo del llamado.

LOS CHISTES NEGROS DEL MERINOIDE

— Monseñor, en los últimos días hemos sido testigos de nuevas declaraciones del almirante Merino, esta vez sobre el asesinato de Orlando Letelier y las revelaciones que hiciera en Estados Unidos el ex Mayor del Ejército Armando Fernández Laríos. A propósito de Letelier, Merino dijo que él ya estaba muerto y punto. Como obispo y como hombre de Iglesia, ¿qué piensa usted sobre esas declaraciones?

— Las declaraciones del almirante Merino en relación al caso que usted me plantea parecen más un chiste de Coco Legrand que las palabras del Comandante en Jefe de la Armada de Chile.

(Obispo Carlos Camús, en *Apsi*, 22-III-87.)



El caballo de la pintura es el mismo que se encuentra en la obra de Goya, pero en esta ocasión es un caballo de guerra, uno de los precursors de Mars y de Eneas. Ambos dieron al socialismo su carácter científico. Ello murió un poco antes, el 14 de noviembre de 1844, a los 40 años. Se temió los combates de Bataillon por las obras de la ciudad, que permitían al ejército necesario para aducir un torrente donde erigir un monumento. En 1845, cuando surgió el primer año de la publicación del *Manifiesto Comunista*, meses después de la inscripción de 1844, y tras un

de reconocerlos. Es la actualización de sus reflexiones. Actualización con-
 tinua desde luego, adaptándose momentáneamente, pero que no puede menos de rege-
 nerarse al presentar que la edición de los textos de los autores en la



— Los textos aquí reproducidos corresponden a la edición de las mismas publicaciones del
 Obispo de Astoria, con un prólogo al presidente de Estados Unidos y las respuestas
 al mismo por el Obispo de Astoria, con el Obispo de San Francisco, Francisco Fernández Varela,
 el Obispo de San Diego, Mario y los que al presente se encuentran en Astoria. Como obispo
 y como sacerdote de la Iglesia, para servir a la verdad y a la justicia.

— Las declaraciones del arzobispo Marín en relación al caso que involucra un pue-
 blo católico que se encuentra en un lugar sagrado de la palabra del Evangelio en
 el fin de la América del Norte.

— Chicago: Centro Cultural, en 1984, 214-271.

Retrato de Flora Tristán

VOLODIA TEITELBOIM

Fue la abuela medio peruana de Paul Gauguin. ¿Sólo por eso Mario Vargas Llosa quiere escribir una novela sobre ella y Alfredo Bryce Echenique recuerda que pertenece a su familia, donde hay virreyes, presidentes, toda clase de aventureros y algunos locos formidables?

No sólo por eso. Gauguin, hastiado de su ambiente, también sintió el llamado de tierras lejanas y civilizaciones primitivas. Abandonó Europa y se marchó a Tahití, donde su pintura adquirió otro color. Pero un día comentó: «... Mi abuela era una curiosa mujer». La verdad es que en sus Memorias póstumas, *Antes y después*, aparecidas en 1918, se advierte que su conocimiento de ella no era tan profundo. Pero a ambos los unía un nexo directo de sangre, que seguramente se reflejó en sus caracteres y temperamentos, convirtiéndolos en seres fuera de lo común.

Sin duda ella fue algo más que una excéntrica. En la historia del socialismo utópico del siglo XIX y del feminismo mundial Flora Tristán ocupa, por lo menos, un lugar tan grande y destacado como el de su nieto en la historia de la pintura de su tiempo.

No falta quien la considere una de las precursoras de Marx y de Engels. Ambos dieron al socialismo su carácter científico. Ella murió un poco antes, el 14 de noviembre de 1844, a los 41 años. Su féretro fue conducido al cementerio de Burdeos por los obreros de la ciudad, que juntaron el dinero necesario para adquirir un terreno donde erigirle un monumento. Fue inaugurado sugestivamente el mismo año de la publicación del *Manifiesto Comunista*, meses después de la insurrección de 1848, y tiene gra-

bada una sencilla inscripción: «A la memoria de la señora Flora Tristán, autora de la Unión Obrera, los trabajadores agradecidos. Libertad, Igualdad, Fraternidad. Solidaridad».

Sí. Fue algo más que una «curiosa mujer». El pintor que abandonó Europa para vivir en la Polinesia, nació en ese mismo año clave 1848. Escuchaba a su madre Alina hablarle del personaje extraño, fabuloso, errabundo, original, que en esa época hacía algo excepcionalísimo: viajaba de un continente a otro, atravesando los mares más fieros del globo, y dedicó su vida a luchar por el socialismo y la causa de la mujer. Tal vez Gauguin llegó por un momento también al Perú magnetizado por los pasos de su fantástica, mítica abuela, una belleza de ojos enormes, mezcla electrizante de Europa y América.

El pintor y la «curiosa mujer» nacieron en Francia. Pero el padre de ella, Mariano de Tristán y Moscoso, vio la luz en el virreinato del Perú. El matrimonio en la época napoleónica cultivaba la amistad con dos venezolanos que abrigaban en su cabeza al parecer proyectos desorbitados. Uno era pedagogo. Se apodaba Simón Robinson, y en verdad respondía al nombre de Simón Rodríguez. Lo acompañaba un discípulo de físico enjuto, cejas altas y ojos ardientes, a la vez que interrogantes, que admiraba a su maestro y le diría mas tarde con el estilo propio del romanticismo en boga: «Usted formó mi corazón para la libertad, para la grandeza, para lo hermoso. Yo he seguido el sendero que usted me señaló». Lo llamaba «el sócrates de Caracas». Simón Bolívar adoró esos valores. Flora también los haría suyos. Su madre francesa, Teresa Laisney, tuvo amores muy apasionados con el entonces joven viudo de Caracas, quien en un comienzo adoraba a Napoleón como «al héroe de la República, como la brillante estrella de la gloria, el genio de la libertad...» Pero agrega a continuación: «Se hizo emperador y desde aquel día lo miré como un tirano hipócrita, aprobio de la libertad y obstáculo al progreso de la civilización». Así se lo declara a O'Leary. En 1838 Flora Tristán publicó en *Le Voleur*, de París, algunas cartas íntimas de Bolívar a su madre. Ambos se conocieron en Bilbao y siguieron frecuentándose en París, cuando Teresa Laisney estaba casada con Mariano Tristán. Vivían en la calle Vaugirard. Era también un asiduo de la casa el científico Bonpland, atraído hasta la obsesión por el continente americano. Allí departía con Bolívar. Este lo apreció tanto que años después, cuando el sabio naturalista estaba preso, amenazó a Francia, «El Supremo», con «marchar hasta el Paraguay, solo para libertar al mejor de los hombres y al más célebre de los viajeros».

El padre murió muy joven y comenzaron las penurias. Flora contrae un matrimonio precoz, que pronto fracasa. Entonces decide viajar a Arequipa y recurrir al hermano menor de su padre, su tío don Pío, quien había sido último virrey del Perú, en la hora en que el imperio español se desplomaba en Sudamérica y al cual Bolívar, en Ayacucho, daría el golpe de gracia.

Hoy resulta muy difícil hacerse una idea de las penalidades de esa travesía. En avión de pasajeros se traslada en menos de un día de París a

Lima. La travesía de Flora Tristán duró casi seis meses, y tuvo que cruzar el frío paralizante y los vientos contrarios del «espantoso Cabo de Hornos». La camisa de lana —evoca— y el pantalón de los marineros «se helaron sobre ellos y no podían hacer un movimiento sin magullar su cuerpo por el frotamiento del hielo sobre sus miembros ateridos». Muchas veces pensó que no llegaría a su destino. Como era una escritora nata, todo lo narra en *Peregrinaciones de una paria* (1833-1834), que aparece en dos tomos, en París en 1838. * ¡Qué libro crudo y alucinante sobre Hispanoamérica de entonces! Era tanta su áspera verdad que los pocos ejemplares recibidos en Arequipa, donde su tío, el antiguo Virrey, seguía señoreando, fueron quemados en la plaza pública. Ha transcurrido un siglo y medio desde su publicación y el lector contemporáneo puede leerlo con el mismo interés que se depara, en variados aspectos, a un testimonio fresco muy actual.

Desde su punto de vista tenían muchos motivos para escandalizarse los que hicieron con esos licenciosos volúmenes, llegados de París, un auto de fe. Amor propio herido, sentido de casta, mentalidad colonial. Pero sobre todo lo que se condenaba era su veracidad, su ideología revolucionaria, que supo a pecado capital para la pacata aristocracia peruana de la época. Los espantó tanto o más de lo que hoy los horroriza el comunismo.

Flora Tristán no critica como europea. De entrada se dirige a los que llama «sus compatriotas y amigos, los peruanos», deseándoles todos los progresos y anunciando que «el porvenir es de América». «... Deseo que el trabajo cese de ser considerado como patrimonio del esclavo y de las clases ínfimas de la población, todos harán méritos de él algún día, y la ociosidad lejos de ser un título a la consideración, no será ya mirada como un delito de la escoria de la sociedad».

Palabras de esta transparencia eran un insulto imperdonable para la mentalidad parasitaria y oscura de los gamonales.

A los novelistas de hoy que quieren hacer una novela sobre Flora Tristán tal vez no necesite decirseles que esa novela ya está a medio hacer por Flora Tristán. Basta leer sus *Peregrinaciones de una paria*. En su narración se disculpa por hablar a menudo de sí misma. «Me pinto con mis dolores, mis pensamientos y mis afectos». Se expresa como mujer en defensa de la mujer. Pero también habla como escritora y recuerda los deberes que la responsabilidad de ese oficio comporta. «Todo escritor deber ser veraz —anota— (...) La utilidad de sus escritos resultará de las verdades que contengan.»

Existe otra causa para la indignada respuesta de los señores feudales: ella se atreve y no vacila en decir las cosas con suma franqueza. «Nombraré a los individuos pertenecientes a diversas clases de la sociedad con quienes las circunstancias me han puesto en contacto. Todos viven aún. Les haré por sus acciones y por sus palabras». Afrontará todos los albuces de

* *Peregrinaciones de una paria*, ha sido publicado recientemente (1984) en La Habana por Casa de las Américas.

un autor que dice cuatro frescas al pretencioso que se cree el lucero del alba. Trabaja con la verdad. Escribirá lo que piensa.

Tras esa angustiosa, zarandeada navegación, que no ahorra los vómitos del mareo, anota que, después de 153 días a bordo, al bajar a tierra en Valparaíso, ya no sabía caminar. Al momento de su arribada —registra como observadora atenta— entraron a puerto doce naves extranjeras y la bahía estaba repleta de embarcaciones ancladas. Valparaíso le pareció una ciudad francesa. A su vez era algo inglesa, por la pasión del comercio, aunque en el fondo seguía siendo irremediablemente chilena, no obstante tantos veleros de tres mástiles venidos de todos los océanos.

La obra no elude la intriga amorosa: pero silencia cualquier incendiaria escena erótica, verosímil durante esa prolongadísima navegación, en la cual ella era la única mujer, hermosa por añadidura. Habla sí de un romance verbal, de la inflamadas declaraciones y de las reiteradas ofertas de matrimonio del capitán del barco, que ella rechaza, porque guarda en secreto su vínculo matrimonial no disuelto.

En Perú Flora conocerá la extravagancia telúrica de los terremotos, que esa vez destruye Tacna y Arica. Pero también sentirá el furor de los terremotos políticos, los constantes pronunciamientos de los caudillos con sus máquinas de hacer sufrir y de moler carne humana. No los mirará con ojos de sismólogo o de filántropo caritativo. le repugnan. Cae en la cuenta que su familia peruana, muchas raíces de su árbol genealógico se han visto comprometidas en esas aventuras. En alguna ocasión ella misma tiene que interceder —no sin disgusto— como mediadora, entre impulsivos contendientes.

Más que la descripción de una naturaleza a ratos lujuriosa, a trechos desértica, con especies silvestres de una fauna distinta o de una flora donde ninguna era Flora Tristán, el libro encierra —aparte de diario íntimo— una descarnada colección de retratos de cuño realista, que trasuntan costumbres civiles e inciviles, la mezquindad y bajeza del círculo dominante. Vale por una galería goyesca de perfiles psicológicos de la buena sociedad. Es un espejo en que se refleja de cuerpo y de alma entera la aristocracia peruana de aquel tiempo.

El segundo capítulo de la segunda parte, «La República y los tres presidentes», —un episodio en que se confunden lo trágico y lo grotesco— constituye un análisis espectral de los golpes de mano, de los caciques bárbaros, con o sin uniforme, en América del Sur, movidos por los resortes de la ambición, el interés sordido y la avidez de mando.

Ella no podía aplaudirlos. Estuvo en total discrepancia con ese ambiente. Repudió su modelo obligatorio de creencias, pensamientos y ritualidades. No estaba hecha para los ejercicios mundanos de ese círculo ocioso. Chocaban con su inteligencia y su sentido de la vida.

No trata de ganar las simpatías de su parentela peruana. Es natural entonces que la obra resultara llena de imágenes ácidas. Vale por un reportaje vivo y temerario. Abundan las descripciones de una precisión meticulosa, como el combate de Cangallo. Nos traslada a situaciones, a tiempos y per-

sonajes que coinciden con la primera guerra de Chile contra la Confederación Perú-Boliviana y la batalla de Yungay.

Flora Tristán tenía un ojo descubridor. Su estilo está teñido de causticidad. Los dibujos que traza de las bellas malignas o de una matriarca avasallante, doña Pancha, la mariscala Francisca de Gamarra, son modelos en su género. El último personaje continúa siendo hasta hoy un elemento polémico. La conclusión molesta y desencantada de Flora Tristán es que «en el Perú la clase alta es profundamente corrompida y que su egoísmo la lleva, para satisfacer su afán de lucro, su amor al poder y sus otras pasiones, a las tentativas más antisociales.»

Visionaria de dos mundos

De regreso está decidida a no huir de sí misma. No va a escabullir responsabilidades. Madurada por la experiencia latinoamericana, hace un redescubrimiento de Europa. La vida —a su entender— no debe ser eternamente una fatalidad. Flora se dedica entera a combatir por la causa que llenará todo el resto de su vida, en favor de dos categorías de parias, agobiados por tribulaciones: el trabajador y la mujer.

En momentos en que la lucha de clases crepita al rojo, chisporroteando a lo vivo por toda Francia, cuando los obreros levantan barricadas en París, en Lyon y las represiones se suceden con saña, ella, —cumplida la fase de la contemplación preliminar necesaria— se pone en contacto con las organizaciones socialistas. Las llama a una reestructuración de fuerzas. Convoca a las mujeres a luchar por la igualdad de derechos. Dentro de su prédica, precisamente, la primera preocupación la dedica al que un siglo más tarde Simone de Beauvoir —quien no olvida a Flora como una de sus predecesoras— llama el *Segundo Sexo*. Liga la inferioridad de su condición a la estructura de la sociedad. Lo plantea sin eufemismos: «¿Por qué no se le conceden todos los derechos a la mujer y por qué se les paga a éstas salarios de hambre? La prostitución es una monstruosa consecuencia del estado social imperante y no desaparecerá mientras éste no se modifique...»

La mujer tiene que desechar lo que desune, articulando una voluntad única. Flora amonesta, critica a su famosa y contradictoria contemporánea George Sand, porque reivindica los derechos femeninos usando un seudónimo masculino y a menudo viste traje de hombre. Ella levantará esa bandera sin ocultar su identidad ni su sexo.

Nace la prensa obrera. Surgen canciones, poemas exaltatorios del trabajo. No faltan los mesianistas cristianos que pintan un Jesús proletario. Su cruz la llevan los obreros. En ese momento las escuelas socialistas brotan en campo fértil. Pululan mezclando supervivencias de Babeuf, rasgos saintsimonianos, comunismo ateo o deísta, o bien con tendencias insurreccionales, según Blanqui o utópicas, conforme a Cabet.

Mientras Hugo en 1843 demanda «la substitución de las ideas políticas

por las ideas socialistas», un antiguo legitimista, Eugenio Sue, populariza en sus folletines de mayor impacto un socialismo miserabilista. George Sand se dice socialista o comunista.

Es una época de grandes ilusiones, que presagian los estallidos de 1848 y las revoluciones del siglo siguiente. Balzac en el año 1844 escribe: «La audacia con la cual el comunismo, esa lógica viviente de la democracia, ataca la sociedad en el orden moral, anuncia que, a partir de hoy, el Samson popular, vuelto prudente, socava las columnas sociales en el subsuelo, en lugar de sacudirlas en la sala del festín».

Ya en 1835, en un país donde la xenofobia nunca duerme, Flora Tristán había publicado un folleto alusivo a una situación chocante: *Necesidad de dar buena acogida a las mujeres extranjeras*. Esas páginas escritas hace siglo y medio podrían ser leídas con provecho hoy día, incluso en la culta Francia, donde el trato a los inmigrantes es una llaga purulenta.

Recurrirá también al arma del folletín. Es la época, como se ha visto, en que ese género alcanzaba fulminante éxito de masas. En dicho terreno Eugenio Sue era el Rey. Mantenía en suspenso al público lector, día tras día, semana tras semana, con *Los misterios de París*, *El judío errante*, *Martín el niño encontrado*, etcétera. Envuelta por el ambiente, Flora publica una novela folletinesca, *Mephis*, en 1836, texto típico de esos tiempos. No hay para qué consultarlo como un oráculo. Ella rechazaba la teoría del «arte por el arte». Compartía el criterio del rol social de la literatura. Se sentía impulsada a transmitir su mensaje a través de ella. En dichas páginas, no exentas de trucos y efectismos, Mariquita Alvarez resulta una proyección apenas disfrazada de la autora. Y el Caballero de Hazcal trasluce el anagrama del marido repudiado.

El folletín fue una catarata incontenible de papel y letra impresa, la clase de novela-Niágara más vendible del siglo XIX, así como los libros de caballería lo fueron en el siglo XVI. Y como Corín Tellado lo es hoy. Flora toma muy en cuenta la necesidad de acceso al público. Ve cómo se arrebatan igualmente las entregas de Paul Feval y Ponson du Terrail. Sabe que Sue no es Hugo; pero cómo hipnotiza al lector, al menos tanto como el autor de *Los Miserables*. En un plano superior esta novela cíclica, con las desventuras de Jean Valjean, Cossette, Fantine y Marius, no puede ocultar cierto parentesco con el folletín más arrollador y truculento. Es cierto que el gran guignol domina ese reino de lágrimas y espinas, superpoblado de muchachas engañadas, hijos ilegítimos, galanes byronianos, divorcios imposibles, anticlericalismo, explotación del proletariado, fourierismo.

Flora siente que con ese instrumento novelesco ella también puede clamar justicia. Verdad que el folletín usa el cliché y que es una manufactura de frases hechas, abusadora sin piedad de los estereotipos. Pero ella tratará de imprimirle un tono directo y profético para decir su protesta en defensa de los oprimidos, proponiendo la toma de conciencia a los pobres y olvidados.

Asombra a París una nueva obra suya, su *Petición por la abolición de la pena de muerte*. ¿Por qué? ¿Acaso, como Víctor Hugo, no ha sustenta-

do ella siempre esa actitud? La estupefacción se explica por un antecedente personal. Lo que más deja atónito al público es que lo hace después de que en septiembre de 1838, su nunca resignado marido, André Chazal —del cual se ha separado trece años antes— le dispara en la Rue du Bac un bala-zo a quemarropa, hiriéndola en la espalda. ¿Si conforme a las Sagradas Escrituras «mil años no son más que un día a los ojos del Señor», por qué extrañarse que éste todavía no la hubiese olvidado? Alguien susurra que lo condenarán a la pena capital, lo cual parece un poquitín exagerado. Cuando aún no repuesta de la lesión Flora publica su opúsculo, *Le Journal du Peuple* comenta con frases admirativas la grandeza de espíritu de la autora que, entre otros propósitos, quiere salvar a su agresor. El gesto sencillamente correspondía a su manera de ser.

La Unión Obrera

En 1839 entrega a las prensas *Paseos por Londres*. Por su verismo y franqueza sugiere escenas de Charles Dickens. Otros la estiman anticipo de un libro fundamental de Federico Engels, *La situación de la clase obrera en Inglaterra*.

No dará a las agudas interrogantes de la época las ambiguas respuestas femeninas de la Esfinge. Contestará derechamente. Ella cree que la solución para las desgracias del mundo es el socialismo. Lo explica en su obra *La Unión Obrera*, publicada en 1843. «El hecho nuevo básico de ese período es el desarrollo del proletariado». Los obreros ocupan en adelante un plano en la escena. Bajo la Restauración (y así se comprende a Saint-Simon) la burguesía no había arreglado todavía sus cuentas con la aristocracia terrateniente. Tenía necesidad de los obreros como fuerza de apoyo y esto se percibió en París en julio de 1830... La insurrección de los canudos lyoneses en 1831 le ha revelado que «los bárbaros» acampaban «en los suburbios de las ciudades manufactureras». La represión es brutal. Pero no es el fin del descontento. Por el contrario, el movimiento de los trabajadores está en sus albores. Se multiplican las sociedades de socorros mutuos, que a menudo toman el carácter de «cámaras de trabajo y de resistencia», al capitalismo. En este instante de encrucijada «Flora Tristán —escribe Jean Bouhat— lanza la idea de una unión obrera que reúna a todos los asalariados de Francia»*.

No hace ningún secreto su posición «Con la Revolución (francesa) —sostiene— la burguesía ha ocupado el puesto privilegiado de los nobles y ahora oprime al proletariado. Es preciso hacer girar la rueda evolutiva y desalojar a la burguesía de ese puesto de mando. El trabajador ha sido hasta ahora *el brazo*; en lo sucesivo será *la cabeza*».

Su retrato físico la muestra hermosa. En su obra percibimos su retrato

* *Historia literaria de Francia*. El espíritu de 1848. (Les éditions sociales, París, pág. 474, 1973).

moral, no menos cautivante, así como la pintura de un carácter recio, empecinado y combativo. Nos ofrece también el cuadro un tanto caótico de los sueños de un siglo que comenzaba a desilusionarse de la Revolución Burguesa. Ella caza ideas flotantes que vuelan por el aire. Esboza en 1843 el pensamiento eje que Marx y Engels colocarán en el centro del *Manifiesto Comunista* cinco años más tarde. Flora Tristán plantea, y en esto es una voz pionera, con comprensión de fondo, que «la emancipación de los trabajadores será la obra de los propios trabajadores».

Si su —digamos— «curioso» nieto Gauguin decía que su abuela era una «mujer curiosa», a Flora no debe considerársela una adorable lunática ni una fantasiosa magnífica. Fue una descubridora de nuevos caminos, en su campo tan creadora como su nieto pintor que abandonó Europa y se sumergió en una sociedad distante de la suya, buscando otro sentido para su arte y su existencia. Con su cruce de sangres y con la experiencia de su propia vida, Flora alentó el proyecto de mejorar el destino de las mujeres, como parte de un desafío más general. Se sentía ligada a dos continentes, como latinoamericana y europea, como ciudadana y revolucionaria del universo.

Flora Tristán, es sabido, descubrió nuestra Sudamérica tras el fin del imperio español. Con su primera mirada le saltó a los ojos que continuaba funcionando intacto el anacrónico baluarte medieval, nacido de una matriz de atraso y subdesarrollo, identificada con la colonia más allá del término del poder de los Borbones. Repudia los juegos de sociedad, intensamente frívolos. Descubre que conciben su vida como un baile, mientras la servidumbre moría fuera del salón. Los caballeros seguían asaltando el Palacio de Pizarro, a espada o a tiros, disparados por pobres cholos, cuyo genocidio continuaba consumando a través de guerras, pronunciamientos, atropellos, despojos de tierras. Los indios —enrolados en pintorescos o salvajes golpes de mano, que aún prosiguen endémicamente azotando pueblos y naciones de Latinoamérica— no sabían por qué mataban o por qué morían. Palpó las tinieblas con penetrantes pupilas. La noche continuaba reinando con otro nombre, el de República.

Cuando ella llegó a América hacía ya tres años que el Gran Libertador, amor de su madre, había muerto en la hacienda de San Pedro Alejandrino, en Santa Marta. En su última malancólica proclama del 10 de diciembre de 1830 le aclaraba a los colombianos: «Mis enemigos abusaron de vuestra credulidad y hollaron lo que es más sagrado, mi reputación y mi amor a la libertad. He sido víctima de mis perseguidores que me han conducido a las puertas del sepulcro».

Durante los días de su permanencia en el Perú, allí vivía desterrado otro padre de América, el emancipador de Chile, Bernardo O'Higgins, condenado a morir en el exilio.

Ella se supo perteneciente a esa estirpe de los libertadores destinados al sacrificio. No ignoraba que la harían pagar con sangre el precio que se cobra a los Adelantados.

No hubo bandera progresista que no ondara al viento la inteligencia

a alto voltaje de esta mujer cargada de noble energía positiva. «Los pueblos sólo pueden vivir en paz» afirmó como heredera de un antiguo anhelo y como premonitrice de los riesgos para el mundo que traería al siglo siguiente. Bien pronto su personalidad exuberante comprendió que no podía mirar por la ventana lo que ocurría en la calle. Bajó a la vereda peligrosa de la lucha revolucionaria. Tenía que convertir la teoría en práctica, encarnar sus concepciones en conciencia para transformarlas en acto. Ella, que nunca fue una perezosa se entregó a esta tarea con toda el alma, dominada por una pasión casi sobre sobrehumana. Prescindiendo de los horarios de trabajo, diciendo adiós a cualquier vanidad, con modestia, como olvidada de sí misma, desarrolló agotadoras giras a través de Francia. Y escribirá, escribiré sin pausa ni reposo hasta enfermarse. No dejará, sin embargo, caer la bandera. Los revolucionarios siempre deben estar en el camino que conduce al mundo de la justicia. Ni siquiera la muerte la detendrá. «Creí —dice— que estaba cansada de mi misión de apóstol errante. No, no; lo estoy sólo físicamente. Jamás me fatigaré de ella. Siento que amo la humanidad más que nunca.

Murió con el estandarte flameando en sus manos. El movimiento femenino la cuenta entre sus figuras más luminosas y coloridas. No es un personaje exótico. Su imagen perdura como la de un ser inmensamente apasionado, lúcido y valeroso que anunció en la primera mitad del siglo pasado, antes que amaneciera, la emancipación femenina como parte de la liberación de todos los explotados.

Flora Tristán es una heroína de novela. Su novela la escribió con su vida y en parte con su pluma. En la hora del auge del romanticismo literario no quiso ser una romántica solitaria, sino una mujer que trabaja por las mujeres del mundo, por los pobres de la Tierra.

Habrà que concluir que en Flora Tristán no se encarna un personaje de ficción. Debemos aceptar que esta «curiosa mujer» perteneció al linaje respetable y carismático de los soñadores efectivos y necesarios que hacen plausible el futuro.

VICTOR VALENTIN

Olga Benario

Es bien sabido que esa mitad llamada Eva no cuenta en América Latina con tantas estatuas como Adán. Un autor de teatro ha dicho que la guerra no tiene

nombre o cara de mujer. *Madre Coraje* señala, sin embargo, que ella sufrirá, con ademán estoico, sus calamidades y desastres. ¿Una guerra de las galaxias ten-

dría acaso compasión de ella? Barrería con las dos mitades de la naranja. Y con los naranjos. Probablemente Dios no tuviera después ya más ganas de aprovechar el sueño del primer hombre dormido para fabricar de una costilla suya una nueva primera mujer. ¿Para qué, si ya hizo el experimento y terminó en el suicidio universal?

Los poetas la han cantado como fuente de la vida. Pero ¡caramba! la humanidad terrible la ha golpeado, como diría Vallejo, con un palo. Con todas las desigualdades de la Tierra ha sido discriminada por el delito de ser mujer. Sin embargo, ella es más fuerte que el hombre. Aunque éste pretenda dejarla encerrada en la casa, entre los niños y las ollas, ha irrumpido en la calle por la fuerza de la necesidad y está trabajando aquí y allá, a veces silenciosamente, en la retaguardia, moviendo al que cree que mueve el mundo.

Ahora anda ella por todas las latitudes, dando vida y defendiéndola, combatiendo. En el desventurado Chile, en primer término, desde el cascarón de las poblaciones con hambre, durante este período prolongado, pelea de día y de noche. Muchas veces da a la masa varonil lecciones de dignidad y valentía, ejemplos que no deberíamos llamar de hombría sino de *mujería*, para usar un neologismo un tanto cacofónico, pero digno de ser mejorado.

La batalla de la mujer en nuestra América no está de verdad escrita. Ha sido copiosa, diaria, y contiene una gama inagotable de nombres, actitudes, gestos, de sacrificios enormes. Por excepción se ha contado. Yo quiero evocar la imagen de una heroína clara, casi olvidada entre nosotros, que siendo europea dio la vida por nuestra América.

Su nombre eufónico, cadencioso, sonoro, lo escuchamos por primera vez cuando éramos estudiantes de la universidad. Participamos en actos que exigían su libertad. Olga Benario. Un libro del autor brasileño Fernando Morais, llamado lacónicamente *Olga*, con un subtítulo editorialmente provocativo: *La vida de Olga Benario Prestes, judía comunista entregada a Hitler por el gobierno de Vargas*, es hoy un best-seller en su país. Refresca la memoria de la gente madura. Descubre a las nuevas generaciones

una gran tragedia de nuestro siglo, en la cual una joven revolucionaria, mujer de Luis Carlos Prestes, grávida de siete meses, fue entregada por el jefe de la policía política brasileña, Filinto Müller, como un «presente» a Hitler. La obra se sustenta en una sólida base documental, recogida en Brasil, pero sobre todo en la República Democrática Alemana, tanto de los archivos como de los testimonios orales de sus compañeros de juventud. Fueron consultados, además, los pequeños museos abiertos en el campo de concentración de Ravensbrück o en el campo de exterminio de Bernburg. *Olga fue una militante legendaria de la Juventud Comunista alemana en los años veinte*. La escritora Ruth Werner escribió sobre ella un libro muy directo y estremecedor, *Olga Benario*. También en el «Archivo histórico del movimiento obrero brasileño», de la fundación Giangiacomo Feltrinelli, en Milán, Fernando Morais fue descubriendo información inédita. Igualmente la encontró, muy abundante, en los papeles del Departamento de Estado de Washington, en el *National Archives*. Allí, directamente enviados desde el Brasil, por gobiernos y policías sumisos, se guardan muchos volúmenes conteniendo informes sobre la cacería al hombre y a la mujer desencadenada entonces.

Esa muchachita hermosa, de pelo oscuro y ojos azules era osada. El 11 de abril de 1928, junto a unos cuantos camaradas de la Juventud Comunista, libera en pleno tribunal de Moabit, en Berlín, a su camarada el profesor Otto Braun. Olga Benario comandó la operación. En los cines de la capital alemana se exhibieron en los días siguientes *slides* con las fotos de Olga Benario y Otto Braun, *ofreciendo cinco mil marcos* a quien informara sobre su paradero. Ambos salieron para el extranjero. En Moscú ella trabajó en la Internacional Juvenil Comunista. Su V Congreso la designó miembro de su Presidium.

Luis Carlos Prestes, que como joven capitán había dirigido en su país, durante la década del veinte, la famosa columna que en su larga Marcha recorrió decenas de miles de kilómetros a pie, en agosto de 1934 ingresó al Partido Comunista.

El dirigente de la Tercera Internacional

Dimitri Manuïlski comisionó a Olga para acompañar a Prestes en su regreso ilegal al Brasil. Esa bella guardia de corps aparecía como la esposa del caballero portugués. Como suele suceder, aquella relación pasó de la ficción a la verdad. Se transformaron en pareja real.

El 23 de noviembre de 1935 estalló la rebelión en Natal, al norte del Brasil. El pueblo invadió los cuarteles. Fue una gran fiesta, un sueño que duró cinco días. Se extendió a Recife, bajo el lema de «Todo el poder a la Alianza Nacional Libertadora». Esperaban la insurrección de la marina de guerra. El 27 estalló en alguna unidad y fue sofocada al cabo de horas. Se desató entonces la más extensa y cruel persecución de la historia brasileña. La dirigió Filinto Müller, un ex-oficial de la «Columna invicta», que Prestes, diez años antes, expulsó de ella por «cobarde, desertor y ladrón».

Las torturas son despiadadas. Müller ha dado órdenes de matar a su antiguo Comandante; pero Olga le escuda con su cuerpo. No existen pruebas que ella esté comprometida con la insurrección. Entonces idean la condena más tremenda: entregarla a Hitler. Entre los muchos presos figura uno de los más grandes escritores brasileños del siglo xx, Graciliano Ramos, que presencia la escena terrible que precede a la entrega de Olga a la Gestapo. Exclama: —El Brasil no puede hacer esto con ella—. Pero el Brasil de Filinto Müller, las tropas de la policía especial, armadas de ametralladoras y lanzallamas, cercan la cárcel de la calle Frei Caneca. A bordo de un calabozó en el barco «La Coruña» viaja prisionera hasta Alemania, grávida de siete meses. En Hamburgo empieza la peregrinación de un penal a otro. Incluso es temporalmente encarcelada en la prisión de Barnimstrasse, en Berlín, donde veinte años antes estuvo presa Rosa de Luxemburgo. De allí pasa a la fortaleza de Lichtemburg, al campo de concentración de Ravensbrück y más tarde al manicomio de Bernburg, en cuyo subterráneo el médico nazi Irmfried Eberl ha construido la primera cámara de gas «experimental», con hornos crematorios anexos. Tratan de enloquecerla. Con migas de pan mo-

dela las piezas de ajedrez, cuyo tablero es la cama de cemento. Juega partidas contra sí misma y hace gimnasia. Exactamente un año después de la revolución fallida el 27 de noviembre de 1936, se produce el parto. Nace una niña que se llamará Anita, como la compañera de Garibaldi, y Leocadia, como la abuela paterna, quien lucha como una leona por salvarlas. Sólo conseguirá rescatar a la criatura, de pelo negro como el padre y con ojos azules como la madre. Pero ésta, durante mucho tiempo, ignora la suerte que ha corrido su hija. En la Alemania de Hitler la madre y el hermano de Olga, aterrorizados, reniegan de ella. Envió cartas a la familia Prestes. Está encerrada en el bloque número uno, en un barracón inhumano. Convince a los demás presos que deben defender su dignidad humana y mantenerse firmes.

En Bernburg, cuando el mundo cristiano celebra la Pascua de 1942, junto a otros doscientos prisioneros, es arrastrada a la cámara de gas y asfixiada. El inventivo doctor Eberl ha probado una vez más la eficacia de su máquina mortal. Ya había liquidado en ella a veinte arios puros, pilotos alemanes de la Legión Cóndor, enviados a España a combatir por Franco, que se negaron a bombardear las líneas republicanas.

Tras la caída del Tercer Reich, Prestes fue amnistiado en 1945. Después de un mitin en el estadio de Pacaembú, en San Paulo, un redactor de la United Press le da la noticia de que su mujer ha sido muerta tres años antes.

El nombre de Olga Benario se ha dado en la República Democrática Alemana a las calles de siete ciudades y de 91 escuelas, fábricas y brigadas de trabajadores. En Brasil sólo una calle ha sido bautizada así, en la ciudad de Ribierao Preto, Estado de San Paulo.

Clara Zetkin, quien propuso se instituyera el 8 de marzo como Día Internacional de la Mujer, seguramente conocía a su compatriota Olga Benario. Creo que habría estado de acuerdo en que su nombre se incorporase a la lista de las combatientes sin olvido. Es digna de ser grabada a fuego en la memoria de nuestro tiempo.



Poesía

MARINA ARRATE PALMA

El salto

Sube un hombre una escalera
erguida esa mañana en el cemento.

Primer descanso:
el viento toca su piel desnuda.

Infla sus pulmones
toma el pasamanos,
emprende el segundo tramo.

Brilla el sol en la superficie del agua
tibia la piel y el rostro del hombre.

Segundo descanso:
la superficie es estrecha.
Sólo tres peldaños más
y el tablón aparece
recto y tendido.

Avanza el hombre hasta el borde,
inspira,
extiende sus brazos hacia adelante,
flecta las rodillas,
las estira,
rechaza el tablón,
y dibujando un arco,
medio pez y medio pájaro,
en el espacio de la mañana
se sumerge.

Castañón azul

Extraings Beings

A la noche,
sentados a la mesa
del mismo bar
uno toma vino
y el otro repasa
las mismas líneas ya leídas
de un diario matutino.

Era un mantel blanco sobre la mesa
y sobre él manteles rojos
y sobre todo
la luz blanca de una lámpara
de lágrimas.
No había música.

La mujer se levantó de la silla,
el hombre la increpó duramente.
Ella se dirigió a la puerta,
él la siguió.
Cuando la tomó del brazo
remeciéndola
vi una ráfaga de luces
cruzar por la ventana.
Yo la vi.
Ellos, en cambio,
se acariciaban los infaustos cuerpos.

Castaño azul

Podría ser que cayera
repentinamente
en un pozo de azul
como el de una calle que sé
a las seis de la tarde
cuando un viento violento se hace
de ella y la traspasa
súbita y trémula
de un fulgurante azul
imperio hasta el fondo
más furioso de ti
todas las cosas.

O como el azul de un mar
sedante y luminoso
que florece tendido y turquesa
en las dilatadas pupilas
de tus ojos
que no son azules
son castaños qué lindos
ojos tienes.
Podría ser que cayera
en un pozo
azul
y fuérame
en él tan dulce
y suave llenándome el cuerpo
esta luz azul
que de ti imprevista
me desliza
vertical
vértigo
vertiginoso
que ya horizontal
yo te llamo ahora
azul toda la vida
adherida mi piel estremecida
de ti traslúcida
a ti el castaño
(vivo y vigoroso)
y perdiendo toda claridad
fulminada en el fondo
de este espacio
comprender
que el azul y el castaño
no mezclan
ni se enredan amor
sino en mis ojos
que te miran
castaño azul
pero que no son
sino trazos
de una imposible
visión.

RAQUEL SEÑORET

El infinito y su reflejo

(Fragmentos)

CANTO XVI

Aquí estoy, retrocediendo por los fragmentos de ese destino que debía

Con aquella serenidad del océano desconocido que va mostrando sus

Y, así, van surgiendo los presagios que antaño semejaban grandezas

La realidad, paso a paso, va enmascarándose con todas sus nuevas cicatrices.

La naturaleza va recuperando su origen espaciando en silencio la

Los caminos de la mutación ya han sido trazados y la energía avanza

Todas las tinieblas iban desapareciendo con la música que se incorporaba.

Ahora se hace presente la resistencia a la vida destructora de toda

Lo que aún no se ha logrado, sin embargo, está de vuelta por todos

¡Cuántos pasos dados al recorrer el universo que parece desaparecer ante

¡Cuántas líneas misteriosas van descifrándose ante la constante mirada

¡Cuánto sentimiento que, sin vacilación, al nacer se lanza hacia

Hay mercaderes que construyen límites sobre lo que es correcto pensar

Otros deciden que algunos son peligrosamente cuerdos y destruyen sus

Y aún otros sueltan tiranos por los continentes para extinguir los

La inmortalidad se va descubriendo en cada pensamiento al empezar su ruta.
Las alas de la palabra volverán retornando todas las visiones sin medida.
Las leyendas arribarán prodigiosamente cuando nadie crea que aún
[existen.

Los puentes de la esperanza de cada ser ya han atravesado todos los fuegos.
Los abismos con sus montañas propias iluminando los ojos del mañana.
Regresarán los que han desaparecido en manos de sus asesinos y
[torturadores.

¡Escucha cómo el rodar de las piedras por el mundo ya está anunciando
[la verdad!

La inmensa superficie de todos los planetas será limpiada de todo odio
[rapaz.

El viajero del ayer descenderá imperceptiblemente dentro de nosotros
[mismos.

CANTO XXIX

He aquí que de pronto el tiempo se transforma con un eclipse singular.
Todo lo que en el pasado había permanecido en silencio se hace presente.
Es la resurrección de todo lo que había tenido vida en los océanos.

A lo más profundo de las aguas han alcanzado nuevas voces de advertencia.
El hombre, en su inagotable avaricia e inconsciencia, bajará a explorar.
No esta vez para extraer oro negro, sino para los sulfuros polime-
[tálicos.

Los navíos hundidos en la antigüedad reaparecen remontando sobre las olas.
Todos los peces y animales acuáticos van emergiendo a la superficie.
Y, al viento, van deslizándose hombres y mujeres ahogados que han
[renacido.

¡Establecer las reglas disfrazadas para lo que sea, absorber utilidades
[óptimas!

Tal es la máxima condición humana que ha estado amenazando con
[prevalecer.

No preocuparse ni lo más mínimo de lo que sienten otros que no
[sean ellos mismos.

Todo el mundo viviente, ligado al sometimiento del hombre, posterga su
[progreso real.

Mientras más avanza la ciencia, a tropezones, más vulnerable se
[convierte.

¡Antes de 1991 podrían lanzar el avión bombardero-misil-invisible-
[indetectable.!

Todo lo que signifique algo de paz en la tierra, desde antes ya está derrotado.

Mientras más pretenden hablar a nombre del pueblo, menos les importa
[en verdad.

El univeso casualmente es común para todos, ¿por qué insistir en
[repartírselo?

La Altántida habría sido efectivamente fotografiada bajo el Estrecho de
[Gibraltar.

La Antártida tendría rocas profundas de alrededor de ochenta millones
[de años.

Los fósiles de plástico estarían conformando su propio continente
[a ciegas.

Las ballenas estarían silenciando su canto angustiado todo lo que sea
[preciso.

Con el derecho de ser y estar llaman a parar las pruebas atómicas-
[nucleares.

¡Está ya en peligro junto a la humanidad todo lo que se pensaba
[sobreviviría!

Contra los acantilados de la tierra el flujo de la marea se desata sin parar.

Todo el barco, que simulaba fondeado, levanta sus anclas y enfila al
[horizonte.

Esa mariposa nocturna Neopseu Stidae regresa al nuevo mundo que
[ya nacerá.

Las aguas ya se fueron elevando al cielo como una gran callampa en
[crecimiento.

Todavía no existe remedio humano contra la confrontación de la gran
[espuma.

Han sumergido el hombre en la obscuridad de falsos valores ador-
[mecedores.

Pero el pájaro-mariposa vivirá para ir revelando la luz con los
[poetas.

VERONICA ZONDEK

Catedral de hombre

(Fragmentos)

Mi espacio revelo en la piel de la memoria
reclinada en el futuro
alcahuete oráculo con peine de nácar
en alevosa danza sobre la arena
mientras acecha el toro
y nada bueno auspicia a pesar de las luces y el aviso que promete el seguro
[automotriz a los muertos.

* * *

Entonces yo madre ante ellos todos
llegando por el cuerpo hasta el útero tan hondo
con el salvaje latente bajo la axila
en defensa de lo propio y a pesar de tus emblemas.
Incrusto mi garra terminal en tu carne atrofiada
y desgasto sin piedad el cadáver de tu frente
para encararte la Máscara sin porquería
y vengar la lucífera
que entre chocolates, perfumes y sexo plastificado
impregna la cama estirada
hasta transgredir el código amoroso
en penumbra
solos
sin tu voz
ni tu gesto que nos viole.
Y sin embargo te nos deslizas en esos pliegues de carne tan suaves al tacto
[y tan duros de penetrar
que nos cuidan la cueva íntima y llena de lombriz oscura
a pesar de tu mirada que las refleja a cada instante y nos fija los ojos en
[la condena.
Porque no puedes escapar el dulce arrastre de sus vientres en el tuyo
ni a sus cosquillas de muerte a pesar de tu muerte
en opíparo banquete sin nombre
la cáscara de tu horror un entierro
ahí
entre el lazo adolescente y el revólver del cuatrero.

No olvidaremos tu mano empapada en cicatriz bajo tu ojo soberbio
y no me asustará tu fetiche vivo
ahí expuesto en tu jaula bravía
para ser molde de tu propio credo
y tirar de vidas múltiples a tu antojo
hasta encajarlas en tu mecano autóctono, «very chilean»
similando esos juegos infantiles
precarios en su ansia más allá del tiempo exclusivo
juegos medio grises que tú
tú que tapizas de esquina a esquina
todo
todas las calles los muros los cielos los cementerios los interiores
hasta cubrirnos de pasto gris
de plástico gris entre los ojos adormecidos
y sin respirar ya
humo neblina vapor antojadizo
todo invadiendo el cuerpo
este recipiente mío todos los otros recipientes que palpitan a mi lado
sus codos tan grises de soportar la cabeza
los intestinos grises
nuestra piel resquebrajada, gris, elefante cuero
de tanto endurecernos para soportarte.

* * *

Creciente el aplomo mecánico
sin siglo ni sigla
la carne fuego fusión candente
y la sangre que aceita el tornillo
hasta prescindir ellos del vacío que me arrastra a la pregunta
y me empapela la garganta con gritos
y me hace muro congestionado
clamor impenetrable bajo la roca
y me escarcha el labio
y resisto el bucal desodorante con el que vulneras mi palabra
y consumo ajos de la tierra para espantarte
y por fin destruir tu estómago de hierro
y vomites
vomites la tierra y sus valles con tu delicatessen
hasta cubrir la cumbre con la culpa antes sellada
y nos ahoguemos todos en tu confesión
y tu in-mundo nos invada la vista hasta retorcernos la Máscara
y recrudecer las muecas en el asco
y no baste tu muerte
y no baste.



El

entre café y café algunos libros de ecología y de agricultura para

Juan Jorge Palacios es periodista. Trabaja en la revista satirizada *Caraca* hasta agosto de 1986, y en la actualidad está integrado al equipo de la Agencia ETV, en Miami. Es autor de *Milquitos*, poema (Ediciones, 1986).

Los textos que publicamos son fragmentos de sus capítulos de la novela inédita *Paradiso*. Puede seguir leyendo.

Pinochetismo santo, amén

JUAN JORGE FAUNDEZ

III

Camel filters turkish & american blend cigarettes, choice quality. La Dirección General de la Salud Pública advierte que el uso de los cigarrillos terroristas, es decir, no made in U.S.A., son perjudiciales para la salud de las dictaduras, incluso para las autodenominadas dictablandas. Pinochet filters chilean & american army. *Uozd* cogió de la cajetilla un Pinochet filter, un filter ANDE made in U.S.A. & Vaticano y lo encendió con un peligroso y negro mechero Frente Polisario Sáhara Vencerá; las cerillas ETA ya no se venden in Spain a pesar de que tras cuarenta años ininterrumpidos lograron que Franco enfermara y muriera en su cama. Viva la Revolución.

Santiago de Chile, 29 nov. (*Uozd*). Una célula terrorista fue capturada hoy por los agentes de seguridad del Gobierno bajo la acusación de indecisión y falta de seguridad en sus determinaciones. Luego de unas palabras cariñosas y de unas palmaditas en el hombro, los chicos de Seguridad dejaron en libertad incondicional a los chicos Terroristas, previo recomendarles entre café y café algunos libros de sicología y de siquiatria para

Juan Jorge Faúndez es periodista. Trabajó en la revista santiaguina *Cauce* hasta septiembre de 1986, y en la actualidad está integrado al equipo de la Agencia EFE en Madrid. Es autor de *Melquisedec*, poemas (Santiago, 1986).

Los textos que publicamos son fragmentos de tres capítulos de la novela inédita *Pinochetismo santo, amén*.

que fueran más seguros en su conducta. «Nosotros velamos por vuestra seguridad, muchachos», les dijeron los tiernos agentes. «Por lo tanto, no deben cometer errores, ni ser tan inseguros. Cada vez que los capturemos les enseñaremos nuevos métodos. ¿Vale?». Los chicos Terroristas dijeron que los iban a recomendar a la Comisión de Derechos Humanos porque sabían comportarse como verdaderos agentes. Los chicos de Seguridad les dieron a continuación sus direcciones y teléfonos y quedaron de acuerdo en salir juntos algún día a tomar una que otra copa. «Y si tienen cualquier problema nos llaman, ¿O.K.? *Uozd. jff.*

Santiago de Chile, 29 de nov. (*Uozd*). Los terroristas chilenos que combaten contra el querido Gobierno del general Pinochet anunciaron hoy que su nueva estrategia consistirá en jugar a la Lotería para recaudar fondos y que su meta final será lograr que al cabo de algunas décadas el dictador pueda morir de ancianidad en su lecho de enfermo. Los Partidos Democráticos celebraron con alborozo el anuncio de los Terroristas y organizaron un Carnaval Opositor por las principales avenidas de esta capital. Los dirigentes democráticos invitaron al propio general Pinochet a participar en el jolgorio. Este, sin embargo, se opuso a todo diálogo con los «señores políticos» y con los «violentistas», porque —según expresó ante las cámaras de Televisión— el pretender esperar que muera de ancianidad en su lecho «es un acto que violenta mis más íntimas aspiraciones de vivir y gobernar perpétuamente este país». Aterrorizados por la reacción del dictador, y para no interferir en las posibilidades de diálogo, los Partidos Democráticos decidieron suspender el Carnaval y cortar toda relación con los Terroristas, arguyendo que eso de desearle mal al prójimo no está decididamente bien. Y, naturalmente, pretender que el dictador muera de ancianidad en su cama, si se piensan detenidamente las cosas es, sin duda según los principios de dignidad de la persona humana, un acto violento. «Estamos contra el terrorismo del Estado —y por eso queremos dialogar con el Gobierno para que ponga fin a los crímenes y violaciones de los derechos humanos, y contra el terrorismo izquierdista— y por eso rechazamos enfáticamente que se pretenda esperar la muerte por ancianidad del dictador». Los Partidos Democráticos, acto seguido, manifestaron estar de acuerdo con prohibir que los Terroristas pudiesen jugar a la Lotería para financiar sus actividades, y con arrestar a todos cuantos decidan esperar que el dictador se muera de viejo. *Uozd. jff.*

XIV

Que usted sonrío, general. Eso le digo. Que usted sonrío allá arriba en el estrado principal mientras las tropas le rinden honores aquí abajo. Sonríe de los honores, general. Del paso de ganso prusiano que hace tronar

la calzada. De las manos en la gorra. De los uniformes grises, azules y verdes. De los botones dorados. De las condecoraciones. De los fusiles, de los camiones, de los tanques. Usted sonríe inflado como un pavo real, general. O como un general, capitán general más exactamente, a quien sus tropas le rinden honores. Y yo debo grabar la im gen de esa sonrisa en mi cámara, general. Que usted está satisfecho, general. Eso le digo. Que usted está satisfecho all  arriba en el estrado principal, rodeado de esos rostros aduladores que no dejan de mirarlo por entre frondosos charretteras, presillas, estrellas y medallas que destellan al sol, general. La satisfacción le sobresale a usted en esa barriga abultada de arzobispo, general. Una barriga que vibra como una gelatina, rítmicamente, ante cada golpe del bombo y del redoblar de los tambores. Y yo debo grabar la im gen de esa barriga en mi cámara, general. Que usted espanta un mosquito, general. Eso le digo. Que usted sin abandonar la sonrisa baja violentamente la mano de la gorra y la deja caer sobre su nariz de patata pero el mosquito vuela y se le escapa, general. Usted regresa la mano a la gorra y el mosquito regresa también a su nariz de patata y detiene su vuelo exactamente sobre ese grano colorado de la punta de su tubérculo nasal y all  aterriza, general. Aterriza en un perfecto descenso vertical y zumbando, zumbando agudamente, como si fuera un helicóptero con motor de bicicleta, general. Entonces usted muy lentamente frunce el ceño, general, deja la sonrisa y frunce también sus labios mantecosos debajo del bigote y pone los ojos bizcos haciéndolos converger en el mosquito que con desenfado e insolencia ha comenzado a horadar con su trompa de taladro el centro mismo del grano colorado. Luego, y mientras mantiene ceño y labios fruncidos, y los ojos bizcos, comienza a desprender disimuladamente la mano de la gorra. La mano baja lentamente, general. Y el mosquito sigue all . Taladrando el grano colorado con el zumbido de motor de bicicleta. La mano baja, baja, el mosquito taladra, taladra, y usted general retiene la respiración para evitar que el resollar de las fosas nasales estropee la maniobra. El mosquito sigue all . La mano, regordeta, blanda y blanca, está ya a punto de aplastarlo. Entonces, siempre con el ceño fruncido y los ojos bizcos, sin respirar, usted sonríe, general, pero ya no es una sonrisa de satisfacción sino mefistof lica. Por fin, con fuerza y gozo concentrado, se descarga usted una bofetada contra sí mismo, general. Se aplasta el grano colorado y la nariz de patata. Hasta los labios mantecosos y los dientes se golpea, general. Entonces los ojos se le inundan de lágrimas por el dolor y la rabia del golpe autopropinado. Pero, sobre todo, porque el mosquito alcanzó a escapar una fracción de segundo antes del impacto, general. Y mi cámara fotografi  la secuencia completa. Incluso cuando, con la fuerza del golpe, la gorra se le cayó al suelo del estrado, rod , no alcanzó a ser cogida por ninguno de los solícitos edecanes siguió rodando, cayó del estrado a la calzada, continu  inperturbable su rodar, hasta que se colocó exactamente debajo de la bota de uno de los valientes soldados que descargaba su

prusiano paso de ganso, general. Y detrás venía otro soldado y otra bota, y otro, y otro, y cada uno volvía a aplasta su gorra, una y otra vez, hasta que ya no parecía gorra, general. Entonces alguien, un subalterno cualquiera, le colocó a usted sobre la cabeza una gorra también cualquiera, general. Pero esta era uno de esos gorros blancos de marinero. Y le quedaba estrecho. Entonces usted, general, parecía una de esas fotografías de niños regordetes de antaño que eran vestidos de marineros por sus mamaitas. Usted no sabía que era una gorra de marinero, general, ni siquiera de almirante. Pero, aunque la sentía estrecha, se tranquilizó porque el mosquito ya no estaba y volvía a tener una gorra. Yo le hice también esta foto, general. Eso le digo. Usted aparece con gorro de marinero, uniforme de capitán general, sonriendo satisfecho y solemne ante los honores que le prodigan las tropas con su paso de ganso, y con la barriga de arzobispo vibrando y temblequeando como gelatina. Sólo que el grano colorado se le rompió, general, y la nariz de patata parece más aplastada y con una gota de sangre en la punta. No sé si después se daría usted cuenta —porque yo me tuve que ir a revelar las fotografías, general —pero en esta última el mosquito aparece volviendo al ataque.

XXXVIII

El dictador fuma un Pinochet filter cigarette y bebe un Pinochet scotch whisky, full rich tobacco flavor blend of U.S.A. / distilled blended & bottled in Scotland, mientras imagina cómo será el fusilamiento. Un fusilamiento marca Pinochet, con fusiles Pinochet, proyectiles Pinochet, tiro de gracia Pinochet, sepultureros Pinochet.

Elny: Podemos empezar cuando quieras.

Uozd: Cuando tú digas.

Elny: O.K., vente p'acá.

Los fusileros cruzan el umbral y desembocan con su carrera acolchada e inaudible en el patio de las ejecuciones. Toman posición en dos filas. Unos, con la rodilla hincada en tierra. Otros, de pie. Los tres condenados están al frente, con la vista vendada, las manos atadas, los pies engrillados, y un muro de sacos de arena a sus espaldas. El oficial da las órdenes en silencio. Uno, sólo uno de los fusileros tiene en su fusil una bala de ficción. El propósito de ello es que cada uno pueda pensar que quizá tuvo la suerte de no disparar un proyectil verdadero. Es un mecanismo tranquilizador de la conciencia, deshollinador de culpas. El dictador no necesita de ese mecanismo. El quiere que mueran. Estos tres caerán acribillados «legalmente». Treinta mil, antes de ellos, cayeron abatidos sin ni siquiera la parodia de un juicio. Muchos, lanzados al mar con el vientre abierto a bayonetazos para que no flotarán. Otros, asfixiados vivos, como aquellos enterrados en los hornos de cal de Lonquén. Otros, degollados, como Para-

da, Nattino y Guerrero. Otros, quemados, como Rodrigo Rojas. La lista es interminable. Ninguno de aquellos ejecutores necesitó de una bala de fuego para tranquilizar su conciencia. Tampoco necesitaron de un pene de ficción los que violaron a las mujeres. Como no necesitarán armas de juguete los patriotas que cumplan con el noble deber del tiranicidio.

Cuando el oficial que comanda el pelotón baje violentamente su espada dando la orden de fuego, el sol del amanecer irrumpirá en el patio de las ejecuciones, iluminándolo. Y la voz de Jorge, Carlos y Hugo volverán a resonar con las palabras de la carta que dirigieron desde la cárcel al Tribunal Militar:

«No nos amedrantan la pena de muerte ni cualquiera otra pena que se pueda fallar, pues cuando tomamos la decisión de combatir a la dictadura, sabíamos que el riesgo de la muerte, de la cárcel o el destierro eran nuestros destinos. Asumimos con tranquilidad la causa de los que luchan por algo absolutamente justo. Les decimos a nuestros acusadores que este crimen no logrará amedrentar a nuestro pueblo. Sólo servirá para ensanchar más aún el abismo que separa a nuestro pueblo de sus opresores. Estaremos presentes con nuestra acusación el día del juicio popular en contra de nuestros ajusticiadores».

Los fusileros dispararán al amanecer. Hoy me compré en El Rastro el libro de poemas *Vuelos de Victoria* de Ernesto Cardenal. Su primer texto se llama, precisamente, «Amanecer»:

Ya están cantando los gallos.

*Ya ha cantado tu gallo comadre Natalia
ya ha cantado el tuyo compadre Justo.*

Levántense de sus tapescos, de sus petates.

Me parece que oigo los congos despiertos en la otra costa.

Podemos ya soplar un tizón —botar la bacinilla.

Traigan un candil para vernos las caras.

Latió un perro en un rancho

y respondió el de otro rancho.

Será hora de encender el fogón comadre Juana.

La oscurana es más oscura pero porque viene el día...

La metamorfosis de Justo Pino

DOMINGO REYES

Justo Pino caminaba entre oleadas de manifestantes. Cualquiera que se fijara en él notaría que no era un participante de la protesta. Iba cabizbajo, respirando con dificultad su propia depresión, diluida en ese aire espeso de miedo, reventado a bombazos, sucio de gases lacrimógenos «Hoy tampoco venderé ni un llavero... capaz que me confundan y me maten... algo tengo que hacer... debo salir de aquí... »

En verdad, de donde Justo Pino ansiaba salir era de su propia vida, escapar de la que ahora era su mortificante apariencia, huir de aquella desesperación que el espejo le iba confirmando cada mañana. ¿Qué maleficio lo estaba desterrando de su propio cuerpo? Justo Pino constataba que lentamente dejaba de ser él. Hacía seis meses, viéndose una mañana al afeitarse se dijo: «Me estoy poniendo viejo... Tantas canas... se me arruga la frente... » Después no tuvo más su abundante cabellera, parecieron crecerle las orejas, se le iba formando bolsas bajo los ojos, se le apretaron los labios como si lo dominara el rencor. En la mirada de su mujer crecía una temerosa tristeza, pero nada le decía, reprimida ella misma por el rictus que afeaba su cara.

Justo Pino no olvidaría nunca el día que comenzó su desgracia. Tenía entonces cuarenta y ocho años pero no representaba ni cuarenta. «¿No me cree, vecina?». «No, María, su esposo no puede tener más de treinta

«Domingo Reyes (seud.) vive en el exilio, en Suiza.

y ocho... Si todavía tiene cara de niño. Y da gusto verlo, siempre contento y con su frente alta». «Y eso que le ha tocado tan duro al pobre... Justo tenía un buen trabajo, y cuando quedó cesante tuvo que hacerle a todo... pegó ladrillos, descargó harina, bajó cajas de cerveza... Carmencita tenía dos años cuando él quedó sin trabajo. Fue por el 78».

Por amor a los suyos, Justo Pino estuvo a punto de recibirse de Maestro Chasquilla. Hasta que un día se decidió a subir a un micro, impulsado por la amistosa asistencia de Juan, mientras conversaban con un vinito en casa de su compadre Arturo: «No se preocupe Pino, mañana vamos a ir al paradero, yo le voy a presentar unos choferes amigos».

Justo Pino no fue un aprendiz tímido. Tenía dedos para el piano o, mejor dicho, la vocación de la palabra, que parecía desarrollarse por su cuello y por los brazos, encantando compradores: «Damas y caballeros ocupantes de este importante vehículo de utilidad pública, tengan todos ustedes muy buenas tardes». Al oír su voz, los pasajeros salían de su trance, abandonaban la estática posición de conversos de alguna secta yoga. Era imposible no atender a la voz de Justo Pino. Los pasajeros le agradecían su disposición animosa, su irrupción en el pesado silencio de la autorrepresión. Despertaba un clima de confianza que el vaivén del vehículo parecía querer repartir entre todos. «Gracias a la gentileza del señor conductor puedo dirigirme a ustedes. Por supuesto mi intención no es molestar al señor viajero mientras se desplaza por la ciudad realizando sus trámites: de tipo familiar, de negocios, propios de su profesión o de corte recreativo. Muy por el contrario, damas y caballeros, gracias a una espectacular promoción de lanzamiento de la firma fabricante, ustedes han resultado beneficiados con un valioso premio consistente en un monedero de la mayor utilidad para guardar esas esquivas moneditas que siempre se esconden en un rincón y que con bastante frecuencia atentan contra la economía del hogar al perforar bolsillos y perderse». Anticipándose a los desconfiados, ponía cara de interrogador ascético. «¿Y cómo obtengo el premio? se estarán preguntando ustedes. Muy simple, aquí no hay concursos ni sorteos, esto es transparente. Lo único que deben hacer para recibir al instante el premio del seguro monedero es cambiar conmigo un elegante portacredenciales de cuerina natural, más un llavero, por la irrisoria cantidad de cien deflacionados pesos (...). Aproveche su suerte, no la deje pasar. Y de paso ayuda a este chileno que perdió su trabajo a mantener dignamente a su mujer y sus nueve hijos». Justo Pino recorría entonces el pasillo, con la dignidad que ofrece más de lo que pide. «Permiso señor... tenga señora su monedero, su portacredenciales y su llavero... ¡muchas gracias!... ¡tenga señor!... ¡muchas gracias!»

Esto era el pasado en la vida de Justo Pino. Ahora él resbalaba días abajo. El subir a los micros se le había convertido en un suplicio. No vendía nada. En cuanto decía: «Damas y caballeros...», observaba miradas sorprendidas, incrédulas, burlonas. Y cuando, tembloroso, se acercaba a

ofrecer su mercadería, más de una mujer, asustada, acurrucaba entre sus brazos a su hijo.

Recordaba bien como había comenzado su desgracia. En la madrugada, soldados con las caras pintarrajeadas de negro habían allanado la población. Llegaron también a su casa, y obligaron a una de las niñas a levantarse de la cama, a pesar de que estaba enferma, con hepatitis. Como María había querido impedirlo, la habían golpeado con las culatas.

Cuando Justo Pino volvió a su hogar, María le abrió la puerta sin encender la luz limpia de sus ojos. El vio de inmediato el rictus que le desfiguraba el rostro... Los empujones, el culatazo, los gritos desesperados de sus hijos. Los nervios de María no resistieron. Justo Pino tampoco resistió tanta calamidad ensañándose en su familia. Quizás su psiquis se contagió de culpabilidades propias de personajes de alto rango que le afectaron cuerpo y alma. Lo cierto es que una acelerada vejez comenzó a erosionar su conservada naturaleza. Pero este envejecimiento no correspondió a la degradación de sus propios rasgos. Más bien parecía una metamorfosis maléfica. Su compadre Arturo había tenido razón al susurrarle: «Sabe qué más, compadre, se está pareciendo a Pinochet».

Los primeros días no le dio importancia. Se dijo que casi todos los chilenos se parecen entre sí. Para autoconvencerse miraba el retrato de su suegro, al que Justo Pino siempre le encontró un aire semejante al del capitán general. Incluso una vez llegó a peinar sus cabellos como los del capitán general y trató de imitar su voz agudamente iletrada.

Pero con el paso de los días, las arrugas en la frente estrecha, las bolsas bajo los ojos y esa rencorosa testarudez de los labios fueron haciendo más claro el parecido. Así fue como Justo Pino comenzó a vivir de pesadilla en pesadilla. En sueños, se veía huyendo por el túnel de la muerte, cadáveres con cabezas colgantes se le venían encima enarbolando guadañas ensangrentadas. Despierto, se veía en los pasillos de las micros tartamudeando su mercadería ante pasajeros atemorizados, burlas y ramalazos de odio.

Justo Pino estaba decidido a poner fin a esta insoportable situación. De pronto, se dio cuenta que sus pensamientos transcurrían arriba de una micro San Francisco-Bellavista. No recordaba como había subido, pero su instinto le anunciaba un peligro: unos tipos lo estaban mirando fijo. «Parecen policías», se dijo. No estaba equivocado. Lo tomaron de los brazos y a empujones lo bajaron en la primera esquina en que el vehículo se detuvo. Antes de que sus pies tocaran el suelo recibió la primera patada. Y mientras iba cayendo sintió que un puñetazo le hacía sangrar la nariz. Sucesivos zapatazos se descargaron en su espalda y sus piernas mientras, hecho un ovillo, miraba a sus verdugos con los ojos desorbitados por la sorpresa. «¡Así que andai imitando a Pinochet, huevón!».

Para suerte de Justo Pino, el vehículo había parado no lejos del centro, y al ver lo que estaba sucediendo, grupos de manifestantes corrieron hacia

el lugar de la agresión. «¡Le están pegando a un compañero! ¡Asesinos! ¡Hijos de puta! Los agresores arrancaron y ¡santo remedio! Justo Pino despertó como de un mal sueño. Su sangre empezó a latir a otro ritmo. Le vinieron unos deseos enormes de gritarle al mundo que él era de nuevo Justo Pino. En un segundo supo que la paliza había eliminado de su mente y de su cuerpo al intruso que aparecía usurpando su identidad «¿Cómo se siente compañero?»... «Estoy bien... ¿No ven nada raro en mi cara?»... «¿Raro? Nada, amigo, nada». «No, no necesito que me acompañen, puedo irme solo. Muchas gracias a todos».

«¿Se dio cuenta, compañero? ¡al hombre casi lo matan y tenía cara de felicidad que hacía muchos años que no la veía!» Justo Pino, mientras tanto, se alejaba erguido, contento de volver otra vez, él mismo, a su hogar.

¡LIBRANOS, SEÑOR, DE ESA SOCIEDAD LIBRE!

¡El 11 de septiembre es una fecha de victoria para la libertad y para la democracia! Si no hubiéramos vencido entonces, hoy viviríamos el drama de muchos pueblos sumidos en el colectivismo, la represión y la miseria (...) ¡Porque es eso lo que estamos haciendo, echando las bases de una sociedad libre! En lo político y en lo económico.

(Declaraciones de Augusto Pinochet. *El Mercurio*, 3 de junio de 1987.)



Memoria e historia del Chile reciente

Las memorias de Matilde Urrutia

I. HERNAN LOYOLA

«También ella está escribiendo sus memorias», me dijo festivamente Neruda mientras almorzábamos en su casa de Isla Negra, «y verás qué sorpresas traen». Con igual buen humor Matilde agregó: «Sí, y les tengo ya título: *Vivan con él* y verán que no es cosa de broma». Ambos reían anunciándome la revelación afectuosa de un cierto «otro yo» del poeta, el Neruda de Matilde. Iban a ser, entendí yo, unas memorias paralelas y complementarias a las del poeta. Creo que pensaban publicarlas simultáneamente en 1974, al cumplirse los setenta años de Neruda, en una especie de contrapunto evocativo.

Era entonces el comienzo del otoño chileno, quizás abril de 1970 o de 1973, no logro precisar la fecha en mi recuerdo. Las circunstancias determinaron después que esas memorias de Matilde, ahora publicadas bajo el título *Mi vida junto a Pablo Neruda* (Barcelona: Seix Barral, 1986), perdieran por el camino de su escritura el lado festivo y cariñosamente «desacralizador» que tenía el proyecto originario. Domina en ellas, en cambio, una perspectiva nostálgica de celebración y añoranza del tiempo de la plenitud.

La parte central del libro (capítulos 4 al 13, ambos inclusos) cuenta

Hernán Loyola es crítico literario y profesor en la Universidad de Sassari, Italia. Es autor de *Ser y morir en Pablo Neruda* y de innumerables ensayos sobre el poeta.

en realidad el período más glorioso y decisivo del amor clandestino, vivido por los amantes en Europa entre comienzos de 1951 y mediados de 1952. No es una elección casual. Se trata del período en que la relación amorosa adquiere consistencia y fuerza a través de una alternancia de encuentros, separaciones obligadas y dichosos reencuentros. Segmento de iniciación a la convivencia, de preparación y conquista del derecho a ser pareja, inolvidable por la intensidad y abigarramiento espacial de los episodios vividos (en Berlín, en Praga, en París, en Capri, en secretas aldeas rumanas o suizas). Etapa de risas y desgarramientos, de argucias y escondrijos, de confidencias y recíprocas revelaciones, de íntimas ceremonias como el «casamiento» bajo la luna de primavera en Capri, y tragedias como la pérdida del hijo anhelado. Toda esta peripecia privada tiene como vago escenario público de fondo la tensión internacional de comienzos de los años cincuenta, la guerra fría, la política de caza de brujas que los Estados Unidos exigían también a sus aliados europeos y que determinó, para el poeta, dificultades y expulsiones en Francia y en Italia.

Al interior de esta detallada «crónica sentimental» (que va desde el Festival de la Juventud, Berlín 1951, hasta el regreso de Neruda a Chile en agosto de 1952) Matilde introduce recuerdos del tiempo precedente: por ejemplo el concierto del Parque Forestal en que ella y Neruda se conocieron. En éste, como en otros momentos del libro, el nerudólogo lamenta la omisión cronológica. ¿Cuándo tuvo lugar ese concierto, ese encuentro? Matilde escribe inmersa en sus recuerdos, en su nostalgia: lo que le interesa es revivir en la escritura el encuentro mismo, y no el registro de la fecha en que ocurrió. Ella no se propone producir un documento sino rescatar la temperatura emotiva de la experiencia. Esta característica del texto determina tanto sus méritos como sus límites. (En entrevista a *El País*, 23-5-1983, Matilde había precisado un poco más: aquel concierto tuvo lugar en 1946. Probablemente a comienzos de ese año, lo cual explicaría el verso «Alguien que me esperó entre los violines» del poema inspirado por las ruinas de Macchu Picchu.)

Matilde elude contarnos lo que ocurrió entre 1946 y 1951, es decir el período germinal de la relación. Período sin duda accidentado e intermitente, con toda probabilidad jalonado de dificultades y complicaciones varias (que tienen que ver con las actividades parlamentarias del senador Neruda hasta comienzos de 1948, y luego, obviamente, con el tiempo de la clandestinidad y del exilio) y no exento de incertidumbres y reticencias recíprocas, normales entre dos caracteres fuertes y orgullosos, desconfiados porque malos perdedores, obligados a vivir su relación a salto de mata y sin poderla asentar (como ambos al parecer deseaban, quizás sin confesarlo o sin saberlo ellos mismos). Tampoco nos ha legado Matilde la crónica detallada del reencuentro en México (1949), donde ella había fijado su residencia y su actividad artística, y adonde Neruda había llegado desde París para participar en el Congreso Latinoamericano por la Paz y para encauzar la publicación oficial (no clandestina) de *Canto General*. Tales silencios son elocuentes sobre el criterio de selección de los recuerdos,

que tiende a privilegiar los momentos más nítidos y reconfortantes para una memorialista que, durante la redacción definitiva (1983-1984), tal vez ya sabe de tener poco tiempo por delante.

2

Es también por ello que, a lo largo de la evocación de las dichas temporadas en Nyon (Suiza) y en Capri, Matilde recompone por escrito el relato que entonces hizo de viva voz a Neruda acerca de su propia infancia. El intercambio de recuerdos originarios fue un importante modo de acercamiento y reconocimiento recíprocos. Las imágenes de la madre María del Tránsito y de la abuela Santos dominan el relato de Matilde (capítulos 6 y 9), quien nace en Chillán el 3 de mayo de 1912, años después de que sus padres habían retornado a Chile desde el sur de Argentina. El padre, José Angel, muere cuando Matilde ha cumplido sólo un año de edad. Así Neruda descubre haber compartido con su amante una infancia de semi-orfandad y de digna pobreza rural, provinciana, y que los vestidos de ella, como sus propios calzoncillos de niño, más de una vez fueron confeccionados con bolsas harineras (p. 61).

Aparte el natural interés de Matilde por confrontarse (hacia el final de su destino) con sus humildes orígenes, es muy probable que Neruda mismo le haya insistido sobre la necesidad de incluir esos recuerdos de infancia en el proyectado *Vivan con él*. Porque en esas conversaciones de Nyon y Capri se funda la impostación que Neruda dio a la figura de Matilde en sus textos poéticos: «de barro te hicieron y cocieron / en Chillán», «Vienes de la pobreza de las casas del Sur», «Eres un caballito de greda negra, / un beso de barro oscuro» (*Cien sonetos de amor*); «y tú eres un cántaro negro de Quinchamalí o de Pompeya / erigido por manos profundas que no tienen nombre» (*La barcarola*); «Soy campesina de Coihueco arriba», declara Teresa-Matilde en *Fulgor y muerte de Joaquín Murieta*. Neruda individualiza en su Patoja la cifra viva de su patria y de su pueblo, y, al mismo tiempo, la conexión raigal del común pasado originario. Nunca antes otra mujer le había dado esa experiencia de compañía integradora al más profundo nivel de la vocación y de los sueños.

Pero lo más importante es que Neruda encuentra en Matilde, por primera vez, un amor-pasión que camina en el mismo sentido de su poesía. Antes, la mujer y el trabajo creador vivieron en planos separados. Para medir la importancia de Matilde en la vida y en la escritura de Neruda, baste decir que sólo ella logró liberar al poeta de la obsesión de Josie Bliss. No se trataba únicamente de la tenaz nostalgia de un incancelable momento de embriaguez erótica vivido en Rangún en 1928. Algunos años más tarde, en Madrid 1935, Neruda logra por fin nombrar a Josie Bliss en su escritura poética (véase el último poema de *Residencia en la tierra*), es decir, logra aceptar un traumático recuerdo que en vano había intentado negar o rechazar.

Este rendirse a la obsesión de Josie Bliss significa para Neruda com-

prender y aceptar su íntima necesidad —como hombre y como poeta, unitariamente— de esa plena dimensión erótica que la amante birmana había encarnado, al parecer irrepitiblemente. No logrando encontrar una figura similar, Neruda se resignará a la escisión todavía por otro decenio. Hasta que en su horizonte de vida aparece Matilde. El poeta, escaldado y temeroso de engañarse, resiste aún a lo evidente. Pero la inquieta etapa de convivencia en Europa (1951-1952) abatirá las residuales desconfianzas y por ello Matilde, que lo sabe muy bien, dedica a este período un lugar central y privilegiado en sus memorias. El poeta puede finalmente autodesignarse Capitán, como un héroe triunfante: el pleno amor ha venido a coronar el reconocimiento intercontinental de su poesía.

La representación que Neruda propone de Matilde incluye un signo —de claro valor erótico— que la sitúa en la misma línea figurativa y simbólica de Josie Bliss, un signo que la indica como su heredera y superadora. Es el adjetivo *salvaje*: «Y de todos los dones de mi patria / sólo escogí tu corazón salvaje», «Mi muchacha salvaje», y otros versos similares. En 1957 Neruda y Matilde emprenden juntos un largo viaje por varios continentes, con significativas escalas en Rangún y Colombo. El capitán conduce a su reina a los lugares sagrados de su itinerario biográfico, no sólo para completar su iniciación al nuevo destino común y compartido, sino también, y sobre todo, para exorcizar con la presencia de Matilde la zona más delicada y de mayor riesgo del propio pasado. Esto es, para asumir (y digerir) definitivamente ese punto traumático del ayer. Lo dice explícitamente (o casi) un poema de *Estravagario* escrito a raíz de la visita a Rangún: «Adiós, calles sucias del tiempo, / adiós, adiós, amor perdido, / regreso al vino de mi casa, / regreso al amor de mi amada, / a lo que fui y a lo que soy, / ... / regreso para no volver, / nunca más quiero equivocarme, / es peligroso caminar / hacia atrás porque de repente / es una cárcel el pasado». («Regreso a una ciudad»).

3

No hay en estas memorias un registro detallado y continuo del viaje de 1957 ni de los sueños que siguieron (hasta 1973). Sólo alusiones, dispersas aquí y allá. Tal vez le faltaron tiempo y fuerzas a Matilde para extenderse en zonas de la biografía de la pareja que, justamente por insertarse en el curso de una asentada normalidad, se ofrecían con mayores problemas o exigencias de elaboración. Faltan, por ejemplo, desde la óptica de esa observadora y copártcipe privilegiada que fue Matilde, la crónica menuda o esencial de los cinco meses del viaje por Venezuela en 1959; del viaje a Cuba en 1960 y del posterior conflicto con los intelectuales cubanos (1966); del trabajo político del poeta en el comité central del Partido Comunista chileno y de su participación en las campañas presidenciales de 1958, 1964 y 1970 (como de su candidatura personal en 1969); del inicio y desarrollo de la enfermedad que ensombreció los últimos años del poeta, pero que también puso a prueba y testimonió sus extraordinarias dotes de coraje, señorío

y vitalidad (que personalmente me fue dado admirar más de una vez); de la embajada en Francia y del Nobel. Falta buena parte de la dimensión cotidiana del proyecto *Vivan con él*. Cabe esperar que la actual Fundación Pablo Neruda, o el albaceazgo Matilde Neruda (editor de estas memorias), elaboren y publiquen los apuntes que sin duda la compañera de nuestro poeta pergeñó a lo largo de los años y que no alcanzó a desarrollar.

Estos vacíos que señalo no quitan méritos a las memorias de Matilde en el estado de redacción que lograron. (Los enuncio sólo como desahogo del investigador. Es que falta aún tanta información sobre las circunstancias de escritura de los libros de Neruda en que Matilde fue testigo desde algunos capítulos de *Canto General* en adelante). La estructura del libro obedece, en efecto, a una lógica muy atendible que la memorialista desarrolla a un buen nivel de coherencia y eficacia. Lo característico de esa estructura es que los mencionados capítulos 4-13, referidos a la etapa de consolidación de la pareja en Europa, aparecen enmarcados por tres capítulos iniciales en que Matilde evoca los días del golpe de estado, de la muerte y funerales del poeta, y de su primer regreso de solitaria a Isla Negra; y por diez capítulos (del 14 al 23) que narran las vicisitudes y experiencias de la viuda de Pablo Neruda hasta 1983 (el presente de la redacción).

Estos diez capítulos finales a mi parecer son excelentes: lo mejor del libro. Matilde escribe con más soltura y menor énfasis en esta parte, por lo cual el lector llega a identificarse de modo natural y creciente con el íntimo proceso de esta mujer que de improviso debe afrontar, infinitamente sola, la responsabilidad enorme de preservar y prolongar con dignidad el legado público de su marido.

Todo el mundo reconoce hoy que desde aquel septiembre de 1973 hasta su muerte Matilde se comportó con un coraje, con una entereza, con una decisión y sentido de la responsabilidad que a no pocos sorprendieron. La verdad es que nadie le habría podido reprochar que ella hubiese elegido una vía más cómoda y menos riesgosa. Habría podido terminar sus días en un tranquilo y hasta privilegiado exilio. Pero prefirió quedarse en Chile y allí su estatura personal creció al punto que, por méritos propios, el pueblo chileno llegó a ver y a reconocer en ella, verdaderamente y sin retórica, la prolongación viva de Pablo Neruda. Lo atestiguan los actos de masas en que participó y las manifestaciones múltiples de reconocimiento y adhesión que continuamente recibía en la calle, en su casa y, en particular, durante los recurrentes homenajes a la memoria del poeta en el cementerio.

Matilde comprendió que su tarea no era sólo la de preservar y completar la herencia literaria de Neruda (que por lo demás ella asumió egregiamente con la publicación de *Confieso que he vivido* y de los volúmenes póstumos *El río invisible*, *Para nacer he nacido* y *El fin del viaje*), sino sobre todo la de prolongar, sostener y vivificar el sentido épico-político de esperanza y acción, de confortación y resistencia, que la obra del poeta implica. A ello se entregó con energía y valor. Y con éxito. En un determinado momento Matilde llegó a ser, junto con la Iglesia popular, la única

figura pública y visible de referencia para los humillados y perseguidos de Chile. Difícil imaginar una misión de amor mejor cumplida.

Pero en sus memorias Matilde narra, con extrema sencillez y eficacia, cuánto le fue difícil pasar desde la soledad y el miedo a la acción decidida y descubierta. Así nos enteramos de cómo, en los primeros meses, ella abarrotaba de muebles la puerta de su habitación en el Hotel Crillón por temor a la violencia de los esbirros de la dictadura. Y de cómo logró superar ese temor, de cómo se acercó a la gente y la gente se acercó a ella, de cómo fue aclarando y fortificando su tarea a través del horror, de las lágrimas y de la solidaridad. Y también a través de las defecciones. Son impresionantes las páginas que revelan el miedo penoso de gentes que parecían tan fieles amigas del poeta y que en la hora decisiva abandonaron a Matilde, como fue el caso del ex-secretario Homero Arce y de una cierta «poetisa osornina» (Delia Domínguez, al parecer). Resalta por contraste la figura leal y confortante de la escritora Teresa Hamel, que sin tregua acompañó a Matilde hasta en sus últimos días.

II. JOSE MIGUEL VARAS

Matilde Urrutia tenía una voz grave y una curiosa lentitud en el hablar. Su entonación y su manera cuidadosa de articular (ninguna sílaba se perdía o resultaba borrosa) no eran chilenas. Tal vez estaban influenciadas por sus años de residencia en México. Esta manera de hablar exótica prestaba a veces una solemnidad especial a lo que decía, pese a que era una persona esencialmente llana, terrenal y práctica, ajena a solemnidades de toda clase y, en especial, *believe it or not*, a efusiones líricas.

Se tiene la impresión de escucharla hablar a medida que uno se adentra en la lectura de sus memorias, *Mi vida junto a Pablo Neruda*, testimonio de una historia de amor y de la transformación de una mujer, de temple notable, que asume sin buscarlo, el papel de una vocera del pueblo frente a la dictadura.

El libro de Matilde tiene el difícil mérito de la naturalidad, del estilo directo, desprovisto de adornos y pretensiones. Se le podrá echar en cara, tal vez, que no transmite con la altura esperada el estremecimiento del Gran Amor; a lo cual se puede responder que esa fue, sobre todo, la tarea del poeta mientras que la suya fue suscitarlo y vivirlo. No es poco. Además, con su «modito», como a ella le gustaba decir, logra comunicar momentos de intensa emoción. Se diría, por otra parte, que le complace el contraste entre su relativo prosaísmo, su vuelo rasante de perdiz doméstica, y la tendencia del poeta a elevarse a las alturas. Hay en esto una especie de humildad al revés, en el fondo un orgullo feroz. Es como si asumiera deliberadamente el papel de la mujer ajena al brillo intelectual, para decir entre líneas: así como soy, me amó.

¿Y cómo era? Estas memorias de Matilde Urrutia omiten mucho de su biografía, tal vez la mayor parte. Aportan, no obstante, suficientes claves sobre su origen provinciano y campesino, sobre su madre, sobre su carácter. Ellas se encuentran, sobre todo, en el bello capítulo donde describe su breve estancia con Neruda en la aldea suiza de Nyon, primer encuentro en profundidad de los amantes. La primera ocasión en que los dos se cuentan sus vidas. Escribe Matilde:

«Mi madre tomaba un puñado de trigo, levantaba su brazo y parecía que, junto con el, también volaría esa mano que en ese momento, parecía tener alas. Este trigo caía como si grano a grano lo hubieran sembrado. Muchas veces quise imitarla, pero el puñado se me caía de golpe. Qué frustración sentía. Mi deslumbramiento ante los brotes nuevos viene ahora a iluminar mi memoria. Nunca me he desprendido de esta sensación, de este deseo de sembrar. Cuando este trigo crecía, lo cosechábamos verde, mi madre lo golpeaba y sacábamos el soplillo.

—¿Qué? —me preguntó Pablo.— ¿Soplillo? Años que no escuchaba esa palabra, había salido de mi memoria, y qué hermosa es.

Aquí estaba la diferencia, Pablo recordaba la palabra por hermosa. Yo la veía en una cazuela, o en los porotos que saciaban mi apetito». (p. 67)

En el extraordinario discurso pronunciado por Matilde en 1983, en el acto realizado en el Teatro Caupolicán de Santiago con motivo de los diez años de la muerte de Neruda, ella hace una especial valoración del componente campesino, cotidiano y popular de su poesía, que sin duda existía desde antes bajo formas más intelectuales y con un dejo metafísico (no olvidemos, entre otros poemas, los «Tres Cantos Materiales»: a la madera, al vino, al apio), pero que se afirma, adquiere una dimensión mayor y un carácter más concreto a partir de las Odas, que es como decir a partir de Matilde. El discurso, su texto completo, forma parte también de las memorias. «El conocía los problemas del pueblo, los veía, los palpaba. En sus odas se vuelca a las cosas más simples: los objetos más humildes los levanta, los sublimiza; le canta a la cebolla, al tomate, a la alcachofa, al pan, al aire, a las tijeras...» (p. 235)

Durante aquellas largas conversaciones amorosas en Nyon (¿1950 ó 1951?) los amantes no se tutean. Parece que no se tutearon nunca. Siempre se trataron de «usted», con esa antigua y pudorosa cortesía nacional entre los más próximos, que parece redoblar, en su aparente distanciamiento, el vínculo amoroso.

El libro de Matilde oscila entre los relatos del amor y los del espanto, la represión y la soledad, entre la evocación siempre luminosa y alegre de la vida con Neruda y la evocación sombría y trágica de los días que siguieron al golpe militar y a la muerte del poeta. No se presenta como una heroína ni pretende asumir el papel de una dirigente política o social. Algunas de sus páginas más conmovedoras son precisamente aquellas en que habla del miedo atroz que la atenazaba, agravado por la actitud de algunas personas a quienes consideraba amigas y que, igualmente poseídas por el miedo, la dejaron sola en los momentos más difíciles.

Va al cementerio a poner flores en la tumba de Pablo (aquel mausoleo prestado del que más tarde será «expulsado» el poeta) y presencia un gran número de cortejos fúnebres simultáneos. «Un cortejo de pobre se reconoce, ellos no disimulan su dolor», reflexiona. «Pero ¿por qué tanto muerto al mismo tiempo, a la misma hora?» Un sepulturero se lo explica: «Comenzaron a entregar los muertos en el Instituto Médico Legal. Dicen que había tantos que ya no cabían. En la noche, después del toque de queda, llegaban en camiones llenos, los sacaban del Mapocho y los recogían en las calles. En estos días, los deudos han hecho colas de cuerdas y cuerdas, recogiendo muertos. Serán unos días de mucho trabajo. Están muy apurados terminando esa ala del fondo, porque creemos que van a faltar los nichos» (págs. 169-170).

Sigue una noche de insomnio, de terror, en su habitación solitaria del Hotel Crillón, donde se atrincheró colocando un sillón y un escritorio contra la puerta. Pero a la mañana siguiente ha brotado en ella una nueva actitud.

«—¿Cómo durmió, señora? —me pregunta la mucama, con voz cariñosa. De seguro mi cara era poco tranquilizadora y, ante su sorpresa, le contesté: —Muy bien, gracias. Tengo mucho que hacer, tráigame pronto el desayuno. Había comenzado, sin darme cuenta, la comedia más grande de mi vida. Me hice el firme propósito de que todo el mundo me viera de pie, firme, serena, trabajando. En este momento no sabía muy bien de qué se trataba, sentía que en ello había una puesta o un desafío a la vida.»

Tenía en verdad mucho que hacer. Y lo hizo. Debía ocuparse de la edición de los ocho libros póstumos de Neruda, que él había dejado prácticamente listos (su plan era lanzarlos como una catarata en 1974, el año de su setenta cumpleaños); revisar y preparar para la imprenta, con la ayuda de Miguel Otero Silva, sus *Memorias Confieso que he vivido*; tomar medidas para salvar y preservar el patrimonio nerudiano, las colecciones, los libros, los bienes del poeta; reconstruir la casa de Santiago, «La Chascona», devastada por la dictadura.

Y, además, denunciar lo que ocurría en Chile, dentro y fuera del país. Sumarse a la lucha de los familiares de los presos y de los desaparecidos. Compartir, en suma, la suerte de todos. Responder a una suerte de mandato que le llega de la profundidad del pueblo que sufre y, también, del recuerdo del compañero ausente. Escribe:

«... poco a poco, como un rumor subterráneo, como una fuerza incontenible, llega hasta mí, inesperadamente, consuelo y compañía. Vencido el miedo, que es aterrador en estos días, comienzan a llegar a mi casa mujeres de las poblaciones, pálidas y temblorosas. Me abrazan con afecto, como si perteneciéramos a una misma familia. Me cuentan que están desesperadas. No tienen suficiente alimento para sus hijos, viven en casas miserables, la cesantía aumenta cada día. «Estamos acostumbradas a la pobreza —me dicen—, pero ahora no es sólo eso. En la noche, mientras estamos dormidas, comienzan los operativos militares. Los hacen sin piedad. Ni siquiera nos dan tiempo para

vestirnos y nos sacan a la interperie, sin importarles el frío de la noche ni el llanto de los niños que viven una terrible pesadilla. Y, además, se llevan nuestras cosas. Dicen que no podemos tener radios porque escuchamos Radio Moscú.”

Todo esto me hace sufrir pero, al mismo tiempo, me da fuerzas. Comienza a invadirme una rebeldía muy grande y, gracias a ella, empecé a perder mi propio miedo, a buscar dónde cobijarme, algo que atenuara esa mezcla de soledad y de terror. Y fue así como mi vida comenzó a llenarse de otras vidas. Comprendí que debía hacer algo para vencer mis propios miedos. Tenía que hacer frente a las angustias, como las que me provocaban las sombras de la noche» (págs. 233-234).

Así, paso a paso, Matilde nos va mostrando el proceso de su transformación, la misma que en estos años han experimentado tantas mujeres chilenas enfrentadas al salvajismo del régimen y que las ha llevado a las primeras filas del combate.

Mi vida junto a Pablo Neruda nos cuenta algunas cosas nuevas sobre el poeta, pero, sobre todo, nos cuenta mucho sobre Matilde Urrutia, una mujer ante la cual hay que sacarse el sombrero.

Sobre «La desesperanza»

VICENTE REYES

La última novela de José Donoso, *La desesperanza* (Seix Barral, Barcelona, 1986), tiene un desarrollo concentrado, cinematográfico, que cubre algo menos de veinticuatro horas y que gira en torno a la muerte de Matilde Urrutia, en cuyo velorio se reúnen los personajes principales, para describir a lo largo de la noche siguiente una trayectoria alucinante, reveladora de algunos de los planos secretos de la realidad nacional, y reunirse una vez más al mediodía siguiente en los funerales de la viuda de Pablo Neruda. El escritor se sujeta, sin que ello aparezca forzado, a las tres unidades dramáticas —de tiempo, de acción, de lugar— que exigían los cánones del teatro clásico, aunque evidentemente asistimos desde la conciencia de algunos personajes, a relatos y trasposiciones de lugar que agregan densidad evocativa a una narración que es esencialmente lineal.

El protagonista, Mañungo Vera —cantante de protesta oriundo de Chiloé, triunfador en escenarios europeos con una imagen de artista guerrillero (guitarra-sexo-metrallera), que empieza a envejecer y a dudar de sí mismo— regresa a Chile en busca de raíces y de su propia identidad. Lo acompaña su hijo nacido en Francia, Jean-Paul, para quien Chile es un lugar ingrato, incomprensible, carente de atractivos.

Sin respiro, desde el instante mismo en que se instala en un hotel santiaguino, se entera de la muerte de Matilde y se traslada a «La Chascona», la casa de Neruda junto al cerro San Cristóbal; la realidad nacional del año 13 de la dictadura lo envuelve, se le impone con fuerza incontrarrestable y lo conduce a través de una serie de experiencias traumáticas, a la decisión de no regresar a Europa, de quedarse para siempre. No para proseguir de otro modo o relanzar una carrera de artista de éxito, sino para desarrollar una acción política contra el régimen.

«¿A través de las canciones?», le pregunta un periodista. Mañungo responde: «Eso quisiera. Aunque quien sabe si las bombas no van a ser la única alternativa. Ellos tienen la culpa. Porque ¿qué se puede hacer si nos fuerzan a la violencia quitándonos toda esperanza? No justifico las bombas. Pero las comprendo».

Como a menudo ocurre en las obras literarias de verdad, puede ponerse en duda el carácter protagónico del cantor. A lo menos otros dos personajes se lo disputan y en extensos pasajes lo relegan a segundo plano, porque se imponen con mayor fuerza en la imaginación del lector.

Uno de ellos es el lamentable «Lopito», el alguna vez poeta, inédito persistente, que no teme «a lo abyecto ni a lo ridículo ni a la humillación porque jamás conoció otra cosa», que se ha quemado en todas las militancias políticas de izquierda, alcohólico, maloliente, feo hasta la monstruosidad, insolente... Este nuevo habitante de la extensa galería de monstruos donosianos nos conmueve de una manera extraña y en una transfiguración repentina desafía, por motivos no políticos sino personales, a la brutalidad de los carabineros, para morir casi heroicamente, sin dejar de ser grotesco hasta el final.

Donoso, que ha dicho a menudo, sinceramente, que la política «le carga», hace notar que en Chile hoy todo es política o desemboca de algún modo en la política. Así, cuando «Lopito» quiere expresar una protesta personal en defensa de su hija convertida en motivo de burla, inconscientemente emplea el léxico político («carabineros asesinos») y paga las consecuencias.

El otro personaje protagónico es Judith Torre, más conocida como «La Ju», en quien se acumulan los encantos físicos («don Celedonio aseguraba que cuando los paleontólogos desenterrarán su quijada en unos cuantos milenios más, iban a poder reconstruir a partir de ese hueso maestro el espécimen perfecto de la mujer de la clase privilegiada latinoamericana») y junto a esos encantos, un nudo de contradicciones íntimas particularmente turbias y complejas.

«Lopito» y «La Ju» se apoderan con desplante del centro de la escena, «se roban la película» y permanecen en el recuerdo con rasgos más acusados que el vacilante Mañungo Vera, entregado a un agotador autoexamen permanente.

Igualmente fuerte, aunque acaso caricaturesca en exceso, es la figura de Federico Fox (Freddy Fox) que llega al velorio de Matilde con el propósito de apoderarse de colecciones de manuscritos del poeta, chantajeando

do a los miembros de la «Fundación Neruda» en formación con la amenaza de impedir su reconocimiento legal por parte del régimen militar.

«Muy alto, muy gordo, muy blando parecía un proyecto de inmenso bebé lubricado con aceites fragantes, que cuando saliera del estado fetal y se le formarían las facciones y le creciera la pelusilla del cráneo, quizás llegaría a ser un bonito niño rubio. Su papada unía con una comba espléndida a su mentón con su vientre, que rebotaba dentro del tiro altísimo de sus pantalones sostenidos por suspensores. Chupaba sus labios en un simulacro de perpetua lactancia, e insatisfecho, se reconfortaba con los mimos de sus manos de muñeco de loza que acariciaban su propio cuerpo. Miraba con gula aunque sin hambre a las mujeres demasiado jóvenes, o los libros que le interesaban para su colección acumulada en un viejo palacete de adobe emperifollado en el barrio bajo, donde sus hijitos, parecidos a él antes de hipertrofiarse, crecían a cargo de clérigos sobrealimentados.

Esta guagua gigante y asquerosa tiene una vinculación estrecha con la dictadura, que ha estimulado su afán insaciable de riquezas y le ha proporcionado nuevas ocasiones de multiplicarlas. En él podría verse un retrato de gente como Agustín Edwards, Eleodoro Matte, Anacleto Angelini u otros potentados de las finanzas, que son los que hacen, el amparo de Pinochet y sus equipos de asesinos y torturadores (también presentes en el libro), el gran negocio de la sangre.

Donoso está en su mejor terreno cuando pinta a la gente de las clases privilegiadas, rebeldes o conformistas, que en su literatura ha tenido siempre una contrapartida en los personajes populares del servicio doméstico, a los que parece considerar —erróneamente, a nuestro juicio— como representantes del pueblo en su totalidad. (Pero ese es un tema que requiere mayor desarrollo).

En *La desesperanza* están presentes las fobias y las obsesiones de este escritor de ojos penetrantes. Sorprende ahora, por su virulencia, (que no habíamos notado en obras anteriores) el odio con que amontona rasgos negativos sobre «Lisboa», el personaje que representa en su novela a los comunistas. Es oportunista, machista, prepotente, primitivo, sectario. No tenemos, por cierto, la intención de sostener que todos los comunistas son perfectos; pero en la acumulación emblemática de aspectos repulsivos de que Donoso hace víctima a «Lisboa» hay algo que contraría a la veracidad literaria, y a la veracidad *tout court*. Es inverosímil (políticamente) la reacción que le atribuye el escritor de oponerse por todos los medios a que se diga una misa a la memoria de Matilde, contrariando el deseo supuestamente manifestado por ella en su lecho de muerte. La idea de que un comunista, los comunistas en general, el Partido, se opusieran a que se celebrara una misa fúnebre por la viuda de Neruda para evitar que así la Iglesia católica apareciera «encabezando la resistencia»... es absurda. No tiene relación alguna con la conducta real de los comunistas en Chile. (Hace pocos meses hubo no sólo una misa sino varias en memoria de Roberto Parada, militante comunista, sin que a ningún comunista en Chile

se le ocurriera la idea peregrina de tratar de impedirlo, que parecería más bien la ocurrencia propia de algún anticlerical burgués de comienzos de siglo).

Más allá de estas deformaciones, que emanan sin duda de prejuicios y de un conocimiento imperfecto de la realidad política, el libro de José Donoso tiene fuerza y el mérito de asumir una clara posición de condena de la dictadura, no en términos de manifiesto, sino a través de la acción y de los personajes novelescos.

Muerte y resurrección del teatro chileno

OSVALDO OBREGON

Numerosas publicaciones dedicadas al teatro chileno han aparecido estos últimos años, tanto dentro como fuera del país¹, sin contar la proliferación de artículos y entrevistas que puede constatar en revistas de distinta procedencia². Las nuevas razones de este interés son muchas, pero la principal es la vitalidad que ha encontrado el arte escénico de Chile, una vez repuesto de la conmoción violenta de 1973 y, justamente, como respuesta a las condiciones impuestas por la dictadura.

Una de las obras más recientes es *Muerte y resurrección del teatro chileno, 1973-1983*, de Grinor Rojo, publicado en 1985 en la colección Libros del Meridión por Ediciones Michay, de Madrid.

El título del libro alude a esa doble situación provocada por el golpe militar: clausura y término de un período de la historia del teatro chileno e inauguración de una nueva etapa que —sólo en el curso de una década— puede ya mostrar frutos estimables y un vigor que hace esperar mucho más aún.

Tal como lo declara expresamente el autor, el libro es una refundición ampliada de tres ensayos que sirven de base a los tres capítulos que consti-

Osvaldo Obregón es profesor en la Universidad de Franche-Comté, Besançon (Francia). Es especialista en teatro latinoamericano.

¹ He aquí una lista no exhaustiva: *Testimonios del teatro. 35 años de teatro en la Universidad Católica* (1980) de Giselle Munizaga y María de la Luz Hurtado; *El teatro chileno de mediados del s. XX* (1982) de Elena Castedo-Ellerman; *Teatro chileno de la crisis institucional: 1973-1980 (Antología crítica)* (1982) de Hernán Vidal, Carlos Ochsenius y M. de la Luz Hurtado; *La dramaturgia de Egon Wolff* (1985) y *Cultura y teatro obreros en Chile: 1900-1930* (1986) de Pedro Bravo Elizondo. Mención especial merecen las numerosas e interesantes publicaciones de CENECA (Santiago de Chile) sobre el teatro posterior a 1973.

² En materia de revistas, nos referimos principalmente a: *Conjunto* (La Habana), *Latin American Theatre Review* (Lawrence, USA), *Primer Acto* (Madrid), *Araucaria de Chile* (Idem), *Revista de Teatro Chileno* (Idem), *Caravelle* (Toulouse), *Etudes Ibériques* (Rennes), *Mensaje* (Santiago), *La Bicicleta* (Idem) y *Literatura Chilena. Creación y Crítica* (Madrid).

tuyen el corpus central: I.—Muerte y resurrección del teatro chileno; II.—Cuatro piezas de la segunda mitad de los años setenta; y III.—Agosto y septiembre de 1982.

El primer capítulo es un panorama que abarca desde 1941 —nacimiento del primer teatro universitario profesional— hasta 1983, período escindió brutalmente por la fractura de 1973.

El segundo, comprende el análisis textual de cuatro obras consideradas representativas de la etapa 1973-1983: *Pedro, Juan y Diego* de David Benavente y el ICTUS; *¿Cuántos años tiene un día?* de Sergio Vodanović-ICTUS; *Los payasos de la esperanza* de Raúl Osorio y Mauricio Pesutić, en colaboración con el Taller de Investigación Teatral (TIT); y *Tres Marías y una Rosa* de David Benavente y el TIT.

El tercer capítulo es el producto de un contacto directo del autor con los espectáculos —en cartelera y fuera de ella— que pudo ver durante dos meses de permanencia en Chile, principalmente en Santiago³.

Los capítulos enunciados se complementan con un anejo titulado: «La obra dramática y la obra teatral», que resume los postulados teóricos de G. Rojo, y, finalmente, con la bibliografía que le ha servido de apoyo.

En cuanto al enfoque, hay ciertas características generales que determinan el perfil de este trabajo y que señalaremos para orientar mejor al lector eventual:

1) Aunque se estudian cuatro textos dramáticos, la mayor parte del análisis toma en cuenta el fenómeno teatral de manera global, abarcando todos los aspectos de la producción escénica, desde la creación y representación de las obras hasta la recepción por el público.

2) El autor le asigna —y con razón— una importancia fundamental a las condiciones en que se realiza la producción y difusión teatral, es decir, el conjunto complejo de factores sociales (en su sentido más amplio) condicionantes, los cuales intervienen en cada fase del circuito creación autoral-escenificación-recepción. En este sentido queda claro que estas condiciones divergen totalmente entre el teatro del período democrático (1941-1973) y el teatro que ha podido desarrollarse durante y, a pesar, de la dictadura. Entre muchas otras consecuencias generadas por el golpe militar, se constata que el teatro universitario subvencionado —motor de la renovación teatral desde 1941— ha perdido institucional y artísticamente toda significación después de 1973 y que sus mejores elementos constituyen hoy la vanguardia del teatro independiente.

3) A nivel autoral, G. Rojo constata también una renovación. Paralelamente a la creación de los dramaturgos en actividad, salidos del movimiento universitario: Wolff, J. Díaz, Sieveking, Vodanović e I. Aguirre (para citar sólo a los más importantes), surge una nueva generación compuesta por D. Benavente, Radrigán, De la Parra, Cohen y otros, cuyo aporte

³ Grñor Rojo es profesor asociado en la Ohio State University (USA) y autor de *Los orígenes del teatro hispanoamericano contemporáneo* (Valparaíso, 1972). Se trataba de su primer viaje a Chile después de los años de exilio.

es valioso en estos últimos años. Puede observarse también que la modalidad denominada «creación colectiva» sigue vigente en Chile (ICTUS, TIT, etc.) y que se ha acentuado considerablemente la colaboración estrecha entre autores y compañías.

4) Aunque restringido a dos meses de actividad teatral, el último capítulo da una visión bastante «instructiva» (para quienes están en el exilio) del teatro capitalino de los años ochenta. El autor establece tres categorías: «el teatro estable», formado por las compañías sólidamente implantadas; «el teatro inestable», compuesto por algunas compañías que figuran episódicamente en la cartelera, cuya trayectoria es irregular; y «el teatro fuera de la cartelera», al cual pertenecerían los grupos poblacionales, estudiantiles, obreros, campesinos, que operan fuera del circuito profesional.

En suma, aunque el libro de G. Rojo no presenta una estructura realmente orgánica, dada su gestación, los diferentes capítulos son complementarios entre sí. La abundancia y extensión de las notas cumple la función de amplificar y enriquecer por esa vía los tres ensayos que sirvieron de base al libro. Hay allí mucha documentación y comentarios al margen, que son útiles para el lector.

El panorama del primer capítulo es novedoso, particularmente en relación a la etapa posterior a 1973, donde incluso hay algunas suscintas páginas sobre el teatro chileno en el exilio, que el autor promete ampliar posteriormente.

El análisis de las cuatro obras es interesante, pero demasiado somero, a nuestro juicio. («*On reste sur sa faim*»). En cambio, el último capítulo tiene un desarrollo mayor y más acabado. Es el más extenso, junto con el panorama 1941-1983.

El lector de este libro no se enfrentará al clásico estudio circunscrito a los autores y las obras de un período determinado, sino a un trabajo que abarca el fenómeno teatral en sus múltiples aspectos y en relación estrecha con la sociedad chilena en su paso desde la democracia a la dictadura.



es visible en el fondo. Puede observarse también que el cuadro
del don Juanito «Juanito» (ver el cuadro en Chile OCTUB. 1911)
que se ve en la esquina superior izquierda de la ilustración está en
el fondo y a la izquierda.



J. M. V.

El poeta y periodista

Julio Huasi

El cable nos trajo, con su fría ferocidad cablegráfica, esta noticia:

BUENOS AIRES, 10 DE MARZ (PL). EL POETA Y PERIODISTA ARGENTINO JULIO HUASI SE SUICIDO DE UN DISPARO EN LA SIEN EN SU DOMICILIO, INFORMO LA POLICIA EN ESTA CAPITAL, SIN QUE SE CONOZCAN LOS MOTIVOS DEL HECHO.

Y los ojos repentinamente empañados no permiten leer el resto de la noticia, que muy poco puede agregar a lo esencial irremediable: SE SUICIDO DE UN DISPARO EN LA SIEN.

Poeta y periodista. en nuestros países no es una combinación demasiado excepcional. Suena como una rareza en el mundo desarrollado, donde los poetas suelen encontrar resquicios académicos o diplomáticos o burocráticos para construir sus nidos. Poeta y periodista. Recordamos de inmediato, en Chile, a Alfonso Alcalde, a Raul Iturra, a Julio Moncada. ¿Y por qué no a Pablo de Rokha que anduvo siempre editando y escribiendo sus *Multitudes*? Pero no. De Rokha era otra cosa. Era periodista desde su pedestal de poeta, no periodista profesional, que quiere decir casi siempre impersonal.

A Julio Huasi lo conocí primero como periodista en el diario *Ultima hora* y en la revista *Punto Final*. No llegamos a ser amigos en Chile. Conversamos raras veces aunque nos topamos con frecuencia. A veces nos miramos con algún matiz de desconfianza, de torpe animosidad sectaria, por ambas partes. Lástima. Creo que sí nos hicimos amigos en Buenos Aires, cuando nos encontramos en noviembre de 1985.

Deja media docena de libros de poesía y más de una resma de crónicas, algunas inolvidables, como la que dedicó a Violeta Parra en *El País*. Los libros, ediciones de escaso tiraje, salvo *Bandolor* y *Sangral América*. Antes de eso, en Buenos Aires había editado tres colecciones de escaso tiraje, salvo tal vez el volumen que apareció en La Habana, en 1971, con sus cuadernos *Bandolor* y *Sangral América*. Antes de eso, en Buenos Aires había editado tres colecciones de poemas: *Sonata popular de Buenos Aires*, *Yanquería* y *Los increíbles*. En 1981 publicó en Madrid, en la colección «Puerta del sol» su libro *Asesinaciones*. Luego en Buenos Aires, «Hernández editor» publicó en un solo volumen, con dibujos de Carpani, tres colecciones de poemas: de nuevo *Asesinaciones*, *Matría mía azul* y *Comparancias* (1985).

En la contraportada de este último libro se publican dos cartas (o fragmentos de cartas) de Julio Cortázar. Son interesantes y dan una alta valoración de la poesía de Julio Huasi. La primera, fechada en París el 1 de noviembre de 1981, dice:

«Querido tocayo: (...) Te imaginás lo que siento al leer *Asesinaciones*, lo que puede sentir un argentino ante cada uno de esos poemas. Y digo cada uno porque es así, porque no hay ni uno solo que salga de esa línea espantosamente lúcida.(...) Y cuando llegué a «El gurí» se me aflojó la canilla, que querés, la presión de todo lo ya leído me cayó en la espalda. (...) Aludo sobre todo al ataque que llevás a la lengua, la forma en que transgredís sin miedo cualquier tabú del «castellano» para crear formas expresi-

vas de una fuerza enorme. ¿Quiénes entenderán esto, a partir del título que ya es un salto en lo nuevo? ¿Quiénes tendrán el coraje de sacarse los pantalones del cerebro y los calzoncillos de la tradición para ver como los estás metiendo en una dimensión diferente? Y tanto más, Julito...»

La otra carta, desde Managua, el 27 de enero de 1983:

«Querido tocayo: (le dije a) que tu libro era para mí el más importante libro de poesía argentina de todos estos últimos años, ya que el avance que hacías en él, en el terreno de la escritura y la desescritura tenía un tal alcance (...) sin hablar de los incapaces de acercarse ni de lejos a ese nivel de poesía. (...) Un abrazo bien fuerte para vos, Julio Cortázar».

La poesía de Julio Huasi tiene mucho que ver con Chile. Con De Rokha, con Violeta, por de pronto. Además el poeta dedicó gran número de versos a sucesos, a personajes a circunstancias de nuestro país y se identificó de manera entrañable con los sufrimientos y la pelea del pueblo chileno. Por sus poemas andan, además de los nombrados, Víctor Jara, Jaime Barrios, Miguel Enríquez, Luciano Cruz, Salvador Allende, los «viejos» de La Disputada y otros más.

Julio Cortázar tiene razón cuando habla en su carta de su emoción desbordada al leer «El gurí», y no puedo dejar de recordar aquella noche de noviembre en Buenos Aires, en un restaurante de la calle Corrientes (que talvez se llama «Pepito») donde entramos con Leonardo y Julio Huasi para comer la más económica paella y tomar vino tinto mendocino. Y Julio se disculpó un momento y regresó poco después, con sus ojos verdes o verdosos completamente melancólicos y «de vuelta», y su cara de americano pobre, castigado por la intemperie, acompañado de su hijo de once años, que era pálido y serio y que nos dio muy seriamente la mano y después

se alejó, se fue, parece, a sentar a otra mesa, para dejarnos tranquilos, para dejar tranquilo a su padre, tomando y conversando con nosotros. Ya era tal vez la medianoche o algo más, por Corrientes pasaba un río correntoso de gente y pensé de manera fugaz que aquel niño debería estar acostado. Pero nos engolfó la conversación, el vino, la paella, y la otra botella. Dejamos de pensar en él por largo rato (¿dos, tres horas?) hasta que pagamos, carraspeamos, tosimos, decidimos partir y al salir, allí estaba él, solo, flaco y pálido, sentado delante de una pequeña mesa, esperando a su padre.

Y entonces, al leer «El gurí», como dice Cortázar, «se afloja la canilla».

Alguna vez se hará justicia, probablemente, a Julio Huasi. O no. Quien sabe. ¿Caerá a la fosa común de los poetas olvidados de estos tiempos?

Y otra vez, leer el cable:

BUENOS AIRES, 10 DE MARZ (PL). EL POETA Y PERIODISTA ARGENTINO JULIO HUASI SE SUICIDO DE UN DISPARO EN LA SIEN EN SU DOMICILIO, INFORMO LA POLICIA EN ESTA CAPITAL, SIN QUE SE CONOZCAN LOS MOTIVOS DEL HECHO.

HUASI ERA UN CONOCIDO CRITICO LITERARIO DE LAS REVISTAS «EL PERIODISTA», QUE SE EDITA EN ESTA CIUDAD Y DE «BRECHA» DE MONTEVIDEO Y ERA IGUALMENTE ESTIMADO COMO POETA. EL ESCRITOR ARGENTINO JULIO CORTAZAR LO HABIA CALIFICADO COMO UNA DE LAS MAS EXPRESIVAS VOCES LIRICAS DE AMERICA HISPANA.

AUNQUE NO SE INFORMARON LOS MOTIVOS DEL SUICIDIO, SE CONOCIA QUE JULIO HUASI SE ENCONTRABA ULTIMAMENTE ENFERMO Y QUE HABIA DESMEJORADO EVIDENTEMENTE SU SALUD.

LA OBRA DE HUASI FUE IGUALMENTE ELOGIADA POR EL POETA PABLO NERUDA, PREMIO NOBEL DE LITERATURA. 10-3-87

el gurí

vagamos mi hijo y yo perdidos por un frío callejón,
me lleva de la mano como a un ciego en la neblina,
el puma y su cachorro marchan sin palabras
despatriados sin su américa en los pies
pero manando toda ella por los clavos,
las bisagras reventadas del alma, ahí van
el adán y su vástago sin eva, chaplin
y el niño, el dúo de ladrones de bicicletas,
fierro y fierrito sin caballo en la tormenta,
dos monitos brincando en occidente por un maní,
agarrado del ala de un gorrión sobre el vacío
debo darle de comer, de soñar, de humanar
pero en la última cena los platos son de humo,
en realidad el padre es él, me da consejos
con la voz de su baleada experiencia,
con sólo nueve giros de calesa celestial
ya tiene tres látigos de estado en el lomo y
tres masacres tupidas, ene países, dos océanos
y un pavor animal a los helicópteros verdes.
Tomados de las uñas como dos huerfanitos
él me enseña a leer las brumas y yo a no ser poeta,
lleva a upa mis fantasmas y yo juego con las cuatro bolas
muy candentes, eso sí, ya son muchas las horas de fuego,
él busca en mis ojos la lumbre de un portal
y yo busco una novia que nos entibie a ambos
pero está todo muy caro para las ternuras de los pobres,
el pichón empluma bajo lloviznas demasiado históricas,
mi pibe, cabrito, chango, botija, gurí, chaval, le hablo en mil idiomas,
tu hermana está muy lejos tras un mar nos miramos en silencio,
papá les dejará un tesoro bárbaro de herencia,
siete versos inservibles, una navaja que cojea,
las banderolas del pantalón, cáscaras de ilusos delirios
pero antes de eso les prometo un buen bailongo, una gran
fogarata, y los niños serán reyes y las patrias alegrías,
no te aflijas, guachito, total qué si venceremos,
nunca estuvo más oscuro que antes de atacar

A propósito de Julio Escámez

LUIS E. CONTRERAS ABURTO

El mural de la farmacia «Maluje» de Concepción

En un largo testimonio, el autor ha contado la historia de su casa en la ciudad de Concepción, de cómo la construyó y de la farmacia instalada por su esposa —química farmacéutica— en la planta baja. De esa historia hemos extractado lo relacionado con el fresco pintado por Julio Escámez en los muros de la farmacia. El relato ilumina algunos aspectos de interés del trabajo del artista que ha ilustrado el presente número de nuestra revista.

Contreras Aburto es abogado y periodista, y padre de Carlos Contreras Maluje, dirigente comunista secuestrado por la DINA en noviembre de 1976 y desaparecido desde entonces.

En el segundo piso y por sobre el local de atención al público del primero, en lo correspondiente a la Farmacia, dejamos aposta un espacio vacío, conformado por tres muros y un gran ventanal exterior.

En dichos tres muros programamos que se hiciera una pintura mural que narrara, en tres etapas bien definidas, la historia de la farmacia y la medicina en Chile, desde nuestros orígenes hasta hoy y con proyecciones, en lo posible, al futuro. Y fue a Julio Escámez a quien le encomendamos, transmitiéndole nuestra idea básica, la confección de un proyecto y su ejecución. Como teníamos tres muros, de partida ello significaba tres etapas de la vida nacional vinculadas al tema central. Lo nativo; la conquista y la Colonia, y el Chile políticamente independiente de ayer, de hoy y del porvenir.

(Julio es nacido en la provincia de Arauco, hijo de un ciudadano español y hermano de la actriz Orietta Escámez. Ha viajado por todo el mundo, países occidentales, socialistas, la India y China y hoy, por circunstancias fáciles de com-

prender si se tiene en cuenta que, después del 11, uno de sus murales en la Municipalidad de Chillán, fue destruido, reside en Costa Rica).

En el mural de tres paños de siete a ocho metros de anchura cada uno por casi tres de altura, debería contenerse, en síntesis, todo lo tocante al ejercicio de las artes curativas en sus diversas formas. Y la farmacopea, especialmente nuestras plantas medicinales autóctonas, algunas de ellas muy conocidas, otras no tanto y muchas cuyo uso y efecto se ignoran por el desaparecimiento de los prácticos indígenas que eran en ello peritos. Sin omitir, por cierto, los aportes foráneos de todas las épocas.

Los tres muros, no todos parejos, se estucaron previamente en grueso, de manera que quedara rugoso, con un estuco corriente, de cemento y arena negra lavada del río Bío-Bío. Para la firmeza y permanencia de la pintura, con mucho acierto, se decidió colocarle y se le puso una malla metálica. A tal punto ha sido bueno el resultado que los terremotos posteriores a su confección, como los de 1960 y siguientes, no la han afecta-

do, ni el estuco se ha siquiera cuarteado. Por sobre el estuco básico se procedía a ir aplicando, día a día y según las necesidades del maestro pintor, otro estuco especial. Este fue de arena blanca traída desde el río Itata, con cal mantenida en unos depósitos especiales, por largo tiempo, bajo agua, para hidratarla, polvo de mármol blanco y caseína obtenida de la leche de vaca.

Por las mañanas, temprano, el maestro mayor Luis Cisternas procedía a estucar por sí mismo el trozo que le había indicado el día antes el pintor. Enseguida, éste aplicaba sobre lo recién estucado las grandes líneas de sus esbozos y luego, agregando algún grado de fraguado, iba pintando mientras el estuco estaba todavía fresco. De ahí el nombre mismo de este tipo de pintura; puesto



que, una vez seco el estuco, ya no prendían o no «agarraban» los colores con las características de eternidad que una pintura de este tipo debe tener.

Acabado el trabajo del día, lo no pintado se destruía o bien, cuando el trabajo no había sido del completo agrado del maestro pintor, se le destruía por entero; y al siguiente día vuelta a comenzar de igual manera. Y así en largos, larguísimos meses, hasta terminar.

Para mi gusto, por su significado, tema y equilibrio de colores, el mejor es el muro inicial del lado izquierdo. Pues trata de medicina y la farmacopea nativas. Están el bosque chileno de la Araucanía, con su vegetación tan especial, sus lomas, cerros y montañas. Plantas

medicinales diversas; un gran boldo y una mapuchita recogiendo plantas milagrosas. Un indiecito con un palo para jugar a la chueca o «palín». Campesinos indígenas a caballo viajando hacia un guillatún y el guillatún mismo con su rehue y el sacrificio del cordero. Gentes en sus actividades cotidianas; madres con sus hijos colgando de una angarilla en sus espaldas. Al final, más vegetación armoniosamente dispuesta; una ruca y una muchacha ingresando a ella.

Hay que anotar, además, que coronando los cerros, están las filas de araucarias hoy en extinción; pero que aún se conservan en la provincia de Cautín, donde puede vérselas a la distancia subiendo hacia Río Blanco. Y esta arauca-

ria araucana, que fue fuente de alimentación y de subsistencia de los indígenas de ambos lados de la cordillera de los Andes junto con la carne de las pampas argentinas, permitieron que ellos mantuvieran una resistencia de cuatro siglos a los conquistadores y depredadores españoles primero y criollos después. Hoy la explotación rapaz de la araucaria iniciada bajo el segundo Alesandri amenaza transformarla, como ocurrió con el alerce chilote y el sándalo de Juan Fernández, en un melancólico recuerdo.

El segundo muro o central, que es un poco más extenso que los otros, ha sido dedicado a la medicina y farmacopeas practicadas después de la llegada de los conquistadores y hasta bien andado el medio siglo. Está dividido claramente por mitades: uno para la medicina y farmacopeas que podrían denominarse «científica» y la otra la popular. La científica ha sido representada por las instalaciones del Hospital San Juan de Dios de Santiago. Lo regentaban religiosos que cultivaban sus propias plantas medicinales. Empotrada en una hornacina de una de sus murallas, aparece la imagen de bulto de la primera virgen que, según se dice, trajo Pedro de Valdivia desde Lima hasta la capital del Nuevo Extremo, mientras cabalgaba, lado a lado, con doña Inés de Suárez.— Julio Escámez, respetuoso que es de las creencias ajenas, sobre todo si son religiosas, me explicaba muy picarescamente y con gran sentido del humor, algunos detalles claves del mural. Por ejemplo, que el gato que, en el tejado, trata de dar caza a una paloma, no atenta en contra de una paloma cualquiera, sino que nada menos que en contra del espíritu santo que ella encarna. Y que era necesario notar la diferencia de actitudes y de pareceres del sacerdote joven que, de espaldas, eleva su diestra al cielo, como significando que toda esperanza está allá arriba y del anciano, con mano izquierda hacia la tierra, quien responde, contradiciendo al joven, que todo, el cielo y el infierno, están aquí, en la tierra misma.

Por fin en el tercer muro, están lo ac-

tual y lo futuro. Aparecen Daniel Belmar, farmacéutico, profesor y escritor, en su antiguo puesto de jefe técnico en el hoy fenecido Laboratorio Larraze de Concepción, con todo su personal en actividad. Está don Alejandro Lipschutz, hoy fallecido, ex-docente de la Universidad de Concepción, en un laboratorio en que se ven personas examinando probetas y matraces y otras cultivando plantas medicinales, con su gesto habitual de acariciarse su barbilla. Se divisa el esquema del átomo y un cuadro del cuerpo humano con su aparato circulatorio. Luego, enfermeras portando remedios y plantas; y, cigarrillo en mano, el creador de la bomba atómica.

Al extremo derecho, una campaña masiva de vacunación. Entre las personas que esperan turno, hay una doctora y su hijo, Lila Pino; Luis Cisternas, el maestro mayor del trabajo, con quien dirigimos la obra gruesa de todo el edificio; mi hija Mariem y el trabajador más anciano de la obra. Y con sus propios colores, el violeta o lila, nada menos que Violeta Parra, gran amiga, por esos días, del maestro y artista pintor.

Ni la amenaza atómica ni la paloma de la paz, en una así denominada relación contradictoria dialéctica, están ausentes de las ideas del mural. Por ello, en una revista que alguien lee, aparece el hongo atómico, pintado primitivamente, en un gesto de colaboración no solicitado, por Nemesio Antúnez y rehecho por Julio. Y una muchacha tiene en sus manos abiertas el alimento para una paloma, la paloma de la paz, quien bate briosamente sus alas para combatir el espectro de la guerra, tan amenazador entonces como ahora.

La inauguración de la casa y del mural se hizo aproximadamente en 1957 ó 1958, junto con una exposición de obras de Julio en lo que es hoy el living del segundo piso. Muchas personas notables, amigos nuestros y del pintor y de los arquitectos, concurren. Salvador Allende, que andaba en una de sus tantas campañas democráticas, también asistió.

Es otro de los recuerdos que también atesoro avariciosamente.

RAUL ZURITA

Padre, Padre

Qwert, lo llamaremos así porque todo nombre es una manía, vio a su padre muerto hace treinta y cinco años. Al comienzo las palabras se negaban a fluir de su boca. Después, cuando ya pudo habituarse a los contornos de esa figura que le habían dicho tan querida, se vio de pronto, en un gemido largo y silencioso, contándole cuánto había sufrido.

De las infinitas formas de la tortura, de lo ilusorio de tantos puentes tendidos, de todas las humillaciones, tributos, pagos. Sin querer reprochar se escuchó recriminándole, diciéndole la falta que le había hecho. Al final, en el vislumbre ya del consuelo, quiso abrazarlo pero sus brazos atravesaron el aire y se encontró abrazado a sí mismo, apretándose los brazos, las manos, porque era en su propia carne, más que en la oscuridad de la noche, donde habían quedado impresas para siempre las huellas de ese encuentro.

En una escena paralela, ahora contemplada por miles, una pobladora de Santiago le habla al Papa. Le cuenta de las tribulaciones, vejámenes, persecuciones y esperanzas de un lugar cualquiera del mundo: el nuestro. Habla y el que la escucha baja los ojos, asiente, finalmente la abraza y esta vez uno estrecha en la otra a una mujer; a una que es la encarnación propia de nuestra vida y ésta a un hombre que no es sólo él; es la historia, un modo de creer, alguien que porta la promesa milenaria del consuelo. Le llama Santo Padre y sin quererlo, sin que nada lo hubiese predicho, *Qwert* se vio recordando al suyo.

Más tarde, cuando ve la figura de su propio padre disolverse en la noche, se da cuenta de su soledad y de por qué importan tanto los muertos. de que es la desdicha, más que la piedad, la que mantiene los vivos y hace de cada hombre un cementerio. Ve también que es él la tumba de su padre y no la tierra. Que en verdad es la tumba de todos los que lo han precedido y que lo terrible de eso no es tanto su realidad como su maravilla.

Por un instante siente todo aquello. Por un segundo también cree ver una continuidad infinita. Que él es el escenario de una rueda sin fin por donde pasan todos los hombres y entre ellos los de su propio país, desgarrado, mutilado, hecho pedazos. Cuando por billonésima vez en este mundo repite el *Padre, Padre, por qué me has abandonado*, se da cuenta de que no lo dice por él, que lo dice por todos.

Varia intención

«EN NOMBRE DE DIOS»

Casi sin previo aviso, la Televisión Española mostró esta película, la más reciente realización del documentalista chileno Patricio Guzmán. Fue incluida en la programación en el minuto final, para llenar el hueco dejado por una emisión de debates interrumpida a última hora. El notable documental —uno de los más impactantes que se hayan filmado estos años sobre la Dictadura de Pinochet— fue visto, a pesar de todo, por una amplia franja de televidentes españoles, gracias a que fue proyectado al final de la jornada del día de San José —el 19 de marzo— mientras millones de espectadores en toda la Península esperaban la medianoche para ver en sus pantallas la «Nit del Foc», la célebre fiesta en que los valencianos queman en sus plazas las esculturas populares de madera y cartón piedra conocidas con el nombre de «Fallas».

En nombre de Dios fue filmada en el primer semestre de 1986, y en su hora y media de duración, por la vía de mostrar el papel que juega la Iglesia chilena en favor de los derechos humanos y contra la represión, compone en verdad un sobrecogedor cuadro de algunos de los aspectos claves de la vida diaria bajo la Dictadura.

Como un modo de introducir al espectador en el tema, Guzmán empieza por contarnos lo que es la Vicaría de la Solidaridad, cómo funciona y los servicios que presta, así como las graves dificultades que afronta, por el asedio del gobierno, en el cumplimiento de su misión. Hablan algunos de sus personeros, y a partir de eso empiezan a verse, en etapas sucesivas, los diversos escenarios y las múltiples manifestaciones donde se expresa la lucha incesante del pueblo de Chile. Poco a poco, además, van apareciendo los interlocutores de la Igle-

sia: el cardenal Silva Henríquez, en primer lugar, seguido de numerosos obispos y sacerdotes: Bernardino Piñera, Tomás González, Manuel Santos, Jorge Hourton, Cristián Precht, José Aldunate, Renato Hevia, Ronaldo Muñoz, Mariano Puga y otros. Cada uno va respondiendo brevemente las respuestas del realizador-encuestador, y éstas se complementan inmediatamente con una ilustración en imágenes del tema abordado. Desfilan así escenas de singular dramatismo, a cuyo mayor relieve contribuyen en no poca medida la pericia técnica y la valentía de los operadores, que virtualmente introducen sus cámaras y aparatos de sonido en las bocas mismas de los fusiles de la fuerza represiva. Hay secuencias particularmente intensas, como la que recoge las manifestaciones del grupo «Sebastián Acevedo» contra la tortura, que dirige el sacerdote José Aldunate.

Conforme avanza el diálogo con los eclesiásticos, se va configurando con mucha claridad la realidad de una Iglesia cuyas diferencias con el régimen son muy profundas, por mucho que algunas respuestas muestren, a veces, una cautela probablemente inevitable. Todos coinciden en la afirmación de que el gobierno no puede ser considerado cristiano, por mucho que los gobernantes se declaren católicos. Algunos no se muerden la lengua para dar opiniones más o menos lapidarias, como Renato Hevia que afirma que en tanto cristiano, debe amar a sus semejantes, incluso si se trata de Pinochet, al que preferiría amar, dice, viéndolo en la cárcel, «porque se la merece».

El rostro sin ambigüedad de la Iglesia, más radical y más cercana a la inquietud y la vida popular, lo dan el teólogo Ronaldo Muñoz y el sacerdote Mariano Puga. Este último aparece íntimamente asociado a la base profunda del pueblo,

plenamente identificada con él en toda su vicisitud cotidiana. Hay una escena —de rara belleza y emoción— que nunca hasta ahora, que sepamos, había mostrado el cine chileno: un matrimonio celebrado con características completamente diferentes a cuanto se ha visto antes en el rito católico; una ceremonia llena de fervor popular, con explicaciones que se cruzan entre novios y auditorio, con canciones, risas, golosinas y un estentóreo «¡Vivan los novios!» lanzado a todo pulmón por Puga cuando los da por casados. Una fiesta en que dominan la alegría y la espontaneidad, en un marco de gran colorido.

La presencia de la iglesia popular se ve también en otra secuencia notable: la que muestra al cura Pierre Dubois, meses antes de su expulsión, dirigiendo a los suyos con singular valentía en un enfrentamiento con la fuerza pública. Recurre a una imagen simple para explicar su particular enfoque de los dolores del pueblo: «Yo trato de curar la herida que produce el clavo del zapato en el pie de nuestra gente; pero, a veces, las curaciones ya no bastan, porque el clavo sigue allí. Habrá que decidirse a sacar el clavo, entonces, o simplemente hay que botar el zapato».

Pero esta Iglesia tiene su contrapartida. Existe la Iglesia oficial, la que se mantiene al lado del régimen y avala sus acciones. La película la muestra en pleno ejercicio ceremonial —delante de Pinochet y su esposa, de los ministros y altas autoridades civiles y militares— con el mismo ritual secular, la misma solemnidad marmórea y suntuosa que esa Iglesia ha dedicado antes a otros dictadores.

Está también presente en la bendición de los espadines de los nuevos oficiales de la Escuela de Carabineros. Aquí esa Iglesia, además de aliada de la opresión, se torna cómplice de la estupidez. El discurso del director de la Escuela es una de esas increíbles piezas megalomaniacas y delirantes de la que tantos ejemplos hemos tenido en la cultura fascista de nuestros generales y almirantes.

A estas alturas del film, Patricio Guzmán ha logrado introducirse en algunas de las bambalinas gubernamentales, y fuera de esos actos en que lo dominante es la presencia religiosa, consigue fil-

mar escenas que no podemos dejar de calificar de sensacionales: no simplemente por lo que en ellas se muestra como anécdota —la exhibición por parte de la fuerza policial, de un simulacro de rescate del embajador paraguayo, secuestrado por un grupo terrorista—, sino por la perspicacia del cineasta para captar en imágenes visuales y sonoras lo esencial de una atmósfera que muestra a los militares en una triple perspectiva: lo mundano, lo grotesco y lo siniestro.

En nombre de Dios termina con una escena impresionante: una gran manifestación popular viene avanzando sobre el escenario. En primer plano, encabezando la marcha, un lienzo enorme con la frase que da título a la película. Se siente como si la multitud saliera a nuestro encuentro, invitándonos a que nos sumemos a ella.

• • •

Pocas noticias había de Patricio Guzmán desde *La batalla de Chile*, cuya tercera parte se exhibió hace ya bastantes años. Residente en España, sólo había tenido la oportunidad de realizar una película de ficción, *La rosa de los vientos*, que no tuvo mucha fortuna. Ahora vuelve a su género —el documental— y a su tema —Chile— en este film, coproducido por Televisión Española y por el productor chileno Arturo Feliú. Retorna por la puerta grande, mostrando que es, seguramente, uno de los grandes documentalistas de nuestro tiempo.

En su *En nombre de Dios* ha reincidido en el estilo del plano-secuencia, lo que le permite ganar en verosimilitud y en intensidad narrativa, metiendo literalmente al espectador en la historia. Guzmán trabajó con un espléndido equipo de colaboradores —cinematografistas que, en la mayoría de los casos, tienen ya una experiencia probada en manifestaciones, marchas y enfrentamientos con la policía—, ello le ayudó a armar uno de los documentales más perfectos desde el punto de vista formal que se han hecho sobre el drama chileno. El color, la música, la maestría del montaje están sabiamente combinados para que no se sienta cómo pasa la hora y media de duración del film. Cuando llega la

emocionante escena final, uno termina con un nudo en la garganta, pero sin sensación de derrota alguna, diciéndose que nuestro pueblo es maravilloso y que sus reservas de resistencia y de lucha son inagotables.

Sol Aymará

VIGENCIA DE ALLENDE

Cuatro nuevos libros que se han vendido en el último semestre en Santiago, evidencian que el interés por el tema crece cada día. Durante largo tiempo en Chile se prohibió hablar públicamente de Allende y la Unidad Popular como no fuera para denostarlos. Hacerlo con simpatía, incluso con simple objetividad, era un tabú peligroso que sólo se infringía en voz baja.

Pero la memoria colectiva tiene leyes que no se pueden desafiar sin riesgos. Se explica así que la figura de Salvador Allende, engrandecido por su heroísmo, emergiera con dimensiones inesperadas para sus enemigos. Su imagen se multiplicó en los carteles; su nombre convocó y ayudó a la organización; «Allende vive» fue un rayado que cubrió murallas en horas de toque de queda. Ahora en Chile se investiga, difunde, comenta y discute en torno suyo.

Para explicar el fenómeno no bastan los tópicos acerca del mito o el recuerdo, siempre mentiroso, como escribió con acidez Baroja. Parece más apropiado constatar el ansia de saber que tienen los chilenos, la necesidad de explicarse el por qué de muchas cosas, de encontrar las raíces del drama que viven. Creo que hay también un deseo irrefrenable de contrastar una realidad plagada de signos de decrepitud y muerte con un pasado tempestuoso pero lleno de vida y entusiasmo, estructurado en un proyecto de futuro ahogado abruptamente. Está la admiración por un hombre consecuente hasta el extremo, que dio la vida por los demás. Hay, por último, el convencimiento de que ese pasado entrega lecciones para hoy.

De los libros aludidos, quiero referirme a uno, *Allende, demócrata intransigente* (Ed. Amerinda, Santiago de Chile) que no es un estudio, ni un trabajo de

investigación o una tesis, sino tan sólo una selección de fotografías, con citas de sus palabras, preparado por Moi de Tohá e Isabel Morel de Letelier.

En sus ciento diez años de existencia, la fotografía se incorporó tan naturalmente a nuestra vida que pasa casi inadvertida, salvo cuando falta, en nuestra cotidianidad. Integrada a los códigos del grupo, refuerza textos o se vale por sí misma, pero siempre aludiendo o comentando la realidad.

La imagen se hace diferente cuando se la rescata del pasado. Se realza en ella la detención del tiempo y el comentario de lo real aparece desgajado de su momento. Es como si aumentara la distancia entre su instante y los ojos de un observador que ha envejecido o de quien la ve por primera vez, impregnado ya de otro tiempo y otra realidad.

Los momentos más importantes de la vida de Allende aparecen en las fotos de este libro, pulcramente editado, que no omite la presencia del pueblo. Cumple bien sus propósitos y estimula también inquietudes; entre otras, la de investigar más en las huellas visuales de la lucha popular.

Para los que vivieron el período 70-73, siendo pequeños, el libro es un testimonio vívido de sucesos que recuerdan más o menos fragmentariamente. Los que son niños o adolescentes ahora, encontrarán visiones de hechos dramáticos cuyas consecuencias los alcanzan hoy día. Para los otros, los que éramos jóvenes o adultos entonces, sus páginas nos traen nostalgia y tristeza por la derrota y el dolor. También alegría: recordamos en sus imágenes la dignidad incansable de la lucha de Salvador Allende y el pueblo y vemos de nuevo las miradas de su esperanza.

Hernán Soto

VÍCTOR JARA EN LA OBRA DE UN POETA MARROQUI

Escribir sobre Víctor Jara mientras se purga una condena de diez años — por delitos políticos — en una cárcel de Marruecos, supone cultivar el más puro de los surrealismos. Sin embargo, el poeta Abdellatif Laabi atravesó la barrera cul-

tural de dos continentes, hermanádoslos en torno a la figura del artista chileno, en su obra teatral *El bautizo chacalista*.

Laabi, cuya incursión en el teatro la explica «como un amor frustrado de juventud», sufrió la tortura y la prisión por el simple crimen de haber resistido al sistema monárquico impuesto por la dinastía del rey Hassan en su país. Influenciado por los acontecimientos de 1968 en Francia, participa activamente —con su pluma— en diversas manifestaciones populares marroquíes contra el régimen vigente. Autor de varios libros de poemas, dos novelas y algunos ensayos publicados en París, vive en Francia, no como exiliado político, sino «por la necesidad de respirar un tiempo luego de una década de vivir en las tinieblas».

Su relación con Víctor Jara la define como una «historia de amor». Pocos meses después de su encarcelamiento, Laabi, conmovido profundamente por el curso de los acontecimientos en Chile, después del derrocamiento de Salvador Allende, invoca en la prisión el ejemplo de Jara y la influencia del folklore latinoamericano en la «nueva canción» de los países árabes. «La muerte de Víctor Jara simboliza la lucha fundamental que se desarrolla en la historia de la humanidad. Es decir, la lucha sin misericordia entre la fuerza de la destrucción y la fuerza de quienes consideran que la vida vale la pena vivirla intensamente», subraya el poeta marroquí con esa parsimonia característica de los orientales.

Fundamentalmente, *El bautizo chacalista* provoca un diálogo intenso entre el verdugo y su víctima, entre el «General» y «Víctor». Ambos protagonistas se enfrentan en una contienda desigual, donde el debate de ideas es sugerido en forma ambigua, característica indispensable de toda obra de arte. «Traté de sobrepasar cierta caricaturización al abordar los problemas de la dictadura y de la represión; de la dialéctica: lucha-represión», señala Laabi: «En general, se habla sólo del bueno y del malo. Pero cuando se ha vivido la experiencia de la opresión, de la tortura, del martirio, se

instaura una relación extraña entre la víctima y el verdugo.» «Yo sé lo que puede sentir la víctima», agrega el poeta. «Pero intenté comprender lo que se pasa por la cabeza del torturador. Pensé que él suele interrogarse sobre los problemas cotidianos. Sin embargo, cuando entra en la sala de los suplicios, su primer gesto es golpear al prisionero. Es posible que dicha actitud, monstruosa en sí misma, exista en cada uno de nosotros, incluso cuando combatimos contra la opresión.»

Con sutileza, la obra de Laabi sugiere la reflexión sobre uno de los problemas más candentes de esta época: «el terrorismo». La tendencia de cierta prensa a condenar las acciones de los grupos llamados «revolucionarios», mientras silencia la envergadura del «terrorismo de estado», es denunciada por un verdadero «comando poético» que surge de las tablas y captura a los espectadores como rehenes, para recordarles la historia de la represión, es decir, *El bautizo chacalista*. Laabi se refiere tanto al terrorismo de las superpotencias como al ejercido por otros estados en nombre de la defensa de los derechos humanos. Por razones obvias, su alusión no puede dejar de incidir en el calvario del pueblo palestino.

El rol del intelectual en el debate político de los pueblos del Tercer Mundo inquieta específicamente al escritor marroquí. Si bien Laabi reclama la «libertad de creación» como principio básico de la actividad artística, el político Laabi asume —como un deber militante— su participación en la búsqueda de una solución madura y consciente de los problemas que aquejan a las naciones llamadas «subdesarrolladas». La capacidad de reflexión de los intelectuales para analizar la realidad de sus respectivos países surge como factor indispensable en el combate difícil, pero imprescindible, para responder al dilema que aflige a nuestros pueblos.

José Maldavsky



POLITICA

Sergio Bitar / Crisóstomo Pizarro
La caída de Allende y la huelga de El Teniente. Lecciones de la historia
 Las Ediciones del Ornitorrinco, Santiago, 1986.

El 29 de junio de 1973 terminó la huelga de los trabajadores de El Teniente, iniciada 73 días antes. Apuraron su fin los disparos de los militares sublevados en las calles de Santiago, pero sus consecuencias siguieron pesando en los acontecimientos que culminaron el 11 de septiembre.

Instrumentalizado por la oposición dentro de su estrategia de derrocamiento de Allende, el conflicto traspasó lo reivindicativo y fue otro escenario de la aguda pugna política, en el cual tampoco faltó la violencia. La gran mayoría de los obreros del mineral y un pequeño grupo de los empleados respaldaron la política salarial del gobierno, que pretendía un mejoramiento general no discriminatorio, y siguieron trabajando. Por eso, la huelga fue también un enfrentamiento al interior de esa empresa cu-prífera.

En la búsqueda de una solución se empeñaron el Presidente de la República y sus ministros del Trabajo, Luis Figueroa, y de Minería, Sergio Bitar, acusados ambos constitucionalmente y destituidos luego por la mayoría opositora del Congreso.

Durante el conflicto y en las semanas siguientes, Bitar se dio tiempo para trabajar con el sociólogo Crisóstomo Pizarro en un examen circunstanciado del movimiento, sus raíces y proyecciones. El trabajo quedó inédito por el golpe militar, la prisión y el exilio de uno de sus autores. Recién el año pasado lo publicaron en el libro que ahora comentamos.

Dos partes bien diferenciadas componen la obra. La primera, «Los sucesos con los ojos de entonces», es el estu-

dio de Bitar y Pizarro tal como fue escrito en 1973, lo que le da un interés adicional; en la segunda, «Los sucesos con los ojos de ahora», Sergio Bitar examina la huelga trece años después y reflexiona sobre temas políticos de gravitante actualidad, bajo la forma de una extensa entrevista periodística.

El tratamiento minucioso de los sucesos —utilizando fuentes primarias directas y análisis de variables tales como posturas políticas, niveles de ingreso y comportamientos durante la huelga— permite concluir que el movimiento reivindicativo tuvo su origen en prácticas economicistas que la Unidad Popular no logró extirpar y en una insuficiente participación de los trabajadores, agravadas por el hecho de tratarse de una empresa nacionalizada donde históricamente la lucha laboral se había dado contra la compañía extranjera. «Sólo los trabajadores y los dirigentes sindicales que tenían mayor conciencia política y una militancia en partidos de izquierda comprendieron la gravedad del desafío y reaccionaron en consecuencia. Los demás continuaron moviéndose en función de criterios que procuraban un mero reivindicacionismo... El gobierno se equivocó al subestimar la importancia de la cultura reivindicativa y al sobrestimar el peso que las consideraciones políticas de índole global tendrían en el comportamiento de importantes segmentos de obreros y empleados».

Un material valioso que debería estimular una profundización monográfica atendida la importancia de la huelga de El Teniente en la crisis terminal en marcha en esos días, hay en esta primera sección que reconstruye el largo y prolongado conflicto.

Muy distinto es el carácter de la segunda parte. Entrevistado por el periodista Raúl Gutiérrez, Bitar valoriza definitivamente la experiencia de la Unidad Popular y destaca la conducta de Salvador Allende y su diálogo permanente con los trabajadores, sin que, por ello, deje el autor de formular críticas penetrantes.

En permanente contrapunto con las políticas de la dictadura, el ex Ministro asume las experiencias de la huelga en la perspectiva actual y futura de Chile. A propósito de la concentración de la riqueza, dice: «¿Cómo desconocer entonces la existencia de este grupo minoritario que tanto daño y sufrimiento ha causado al país y a los chilenos? Ese núcleo ha manifestado todo un comportamiento antidemocrático. Por lo tanto, es preciso arbitrar medidas para que sean subordinados a la nueva institucionalidad y no preserven una cuota de poder capaz de poner otra vez en peligro a la democracia, con los resultados trágicos que conocemos».

Un fortalecimiento decidido del Estado, «en especial en los ámbitos financiero, productivo, tecnológico y distribución del ingreso», con funcionamiento descentralizado y significativo papel del mercado, y el «desmontaje» de los grupos económicos para desarticular su poder político, como bases para el «restablecimiento y profundización de la democracia», propone a continuación el destacado economista, que también propicia un entendimiento amplio, sin exclusiones, de todas las fuerzas de oposición.

Destaca Sergio Bitar la responsabilidad y perspectivas de la izquierda, aunque su visión de un movimiento socialista «autónomo», es decir desligado de la alianza histórica con los comunistas, abierto a los entendimientos con el centro y otras fuerzas para asegurar la «gobernabilidad democrática», supone un no disimulado prejuicio que aflora a veces en sus planteamientos. El cuestionamiento sutil del carácter y compromiso democrático del Partido Comunista es un error que no podría justificarse en discutibles ventajas inmediatas.

En otro orden de cosas, anotemos que una lectura reformista de Gramsci lleva a reducir el concepto de hegemonía a un simple esquema empobrecedor que no considera la coerción indispensable a todo proceso revolucionario que es una acometida por el poder, su control y ejercicio. La dialéctica entre persuasión y fuerza, clara en el pensamiento leninista tiene su correspondiente en las ideas gramscianas de «consenso hegemóni-

co y coerción de dominio», lo que en otros términos significa que no bastan las mayorías y consensos, a pesar de su enorme importancia, si no van acompañados de la fuerza para sostenerlos y proveer a su defensa.

Digamos, por último, que algunas afirmaciones del periodista sr. Gutiérrez que imputa a la Unidad Popular, entre otras enormidades, «un culto casi fetichista a la propiedad de los bienes físicos de producción», «una demagogia lindante en lo irresponsable» y hasta un modelo que, según él, «en esencia» tendría por su orientación economicista «el mismo carácter del que conocimos bajo la dictadura», merecían algo más que el simple silencio del entrevistado.

En resumen, un libro desigual; por debajo, en su segunda parte, del rigor analítico que habitualmente utiliza Bitar.

HERNAN SOTO

Ximena Ortúzar
México y Pinochet

Ed. Nueva Imagen, México, 1986

Este libro de la chilena Ximena Ortúzar, recoge con viveza periodística y rigor documental un conjunto de testimonios y documentos, que serán mañana de consulta obligada sobre la ruptura entre México y el régimen de Pinochet, con todos sus antecedentes históricos, jurídicos y políticos, y también sobre la generosa política de asilo hacia los perseguidos de Chile, que han mantenido invariablemente desde 1973 los sucesivos gobiernos mexicanos.

La ruptura se produjo el 26 de noviembre de 1974. La dio a conocer un escueto comunicado de prensa de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México. Su texto, ya histórico, comienza así: «El gobierno de México ha decidido dar por concluidas sus relaciones diplomáticas con el actual gobierno de la república de Chile...»

Explicando los motivos de esta decisión, el entonces Canciller mexicano Emilio Rabassa declaró:

«No podíamos permanecer indiferentes e impasibles ante el derrocamiento de

un gobierno legítimo con el cual teníamos muchas afinidades... Se ponderaron cuidadosamente los acontecimientos, las causas directas e indirectas, las aparentes y la ocultas del derrocamiento de un gobierno legítimamente constituido como el de Salvador Allende».

El ex Presidente Luis Echeverría, entrevistado por Ximena Ortúzar comenta así la ruptura:

«Esa decisión emanó de la conciencia de que era inaceptable para el pueblo de México la violación tan profunda de los derechos del pueblo chileno; era inaceptable la traición de quien le había prometido fidelidad al Presidente Allende hasta horas antes; era inaceptable la agresión a aspectos esenciales de la dignidad, que siempre deben ser respetados».

Echeverría recuerda la extraordinaria acogida brindada por los mexicanos a Salvador Allende, en su visita a México de 1972 (una manifestación masiva de 18 kilómetros de largo) y subraya que al conocerse la noticia del golpe militar y del asesinato del mandatario chileno hubo un sentimiento de dolor e indignación.

El libro de Ximena Ortúzar registra de manera ágil y objetiva las reacciones de la prensa, de los medios políticos y sociales, así como la solitaria defensa del régimen de Pinochet en que se empeñó un grupo político ultrarreaccionario.

El columnista del diario *Excelsior* Luis Ortiz Monasterio vincula la decisión mexicana de romper con Pinochet «a las inauditas declaraciones de William Colby, cabeza visible de la Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos», porque ellas implican «reconocer que en el golpe de Estado perpetrado contra el presidente constitucional Salvador Allende intervinieron fuerzas extranjeras». Agrega que esto dio a México, en el caso chileno, el mismo fundamento que tuvo para desconocer al régimen de Franco, emanado de una evidente y directa intervención nazifascista.

Ximena Ortúzar enriquece su trabajo con entrevistas a Hortensia Bussi de Allende, al ex embajador de Chile en México, Hugo Vigorena; al ex embajador de México en Chile, Gonzalo Martínez Corbalá; a Clodomiro Almeyda, etc. Incluye otros documentos en un cuerpo de

anexos: entre ellos la famosa doctrina Estrada, que inspira aspectos fundamentales de las declaraciones del Canciller Rabassa; la política exterior mexicana; el debate en la Cámara de Diputados; el programa básico de gobierno de la Unión Popular.

Podría afirmarse que el libro entero, *México y Pinochet* tiene un carácter documental, desde su apasionado prólogo escrito por el obispo de Cuernavaca Monseñor Sergio Méndez Arceo, luchador vehemente por la causa del pueblo chileno, que participa en múltiples acciones de solidaridad con Chile tanto en su país como en el extranjero.

México ha estado junto al pueblo chileno desde el instante mismo del golpe militar. A fines de 1986 ha reafirmado una vez más su posición, al patrocinar en la Asamblea General de las Naciones Unidas la resolución de repudio a las violaciones de los derechos humanos que comete la dictadura en Chile, contribuyendo de manera decisiva a derrotar las maniobras de Estados Unidos que tantos esfuerzos desplegó por salvar a su protegido Pinochet de la justa condena de la comunidad internacional.

El libro de Ximena Ortúzar tiene el mérito de mostrar el origen y la continuidad de esa posición, que es un ejemplo de fraternidad latinoamericana.

MIGUEL ZAPATA

TESTIMONIO

Pedro Casaldáliga
Nicaragua, combate y profecía
Ayuso-Misión Abierta, Madrid, 1986.

(Prólogo de M. Benedetti y Epílogo de Leonardo Boff)

Cufieso que nunca he aspirado a la objetividad para referirme a lo que sucede en Nicaragua. Por ello, cualquier libro, artículo o texto sobre su pueblo y la guerra que éste libra, me conmeve.

Muchas cuartillas y miles de palabras han descrito la intensa realidad que vi-

ve hoy la pequeña patria de Sandino. Los propios nicaragüenses y los responsables de la revolución, los sandinistas, que son los más indicados y quizás los únicos verdaderamente autorizados para hablar de su país, han dicho lo suyo. Por ello, no deja de sorprender que un libro más, un texto reunido en algo menos de doscientas páginas, pueda aportarnos una nueva visión y revelarnos una dimensión diferente e interesante. Mucho más si su autor, no sólo no es nicaragüense, sino tampoco latinoamericano. Esto último, nos sugiere inmediatamente que la pertenencia al continente herido, a la América Morena de Martí, rebasa lo geográfico. Creo que, igual como Pierre Dubois en Chile, Pedro Casaldáliga es un latinoamericano, aunque haya nacido lejos, en Madrid.

En su condición de obispo de la iglesia brasileira, Casaldáliga viaja a Nicaragua en julio de 1985 para unirse a Miguel D'Escoto, que ayuna junto a su pueblo en una tensa vigilia por la paz y la autodeterminación de Nicaragua y Centroamérica. El libro es el relato de su viaje. Es la crónica de un cristiano que con su pluma describe los acontecimientos y, así «prolonga las páginas de los Hechos de los Apóstoles», como dice Leonardo Boff sobre el libro. Coincidimos con Boff —censurado por el Vaticano— que en el texto «hay combates, pero también hay alegría, que brota de la buena nueva».

Casaldáliga participa en lo que él mismo llama la *Contadora del Espíritu*, al coincidir su viaje con un amplio movimiento continental que aparte de los obispos nicaragüenses y brasileños, incluye a Gustavo Gutiérrez, el peruano fundador de la Teología de la Liberación.

Desde que Julio Cortázar nos regaló con su *Nicaragua tan violentamente dulce*, no había vuelto a leer un alegato solidario para con la revolución sandinista tan hermoso y necesario. Un misionero del viejo continente que, lejos de intervenir o exigir renunciencias y conductas a los pueblos, se agrega a su esperanza, a su canto y, por cierto, a sus alegrías y dolores. Casaldáliga ayuna, reza y llora junto a las madres de los sandinistas caídos a manos de la contra armada y financiada por Reagan, los traficantes de armas y drogas. Bendice a los niños, a

los voluntarios que llegan de todas partes del mundo y participa con la iglesia nicaragüense y latinoamericana en la prédica del amor, la justicia y la solidaridad. Escribo y pienso sobre el último viaje del Papa a Chile. Las imágenes del jefe de la Iglesia y el dictador en el palacio de la Moneda, donde muriera Salvador Allende, también me conmueven. Creo que haría bien Juan Pablo II en leer el libro del obispo de su Iglesia. Estoy seguro que en todo caso, no lo hará.

Nicaragua, Combate y Profecía, incluye aparte de la prosa limpia, directa y reveladora, de quien estoy seguro seguiremos leyendo páginas imprescindibles de nuestra historia latinoamericana, gran cantidad de poemas del autor, textos de canciones populares nicaragüenses y citas evangélicas que dan al conjunto un sabor a testimonio o liturgia, como suelen entregarse en muchas iglesias latinoamericanas hoy día. El español Casaldáliga nos confiesa: «digo en voz alta —para quien crea en mi testimonio—, lo que en mi conciencia no podía dejar de decir. Este libro es un deber. Ni como humano, ni como latinoamericano, ni como cristiano obispo, quiero pecar de omisión».

Si escribir el libro es para su autor un deber, no menos es para los latinoamericanos y para todo aquel que no haya dejado de creer en la civilización del amor y en la vida construida sobre la paz, leerlo. Creo que para los cristianos tienen un sabor especial las páginas de *Nicaragua, Combate y Profecía*, porque Casaldáliga es la reencarnación de los obispos que en el tiempo de la América Latina colonial lucharon en defensa de los indígenas y los esclavos. Julián Garcés, Juan de Zomarraga, Vasco de Quiroga, Bartolomé de las Casas, Antonio Valdivieso, Torivio de Mogrovejo y otros fueron difamados y perseguidos, e incluso algunos asesinados. Todo aquello que pudimos leer en el libro *Fidel y la Religión* del sacerdote Frei Beto se complementa maravillosamente en estas páginas imborrables.

A poco de llegar a suelo nicaragüense, Casaldáliga constata: «este proceso revolucionario, con sus fallos y sus incógnitas, es hoy por hoy la mejor alternativa para Nicaragua: para el pueblo nicaragüense. La peor alternativa, sin du-

da, para las apetencias del imperio en Centroamérica, en América Latina, y para el status de los lacayos privilegiados de siempre».

El uruguayo Benedetti nos advierte que «con este libro Casaldáliga nos alfabetiza para la normal comprensión del hecho revolucionario. Su saludable, y a la vez lacerante testimonio, ayuda a admitir algo que siempre es arduo de aceptar: si la paz que proponen los pueblos está en guerra con la paz que proponen los agresores de los pueblos, nuestra obligación con la paz es ganar esa guerra». Leo esas palabras pensando en un santo, un apóstol como lo fue el Che Guevara, a casi veinte años de su muerte en combate. Y también las leo pensando en Chile, en su tragedia y en su liberación.

CLAUDIO PERSICO PARIS

Matilde Ladrón de Guevara

Y va a caer

Santiago, s.p.i., 1986

La edición es popular, modesta. Es uno de esos libros destinados a circular de mano en mano, que tienen una cifra elevada de lectores por ejemplar y que con el roce, el trasiego intenso, la permanencia en bolsillos, en contacto con el calor y la humedad de los cuerpos humanos, se van encarrujando, se van abriendo y desencuadernando, se van oscureciendo, hasta convertirse en objetos muy cargados de vida y de experiencia, que se obstinan en durar, pese a su fragilidad y a su vejez prematura. El título es directo porque es directo y hasta brutal, en su fuego graneado de verdades, el lenguaje de su autora. En estos días se está agotando en Chile la tercera edición, en la que los impresores, modestamente, omitieron el pie de imprenta. Pronto aparecerá una cuarta, nos cuentan desde Chile.

Las dos primeras ediciones nunca vieron la luz pública. Fueron secuestradas de la imprenta por individuos que portaban metralletas y escopetas y que se cubrían los rostros con gorros pasamontañas. La autora denunció el hecho an-

te el Ministro del Interior, Ricardo García, diciéndole entre otras cosas: «Ante esta nueva acción de fuerza contra el derecho de expresión y de creación artística, solicito a Ud. tenga a bien informarme si en los hechos descritos ha participado personal de su dependencia y si se ha obrado en virtud de orden emanada de esa secretaría de Estado o de otra repartición pública».

No se conoce la respuesta del señor García pero, si la hubo habrá sido evasiva, como siempre.

Matilde Ladrón de Guevara, que había publicado ya dos libros sobre lo sucedido en Chile a partir de 1973 —*La ciénaga* y *Destierro*— prosigue aquí su implacable enjuiciamiento de la tiranía, sin subterfugios ni medias tintas.

Aunque muchos de los hechos narrados y comentados por Matilde Ladrón de Guevara nos resultan conocidos —venimos haciendo la lúgubre crónica de Chile día por día desde el golpe— la lectura de *Y va a caer* resulta de absorbente interés, nos ayuda a precisar circunstancias, da una perspectiva de conjunto y entrega no pocas revelaciones. Mucho más reveladora debe resultar para los lectores chilenos, que en la generalidad de los casos sólo han dispuesto de informaciones fragmentarias, deformadas o simplemente falsas sobre lo que aquí se cuenta.

Imaginamos, además, que debe ser particularmente fuerte el impacto en Chile de un lenguaje como el que emplea la autora, tan refrescante en su claridad y en su dureza, tan severo y tan necesario. Por ejemplo, página 37 y siguientes, el capítulo titulado «Dirección Interna y Nacional de Asesinatos (DI-NA)». Escribe Matilde:

«El Decreto-Ley N.º 521, publicado el 18 de junio de 1974, es el acta de fundación del Crimen Organizado. Por él se da a luz un monstruo que repugna al espíritu de la civilización, ante el cual la temible Gestapo y hasta la policía del Shah de Irán, resultan unas instituciones de caridad. Es el momento de la legalización de un organismo genocida y cruel —no podemos agregar refinado, pues ello sería conferirle un honor— formado por la hez de nuestro país: soplones, torturadores, gente del hampa, uniformados obsecuentes que hacen de la vio-

lencia un método que justifica su andamiaje clínico, su estatura moral, la deformación de la mente humana en procura del delirio ético.»

Agrega que los artículos 9, 10 y 11 del decreto son reservados. Sólo se han publicado en un anexo de circulación restringida del Diario Oficial. Mediante ellos —continúa— se van a dar poderes de tal envergadura al organismo inicuo llamado Dina, que sólo tendrá un mandante, el jefe del cuadrilátero. «los artilugios del decreto ley permitirán manejar dineros, fundar empresas, disponer de fondos inagotables, liberar a la institución de derechos aduaneros, de revisiones y aforos. Por si ello no bastare, se agrega en el artículo 6 del decreto-ley que «la actual ley de presupuestos consultará en sumas globales, los recursos que demande la Dirección de Inteligencia Nacional». Con ese pulcro espíritu jurídico, que permite legalizar todas las aberraciones, las conductas sicopáticas, el crimen, las violaciones, los atracos a mano armada, la tortura indiscriminada, que se ejerce hasta en menores de edad, hemos vivido en este país o, más bien, hemos sobrevivido para poder contarlo. No extraña por ello que los asesinos de Calama hayan argüido que «buscaban fondos para financiar sus operaciones». Lo malo fue, para ellos, que los sorprendieron. Los negocios más turbios se han amparado en esta aberración jurídica. En sus mejores tiempos, ese hombre de Chicago llamado Al Capone no tuvo ni la vigésima parte del poder y del dinero con que contaron la DINA y el célebre «alma mater» general Contreras, ante cuyas hazañas Himmler pasaría a ser un modesto estudiante básico».

El libro de Matilde Ladrón de Guevara tiene capítulos sobre los desaparecidos, sobre el caso Letelier, sobre el destierro, sobre las protestas. Hay «alcances» sobre el pensamiento de la Primera Dama. Análisis de personalidades del régimen como el general Gordon el portavoz oficial Francisco Javier Cuadra, a quien compara con el perrito del logotipo «La voz del amo». Las mansiones faraónicas de Pinochet y de Matthei son descritas detalladamente. La destrucción de LAN Chile y la entrega de la Isla de Pascua. Los degollados. La nueva «cultura» (con k)... La posición de la Iglesia. Es como

asistir de nuevo al interminable desfile de horrores y latrocinios de estos años, condensado en 234 páginas.

Matilde Ladrón de Guevara colecciona citas y las utiliza con destreza. Las que provienen de los personajes del régimen tienen a menudo el valor de un strip-tease. Por ejemplo, Hernán Felipe Errázuriz, embajador de Pinochet en Washington, se queja de los que denuncian la tortura: «Es gratis en Chile decir que se ha sido torturado. No hay ninguna sanción para quienes fabrican estos casos que dañan la imagen del país». ¿Qué tal? A los opositores no sólo hay que torturarlos. Además hay que «sancionarlos» si se quejan. Y en otro momento, el mismo individuo vocifera: «¡En Chile no hay una dictadura! ¡Yo no acepto que se diga que en Chile hay una dictadura, porque no la hay!».

Matilde cita también las humanas declaraciones de doña Lucía sobre los exiliados: «Uds. vieron que llegaron los exiliados y que se morían de ganas de venir a Chile a vivir en paz: han llegado a molestar no más. A solamente crear caos y desorden. Entonces tendríamos que dejar afuera a toda esa gente por años y años. Estuvieron harta tiempo afuera, pero no aprendieron nada... Han empezado los apagones de la electricidad, ahora viven provocando conflictos terroristas y hasta en las peluquerías se corta la luz, lo que nos causa grandes molestias y trastornos».

Todo un retrato de la primera dama. Un autorretrato.

Ojalá el libro de Matilde Ladrón de Guevara *Y va a caer* alcance muchas ediciones más y lo puedan leer muchos miles de chilenos y chilenas. Es una lectura instructiva, sana e indispensable si se quiere conocer la verdad.

VICENTE REYES



Fernando Orellana

Chileno de Chile en Chile

Edic. Michay. Madrid, 1985

(Col. Bogavante)

Chileno de Chile en Chile es un libro de fotografías; está compuesto por algo más de cincuenta fotos en blanco y negro muy bien impresas y una introducción del pintor Guillermo Núñez.

Fernando Orellana viajó a Chile entre septiembre y octubre de 1984. Después de vivir en diferentes países se quedó en Francia, es decir, que cuando regresó a Chile habían pasado once años desde su partida. Este libro, entonces, es el testimonio de un fotógrafo que regresa a su país después de largos años y fotografía y nos muestra algo de lo que vio, lo que conoció, lo que le interesó, lo que lo conmovió, lo que le pareció divertido, algún recuerdo y mucha gente. En los agradecimientos Orellana dice que no puede nombrar, por numerosos, a cuantos le acogieron, ayudaron, explicaron y llevaron de un lado a otro; a pesar de que menciona algunos organismos, nosotros sabemos, como él, que es imposible mencionar a todos los protagonistas, presentes o no, de este libro.

Mirando estas fotografías podemos acercarnos a este Chile de los años 80 tan distinto, tan inquietante y a veces tan esquivo. Este libro es un desafío a la nostalgia, nos muestra tranquilamente un país que conocemos a medias, que sabemos que existe, que está allá, tan lejos, un país en el que pasan cosas todos los días, que vive su cuota diaria de dolores, luchas y alegrías. La gente nos mira desde esas fotos sin intentar decirnos nada especial, nada muy complicado, quizás en ellos descubrimos una mirada dirigida al fotógrafo que nos la transmite junto con la suya; esas imágenes son, al final, un encuentro del cual podemos participar.

Quien quiere decirnos algo, tampoco muy complicado, es el autor. Nos muestra sus apuntes de viaje, las anotaciones de un viaje personal que es para tantos chilenos, de allá y de acá, un viaje necesario. Esta guía para chilenos nos sir-

ve para encontrarnos con fragmentos y anticipos de nuestros viajes.

Parece extraño hablar de un libro de fotografía sin hablar de las imágenes, sin describirlas y comentarlas; pero no se trata de hacer crítica fotográfica. Las fotos están bien, incluso muy bien... pero de lo que quisiéramos hablar es de otras cosas, por ejemplo de lo que significan libros como éste y para que sirven.

Es un tema amplio, tiene que ver con ese millón de chilenos que de una u otra manera van viviendo en cualquier parte del mundo, con esos otros diez millones que viven allá y con los contactos constantes, y a veces ambiguos entre todo este país repartido que se ha ido estructurando con los años.

Este es un libro útil, digo yo, porque estas imágenes completan nuestro equipaje, que sin ella sería un poco más incompleto.

O sea, que uno anda por el mundo con pedazos, fragmentos, muestras... En cada casa chilena uno se encuentra con parte de un inventario fantástico, que alguien recopilará algún día, de objetos y recuerdos. Primero que todo están las efigies de Allende, las de Neruda y/o Víctor Jara, distintas tarjetas postales con vistas variadas: un hermoso lago del Sur, una panorámica de Valparaíso, un rodeo. Después vienen los objetos: caracoles, piedras, cachos, artesanía de mimbre, greda... y aparte del inevitable banderín del Colo Colo y los ajados ejemplares de *Condorito*, están los afiches, una que otra rareza de «los tiempos de la U.P.», y múltiples, diferentes, políglotas afiches de solidaridad.

... Podríamos seguir interminablemente. Quien vive la insoslayable condición de extranjero piensa en el país de la infancia y busca incansablemente las claves para entender esta vida posible, inevitable pero siempre vivida; de cualquier manera, es cierto, pero vivida.

Una vez en Berlín, cuando llevaba unos años dedicado a este ejercicio solitario de desentrañar los muros chilenos, vi uno de esos letreros con el recorrido que los choferes ponen en la parte delantera de los microbuses, las liebres, que le llaman. Era una liebre Cerrillos-Manuel Montt, que era la que cada día tomaba en esos años la dueña de casa. No pregunté entonces cómo había lle-

gado ese pedazo de liebre santiaguina a un departamento de Berlín, pero me puse a pensar en esos objetos múltiples, algo inusitados muchas veces, que uno encuentra en cada casa chilena de las tantas que hay en tantas partes; pensaba en esos encargados o traídos de regalo por alguien de allá... y de ahí a ponerse a pensar en nostalgia hay un corto paso... Lo que me interesa es pensar en la necesidad, en la función que esos objetos cumplen formando parte insustituible de la vida de la gente.

Para volver al libro de Fernando Orellana, yo digo que debería formar parte de ese equipaje mínimo del chileno, provisorio o no. Sea como sea, el viaje posible o imposible: postergado, soñado, temido, difícil. Sea como sea, tenemos este viaje de Fernando, esta imágenes que miramos con atención de maníacos en busca de tanta cosa: explicaciones, recuerdos, verificaciones, pistas. Este libro, como los viajes, nos permite esa mirada acuciosa y penetrante, gracias, en este caso, a otra mirada intensa y profunda.

RENE DAVILA

Andrés Gana

Bloks

Ediciones GrilloM, Joinville-le-Pont (Francia), 1985

Con este libro del pintor chileno Andrés Gana (1950), las Ediciones GrilloM inauguran su serie gráfica.

GrilloM, que ha publicado ya a más de media docena de poetas chilenos (C. Santa Cruz, Patricia Jerez, F. Tupper, W. Rojas, R. Sportorno, G. Mujica, E. Carrasco) ha sabido compenetrar en sus títulos poesía y presencia gráfica (Matta, Murúa, Schneider, Deisler y el propio Gana).

De modo que la serie gráfica que *Bloks* echa a andar y de la que ya hay anunciados otros títulos, corona un proyecto largamente acariciado por el editor, Gustavo Mujica.

Bloks contiene una cincuentena de páginas en las que Gana deja constan-

cia de su ojo vigilante, de su infatigable amor por la realidad (Matta habla siempre del verbo «ver») y de su impulso a desentrañarla con su arte, al que toma por una verdadera epistemología.

Con la estructura de la «bande dessinée» que cuadrícula el espacio de la página, pero también con el dibujo solo que la cubre toda, Gana nos muestra hombres serrando leños, mujeres en la playa o barriendo el patio, pescadores, bebedores, campesinos, transistores y microbuses, muchachos jugando al fútbol, muchachos masturbándose incansablemente, mujeres mostrando su sexo, parejas entrelazadas, la presencia constante, obsesiva (obsesiva como en la realidad) del sexo, o sea del amor.

Y toda la lectura de *Bloks*, porque este libro se lee, como los egipcios y los mayas leían sus libros de piedra o barro, es un delicioso ejercicio de conocimiento y reconocimiento, de creación y recreación, de visión y revisión de la realidad.

Gana no crea un mundo (¿acaso es posible hacerlo?) pero su mirada melancólica, humorística, piadosa y descarnada nos entrega nuevos elementos para disfrutarlo y entenderlo.

Urgido por la necesidad de decir, el trazo de Gana es rápido, apasionado y preciso, sin concesiones esteticistas. Es una lástima no poder contar aún con ediciones policromas que nos permitirían conocer los óleos de Gana, sus grandes cuadros, sus tortuosos autorretratos, la piel de sus deseadas y distantes mujeres.

Un poema de Eduardo Parra epiloga *Bloks* y, a modo de enumeración caótica, vuelve sobre los variados temas de la vibrante crónica de este joven pintor chileno.

Saludamos la iniciativa de Ediciones GrilloM: los pintores deben publicar libros con su obra. Es necesario crear espacios otros para la plástica, distintos de los museos y los muros burgueses.

RADOMIRO SPOTORNO

Julio Elqui

**Diálogos de la vida
de Comino y Pimienta**Edit. Poesie Vivante, Ginebra
(Suiza), 1985

La cultura chilena, como expresión profunda de un pueblo y de una nación, no obstante todos los intentos de suprimirla por parte de los actuales ocupantes del poder, trabaja contra viento y marea. Produce frutos copiosos, que a veces se dan en la propia tierra y a menudo maduran también en el exilio. Así sucede en las más diversas manifestaciones del espíritu. La literatura y las artes se empeñan en decir su palabra. Incluso florece una rama de la creación tradicionalmente olvidada en la literatura chilena, el libro para los niños. La más brillante demostración de amor por el alma de la infancia la proporcionó Gabriela Mistral. Los dedos de ambas manos bastan para contar los autores de talento que se han preocupado de proporcionar a la niñez las obras que hagan honor al pequeño, que cada vez que viene a la vida repite la creación del mundo, crea las imágenes más puras y convierte la realidad en una metáfora exacta. La literatura infantil no ha sido olvidada por el exilio chileno. Un lugar sobresaliente en esta tarea imprescindible y nobilísima le corresponde a Jorge Gajardo Rojas, que con el pseudónimo de Julio Elqui, representa a lo vivo el mundo de la infancia, especialmente latinoamericana o tercermundista.

Nacido en la misma provincia de la madre de *Desolación* y de las rondas infantiles que los niños aprenden en la escuela, Julio Elqui comienza a escribir sus cuentos iniciales a los diez años. La ra-

dio es el primer vehículo propagador de la obra de este autor tan precoz. Vive los avatares del pueblo chileno, al cual sirve como un motor incansable de la actividad cultural. Tal afán es considerado un crimen por el fascismo. Obligado al destierro, en el exilio de Suiza siente la necesidad de contar a sus hijos cosas de la patria por el momento perdida y que los pequeños casi no recuerdan. De allí nace un libro de cuentos teatralizados, *Diálogos de la vida de Comino y Pimienta*, tan viviente, tan real, tan fantasioso y tan válido, artísticamente hablando, que mereció la mención de obra destacada en la categoría para niños y jóvenes en el «Premio Casa de las Américas» en 1978.

No sólo sus hijos, Jorge, Daniel, Mauricio y Marcela, ilustradores de dichos cuentos, pueden tener acceso a la gracia, a la seducción y al contenido limpio y profundo de estos relatos, fluidos como el agua y atractivos como la sencillez.

Muchos de ellos han sido difundidos por la Radio de la Suiza Italiana y también a través de representaciones teatrales en Ginebra. El libro fue publicado por «Editions Poesie Vivante», en Ginebra (2, rue Jean-Jaquet, 1201 Genève. Tel. 022/33 49 05). En medio del vergonzoso déficit de buenas obras para niños, este libro merece ser largamente difundido en programas de radio, cine, teatro, televisión, comics. La infancia agradecerá estos cuentos tan animados y vivaces, el «Viaje a la cocina», «La ciudad encantada», «Saltimbanquis», o el «¡Sígueme Luna!». Los padres cuidadosos de la formación de sus hijos tienen en esta obra un elemento educador lleno de alegría. Habrá que agradecer a Julio Elqui su aporte al goce y al deslumbramiento de los pequeños del exilio.

V. T.

1987

**¡La revista cumple
DIEZ AÑOS!**

Campaña especial de suscripciones

Asegure la suya y la de sus amigos dirigiéndose a su distribuidor o agente local, o escribiendo directamente a nuestras oficinas. Haga sus pagos por giro postal internacional, transferencia o cheque bancario a la orden de Ediciones Michay.

Precio de la suscripción: US. \$ 29.—

De próxima aparición

**Orlando Millas
DE O'HIGGINS A ALLENDE
*Páginas de la Historia de Chile***

Un libro en que se rescatan polémicamente, en debate abierto, algunos grandes momentos de la Historia de Chile. Un conjunto de trabajos sobre O'Higgins, Portales, Balmaceda, Recabarren y Allende, en que se procura salir al encuentro de las tergiversaciones y desinformación impuestas en Chile por la Dictadura.

400 páginas. US. \$ 8.—

**Haga sus pedidos a:
EDICIONES MICHAY, S. A.**

**Arlabán, 7, of. 49
28014-Madrid
España**

